

Erica Cánovas Morales

Olvidarte

Sofía II

Olvidarte

Olvidarte

Erica Cánovas Morales



Romántica El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo aviso escrito del titular del copyright.

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Diciembre 2017

Título Original: Olvidarte Erica Cánovas Morales © 2017

© 2017 Editorial Leibros www.leibroseditorial.es

Diseño de cubierta: Manuel Tristante www.manueltristante.com

Maquetación: Manuel Tristante ¿Y para ti qué es el amor? ¿Os habéis hecho esta pregunta en los últimos meses? A solas, en silencio. Yo me hice esa pregunta anoche y no estaba sola ni en silencio, solo tuve que mirar al sofá de al lado para encontrar mi respuesta. ¿Qué es el amor? Una palabra, apenas cuatro letras y, sin embargo, un millón de sentimientos. ¿Qué es el amor? Una tarde de verano, un paseo en un coche rojo y un beso para todos los públicos. ¿Qué es el amor? Un nombre, siete letras y un destino juntos. ¿Qué es el amor? Soportar el incesante repiqueteo de las teclas de mi ordenador, adoptar unas musas un tanto rebeldes y sentir como tuya una historia que forma parte de la ficción. ¿Qué es el amor? Él, el que se sienta en el sofá de al lado. El amor de vida. Al que le debo mucho más que una dedicatoria, al que le debo que este sueño se convirtiese en realidad, desde el minuto cero, convirtiéndose en mi cómplice. ¿Qué es el amor? Una caricia, un beso. Un gracias, un lo siento. Un te quiero, un te dedico mi libro... y eso es lo que trato de hacer ahora, dedicarte mi libro a ti, Vicente, porque te lo mereces y porque te quiero. Por aguantarme y por lo que te queda por aguantar. Por lo que hemos construido y lo que construiremos juntos. ¡Y por qué te quiero, qué te quiero y mucho!

ISBN: 978-84-947863-8-9

Depósito Legal: M-33801-2017 Impreso por: Podiprint

Prólogo: Toda la verdad y nada más que la verdad 1

Londres

Tres de la mañana en Londres. Otra maldita noche más de lluvia, otra maldita noche más sin dormir. Otra maldita noche en la que el sonido del frasco de pastillas me desvela. Con cada sueño mi ansia por consumir aumenta, siendo el deporte lo único que calma mi ansiedad. Pero con Londres sumido en la más profunda oscuridad a causa de una nueva tormenta deberé conformarme con hacer unos abdominales en mi dormitorio.

Me siento exhausto y estoy tentado de irme a la cama, pero necesito una ducha. Una que calme el dolor que le he provocado a mi cuerpo. Y pensar que mañana tengo una reunión a primera hora... y después el juicio de los Vancouver. Necesito descansar y concentrarme si quiero ganar el maldito juicio.

Amanezco en el sofá. Ni siquiera recuerdo que me traje hasta aquí. Encuentro la respuesta frente a mí. Trabajo. Siempre trabajo. Me duele todo el cuerpo, bien por el deporte o bien por la mala postura con la que he tenido el placer de dormir tres horas. Tres malditas horas. Aunque parezcan pocas es todo un triunfo, ya que he conseguido hacerlo sin tener que tomarme los calmantes. Y aunque tengo que reunir las pocas fuerzas que me quedan para levantarme, me siento mejor que nunca.

Consulto las noticias mientras me tomo el primer café de la mañana. Bebo demasiado café para mantenerme despierto y eso me hace pensar en la clase de vida que llevo. Siempre necesito algún tipo de ayuda. Café para mantenerme despierto, calmantes para descansar, deporte extremo para relajarme, sexo para sentirme vivo. Y todo ello llevado al extremo, provocando así que mi vida sea un completo desastre. Por suerte, mi teléfono me hace olvidar la mierda de vida que tengo. El trabajo me reclama.

Frente al espejo compruebo mi aspecto. Debería afeitarme y cortarme el pelo. Desnudo, frente a él recorro mi cuerpo. El exceso de deporte ha resaltado mi

musculatura, esa que nunca ha estado perfectamente definida. Gracias a este cuerpo mis citas se han multiplicado de modo que no paso una noche solo, excepto hoy. El trabajo no me lo ha permitido.

Vestido con uno de mis trajes favoritos me dirijo hacia el ascensor. No puedo evitar mirarme al espejo y es que me gusta mucho lo que veo, tanto que podría estar todo el día mirándome. ¿Y de qué me sirve este atractivo si soy incapaz de mantener a nadie a mi lado? Ninguna de las mujeres que he conocido desde que me instalé en Londres ha significado lo suficiente para mí como para volver a verlas. Ni una llamada, ni citas. Nada. Un polvo y se acabó. Así soy yo. Un hombre sediento de sexo. Ciego por la codicia del dinero, por ser alguien en la vida y no volver a aquel pasado.

La lluvia me obliga a resguardarme de nuevo en el hotel. Esta maldita lluvia va a destruir mis planes. Y los de toda la empresa. Empezando por mi secretaria y mis socios. Después por George, que hoy tenía el día libre. Pero no tengo tiempo que perder. Debo hacer unas llamadas y reorganizar mi agenda. Y lo logro. Soy un hombre con suerte, laboralmente hablando. Y es que en lo que se refiere a los negocios soy un hacha. Mi madre dice que tengo un don especial. Y puede que tenga razón porque he logrado todo lo que me he propuesto. A mi edad soy uno de los hombres más importantes de Londres y de Madrid.

Si hay algo que no soporto es tener que esperar a la gente. Eso me pone muy nervioso, me impacienta, pero no puedo reprocharle nada a George. Ni siquiera debería estar trabajando. Pero no puedo evitar inquietarme y ello me lleva hasta la calle. En un intento de mitigar mis nervios enciendo un cigarro, o al menos lo intento porque el aire ha apagado la llama de mi mechero por tercera vez. Fijo la mirada en la acera, repleta de personas que corren de un lado para otros con la única protección que la de sus paraguas. El aire apaga la llama de mi mechero, una vez más. Antes de que pueda reaccionar, la llama de un reluciente mechero recubierto por un exquisito cuero negro aparece ante mí. Las uñas rojas que rodean el cipo me llevan hasta un rostro femenino de expresivos ojos negros y labios carmesí. ¿De dónde ha salido esta mujer? Su melena rubia cae sobre un vestido rojo muy provocativo. Me ha desconcertado y no quiero que lo note por lo que muestro toda la indiferencia posible ahora que ya he encendido mi cigarro.

—Tenga mi tarjeta, voy a pasar unos días en Londres, llámeme.

¿No es de lo más surrealista lo que acaba de suceder? Pues esto sucede, en Londres todo es posible. Todo puede pasarle a un hombre atractivo y con dinero, todo, incluso esto. Muchas de las mujeres que han pasado por la cama de mi hotel han sido mujeres como esta. Mujeres atractivas, con buena posición social y dispuestas a cumplir mis deseos. Muchas de ellas están casadas y hasta tienen hijos. Cansadas de sus vidas vienen a mí con intención de acallar sus lujurias insatisfechas. Si hoy gano el juicio quedaré con esta mujer. Como premio, como distracción o simplemente por gusto. Y solo con imaginar lo que pueda pasar esta noche logro excitarme. Hecho un ojo a la tarjeta y me encuentro con la tarjeta de contacto de un detective privado. La caligrafía de la tarjeta es arriesgada y elegante al mismo tiempo. El nombre de la mujer es lo que más llama la atención.

—Amanda Kerry.

Amanda Kerry, detective privado. Menuda sorpresa. ¿Será tan sigilosa en la cama como lo ha sido ahora? Y con ese último pensamiento debo desechar el resto del cigarro porque George ya ha llegado a mi encuentro y espera bajo la lluvia con la puerta del Q7 abierta.

—Muchas gracias por venir, George. Te lo compensaré. —¡Ytanto! Este fin de semana tengo una cita, ya puedes buscarte a otra niñera.

—¿Y quién es esa mujer?

—A diferencia de ti yo no hablo de las mujeres con las que me acuesto.

Sí, George es todo un caballero y un romántico. Aunque no me lo ha confirmado sé que lleva tiempo viéndose con la misma mujer. Su teléfono privado suena más veces de lo habitual. Y hasta he encontrado regalos en el coche y en su despacho. Si es feliz así, ¿quién soy yo para juzgarlo? Por extraño que me parezca, los hombres también se enamoran. —He conocido a una mujer antes de que llegaras. — Toma la tarjeta y juega con ella entre sus dedos—. Investiga un poco y me cuentas si puedo seguir adelante.

—Otra más a tu larga lista de conquistas. Eres un ca- brón.

—Las inglesitas son insaciables, George. Hacen conmi- go lo que quieren. En realidad, soy una víctima.

—Deberían juzgarlas a todas. ¡Venga ya, José! ¿Aquié- n quieres engañar? Estás encantado de llevar esta vida. Pero tarde o temprano conocerás a una mujer y no podrás vivir sin ella.

Sandeces. No existe tal mujer. ¿Quién podría estar con alguien como yo? ¿Qué mujer soportaría esta clase de vida? No existe la mujer que me tolere y lo que

es mejor, tampoco quiero que exista. Una mujer no sería más que un problema y ya tengo suficientes.

Llegamos con tiempo a Inns of Court en el Londres Ju- rídico. A tiempo de tomarme un café con George y seguir unos minutos más con nuestra charla, a tiempo de repasar el caso de los Vancouver, a tiempo de planear una quedada con la señorita Kerry, a tiempo de imaginarla desnuda y a tiempo de encontrarme con mi contrincante, la abogada de la acusación, una pobre becaria que se me antoja de lo más atractiva.

—Señorita Johnson, buenos días. ¿Me permite que le invite a una café?

—Tendrá que ser en otra ocasión, estoy trabajando y usted debería estar haciendo lo mismo.

—Tiene usted razón, no estoy siendo profesional. Le deseo toda la suerte del mundo en el juicio. Y que gane el mejor.

—No sea hipócrita, señor Vallés. Y márchese de una vez con sus clientes.

Si la señorita Johnson no estuviera tan concentrada en causarle buena impresión a su jefe, ahora mismo podríamos estar disfrutando el uno del otro en algún despacho o en los baños. Pobre inepta. ¿De verdad piensa que puede ganarme? Soy muy bueno en lo que hago y ya debería haberse dado cuenta de que su jefe le ha tendido una trampa. Tan pronto como se dicte sentencia será despedida y allí estaré yo. Sí, debería haber sido más inteligente. No sé cómo no se ha dado cuenta de lo que pasa. De lo que sí estoy seguro es que, si su despido le sorprenderá, que yo quiera contratarla lo hará aún más. Y firmará, vaya si firmará y cuando descubra que no será más que una becaria, ayudante de mi secretaria, su mundo se vendrá abajo y allí estaré yo para aprovechar su fragilidad y darle *todo mi amor* en la cama de mi hotel.

Parece que la señorita Johnson no ha tenido mucha suerte. Su cliente ha sido condenado a cinco años de cárcel, además de pagar una buena suma de dinero a mis clientes, los señores Vancouver. Ha llegado el momento de ir en su ayuda, seré yo mismo quien le informe de su despido para así poder ofrecerle mi ayuda desinteresada.

—Señorita Johnson, me gustaría hablar con usted. ¿Me permite invitarla a un café?

—¿Usted no se cansa nunca? Ya le he dicho que estoy trabajando.

—No esté tan segura de ello. Su jefe va a despedirla en cuanto llegue a su despacho y es de eso de lo que me gustaría hablar con usted. Quiero que trabaje para mí.

Logro que se detenga en sus quehaceres y que me mire fijamente. Una leve

sonrisa se dibuja en su cara, pero no es una sonrisa de alegría.

—¿Cree que soy idiota? Nadie podría ganar este juicio. Todo el mundo sabe que ese hombre era culpable. ¿Cree que no sabía que iban a despedirme? —Su mirada desafiante no hace más que provocar mis ansias de poseerla—. Lo que no termino de comprender es porque quiere ayudarme. ¿Qué quiere de mí? —Sé que es usted una mujer inteligente y es por ello que quiero que trabaje para mí. Yo haré que triunfe. Sabe que mi bufete es uno de los mejores de la ciudad. ¿Quiere trabajar o no?

Tengo que reconocer que me ha sorprendido que supiera lo de su despido. Quizás no sea tan tonta como parece. Luego está ese modo en el que me habla. Me ha nombrado su enemigo público y eso que no sabe lo que le espera trabajando para mí. Pero para cuando descubra lo que tengo preparado para ella será demasiado tarde. Se enfadará, se enfadará mucho. Es una mujer de carácter, pero confío en poder calmar sus nervios en la cama de mi hotel. Sino... siempre puedo llamar a la señorita Kerry, no me he olvidado de ella. Es mediodía cuando llego a la oficina. El silencio es notable por la falta de personal. Pero de camino a mi mesa me encuentro con la afable Adela, mi secretaria. Es curioso que siendo amigos desde hace tanto tiempo no se haya aprovechado de esa situación para tomarse su trabajo con más tranquilidad. Tanto Roberto como Santiago se han aprovechado de esa amistad para cogerse más vacaciones de lo que les pertenece o faltar algún día que otro. Es pura energía, siempre concentrada y atenta, frente a su ordenador.

—Buenos días, Adela. ¿Por qué no has ido a comer todavía?

—Te estaba esperando. George ha llamado para hablar sobre la señorita Amanda Kerry. Tienes el informe sobre tu mesa. Y también tienes el contrato para la señorita Johnson. Está citada para dentro de dos horas.

—Muchas gracias, Adela. Ahora vete a comer y manda que me suban mi comida habitual. Ven a verme cuando estés libre.

—Sí, ahora mismo, pero antes debo decirte que he aplazado la reunión de esta mañana para dentro de tres horas. El personal está citado para última hora en la sala de juntas. Ya tienen los informes de todos los casos. Tienes un vuelo para el viernes a Madrid a media tarde. He llamado a Marie, tendrá el apartamento listo para cuando llegues. He confirmado a tu madre que comerás con ella el domingo. Te he reservado un vuelo para el martes por la mañana porque quieren verte el lunes en las oficinas del centro.

—¡Joder, Adela, no sé qué haría sin ti! —Me responde con una sonrisa—.

Para mañana voy a necesitar el listado actualizado de los casos disponibles.

Elegiré uno antes de marcharme a España.

Con la agenda ya establecida para el resto de la semana puedo sentarme tranquilo a estudiar el informe sobre la señorita Kerry. Lo único que me interesa es el apunte de George en el que me asegura que puedo seguir adelante. Parece que esta noche tendré compañía. No está nada mal para celebrar mi triunfo de hoy.

Dos horas más tarde y haciendo alarde de su profesionalidad, la señorita Johnson atraviesa la puerta de mi despacho. Lejos queda la abogada altiva de esta mañana. Y eso me hace pensar que no es más que una mentirosa, no sabía lo de su despido.

—Buenas tardes, señorita Johnson. ¿Se encuentra bien? —Tan solo asiente—. Bien, siéntese. Hablemos de trabajo.

Rodeo mi mesa y le ofrezco la silla más cercana. Estrecha su mano con la mía y finalmente escoge la silla más alejada. Tengo que disimular una sonrisa, pero quiero mostrarme profesional para después asestarle el golpe final. Con su currículum en mis manos doy por iniciada la entrevista. Pero poco me interesa lo que pueda contarme, lo sé todo sobre ella. Todo lo que necesito saber sobre su vida laboral. En más de una ocasión, me atrevo a tutearla en alguna de mis preguntas. Quiero que se relaje y que no desconfíe de mí. Cansado de una actitud distante me decido por tomar asiento a su lado. Torno mi silla hacia ella, con mi pierna giro su silla hacia mí. Su nerviosismo se dispara cuando rozo intencionadamente mi pierna con la suya. Dispuesto a dar un paso más fijo mi mirada en sus ojos color miel.

Consulto la hora, aún tengo mucho por hacer, ha llegado la hora de cerrar este acuerdo y disfrutar de lo que queda de entrevista de un modo más personal. Me ha rechazado a diario y ahora pienso cobrarle todos sus desplantes.

—Estás contratada, Sarah.

—No sé qué decir...

—Entonces deja que sea yo quien hable. —Tiro de ella y le acerco a mi cuerpo—. Eres una mujer preciosa y no sabes cuánto te deseo. Cuanto más me rechazabas más me obsesionaba contigo y ahora que estamos a solas solo quiero besarte y desnudarte. Quiero que seas mía.

Rodeo su cintura y poso mis labios sobre su cuello. Su piel se eriza y hasta noto como sus pezones se endurecen. Está tan excitada como yo. Estoy seguro de que no va a decirme que no, está sensible, dolida y necesita un poco de acción en su vida y si la quiere yo puedo ofrecérsela.

—Esto no está bien.

Me aparto de ella y cierro la puerta con llave. Descuelgo el teléfono, apago mi teléfono móvil y regreso a su lado.

—Esto está mucho más que bien, relájate. Estamos so- los.

—Confío en ti.

—¿Cómo has dicho?

—Que confío en ti.

Dejarás de hacerlo cuando termine contigo. Pobre chica. Acaba de ser despedida y no sabe que ese va a ser el menor de sus problemas.

Antes de que cambie de opinión pego su cuerpo mucho más al mío, para así llevarla hacia la mesa. Me acomodo entre sus piernas. Acaricio su cuerpo hasta llegar al borde de su falda de tubo, la cual subo hasta sus caderas.

Deseoso de descubrir más continúo desvistiéndola desabrochando su camisa con urgencia. Sus pechos, pequeños, se mantienen firmes cuando le quito el sujetador.

—¿Tú no vas a desnudarte?

—Todo a su debido tiempo.

—Pero yo...

—Calla, sé lo que me hago. Túmbate sobre la mesa.

No puedo permitir que se eche atrás, quiero tirarme a esta mujer y tengo que hacerle ver que voy en serio con ella. Si tengo que mentirle para conseguir lo que quiero, lo haré y después no tendré remordimientos. Esta mujer no solo quiere un polvo, quiere más, me quiere a mí. No tengo problema en fingir, si quiere creer que lo nuestro será una bonita historia de amor, adelante. El golpe será más fuerte, pero yo ya estaré muy lejos para comerme su mierda. Después de tirármela no habrá más momentos como este, una vez tengo lo que quiero pierdo todo interés.

No hago más que bajarme la cremallera y los bóxer cuando me acerco a ella, pero su tanga es un impedimento. Sin dudarlo ni un segundo tiro de él provocando que la tela se raje entre mis dedos. Su sorpresa se traduce en un orgasmo.

—Has roto mi... voy a tener que...

—No sabes cuánto me excita saber qué vas a estar sin bragas por toda la oficina.

Me tomo su nuevo gemido como una invitación a su cuerpo y la penetro antes de que pueda volver en sí y reaccionar. Su cuerpo entero se curva ante mi investida. Antes de que pueda relajarse vuelvo a acometer una nueva estocada, mucho más intensa y placentera que la anterior. Su cuerpo está

preparado y recibe el mío con sumisión y hasta diría que con devoción. Y es que con cada mínima caricia parece recibir una descarga de pasión y desenfreno.

—Levanta, quiero terminar desde atrás.

—Pero yo no...

—Ya habrá tiempo para eso. Tú relájate, no es tu culo lo que me interesa. Tumbada sobre la mesa, le obligo a que abra las piernas lo necesario para abrirme camino hasta su entrada. Cuando sé que está colocada y cómoda vuelvo a penetrarla, esta vez con más violencia. No aguanto más, debo terminar con esto. Tengo que seguir trabajando. Su espalda rígida me informa de que está a punto de alcanzar el clímax, pero yo quiero más, mucho más. Y con cada acometida la obligo a que se aferre a la mesa.

—Ven conmigo, corre.

Me aparto de ella con rapidez y del mismo modo le obligo a que se levante de la mesa. Se deja llevar por mis pequeñas órdenes y es que la quiero tumbada en el sofá, a cuatro patas, para poder metérsela todo lo que pueda y espero que sea toda, entera.

—Sujétate fuerte. Voy a ser muy rápido y va a ser fuerte. ¿Preparada?

Antes de que pueda contestar la empujo contra el sofá. La incito a que se toque, quiero ver cómo se estimula mientras yo la penetro hasta la saciedad. Obedece, y no solo se toca a ella, también me toca a mí. No hace más que rozarme con sus uñas cuando me dejo llevar hasta correrme. Saciado por completo, me retiro de ella.

—¿No te has puesto condón?

—¿Me crees tan estúpido?

—Lo siento.

—Vístete y firma el contrato. Tengo una reunión y ya llego tarde. —Su disgusto es palpable, quiere más—. Te llamaré luego, ahora no puedo. Firma, por favor.

No es necesario que diga más para que firme. Ya tengo todo lo que quería de esta mujer, ahora solo tiene que marcharse, que desaparezca, pero el modo en que me mira me indica que tiene algo que decir.

—En mi antiguo trabajo no estaban permitidas las relaciones entre los trabajadores, mucho menos con el jefe.

—En tu antiguo trabajo te utilizaron, te adjudicaron un juicio que no podrías ganar y después te despidieron. Yo te ofrezco un puesto indefinido y sexo a cualquier hora del día. —Justo cuando va a besarme me aparto de ella—. Em-

piezas mañana, estarás a cargo de Adela. Ella te dirá lo que tienes que hacer.

—¿Adela no es tu secretaria?

—Sarah, has firmado un contrato como becaria. No sé porque te sorprendes.

Nunca te dije que te contrataría como abogada. Te falta mucho para serlo.

Empezarás como becaria y luego ya veremos... Ahora vete, tengo que trabajar.

—Eres igual que todos. Tú también me has engañado. ¡Eres un cabrón!

—Cuando estábamos follando no tenías ninguna queja.

Recoge su contrato dedicándome una mirada de rabia, de odio e incluso de asco. No creo que sea posible volver a verme con ella y visto lo visto es lo mejor. No quiero rollos con niñas que buscan un príncipe azul. En mí no encontrará un hombre así. Ya en la puerta, llamo su atención. Mi crueldad puede ir un punto más allá, si quiere insultarme y odiarme le daré motivos, más motivos.

—Sarah... si te he contratado como becaria es por actitudes como esta.

Primera lección del día: lee todo lo que vayas a firmar. Y ahora sí, vete.

De regreso al hotel hago memoria del día de hoy. Y de todo lo que ha sucedido no puedo sacarme de la cabeza a Sarah, mi actitud con ella no ha sido la correcta. Está claro que esa pobre chica no tiene nada que ver con las mujeres a las que me suelo llevar a la cama. Siento que debo disculparme, pero no quiero demostrar mi debilidad por una mujer. Ni mucho menos me ha gustado, no es más que un cuerpo bonito, pero no puedo evitar sentirme mal. Mi comportamiento no ha sido muy acertado y todo por una venganza absurda. Todo por su negativa a tantas y tantas invitaciones. Lo que le he hecho a esa chica es cruel y muy retorcido. Debo pensar en algo para rectificar mi error. Pero eso será mañana. Ahora quiero llamar a la señorita Kerry y pasar el rato con otra mujer que borre el rastro que ha dejado mi nueva becaria.

Entro en la suite cuando los últimos rayos del sol dan paso a una nueva noche. En mi camino hacia el salón abandono el maletín con intención de no trabajar en toda la noche. Poco a poco voy desnudándome. Ya descalzo me dirijo a la nevera, necesito beber algo. Pero lo único que encuentro son los restos de una botella de vino tinto. Hambriento busco algo que pueda comer antes de bajar a cenar, pero mi nevera está completamente vacía. Regreso al salón con intención de relajarme. Antes de prepararme para mi cita necesito dejar atrás este día caótico. Ya en el sofá elijo como entretenimiento un partido de fútbol de la Liga Inglesa. Dejo la televisión cuando el árbitro pita la segunda parte,

dejando el marcador a favor del Manchester United, que hoy recibía en su casa al Liverpool. Y aunque me gustaría descansar y seguir disfrutando del vino y del partido, son mayores mis ansias de mujer.

—Buenas noches, ¿Amanda?

—*Hola querido, llevo esperando tu llamada todo el día.* —He estado ocupado. ¿Quieres cenar conmigo esta no-

che? Estoy solo.

—*Dime una hora y lugar y allí estaré.*

—En el restaurante de mi hotel en hora y media. Cuelgo porque no tengo mayor interés en mantener una

conversación con esta mujer. Quiero cenar, subir a la habitación y repetir lo que hace unas horas le he hecho a Sarah. Solo espero que con Amanda sea más fácil que con Sarah, no quiero más complicaciones por hoy. Ya he tenido suficiente con la becaria.

Unos minutos más tarde de la hora acordada llego al restaurante del hotel. No solo me han llamado de la recepción, sino que uno de los camareros ha venido a por mí en cuanto me ha visto entrar en el restaurante.

—Señor Vallés, buenas noches y bienvenido. Su invita - da lo está esperando. Permítame que lo acompañe.

Me detengo frente a ella, tomo su mano y la invito a levantarse para saludarla correctamente. Cuando se levanta, todas las miradas se clavan en ella. El exuberante vestido negro que ha elegido para nuestra cita no podría pasar desapercibido. Los cuchicheos se centran en nosotros. Poco me ha importado lo que los demás hablen de mí. Mi padre siempre me ha dicho que lo importante es que hablen, ya habrá tiempo para solucionar el motivo de los comentarios negativos. Y con ese pensamiento dirijo mi mirada hacia el escote. Los pechos operados apenas cubiertos por el escueto atuendo no dan opción a la imaginación. Tras darle un buen repaso me dirijo hacia mi asiento. Cruzo una mirada con sus ojos oscuros y contemplo una mirada de orgullo. Y con ello me demuestra que nada tiene que ver con Sarah Johnson y con ese último pensamiento logro relajarme.

Tras una cena en la que hemos suplido silencios incómodos por conversaciones banales me preparo para lo inminente. Ha llegado la hora y no

voy a andarme con rodeos ni sutilezas.

—Tengo champán en mi suite, ¿subimos?

—Para eso he venido hasta aquí.

Tras un nuevo silencio incomodo en el ascensor llegamos a la suite. Deslizo la tarjeta magnética y tan pronto como se abre la puerta me adentro en mi habitación. Escucho los tacones de Amanda a mi espalda. Camino derecho hacia la cubitera donde tomo la botella de champán sin preocuparme lo más mínimo de tratar como se merece a mi invitada. Mi educación está dejando bastante que desear durante la noche. Y no me importa, solo quiero terminar con esto y cuanto antes, mejor. Mañana debo enfrentarme a un nuevo día y viajar hasta Madrid para disfrutar de un fin de semana con mis amigos y mi familia.

—¿Vas a servirme ya esa copa de champán?

Cuando me dirijo hacia ella para ofrecerle la copa que me está exigiendo me encuentro con una Amanda desinhibida, en ropa interior y tacones. Vacío una primera copa de champán permitiendo que el líquido burbujeante y rebosante de alcohol atraviese mi garganta.

En mi camino hacia ella, desabrocho cada botón de mi camisa con suma delicadeza y determinación, provocando que mi valiente acompañante se tambalee sobre sus tacones.

—¿Qué hay de mi copa de champán?

—Tengo algo mejor para ti.

Antes de que pueda seguir con más conversación le atraigo hacia mi cuerpo, posando mis manos en sus nalgas para así obligarla a que rodee mis caderas con sus piernas. En mi caminar hacia la mesa le voy desnudando. Su sujetador cae al suelo. Decidido a tenerla completamente desnuda le arranco el tanga y lo tiro al suelo para que acompañe al resto de su ropa interior.

Junto a la mesa aparto una de las sillas y le dejo caer pri- vándola de un contacto más directo. La botella de champán se tambalea y cae sobre la mujer que tengo desnuda sobre mi mesa.

—Sería una pena desperdiciar todo ese alcohol, ¿no crees?

—Puedo permitirme comprar más.

Esta mujer habla demasiado y eso no me gusta. No quiero hablar, quiero follar. Fuera cinturón, fuera pantalones y fuera bóxer. Entre sus piernas, desnudo y preparado para darle placer no tardo en someterla a mis acometidas. Al igual que Sarah su cuerpo se tensa ante mi violencia. La penetro de nuevo y me recibe con gusto ofreciéndome su boca para que la besa. Y aunque acerco mi

boca a la suya no la beso, me aparto y vuelvo a entrar con mayor intensidad. Unidos por completo le obligo a levantarse para llevarla hacia el dormitorio. Necesito la comodidad de mi cama.

La dejo caer sobre ella y me aparto en busca de un preservativo. Abro el cajón de la cómoda y de una caja negra elijo uno de entre tantos. Antes de regresar a su lado bajo la intensidad de la luz para ofrecer cierta calidez al entorno. No es hasta que llego a su lado que me coloco el condón dispuesto a acabar con lo que he empezado. Ávida de contacto se remueve bajo las sábanas provocándome para que vaya a su encuentro. Cansado de tanto juego me tumbo sobre ella. Y una vez me rodea con sus caderas me abro paso hasta sus partes más íntimas. Un gemido tímido sale de su boca en mi primera penetración.

—¿Más? —pregunto a pesar de que conozco la respues- ta.

Sus palabras no son más que una mezcla de susurros y gemidos que forman una respuesta positiva. Un movimiento de caderas me informa de algo que ya sé.

—¿Qué quieres? —Me vuelve loco ver cómo se deses- pera bajo mi piel.

—Más... —Su respuesta sigue formando parte de un susurro que vuelve a perderse con una estocada más potente que la anterior, regalándome un nuevo gemido.

Cansado de tanto juego me dejo la piel en llegar a un orgasmo urgente y necesario, una nueva conquista que borre la anterior y de paso a decenas de mujeres más.

2

VueLo Londres-Madrid

Emprendo el viaje de regreso a casa a la hora indicada. En las últimas semanas la suerte me acompaña y es algo que me incomoda. Mi madre siempre me dice que debo aprovechar esta racha, que ya sufrí cuando era un niño. Y sí, sufrí mucho, demasiado para ser un niño, pero eso no me consuela. Mi suerte puede cambiar en cuestión de segundos y quiero estar preparado para cuando eso suceda.

—¿Le apetece tomar algo? —Una preciosa azafata inte - rrumpe mis pensamientos.

Te tomaría a ti... y sobre los asientos de primera clase. Eso sí que sería dar un vuelco radical a mi vida. Me tomarían por loco, me prohibirían volar y puede

que incluso me ingresen. La prensa se haría eco de mi declive. Hasta me imagino los titulares: «*Millonario, mujeriego y adicto a los calmantes ingresado tras escándalo aéreo*».

—Whisky, tal vez.

Con la copa en mi poder vuelvo a mis pensamientos y me obligo a hacer un repaso mental de las últimas semanas. Llevamos semanas, no, meses sin perder uno solo de nuestros juicios. El negocio va como la seda y todo mejorará cuando el proyecto en el que estoy a punto de embarcarme llegue a su fin.

Mi éxito laboral va acompañado de mujeres que visitan la cama de mi suite noche tras noche. Y, sin embargo, nada de eso me parece suficiente. Necesito algo nuevo en mi vida, algo que me insuffle vida, un aliciente que me haga feliz. Nada que tenga que ver con el dinero, ni con el sexo. Debe ser algo más profundo, más intenso, algo que me haga sentir vivo. ¿Pero el qué?

Mi madre me sugirió que adoptase a un niño. Ayudar a alguien que se encuentre en la situación en la que viví yo en el pasado. Pero no me siento preparado para criar a un niño. Y aunque mis ayudas siempre están vinculadas a los menores no es algo que me dé la felicidad que ansío. Es mi deber ayudar a esos niños y sus familias y me siento feliz por poder hacerlo, pero no es suficiente. Y estoy empezando a creer que mi ambición está creciendo tanto como mi fortuna y es esa ambición la que me impide ser feliz. Siempre busco más, algo más. Y estoy deseando descubrir qué es lo que necesito en este momento de mi vida.

Madrid

Es más de media tarde cuando entro en mi apartamento del centro de la ciudad. Sin necesidad de encender las luces me dirijo a la segunda planta guiándome por los últimos rayos de sol que bañan la ciudad. Y con cada escalón que voy subiendo pienso en las diferentes opciones, ideas o bocetos de lo que creo que me puede hacer feliz. Hasta ahora no he conseguido más que provocarme un fuerte dolor de cabeza. Puede que un baño de espuma me venga bien antes de mi cita con Marcos.

La entrada de un nuevo correo interrumpe mi descanso.

Es un correo de Santiago. Pero este fin de semana me he decidido a dejar el trabajo a un lado. Si fuera algo urgente ya me habría llamado. Y como no

quiero dar posibilidad a que esa llamada se efectúe desvío todas las llamadas a mi despacho. Por suerte tengo un segundo teléfono para mi vida personal y tienen prohibido llamar a ese teléfono para tratar cualquier tema referente al trabajo.

**

Marcos llega tarde, muy tarde y eso no es propio de él. Estoy tentado de escribirle un mensaje, pero me decido por esperar unos minutos más mientras observo a las personas que me rodean. La Plaza de la Cebada es un lugar perfecto para disfrutar de una cerveza fría mientras me fumo un cigarro más. A mi alrededor encuentro parejas y grupos de amigos que charlan animadamente. Eso me recuerda que estoy solo y que el retraso de Marcos empieza ya a ser preocupante. Algo debe haberle pasado. Será mejor que lo llame, pero antes de que pueda encontrar su número lo tengo sentado frente a mí.

—Perdona tío, ha sido un día de locos. Voy dentro un momento, pídemme una cerveza, sin alcohol.

No solo llega tarde, sino que además de darme una disculpa patética, vuelve a dejarme solo y obligado a conseguirle una cerveza, como si eso fuera fácil. Agoto mi cerveza y me dispongo a pedir a un camarero que pasa junto a mí cuando el móvil de Marcos vibra sobre la mesa. En la pantalla aparece una chica morena con unos ojos impresionantes. Los rizos negros descansan sobre sus hombros. Su sonrisa es... fascinante. El nombre de la mujer parpadea en la pantalla cubriendo su hermoso rostro, cosa que me disgusta. La llamada de... Sofía... llega a su fin. De inmediato, siento un profundo vacío. Sofía. ¿Quién será esa mujer?

—¿Y mi cerveza?

—Te ha llamado una mujer. —Me hago el pensativo, aunque recuerdo su nombre—. Sofía. ¿Tienes novia, ca- brón?

—Es mi compañera de piso, ¿no recuerdas que te hablé de ella?

Sofía. Sofía. Sofía. Me está costando mucho recordar cualquier dato sobre esta mujer y tengo la necesidad de saberlo todo sobre ella. Quiero saber dónde vive, por donde sale, si se ve con algún hombre... todo, quiero saberlo todo. Sus secretos, sus deseos, sus miedos.

—¿Y cómo es que yo no la conozco?

—Los viernes queda con su compañero de trabajo, por eso no la conoces.

—¿Sale con él? —No debería haber preguntado algo así. ¡Joder!

—Estás muy hablador esta noche...

Esa respuesta es más que suficiente para cortar con mi peculiar interrogatorio. No quiero responder preguntas incómodas. Aunque también es cierto que Marcos podría haberse limitado a contestarme.

—Voy a llamarla, ¿quieres que la pregunte algo de tu parte?

La broma de Marcos me pilla desprevenido. Mi tiempo de reacción se reduce e incluso desaparece cuando se aparta de la mesa para buscar un poco de intimidad. Y es la marcha de Marcos lo que me da la oportunidad de saber más sobre Sofía. La busco en las redes sociales hasta dar con ella en Facebook. Me cuelo en su muro, busco sus datos personales y me encuentro con lo que estaba buscando, su situación sentimental y no puedo estar más feliz cuando veo que está soltera, como yo. Ya que estoy en su perfil aprovecho para ver sus fotos, leer algunos comentarios y así conocerla un poco más. ¿Qué coño estoy haciendo? No puedo seguir con esto. Es amiga de un amigo. No puedo obsesionarme con ella. No funcionaría. Y aunque sé que lo que estoy haciendo no es lo correcto no puedo apartar la mirada de esa mujer que ilumina la pantalla de mi teléfono móvil. Como si de un ladrón o un espía se tratara guardo su fotografía con el único deseo de disfrutar de esa imagen en cuanto me sea posible. «¿Será Sofía la que logre que mi vida esté completa? ¿Dependerá mi felicidad de ella?». Y es ese pensamiento el que me lleva a trazar un plan. Y aunque no me interesa obsesionarme voy a atreverme a correr ese riesgo. El riesgo de perderlo todo, incluso mi propia cordura. No puedo evitar pensar que en esta mujer pueda encontrar a mi compañera de vida, a la mujer de mi vida. Pero no puedo pedirle a Marcos que me la presente, así como así. No estoy dispuesto a contestar preguntas incómodas ni a ser motivo de risas y bromas. Mi vida personal es algo muy privado para mí y no quiero que nadie se entrometa. Pero puede que hasta por esta mujer rectifique esa ley interna impuesta hace demasiado tiempo. No sé porque tengo esa coraza frente a mis amigos y mi familia. Supongo que todo es debido a mis problemas en la infancia. Durante mucho tiempo fui vulnerable y mis sentimientos estuvieron expuestos ante médicos, psicólogos, asistentes sociales y una extensa larga de personas que me acompañaron a lo largo de unos años que me convirtieron en el hombre que soy en el presente.

Necesito un plan, algo rápido que me lleve hasta ella y debe ser ya porque Marcos está de regreso y no tardará en cambiar de conversación.

—Bueno, ya estoy aquí. ¿Te apetece que vayamos a cenar a algún restaurante de la zona?

—Sí, ¿por qué no?

—Estás muy serio, ¿problemas con el trabajo?

Marcos me ha dado la oportunidad que necesitaba para encauzar esta conversación hacia Sofía. No sé si lo que voy a hacer va a funcionar, pero lo voy a intentar.

—El trabajo va bien, lo que no está bien es mi vida, en general.

—Joder, tío, ¿puedo hacer algo por ti?

—En realidad sí, quiero conocer a Sofía.

—¿Crees que conocer a Sofía cambiará tu vida? Mira José, Sofía es mi amiga desde hace mucho, mucho tiempo. La conozco bien y sé que no le va a gustar que la meta en una encerrona. Su última relación no ha ido como ella esperaba, no creo que esté interesada en conocer a otro hombre.

No puedo insistir, no debo hacerlo. Si hay algo que caracteriza a Marcos es que es un gran amigo, con todo lo que eso implica. Es como el capitán de un equipo para sus amigos, una pieza clave que los mantiene unidos. Eso explica que lleven juntos desde el colegio y que hayan continuado juntos todo este tiempo.

—Perdona, tío. No quería meterte en un aprieto.

—Tranquilo. Mira, José, creo que puedes ser bueno para ella, pero no creo que sea bueno forzar las cosas. Puede que algún día os conozcáis... y si Sofía muestra el más mínimo interés haré todo lo posible porque paséis un tiempo a solas. Pero no puedo prometerte nada y debo pedirte que no me insistas.

—Te aseguro que no lo haré. Tu amistad es muy importante para mí y respetaré lo que me pides.

Me siento ridículo. No debí arriesgar tanto. He abierto la veda para que Marcos me someta al tercer grado y no sé si estoy preparado para sincerarme con él, somos amigos, pero no lo suficiente como para contarle todo lo que he vivido. Lo que tiene más gracia es que esté pasando por este momento por una mujer a la que no conozco.

—Creo que vamos a dejar lo de la cena para mañana, estoy cansado.

—Vamos, tío, no tienes que inventarte excusas conmigo. Ya sé que no eres muy hablador y no voy a preguntarte nada que pueda hacerte sentir incómodo.

—Debí haber supuesto que Marcos me comprendería—. Sofía es una mujer increíble, muy guapa. Es normal que te sientas atraído por ella y no seré yo quien te juzgue por ello.

A pesar de las palabras de Marcos, sigo pensando que lo mejor que puedo hacer es marcharme a mi casa. La semana ha sido muy larga, necesito

descansar y pensar en todo lo que ha pasado esta noche. Debo quitarme de la cabeza a Sofía o encontrar una solución que no me lleve hasta la locura. Si me obsesiono con esa mujer volveré a caer en el consumo sin control y ahora que llevo unos meses limpio no puedo volver a caer, mucho menos por una mujer. Sería absurdo caer por alguien a quien ni siquiera conozco. Ha llegado la hora de irme a casa, no puedo seguir con esto. No debo. Y así se lo hago saber a Marcos.

—Mañana nos vemos.

3

Londres

Mi fin de semana en Madrid no ha ido como esperaba. Mis días de descanso han sido marcados por esa mujer. Sofía se ha hecho dueña de mis pensamientos, de mis sueños y de mi vida. Me resulta inevitable pensar en ella y así no puedo centrarme en el trabajo. Es tal mi obsesión que no puedo dejar de mirar su fotografía o entrar en su perfil por si hubiera algún cambio. Esto es ridículo. ¿Cómo puedo estar obsesionado por una mujer a la que no conozco? En mis sueños he tenido la osadía de fantasear con su cuerpo, con su olor, con su sonrisa... no tengo que hacer mucho esfuerzo para recordar cómo nuestros cuerpos se rozaban mientras bailábamos, recuerdo incluso su olor y como le susurré al oído que era la mujer de mi vida.

—Disculpa, José. Vengo a dejarte la correspondencia.

Adela sale de mi despacho antes de que pueda reaccionar y con ella se lleva mi sueño y todo lo referente a esa mujer que me está haciendo perder el control.

En un primer vistazo rechazo facturas y demás documentación para detenerme en un sobre en particular. Es una invitación de boda. Sorprendido por la invitación, leo una y otra vez el remitente. Alfredo y Susana me acaban de regalar la oportunidad de conocerla. La imagen de Sofía se cuele en mis pensamientos cuando la creía apartada. Voy a conocerla y será antes de lo que esperaba. Un mes. Un mes me separa de conocer a esa mujer, de bailar con ella y cumplir todo lo que imaginé en mi sueño.

—Hola, Marcos, ¿te pilló en mal momento?

—*Estoy tomándome un café, dime...*

—Alfredo me ha invitado a su boda. No voy a confirmar

mi asistencia por el momento, pero voy a ir. Voy a necesitar que me recojas en el aeropuerto.

—Queda más de un mes para la boda, ¿estás haciendo todo esto por Sofía? Joder, no esperaba esa pregunta. ¡Claro que hago todo esto por conocer a Sofía! Me alegro mucho por Alfredo y Susana, pero no voy a mentirme a mí mismo. Cuando he recibido la noticia de la boda en la primera persona que he pensado ha sido en ella.

—No seas ridículo, Marcos. Alfredo es mi amigo y quiero estar con él el día de su boda.

—Y ya de paso conocer a Sofía.

—Sí, no voy a mentirte.

—Joder, tío, tienes que relajarte. Sofía no quiere saber nada de hombres. Entonces tendré que estar preparado para cualquier contratiempo, pero sea como sea tengo que conseguir que esa mujer se fije en mí. Debo pensar en algo, desempeñar un plan que me lleve hasta ella, despacio, no debe sentirse cohibida ni presionada. Joder, me gusta mucho. Solo con pensar en ella se me acelera el corazón, necesito conocerla, dar un paso más. Me resulta urgente, una cuestión de vida o muerte. Necesidad pura. Y pensar que aún queda un mes para nuestro encuentro...

**Llevo más de una hora en el aeropuerto y el retraso me saca de mis casillas. Odio perder el control y desde que Sofía ocupa la mayor parte de mis pensamientos no consigo relajarme, tampoco concentrarme y eso ha provocado que mi consumismo se haya desatado hasta tener que recurrir a Internet para conseguir mi dosis diaria. Resulta intimidante lo fácil que fue conseguir lo que quería, lo cómodo que resultó dar con el camello de turno. Por suerte he traído un par de pastillas por si sucedía algo semejante. Me las tomo las dos y mucho más calmado me enfrento a la recepcionista una vez más. Pero no hago más que presentarme frente a ella cuando escucho la llamada para embarcar. No tengo más que unos segundos para llamar a Marcos e informarle de mi retraso.

—Joder, tío, Sofía va a matarme. Soy el padrino, ¿sabes? —Dame un par de horas. No tardaré mucho más. —Si en dos horas no estás aquí me marcho sin

ti. Ten-

drás que llamar a un taxi.

Madrid

Han pasado algo más de dos horas, pero al fin he conseguido - do llegar, y por suerte, Marcos estaba esperándome. Sabía que no se iría sin mí, aunque eso le haya ocasionado ciertos problemas con Sofía. Sofía. No puedo creer que estemos en la misma ciudad y que estemos separados por escasos kilómetros.

—Gracias por esperarme, tío.

—Vamos, no hay tiempo para esto. Vas a tener que ir vistiéndote por el camino, llegamos muy tarde y Sofía ya ha puesto precio a mi cabeza.

—No puedo vestirme en el coche, arrugaré el traje. —Pues vístete cuando lleguemos, pero vámonos ya.

No hago más que subirme al coche de Marcos cuando mis pensamientos vuelven a centrarse en Sofía. He tenido que hacer malabares para reorganizar mi agenda entorno a la boda y todo por conocerla. Y puede que me haya precipitado. ¡Joder, claro que me he precipitado! Él ya me avisó de que no quiere conocer a nadie y he cometido el error de obsesionarme con la mujer equivocada. Si no quiere una relación, ¿cómo va a querer estar conmigo? Soy un hombre complicado, no creo que la interese un tipo como yo. Y si es así, ¿qué voy a hacer? Joder, ¿cómo he podido colgarme por una mujer a la que no conozco? Desde que vi su imagen en el móvil de mi amigo he prestado mucha atención a cualquier comentario sobre ella consiguiendo mucha información, pero no la suficiente y eso me ha llevado a donde estoy. Preso de una obsesión que no puedo controlar. Cuando quiero algo, hago todo lo posible por conseguirlo y pensar que Sofía me puede rechazar me resulta un reto muy interesante. Ahora debo relajarme y lo hago mirando su foto una vez más. Quiero grabar su rostro en mis retinas para tener una imagen reciente de ella. En cuanto llegue a la boda la buscaré entre los invitados. Cuando la encuentre no voy a dejar de mirarla hasta conseguir llamar su atención.

—Conduces tan despacio... me desesperas.

—Tú sí que me desesperas a mí, ¿quieres relajarte?

No creo que pueda relajarme hasta que hable con ella. Pero eso es algo que no voy a reconocérselo a Marcos, no puedo hacer tal cosa. Eso despertaría todas sus alarmas y puede que se interponga entre ella y yo.

No quedan más que unos segundos para que comience la ceremonia y no la encuentro por ningún lado. Debe formar parte del acompañamiento de la boda, será una de las damas de honor. La música me obliga a mirar hacia el exterior del altar improvisado. Una a una las damas de honor van entrando en la sala. Vigilo el rostro de cada una de las mujeres hasta que la encuentro. Jamás había visto nada más espectacular que la atractiva mujer en la que he clavado mi mirada. Mi respiración se entrecorta cuanto más se acerca a mí. Mi corazón desbocado provoca que me suden las manos, cosa que no es habitual en mí. Mi corazón se paraliza cuando pasa junto a mí. Su indiferencia me rompe en dos, pero no puedo culparla. Ni siquiera sabe que existo, pero yo me voy a ocupar personalmente de que lo sepa. Pero eso deberá esperar porque la novia acaba de entrar y debo ser educado. Susana está radiante, feliz y realmente hermosa. Y aunque intento mostrarla toda la atención que se merece me resulta inevitable echar mi vista hacia delante. En mi atrevimiento me encuentro con una sonrisa que... joder, no tengo palabras para describir lo que ven mis ojos. Lo único que sé es que quiero ser el único que disfrute de esa sonrisa, ser el único que provoque tal felicidad. Si pudiera me la llevaría muy lejos, nada me gustaría más que quedarme a solas con ella y que me dedicara esa sonrisa tan especial, pero eso tendrá que esperar porque estoy decidido y tarde o temprano esa sonrisa será solo para mí.

Apenas soy consciente de que Susana ha llegado al altar cuando veo a Sofía colocar la cola de su vestido y entonces sucede. Nuestras miradas se cruzan. Durante unos segundos solo tenemos ojos el uno para el otro. Me decido a aprovechar mi oportunidad para dedicarle una mirada intensa que provoque su interés en mí. Quizás ni siquiera sepa quién soy... quizás para ella carezca de interés. Me pierdo en sus ojos en medio de este descontrol, pero ella aparta la mirada dejando un gran vacío.

Tras la ceremonia he hecho todo lo posible por acercarme a ella fracasando en cada uno de los intentos que he provocado. Primero ha sido una sesión fotográfica la que me ha apartado de ella. Y Marcos no está muy solícito. Necesito su ayuda, pero creo que no está dispuesto a dármela. Y solo le tengo a él. Pero ahora ha llegado la hora del baile, ahora o nunca. Si no bailo con ella no tendré oportunidad de tener un acercamiento. Y necesito tenerlo. Estoy aquí por ello.

—Marcos, necesito conocer a...

—Sí, ya lo sé. Pero me temo que no vas a tenerlo fácil. —Correré el riesgo de que me mande a la mierda. —No digas que no te avise.

Marcos ha aceptado. Me encuentro caminando en su dirección, la ansiedad me presiona la garganta y no me permite respirar con normalidad. La encuentro conversando muy animada con Marga, una de las chicas del grupo, pero su felicidad se esfuma en cuanto me ve aparecer acompañado por Marcos. Está claro que no le gusto demasiado. Voy a tener que esforzarme para que deje de verme como una amenaza.

Tras una presentación de lo más incómoda consigo quedarme a solas con ella. Su rostro me muestra lo incómoda que le resulta mi presencia. Joder, no puedo creer que esta mujer pueda conmigo. No sé qué coño hacer. Debo hacer algo para llamar su atención sin molestarla y lo único que se me ocurre es acariciar su mano con suma delicadeza. Y lo consigo porque me está mirando fijamente. Le lanzo una mirada intensa, una mirada que demuestre mi devoción hasta hacerla perder el control de la situación. Tomo el control casi por asalto y la atraigo hacia mi cuerpo. Lo único que deseo ahora es bailar con ella y mirarla, no dejar de mirarla jamás.

—Es una boda preciosa, ¿verdad? — Tal y como había soñado le susurro al oído.

Ese acercamiento me permite oler su perfume mientras bailamos. Su mirada se fija en la mía. Quiero que se relaje y para ello le regalo mi mejor sonrisa, esa que he estado ensayando solo para ella. Y funciona porque está rendida a mí. Abrazados me abro camino hacia su cuello y me arriesgo a besar esa parte tan delicada de su cuerpo. Pero ahora debo dejarla, tengo que saber si quiere más. Vuelvo a besarla y me despido.

✱✱

Conocer a Sofía ha sido una de las mejores experiencias de mi vida. He sentido cosas que no había sentido jamás, por nada ni por nadie. Hemos bailado juntos y lo que he sentido cuando nuestros cuerpos se rozaban ha sido algo maravilloso porque a pesar del carácter que tiene desprende paz y esa paz es lo que necesito en mi vida.

Ahora que me encuentro solo en mi apartamento, no puedo evitar recordar

todos los momentos que he compartido con ella en la boda. En bucle, las imágenes se repiten en mi cabeza. Y me encanta recordarla sonriendo, bailando con sus amigas, bailando conmigo. La recuerdo celosa cuando Rosi nos ha interrumpido, enfadada cuando no he ido tras ella. Mi disgusto al encontrarla tan bebida... pero hasta eso me ha llevado a descubrir algo más sobre ella. Con intención de calmarla no he dejado de acariciarla en todo el trayecto hasta que se ha quedado dormida. Es toda una experiencia verla dormir. Las mujeres con las que me acuesto no suelen pasar más de una noche conmigo. Mi falta de interés provoca su marcha, pero con ella es distinto... tiene algo que me engancha y me atrae. Quiero más y mañana debo regresar a Londres. Podría concederme un día más aquí... quiero conocerla más, necesito pasar tiempo con ella y hacer que nuestro encuentro se convierta en una relación, aunque sea de amistad. Aunque mi verdadera misión es conseguir que me bese.

4

Por primera vez en mucho tiempo he logrado dormir toda la noche sin desvelarme, sin necesidad de practicar deporte hasta la extenuación. Y sé que mi bienestar está relacionado con la aparición de esa mujer en mi vida. Sabía que Sofía me cambiaría la vida, sabía que esa mujer había llegado a mi vida para hacerme feliz. Ahora debo proseguir con mi plan, es preciso. Pero antes de volcarme en Sofía, debo atender a otra mujer. Mi madre. Debo visitarla, pero eso tendrá que ser mañana, porque hoy he quedado con Marcos para pasar el día en El Rastro y deberá ser allí donde encuentre algo para sorprenderla. Debo apresurarme, aún tengo que llamar a un taxi. Aunque tengo el BMW aparcado en el garaje, he quedado con Marcos en llamar a un taxi y eso no es más que el principio de un plan muy elaborado. Solo espero que salga bien, necesito que salga bien.

**

En nuestro paseo por El Rastro detengo mi mirada en una caja de madera aparentemente artesanal. Deslizo la llave que la mantiene cerrada y en su interior descubro un viejo relicario en forma de corazón. Ese objeto ha llamado tanto mi atención que no puedo marcharme sin ello. Esto podría dar una vuelta de tuerca a lo que tengo preparado para los próximos días. Definitivamente retrasaré mi regreso a Londres.

Antes de que pueda terminar con la compra una segunda caja llama mi atención y en su interior vuelvo a encontrar un segundo relicario, idéntico al interior.

—Va a gustarle mucho.

—¿Tú crees?

—Colecciona este tipo de cosas. Con el tiempo ha acu-

mulado todo tipo de objetos de mercadillos artesanales. —Encuentro a Marcos pensativo, como si tuviera algo más que decir—. Víctor, su ex, nunca acepto esa costumbre. No entiendo cómo estuvieron tantos años juntos...

No puedo evitar recordar la confesión de Marcos. Me niego a pensar en un hombre que haya podido dañarla. Yo jamás la haría daño. Debo estar a la altura. Sofía ya ha pasado por un fracaso amoroso, lo nuestro debe funcionar. Debo conseguir que funcione y para ello tengo que dar comienzo a mi plan porque estamos entrando en el ático. Pero en cuanto me ve aparecer acompañado por Marcos su rostro torna molesto. Mi plan está a punto de venirse abajo, pero un solo gesto hace que Marcos nos deje a solas.

**

Llevamos más de media tarde juntos y hasta hora no he logrado más que se aleje de mí. Ni mis besos han conseguido llamar su atención. Solo he conseguido alejarla más de mí, mucho más. Mi plan no está yendo como esperaba y eso me desespera y hasta tengo la tentación de tomarme una de mis pastillas. Pero no quiero que me vea perdiendo el control. Hecho un vistazo hacia el sofá y lo que encuentro es lo más maravilloso que he visto jamás. Sofía duerme. Su rostro desprende dulzura, desprende paz... Nada me gustaría más que acariciar esa cara tan hermosa, pero no quiero que despierte. Debo aprovechar su descanso para hacerme con su número de teléfono. Una vez que me he hecho con su número, ahora debo encontrar su agenda. Marcos me ha informado bien para saber qué pasos debo seguir para llevar a cabo mi plan.

Y ahora que ya tengo todo lo que preciso puedo volver al sofá y relajarme mientras disfruto del descanso de Sofía. Pero no hago más que tomar asiento cuando Marcos entra en el ático. Y mientras la mujer de mis sueños descansa, escucho como Marcos habla de la boda, también del videojuego que está por terminar... pero no logro concentrarme en la conversación porque mi

pensamiento está con Sofía.

—¿Tú no tienes que volver a Londres?

—No tiene muy buen despertar—. Susurra Marcos. —¿Ytú qué? ¿Ya ha terminado la cita? — Sofía no duda

en increpar también a su amigo.

—¡Y qué lo digas! Pero debemos seguir...

Marcos no duda ni por un segundo en ayudarme. En

realidad, no sé porque lo hace, supongo que quiere lo mejor para Sofía y confía en que yo pueda ser el hombre que le haga feliz. Y debo lograrlo porque él confía en mí.

Durante el camino hacia el restaurante observo la elegancia con la que camina sobre sus tacones de aguja. Apenas con una camiseta y unos pantalones está que rompe. Es tan atractiva que tengo que retener mis deseos más oscuros. Lo mejor será que me centre en cualquier cosa que no sea en el cuerpo de esta mujer.

Durante la cena me he comportado como un verdadero caballero. Quiero que se relaje a mi lado, que no desconfíe de mí porque debo seguir adelante. Es más de medianoche y ya vamos de regreso al ático. El saber qué voy a tener que separarme de ella me produce cierta ansiedad. Necesito volver a besarla, tocarla. Y debe ser ahora que ha bajado la guarda. Tras despedirme de Marcos fijo la mirada en Sofía. Camino con decisión hacia ella. Cuando estoy a su lado la rodeo entre mis brazos para después disfrutar de sus labios con un beso tierno. La dejo temblando y deseosa de más.

—Nos veremos pronto...

No estoy seguro de si ha escuchado mis últimas palabras, pero mi única intención es que piense que me marchó. No puede saber que no voy a volver a Londres como debería hacer.

No hago más que llegar a casa cuando busco su número de teléfono en el bolsillo de mi pantalón. Quiero que tenga mi teléfono, poder escribirla y que ella me escriba a mí, aunque no creo que le siente bien que haya violado su intimidad. Pero es un riesgo que debía correr para poder tener más contacto con ella. Sofía se ha convertido en un reto.

Botellín de cerveza en mano me dirijo hasta el sofá del salón decidido a navegar por *Facebook* hasta llegar a su perfil en busca de algún cambio, una foto, un comentario. Lo que sea para poder conocerla un poco más. Tentado estoy de pedirle una petición de amistad, pero es un paso demasiado arriesgado. Su rechazo me provocaría cierta ansiedad y ahora que parece estar controlada no quiero ser yo el culpable de que regrese. Un mensaje de *WhatsApp* será suficiente, por el momento.

¿Tú tampoco puedes dormir?

Estoy deseando volver a besarte. Y sé que tú también lo deseas.

Tal y como había imaginado no va a contestar. En cuanto ha leído mi mensaje se ha desconectado. Es tan testaruda... Una estúpida sonrisa aparece en mi rostro. Hasta su rechazo me resulta adorable.

**

Creo que podría acostumbrarme a pasar las noches durmiendo, descansando durante horas sin pesadillas, sin ansiedad. Y esta paz se la debo a una persona, una mujer. Sofía. Es curioso que se haya convertido en mi último pensamiento antes de dormir y que sea el primero al despertar. Hasta que la conocí mi único pensamiento era el trabajo. Me resulta muy interesante como una persona puede cambiarte la vida...

No hago más que levantarme y corro en busca de mi teléfono solo para comprobar si Sofía ha vuelto a conectarse. Dudo mucho que me haya respondido, pero quizás hoy sea mi día de suerte.

En vista de que no tengo mensaje alguno me decido por llamar a mi madre. La debo más de una visita, así que será mejor que la llame. No quiero que se enfade conmigo.

—Hola, mamá, ¿cómo estás? ¿estás ocupada? Me gustaría que

desayunásemos juntos.

—*Buenos días, hijo. Estoy muy disgustada contigo.*

—Lo siento, mamá. El trabajo me tiene muy absorbido.

—*¿Tanto que no tienes un minuto para avisarme de que no puedes venir? No me gustó nada que me llamara tu secretaria.*

—Lo siento mucho, mamá. No volverá a pasar. ¿Me permites que te compense invitándote a desayunar? Dime que sí, te recojo en una hora. Podríamos ir a visitar a papá.

—*Cómo no voy a perdonarte... ten cuidado con el coche, te quiero, hijo.*

—Yo también te quiero, mamá. Un beso.

Hoy quiero agradecer a mi madre, recompensar todo el daño que la he hecho desde que... bueno, no quiero recordar nada de eso ahora. Enmendar mis errores y hacerla feliz, eso es lo que quiero. Y es por ello que voy a ponerme su traje favorito. Me lo regaló ella, todo a su gusto. Sin duda alguna es uno de mis mejores trajes, un regalo muy especial. Como todo lo que tiene que ver con mi madre. A ella me une una relación muy íntima. A pesar de que la oculto muchos de mis secretos, me conoce tan bien que sabe cuándo algo va mal. Me pregunto si se dará cuenta de que conocer a Sofía me ha cambiado la vida. Estoy experimentando muchos cambios desde que la he conocido, pero desconozco si esos cambios son perceptibles por las personas que me rodean. El único que conoce esta repentina obsesión es Marcos, no puedo fiarme de lo que piensa. Pero mi madre... ella descubrirá mi cambio, mi pequeña transformación.

No tengo ni que llamar a la puerta de casa porque mi madre, tan puntual como siempre, ya me está esperando en el exterior. La encuentro espectacular, sonriente y muy elegante. Hasta su caminar es elegante. Su enfado se desvanece en cuanto me ve con su traje. Un beso en mi mejilla cierra nuestra reconciliación.

Para esta mañana me decido por un desayuno en el Hotel Villamagna, donde se pueden degustar uno de los mejores desayunos de la ciudad. Mi madre se merece eso y más. Y a pesar de que ya me he tomado un café decido disfrutar de un segundo desayuno con la compañía de mi madre.

—¿Qué tal estás? ¿Cómo te va la vida en Londres? ¿Alguna chica?

—Mamá... ya sabes que no me gusta hablar de esos temas.

—Venga, cariño... dale ese capricho a tu madre. Sé que hay una mujer, tus ojos brillan más que nunca.

Tus ojos brillan más que nunca... Así que es eso lo que provoca Sofía en mí.

¡Joder! En otro momento de mi vida este comentario me hubiera parecido una auténtica cursilería. ¿Qué me está pasando? ¿Me estoy ablandando? Yo no soy ese tipo de hombres. No me gustan los romanticismos ni las cursilerías. Sofía me está cambiado en todos los aspectos.

—He conocido a una mujer...

—¿Y cómo es?

—La conocí el sábado en la boda de un amigo. Creo que puede funcionar. Hoy he quedado con ella. —Solo que todavía no lo sabe—. Yahora me toca preguntar a mí, ¿cómo estás tú? ¿Qué tal con papá?

—Yo estoy bien. Y tu padre... bueno, ya sabes cómo es, dedica más tiempo al trabajo que a mí. Me gustaría que pudiéramos salir de viaje, tomarnos un descanso. Pero yo sola no puedo convencerlo. Si tú regresaras y te hicieras cargo de la empresa, tu padre y yo podríamos tomarnos unas vacaciones. Creo que mi madre sería capaz de cualquier cosa si con ello consiguiera hacerme regresar. Pero yo estudié una carrera y me preparé para ejercer la abogacía porque era lo que me gustaba. Me apasiona mi trabajo y lo que ello supone. La actividad laboral de mi padre no me agrada. Sé que le ha costado mucho sacar adelante la cadena hotelera y es posible que en un futuro tenga que dirigir la empresa familiar, pero por el momento, prefiero ser yo quien decida por mí mismo. Quiero crecer como empresario por mi cuenta y cuando esté preparado asumiré el cargo.

—Hablar con papá sobre la cadena es complicado, pero haré todo lo que esté en mi mano para convencerle de que se tome unas vacaciones. Y me aseguraré de que te lleve a algún lugar bonito.

En nuestro paseo dejamos atrás el hotel para dirigirnos hasta el despacho de mi padre. Cuando no era más que un niño esa oficina era mi lugar favorito. Mi padre me llevaba de la mano por toda la empresa. Admiraba el respeto con el que le hablaban todos y cada uno de sus trabajadores. Pero lo que más me gustaba de aquellos tiempos es que planta tras planta, tras cada recepción había una mujer dispuesta a colmarme de caramelos. Aquellos sí que eran tiempos felices... pero antes de aquello... Joder, ¿por qué me esmero en recordar toda esa mierda?

—Hola, papá, ¿cómo estás?

—Pero bueno, José, hijo... no te esperaba por aquí. ¿Va todo bien?

—Todo bien, papá. No te preocupes. He venido con mamá, está fuera hablando con tu secretaria. Me ha dicho que no quieres tomarte unas vacaciones...

—Tu madre y sus exigencias. José, hijo, tu mejor que nadie sabe el esfuerzo que supone levantar una empresa.

—Vamos, papá, una semana. Sabes que no pedirá mucho más.

—Quédate tú al cargo y me iré el tiempo que sea necesario. No confío en nadie más que en ti.

Sé que quedarme en Madrid les haría muy felices a mis padres, incluso a mí me haría feliz. Podría pasar más tiempo con Sofía, pero estoy en medio de una negociación muy importante. Ni siquiera debería estar aquí. Estoy descuidando el trabajo por ella, por Sofía y eso no debería ser así. Pero eso es algo que solucionaré más tarde. Mi padre está esperando una respuesta.

—Encontraré una solución. Si no me tomo unas vacaciones, tu madre llamará a tu hermana y ella no será tan comprensiva como tú.

—Tengo que llamarla. Hace mucho que no la veo. Quizás la haga una visita pronto, pero hasta que no termine con las negociaciones es imposible.

**

Tras pasar una de las mañanas más agradables en compañía de mis padres ha llegado el momento de dirigirme hacia el estudio donde trabaja Sofía. Tengo que hacer todo lo que esté en mi mano para convencer a su jefe de que le deje salir antes de la hora establecida. Y para eso llevo mi chequera en el bolsillo interior de mi chaqueta de traje. Marcos dejó caer que ese hombre, el señor de la Vega, tiene cierta afición por el dinero. Pero para lo que tengo pensado para esta tarde debo hacer unas compras.

No tardo más de lo necesario porque odio profundamente salir de compras. En Londres tengo a una mujer encargada de todo mi estilismo y eso me evita pasar por este calvario. Pero las compras de hoy quería ser yo mismo en el que se encargara de todo porque de ello depende todo lo que viva con Sofía a partir de este día. Hoy voy a dar un paso importante, lo que tengo preparado para esta tarde será crucial para conquistarla.

Me ha costado dar con el estudio. El señor de la Vega está resultando ser un patán para los negocios. La mala situación de su despacho podría suponerle una pérdida millonaria, pero eso no es de mi incumbencia. Lo único que me interesa de este lugar es Sofía y estoy preparado para llevármela conmigo para que viva la mejor tarde de su vida. Nada más entrar en el estudio me recibe una mujer, una administrativa que se encarga de recibir con verdadera

profesionalidad a los futuros clientes.

—Buenas tardes, me gustaría hablar con el señor de la

Vega. ¿Será posible?

—Permítame que haga una llamada. En seguida estoy con usted.

Parece que la suerte está de mi parte. El señor de la Vega me recibirá. Es un hombre ambicioso, disfruta viendo como su patrimonio aumenta a costa de sus trabajadores, a costa de Sofia. Y eso es algo que me enfurece. Tendré que pensar en ello más tarde. Quiero ayudarla, sacarla de este agujero para llevarla al éxito empresarial.

—Buenas tardes, señor Vallés. No esperaba su visita, pero dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Quiero contratar los servicios de una de sus trabajadoras. Uno de sus clientes es un buen amigo mío y me ha hablado de la profesionalidad de la señorita Amaya. —Sofia es una brillante decoradora, pero en estos momentos tiene la agenda al completo. Podría estar disponible para dentro de quince días y haciendo un esfuerzo. Tiene mucho trabajo para este mes.

No soporto que me mientan en los negocios. Que me mientan, en general. Aunque no soy quien para dar lecciones de moral. Este hombre está mirando por su empresa.

Yo haría lo mismo si estuviera en su lugar. Pero, aunque estamos en su terreno tengo en mi poder cierta información con la que podría jugar.

—Señor de la Vega, soy un hombre muy ocupado. Mañana mismo debo regresar a Londres para ocuparme de mi negocio. Necesito los servicios de su trabajadora esta misma tarde. Estoy dispuesto a pagar lo que sea necesario. —Comprendo su interés por la señorita Amaya, pero no creo que una pequeña comisión sea suficiente para cancelar todos los compromisos de mi empleada.

—¿Cree que seis mil euros serán suficientes para cancelar esos compromisos? —Con mi chequera en mano ex-

tiendo un cheque con la cifra que acabo de ofrecerle—.

¿Puedo hablar con la señorita Amaya ahora?

—Por supuesto, ¿puedo ofrecerle algo de beber? Su pelotería desde que le he entregado el cheque es desmedida, está rozando los límites. Su comportamiento me

provoca náuseas. Pero supongo que el dinero no sirve más que para esto. Siempre el maldito dinero. Todo se reduce a eso. Creo que es algo a lo que jamás me acostumbraré. El dinero es importante, no vamos a engañarnos y en ciertos momentos de nuestra vida puede hacernos muy felices. Pero con todo lo que pasé en mi infancia, el dinero carece de importancia para mí. En las personas valoro otras virtudes. Puede sonar pretencioso cuando mis padres son millonarios, cuando yo mismo lo soy. Pero no soy ese tipo de personas. Gano dinero, mucho, pero trabajo por ello. Y gracias a ese dinero que gano, muchas personas pueden comer y tener una casa. Del dinero que gano mensualmente solo cojo lo suficiente, lo necesario para vivir y pagar. El resto está repartido en asociaciones, comedores, colegios... y una extensa lista de ong's que no dudan en llamar a mi puerta siempre que es necesario.

Cambio mis pensamientos para volver a Sofía. Estoy deseando ver su cara cuando me vea entrar en su despacho. No puedo imaginarme su reacción al verme llegar. El señor de la Vega abre la puerta del despacho y de inmediato los ojos de Sofía se fijan en mí, desprendiendo más odio que sorpresa. Le regalo una de mis mejores sonrisas para así conseguir que relaje el gesto, pero ni modo, mi presencia le incomoda.

—Querida, el señor Vallés ha insistido en que trabajes para él.

—Buenas tardes, disculpen que me entrometa, pero me gustaría invitar a la señorita Amaya a comer por las molestias causadas.

—Sofía estará encantada de comer con usted. Ignoro a de la Vega para centrarme en Sofía. No tengo ojos más que para ella. Lo único que quiero es que ese hombre se marche de aquí para poder quedarme a solas con ella y dar paso a nuestra tarde juntos.

Cuando al fin nos deja a solas tomo asiento sin pedir permiso. Su rostro angelical ha desaparecido por completo,

cada vez está más enfadada y molesta conmigo. Quizás no ha sido buena idea entrometerme en su trabajo. Esto va a ser complicado, más de lo que esperaba.

—Señor Vallés... ¿a qué estás jugando?

Llevo como diez minutos en su despacho y no he podido apartar mi mirada de sus ojos. Pero la discusión que estamos teniendo está crispando mis nervios. No quiero discutir con ella. Y debo hacérselo saber, pero cuanto más amable soy yo, peor me trata ella.

—Solo quiero disfrutar de ti el resto del día. Mañana vuelvo a Londres.

—No puedo creer que seas tan impresentable. —Vamos, no te hagas de rogar. Apaga el ordenador y

recoge tus cosas, te tengo una sorpresa. ¿Has viajado mucho por Europa? Antes de que pueda responderme con otra de sus malas contestaciones me decido a abandonar el despacho

confiado de que vendrá conmigo. No creo que se niegue a cumplir lo que su jefe le ha encomendado y eso me duele porque no lo va a hacer por mí, sino por su responsabilidad laboral. Tras la puerta encuentro a de la Vega a la espera para someterme a una larga e incómoda serie de peloteos. Este hombre da asco. Me repugna que Sofía trabaje para él y pienso ponerle remedio.

Al menos he conseguido que Sofía me acompañe, lo que supone salir de este lugar. No quiero permanecer más tiempo aquí. Quiero centrarme en ella y en el hecho de que se siente obligada a acompañarme. Me hubiese gustado que lo hubiera hecho con total libertad, pero sé que eso no será posible.

En nuestro camino hacia el aparcamiento no ha abierto la boca, pero ahora que hemos llegado a mi coche me

está sometiendo a un interrogatorio intenso e innecesario.

Si supiera cuanto me incomoda hablar sobre mi vida no me haría esto, pero sí quiero que me acompañe debo ceder y permitir que me pregunte cuanto crea necesario. Pero debo dar por finalizado su interrogatorio cuando sus preguntas se centran en mi vida personal. No puedo hablar, no me siento preparado para dar un paso tan importante. No puedo perder el control,

no quiero que descubra mi problema. Soy tajante y con ello logro que Sofía silencie su interrogatorio. El viaje va a resultar tranquilo y de lo más silencioso. Cuando estamos en la autopista su rostro torna curioso. Es momento de contarle la verdad. Sin dar demasiados detalles le informo sobre nuestro destino, el Parque Europa, a las afueras de Madrid. Solo espero que lo que llevo en el maletero pueda servirme para llevar a fin nuestra cita, una cita que acaba de descubrir porque quiera o no, estamos teniendo una cita.

No hemos hecho más que llegar y lanza su primera protesta. ¿Por qué tiene que hacerlo todo tan complicado?

Abro el maletero y pongo fin a su queja, no va a reconocerlo, pero sé que está entusiasmada, incluso feliz. La encuentro ridícula e irresistiblemente sexy al mismo tiempo.

Estoy loco por besarla, pero todo a su tiempo. Después de cambiarme yo también me dispongo a empezar con la visita guiada. Me arriesgo a recibir un mal gesto por su parte tomando su mano. Tal y como esperaba, me suelta. Juega con la correa de su bolso. En cuanto tiene la mano libre vuelvo a envolverla entre mis dedos, esta vez con mayor firmeza. De este modo recorreremos el parque haciéndonos fotos en todos los sitios posibles. Cuanto más tiempo pasamos juntos más se relaja. Me atrevería a decir que mi compañía le agrada. Tengo que aprovechar la oportunidad. Al

pasar bajo una cascada no puedo evitar besarla. Es un buen beso. Me gusta cómo besa, nuestras bocas se entrelazan a la perfección formando una unidad única. Sin duda alguna es ella, es la mujer que va a cambiarme la vida. Tiene que serlo.

Retomamos nuestro camino hacia la réplica de la Torre Eiffel. La preciosa mujer que me acompaña en vestido y zapatillas de deporte está repleta de felicidad y me permite un segundo beso. Cuanto más tiempo paso a su lado más me engancha a ella. Hasta tal punto que siento que estoy perdiendo el control. Pero me siento tan feliz y relajado que estoy dispuesto a seguir adelante. Creo que puedo permitirme una mujer como Sofía en mi vida. Solo debo ser precavido, no quiero que se vea involucrada con mi adicción.

Para cuando regresamos al coche son más de las ocho. Se deja caer sobre su asiento. Su cansancio me indica la falta de ejercicio... aunque juraría que Marcos me ha llamado alguna vez desde el gimnasio que tiene en el ático.

Fijo mi mirada en ella y la encuentro con la mirada fija en el reloj.

—¿Tendré que pagarle unas horas extras a tu jefe? Me atrevo a besarla de nuevo y aprovecho el momento para abrocharla el cinturón de seguridad. Quiero mostrarle que me preocupo por ella, que me importa su bienestar y su seguridad.

—Muchas gracias. Tengo que reconocer que me has sorprendido.

—Gracias a ti, he pasado una tarde impresionante. De regreso al centro no puedo dejar de pensar que no

quedan más que unos minutos para que nos separemos.

Pero debo regresar mañana. Regresaré pronto, lo antes que pueda. El hecho de pensar que tengo que separarme de ella durante varios días me duele demasiado. Debo pensar en algo antes de llegar a su casa. Tengo que aprovechar hasta el último minuto posible. Y creo que sé que puedo hacer para pasar la noche con ella.

Cuando llegamos a su calle hago todo lo posible por retenerla a mi lado. El hecho de recordar una a una las fotografías que nos hemos hecho hace unas horas no es más que una excusa, pero merece la pena por verla sonreír. Es momento de pedirla que cene conmigo esta noche. —Sé que estoy abusando, pero, ¿podría invitarte a cenar?

—José, mañana trabajo y tú debes coger un avión. A pesar de que ha rechazado mi invitación no puedo dejar de pensar en cómo suena mi nombre en sus labios ahora que se ha relajado. Quiero escuchar cómo pronuncia mi nombre el resto de la noche y eso me lleva a insistir hasta que consigo convencerla y acepta. En una hora debo estar de regreso por lo que no tengo tiempo que perder. Me adentro en el tráfico nocturno, escaso en esta época del año y regreso a mi apartamento, seguro de que no tardaré en recibir una multa por exceso de velocidad.

Ya en el apartamento planeo nuestra cita. Quiero estar a solas con ella por lo que reservaré en el hotel de mi padre. Vuelvo al coche antes de lo que me

esperaba y eso me da cierta ventaja para poder pasarme por la floristería del hotel. Una orquídea será un buen regalo. Solo espero que le gusten las flores...

Con la flor y la reserva no me queda mucho tiempo para ir en su busca. Pero si quiero ser puntual debo arriesgarme a ser multado una segunda vez. Y lo logro. Llego puntual. Un par de minutos después aparece Sofía informal, pero tan guapa como siempre. No puedo evitar sonreírle y mientras camina hacia mí, también sonrío llenándome de felicidad. Le hago entrega de la orquídea aprovechando el momento y en recompensa es ella quien me besa. No puedo estar más sorprendido, en ningún momento pensé que reaccionaría de ese modo. Mi sorpresa es tan notable que no puedo más que sonreír.

Definitivamente es perfecta. Perfecta para mí. Llegado el momento de empezar con nuestra segunda cita la invito a que suba al coche. Ahora será ella la sorprendida y lo hará en cuanto descubra donde vamos a cenar.

—No puedo entrar ahí con esas pintas.

—Te aseguro que si puedes.

La encuentro preocupada y nerviosa. Al mismo tiempo curiosa y fascinada. Quiero que se sienta cómoda, como si estuviera en casa, porque al fin y al cabo este hotel forma parte de mi vida, también es mi hogar. Aunque sé que le gustaría disfrutar de la decoración del hotel tengo verdadera ansiedad por estar a solas con ella. Ya en el ascensor subimos hasta la terraza donde cenaremos. —¿Han cerrado la terraza para nosotros?

—Y me he permitido el lujo de elegir nuestra cena.

—Tomo su cintura y la acerco hasta el mirador—. Disfruta de las vistas...

Vuelvo a sorprenderla con un par de copas de champán. Pasamos la cena en pleno silencio en parte por mi culpa, en parte por la suya. Yo no sé bien que debo decir, nunca he tenido una cita de este tipo con otra mujer. Lo que quería de mis citas era llevármelas a la cama, pero con Sofía es distinto. Pero ella desconoce mis intenciones y está muy nerviosa. Y debo hablar porque estoy perdiendo una oportunidad muy importante para conocerla más a fondo. Sé que lo nuestro puede funcionar. Lo noto cuando me mira, cuando me sonrío, al pronunciar mi nombre, cuando me

roza, cuando me besa... Estoy decidido a sincerarme con ella cuando me interrumpes para colmarme de agradecimientos. Sin más, se detiene. Deja de hablar para dar paso a un pero, siempre hay un pero.

—Pero estamos yendo demasiado deprisa. No estoy preparada para tener una relación y algo me dice que es lo que esperas de mí... Apenas nos conocemos... y me siento incapacitada para confiar en un hombre después de lo que pasé con mi ex... No puedo, aunque he de reconocer que me gustaría.

Me jode tener que ser yo quien esté pagando las consecuencias de lo que un hombre hizo mal en el pasado. Debo saber qué ocurrió y poner fin a su sufrimiento y su desconfianza. Necesito a Marcos más que nunca. No tengo más que una mínima esperanza que me haga llegar hasta ella. Su reconocimiento ha sido sincero y debo agarrarme a esa declaración, aunque sea un clavo ardiendo.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para conocernos... —Con mis primeras palabras logro que se relaje. Es mi momento para atraerla a mi lado—. Marcos no paraba de hablar de ti, llegué a pensar que sentía algo por ti hasta que descubrí que te quiere como a una hermana. Un día vi una foto tuya y desde entonces no he podido dejar de pensar en ti. Y ahora que he tenido la suerte de pasar unas horas a tu lado tengo más claro que nunca que eres la mujer de mi vida.

Con mi sinceridad no he hecho más que asustarla y alejarla de mí. ¿Cómo no va a asustarse si a mí mismo me aterra lo que esta mujer está provocando en mí? Ahora mismo no sé qué hacer. Pensé que mi sinceridad ayudaría, pero necesita tiempo y yo voy a darle todo lo que me pida. —Solo necesito tiempo... —Estremezco cuando fija sus ojos en los míos—. Me siento frustrada al ver una relación de tantos años acabada. No te equivoques, no siento nada por él. Pero sus mentiras me afectaron y a pesar de que me hice la dura tengo que reconocer que todo aquello ha provocado una inseguridad en mí misma que me produce un

miedo atroz a que me vuelvan a fallar.

Es momento de dejar el tema. El tipo debió hacérselo pasar realmente mal, pero prefiero no ahondar en el tema mientras que no sea ella quien lo haga. Estoy dispuesto a darle el tiempo que me pide, pero necesito saber que quiere intentarlo, saber que estamos juntos en esto y que no intentará separarse de mí.

—¿Puedes prometerme que lucharás contra tus miedos y me dejarás formar parte de tu vida?

No puedo creer que me haya atrevido a hacerle una pregunta como esa. Hace falta ser gilipollas para que alguien en su sano juicio acepte algo tan prematuro. No nos conocemos de nada. No sabe quién soy ni como soy. Me creía vencedor y realmente he perdido el control de la situación. Lo mejor para todos sería olvidarla, regresar a Londres y no volver a saber nada más de ella. Tengo que poner tierra, mar y aire de por medio. Incluso debería volver a ver a Sarah...

Desde ese momento la cita se ha venido abajo. Los silencios incómodos nos han hecho mucho daño. Ahora que estamos en su portal ha llegado el momento de despedirnos. La atraigo hacia mi cuerpo para fundirnos en un abrazo que sabe a despedida. Encuentro una esperanza cuando no me niega el abrazo, cuando se mantiene a mi lado sin malestar alguno. Quizás haya una oportunidad. Tengo que pedirle una cita y si acepta seguir adelante con lo que he estado planeando en las últimas horas. Me animo a intentarlo. El viernes de la próxima feria... podría llevarla al cine o al teatro, que se yo. Y no puedo estar más sorprendido cuando acepta. Pensaba que estaba todo perdido, pero me sorprende con un sí. Esta mujer es... es una maravilla. Aprovechando la buena nueva y ya descansando en mi cama envió nuestra foto bajo la cascada acompañadas por unas palabras sinceras. La echo de menos y quiero que lo sepa.

Londres

No han pasado más que unos días desde mi doble cita con Sofía y cada día la hecho más de menos. Tanto que me supone muy difícil seguir adelante. Pero el proyecto en el que estoy volcado requiere de mi atención. Si quiero dirigir la cadena hotelera de mi padre debo convertirme en un empresario de prestigio y para ello me he decidido por comprar empresas en riesgo, llevarlas al éxito y venderlas por una suma importante de dinero. He estudiado al milímetro las posibilidades de éxito y tengo todas las de ganar. Compraré empresas a bajo precio y las venderé a precio muy alto, siendo los beneficios notables. Ahora estamos en plena negociación para absorber diferentes empresas de la ciudad. Pero una llamada de Marcos ha trastocado mis planes. Estamos en pleno mes de agosto y se me había olvidado por completo que este mes no tengo previsto ningún viaje a Madrid, lo que supone no ver a Sofía. Por otro lado, está el hecho de que es este mes en el que todos están de vacaciones que yo me vuelco en el trabajo. Tengo la agenda hasta arriba. Trabajo y más trabajo. Reuniones, juicios, citas con mis clientes... no sé cómo voy a hacerlo, pero debo encontrar la manera de tener unos días libres. Un mensaje de Sofía ha sido más que suficiente para que ponga a Adela a trabajar en ello, aunque Sofía no lo sabrá hasta su debido momento. Con su mensaje me ha dejado claro que me echa de menos y voy a hacer uso de esa información para sorprenderla viajando yo también hasta el lugar que han elegido para las vacaciones. Pero necesito la ayuda de todos para llevar a cabo mi plan. Supongo que con un grupo de *WhatsApp* será suficiente. Pero eso deberá esperar, debo salir a ver el edificio de oficinas que quiero comprar.

Orihuela.

Aparco el coche en la misma puerta. Estoy nervioso y entusiasmado. Solo espero que reciba mi sorpresa con entusiasmo.

Olvidarte 1

La mañana de hoy es completamente distinta a las habituales en los últimos cinco años. Gala empieza hoy el colegio y José ha insistido en acompañarnos. Su compañía cada vez me resulta más incómoda. Su comportamiento hacia mi persona ha cambiado en los últimos meses y aunque me he hecho la despistada, sus gestos cariñosos aumentan sin cesar.

Tras dejar a la niña en el colegio ha insistido en que fuésemos a tomar café con el supuesto motivo de hablar sobre Gala y el colegio. Poco le ha faltado suplicarme para que lo acompañara, pero no he tenido más remedio que inventarme una excusa cualquiera y así poder marcharme al trabajo.

Ya en el Audi consulto mi agenda. Desde que Jaime ha dejado de confiar en Marisa y me ha nombrado encargada, pasando por alto a Nico, mi trabajo se ha triplicado. Al igual que mis problemas. Mi relación con Nico no es lo que era. La decisión de Jaime ha causado un malestar y aunque lo hemos subsanado, sé que ya no es lo mismo.

Llego hasta la fecha en la que nos encontramos, mediados de septiembre y encuentro que tengo una nueva cita con la Señora Carbonell. Tras su reciente divorcio y la compra de un nuevo apartamento me tiene completamente esclavizada y a su merced. Pero no será hasta las doce de la mañana que tenga que acudir a su encuentro.

Mi teléfono vibra en el interior de mi bolso. Me encuentro con una nueva llamada de José. Me decido por no responder, pero su insistencia es tal que no duda en enviarme un mensaje. Quiere que cenemos juntos esta noche. Pero eso no será posible. No voy a cenar con él, ni esta noche ni nunca más. Su insistencia no está haciendo más que empeorar la situación, si es que puede empeorar más.

Me decido a ponerme en marcha cuando un policía local me obliga a detenerme. Miro a mi alrededor segura de que no he aparcado en zona prohibida.

—Buenos días, agente, ¿he hecho algo malo? —Lo encuentro la mar de

atractivo...

—Buenos días, señorita, le aconsejo que se ponga el cinturón de seguridad antes de iniciar la marcha si no, no tendré más remedio que multarla.

—Disculpe. —Me pongo el cinturón y espero a que vuelva a hablarme. Ya no tengo tanta prisa como hace unos segundos. Siento demasiada curiosidad por entablar conversación con este hombre.

—Ahora, circule con precaución.

¿Y ya? ¿No va a decirme nada más? ¿Y qué iba a contarme? Será mejor que conduzca o llegaré tarde al trabajo.

Ya en el despacho me dispongo a trabajar en el proyecto de la Señora Carbonell y en la primera visita a su nuevo apartamento. Carlos pasa por delante de mi despacho, me saluda móvil en mano y se dirige a su recién estrenado despacho.

Carlos Herranz se incorporó a la oficina cuando mi embarazo estaba ya muy avanzado. Jaime lo contrató como mi ayudante para más tarde y si funcionaba tal y como esperábamos se quedase indefinidamente en la empresa. Aún recuerdo su primer día. La Señora Carbonell nos reclamaba, en esta ocasión, para que nos encargáramos de la decoración de su nueva tienda. Aquel día no acudimos a nuestra cita con la Señora Carbonell sino a la clínica de Alfredo y Susana tras encontrarnos con José y con ello otra de nuestras discusiones que disparó por completo mí ya de por sí alterada tensión. Yo acabé ingresada, con una baja de una semana y Carlos encargado en solitario de las exigencias de nuestra clienta. Sí, aprobó con nota y mientras él triunfaba en aquellos meses, yo luchaba por mantenerme lo más cuerda posible.

Un tiempo atrás...

Los recuerdos me llevan a la mañana en la que, con la ayuda de Marcos, descubrí que estaba embarazada. La noche anterior descubrí a José con mis pastillas... mi vida se tambaleó y se vino abajo en aquel preciso instante. Tras mi visita a la clínica y las pruebas oportunas de manos de Alfredo mi embarazo tomaba forma mes a mes, pero a una semana de conocer el sexo de mi bebé algo cambió.

Era fin de semana, y a pesar de estar en pleno noviembre, la temperatura era la idónea para pasear por Madrid, comer con mis amigas y realizar algunas compras para renovar mi armario. Mi embarazo ya era más que evidente y en las últimas semanas había cogido mucho peso. Solo estaba de cinco meses, pero mi vientre plano había desaparecido por completo.

Caminaba junto a Susana, que desde que supo lo de mi embarazo y haciendo honor a su excesiva sobreprotección por todos y cada uno de nosotros, no paró desde que bajamos del tren de darme toda clase de consejos. A lo lejos, la silueta de una persona conocida me alejó de los consejos de mi amiga. A cada paso que daba, cuanto más me acercaba a esa persona, más nítida se iba haciendo su figura. Ambos nos detuvimos cuando estuvimos frente a frente. Decenas de personas pasaban por nuestro lado, hablaban entre ellos, pero yo ya no los oía, se sonreían felices, pero desconocía el porqué de su alegría. Sabía que las chicas se habían detenido y que estaban viendo lo mismo que yo. Susana me estaba hablando, pero yo no oía más que nuestras respiraciones nerviosas. Solo tenía ojos para la persona que tenía delante. Paralizada, esperé a que fuese él quien tomara la iniciativa. En ese preciso momento el tiempo transcurría a cámara lenta. Ya no veía nada, los coches y las personas habían desaparecido. No olía ningún olor en concreto, ni el humo de los coches ni los suculentos aromas de los restaurantes que nos rodeaban. Solo lo olía a él. Jamás olvidaría su perfume.

Salí de mi ensimismamiento cuando sus ojos fueron hacia mi vientre. Su sorpresa no pudo ser mayor. Por impulso, llevé mis manos a mi vientre para protegerlo. ¿Contra qué? ¿Contra él? Mi instinto maternal fluía por cada poro de mi cuerpo. Lo miré recelosa, con temor a su posible reacción, sin saber muy bien lo que iba a suceder después, sin saber que iba a decir o a hacer. Relajé mi cuerpo cuando un par de lágrimas recorrieron sus mejillas. Con el dorso de la mano, las limpió con rabia. No quería que lo viéramos llorar. Quizás, en la intimidad, sus lágrimas hubieran brotado sin ningún pudor. Me sorprendió cuando fueron los míos los que dispararon lágrimas. Caminó hacia mí, recortando la mínima distancia que nos separaba. Levantó la mano hacia mi vientre y por acto reflejo me retiré. «ES MI BEBÉ». Repetí las tres palabras en mi interior como si de un mantra se tratara. También era su bebé. Tras mi primera ecografía, el odio que sentía hacia él por haberme traicionado de ese modo tan ruin se desvaneció al escuchar el latido del corazón de

nuestro bebé. Ahora que sabía que estaba embarazada, ahora que sabía que el bebé que estaba esperando es su bebé, no tenía más remedio que darle una explicación. Informarle sobre el embarazo. No era quien para separar a un padre de su hijo. Jamás me perdonaría algo así. Hace unas semanas que decidí que José debía saber de la existencia de este bebé. Nunca pensé que acabaría conociendo la verdad así. Mis planes de llamarlo en las últimas semanas se fueron al traste cuando lo vi a tan solo unos metros. ¿Por qué no cambié el rumbo? Podría haber entrado en cualquier tienda. Pero, quería verlo. Mentiría si no hubiese reconocido que seguía enamorada de él. A pesar de todo, seguía queriéndole. No habían pasado más que unos meses, ¿cómo iba a olvidarlo? No quería olvidarlo. Aunque nuestra relación había fracasado una y mil veces jamás conocería a un hombre como él. José siempre sería alguien muy especial para mí, no solo por ser el padre de mi bebé, sino porque al igual que él me decía a mí en diversas ocasiones, era el hombre de mi vida.

Las chicas me incitaron a marcharme. Rosi se colocó frente a mí, interponiéndose en su camino. Cogió mis manos y me pidió que le acompañase. Pero yo ya había tomado una decisión. Debía ir con él. Le debía una explicación y no iba a retrasarlo ni un minuto más.

Me despedí de mis amigas. Lo miré, aún en silencio. Sus ojos continuaban fijos en mi tripa de embarazada. Me moría por saber lo que estaba pensando. Consciente de que estaba en shock le incité a que me acompañase hacia una cafetería cercana. Su silencio me incomodaba sobre manera. Pedí un zumo de naranja. El camarero esperaba a su petición y ante su silencio no pude más que pedir un zumo más para él.

El camarero regresó con nuestros zumos y unas galletitas de canela. Nada más meterme la galleta en la boca no pude más que correr hacia los aseos. De regreso a la mesa anoté mentalmente que no debía comer canela nunca más. Y es que desde que me quedé embarazada fueron muchos los alimentos que no toleraba.

Tomé asiento, el solo olor de las galletas me incomodaba. Consciente de mi malestar retiró el plato a la mesa más cercana. Bebí un sorbo de mi zumo para intentar recomponerme y fijé mi mirada en la suya. Seguía sin mirarme, de hecho, solo miraba mi vientre como si no se creyese lo que estaba viendo.

—José... —Silencio—. José, tenemos que hablar.

—Estás embarazada... —Asiento—. Tendremos un bebé. Un bebé...

Devolvió la mirada a mi vientre, pasó ambas manos por su abundante melena como tantas veces había hecho mientras estaba conmigo, cerró los ojos durante unos segundos y fijó la mirada, en esta ocasión, directa en mis ojos. No pude más que apartar la mirada.

—Un hijo... nuestro hijo. Un hijo tuyo... —Pasea (Paseó) su mirada de mi vientre a mis ojos—. ¿Cuándo pensabas contármelo? No puedo creer que me hayas escondido algo tan serio. ¡Joder, Sofía, es nuestro hijo!

—Haz el favor de calmarte, José. No te alteres de ese modo porque no estás en situación de exigirme nada. — Tomé aire, conté hasta tres y volví a dirigirme a él ya más calmada—. Hace unas semanas que decidí contarte lo del embarazo. No soy quién para separar a un padre de su hijo... si he tardado tanto tiempo en contarte la verdad es porque no encontraba el valor suficiente para enfrentarme a ti. Sentía demasiado dolor como para volver a verte.

En La actualidad...

Le mostré mis deseos a que formara parte de la vida de nuestro hijo, le conté todo sobre el embarazo y quedé en mandarle todos los informes. Aun así, aquello no fue suficiente. Tenía la necesidad y la urgencia de dejarle claro que el bebé viviría conmigo a pesar de que estaba decidida a compartir su custodia. Le informe de mi renuncia a la manutención y él de que guardaría mes a mes una suma de dinero que entregaría a nuestro hijo en su mayoría de edad. Tras una breve negociación que estuvo bajo manos de mi nuevo abogado en todo momento, firmamos un acuerdo en el cual José aceptaba todas mis peticiones sin rechistar.

Fue entonces y dado su comportamiento cuando me decidí a mandarle vía e-mail la citación para la próxima ecografía, en la que conoceríamos el sexo de nuestro bebé.

Pero aquella normalidad y buen hacer de José duró de - masiado poco. A la mañana siguiente y con Carlos ya a mi cargo caminábamos hacia el nuevo negocio de la Señora Carbonell que se encontraba un par de manzanas alejada de nuestro edificio.

Un tiempo atrás...

Me recuerdo junto a Carlos manteniendo una conversación meramente explicativa sobre la Señora Carbonell y sus exigencias interminables cuando alguien se interpuso en nuestro camino. La mala educación del viandante me sacó de mis casillas y me dirigí hacia él dispuesta a quejarme del comportamiento que tuvo. En vez de un caminante cualquiera me encontré a José con semblante chulesco.

—Buenos días, Sofía, me dirigía a tu oficina. Me gusta - ría hablar contigo.
—Redirigió su mirada hacia Carlos y lo saludó con desgana—. Chico...

Mientras Carlos mantenía la educación que lo caracterizaba yo no dudé en reprender a José. Durante mi embarazo no me preocupé en disimular mis estados de ánimo, en cualquier lugar y cualquier momento, con la persona adecuada o no. Mis hormonas se habían apoderado de mi cuerpo y estaba más que dispuesta a darle alas.

Con la intención de no dar demasiadas explicaciones pedí a Carlos que me esperase en una cafetería cercana. Cuando me disponía a enfrentarme a José y su altanería algo me hizo dudar. En la misma esquina de la calle donde nos encontrábamos me pareció ver a alguien conocido. José intentó detenerme sin éxito. Estaba decidida a terminar con aquella farsa. Al llegar a la esquina, me encontré con George. No sé que le sorprendió más, si mi presencia o descubrir que estaba embarazada. Después de todo, José no había cambiado. El desconcierto de George confirmó mis sospechas. José no iba a cambiar jamás. Abrí mi bolso, cogí mi tarjetero y le hice entrega de una de mis tarjetas.

—Dado la posición en la que te he encontrado imagino que estás haciendo uno de tus trabajos de espía. Si no me equivoco es probable que sea a mí a la que estás investigando en este momento. —Cogió la tarjeta de entre mis dedos y se mantuvo en silencio—. Salgo de trabajar a las siete, espero que te pongas en contacto conmigo.

Noté la presencia de José a mi espalda. No fue necesario que me hablase para saberlo. Podría sentirlo a metros de distancia, no podía engañar a nadie. Amaba a ese hombre y el poder que tenía sobre mí era espeluznante, pero las cosas habían cambiado. Mi embarazo me cambió. Ya no soy era la misma

Sofía de siempre y José lo descubrió en ese mismo instante. Sin apartar la mirada de sus ojos llenos de súplica le prohibí ir a la cita del hospital en la cual conoceríamos el sexo de nuestro bebé. ¿Y qué podía hacer después de todo? José había vuelto a fallarme. Si había una esperanza, aunque fuese mínima, de que volviésemos a estar juntos y formar una familia, José se encargó de destruirla.

Para cuando me volví a reunir con Carlos dispuesta a seguir trabajando ambos éramos conscientes de que mi estado de salud estaba empeorando por momentos. Mi tensión, el bebé... La cancelación de nuestra cita con la señora Carbonell vino primero, después un viaje frenético hacia la clínica y una vez allí, mi primer ingreso bajo amenaza de darme la baja indefinidamente.

En La actualidad...

Regreso al trabajo con la intención de no recordar mucho más de aquellas semanas. Consulto la hora en la pantalla del ordenador, no son más de las diez de la mañana por lo que vuelvo a dejar el tiempo pasar y con ello la consecuencia de que mis pensamientos regresen a aquella mañana.

Un tiempo atrás...

Estaba ligeramente dormida cuando los gritos del exterior interrumpieron mi descanso. Me costó acostumbrarme a la luz, hasta que reconocí su voz. Estaba fuera de sí. Susana me acompañaba mientras que Alfredo hacía todo lo posible por mantener a José alejado de mí. Mi teléfono empezó a sonar, recibí una llamada de George para ponerme sobre aviso. José no se encontraba bien y no se recuperaría hasta que supiese que el bebé y yo estábamos en perfecto estado.

En el exterior los gritos continuaron, no sabía bien qué debía hacer. Su comportamiento seguía siendo nefasto, no podía permitir que siguiese comportándose de ese modo. Debía aprender a respetarme. Una vez que los gritos cesaron pude volver a descansar.

Regresé a casa a la mañana siguiente con orden explícita de mantenerme en reposo hasta que tuviese que asistir a la siguiente cita con el ginecólogo, donde conocería el sexo de nuestro bebé. Pero no estaba dispuesta a quedarme

de brazos cruzados, tenía mucho por hacer y para ello tenía la ayuda de Marcos y Ana. Aquel día habíamos quedado para preparar el nuevo dormitorio de Gala en mi antiguo despacho, despacho que también fue el dormitorio de Marcos.

En La actualidad...

Vuelvo al trabajo cuando recibo un e-mail de la Señora Carbonell con nuevas especificaciones. No puedo creer que vuelva a hacerlo. Releo una y mil veces el listado de peticiones y sugerencias sin saber muy bien qué es lo que quiere esta mujer en esta ocasión. Descuelgo el teléfono de mi despacho, marco su número de teléfono y me dispongo a tener una charla con ella a pesar de que la veré en cuestión de horas.

Tras estar algo más de una hora al teléfono no me queda más remedio que prepararme para ir hacia su nuevo apartamento. En el trayecto hacia una de las zonas más distinguidas de la ciudad los recuerdos vuelven a mí haciéndose con un buen espacio en el interior de mi coche.

Un tiempo atrás...

Eran más o menos las seis de la tarde cuando George llegó al ático aquella tarde. Fueron muchas las ocasiones en las que lo encontré mirando mi vientre, para en muchas otras evitarme a toda costa por la incomodidad que sentía mientras lo sometía a mi interrogatorio.

—Hace ya unos meses que José viaja a Londres. Un hombre de negocios, conocido de su padre, se había interesado por el edificio de The City y tras llegar a un acuerdo firmaron una cesión de un año por el negocio. José sigue perteneciendo a la Junta Directiva por lo que este hombre se ve obligado a informarle de todas sus decisiones. Pero bueno, no quiero aburrirte con este tema. Fue entonces cuando José me pidió que viajara a Madrid.

— ¿Y qué hay del bufete de Londres? —lo interrumpí. —Uno de los abogados se está haciendo cargo hasta que yo regrese, que supongo será muy pronto. —Fijó la mirada en mi vientre y regresó a sus explicaciones—. No sé cómo explicarte todo esto... digamos que llevo días siguiendo tus movimientos. Para que me entiendas... digamos que vuestro encuentro no fue exactamente una

casualidad. —¿Estás intentando decirme que me has estado vigilando?

—Se puede decir que sí, aunque no he debido hacer muy bien mi trabajo porque no tenía conocimiento que estuvieras embarazada.

—No puedo creer que José haya vuelto a engañarme y lo que más me sorprende es que tú aceptaras entrar en su juego. Pensé que éramos amigos, pero está claro que ya no puedo confiar en nadie. ¿José no te contó porque lo había- mos dejado?

—En realidad, no, en esta ocasión no me limite más que a hacer mi trabajo. Sin preguntas, sin importarme más que con cumplir mi misión y regresar a casa lo antes posible. He conocido a alguien Sofía. Esa mujer me importa de verdad. No tengo intención alguna de pasar mucho más tiempo separado de ella. Y creo que tú puedes darme los detalles que necesito para enfrentarme a José y regresar a mi puesto de trabajo, del que no debería haber salido. Pasamos horas hablando, sopesando sobre lo que debía o no contarle a George y todos mis pensamientos me lleva- ron al mismo punto. Tenía que ser sincera con él. Y así lo hice. George no pudo salir de su asombro al recibir toda la información.

—Mañana tengo la ecografía en la que conoceré el sexo del bebé y aunque me hubiera gustado que José estuviera conmigo en ese momento tan especial, he tomado la decisión de poner todo lo referente a mi hijo en manos de mi abogado. De ahora en adelante recibirá toda información a través suya y para cerciorarme de que no incumple nuestro acuerdo, mañana mismo, cuando salga de la consulta iré a hablar con sus padres.

—¿Sabes que si haces algo así os separaréis para siempre? —Conocía los riesgos de mi decisión y estaba dispuesta a arriesgarme. Estaba decidido—. Si sus padres le piden que te deje tranquila no se atreverá a defraudarlos, se siente en deuda con ellos.

—Es por eso por lo que me he decidido a dar ese paso. No voy a negarle que pase el tiempo que quiera con nuestro hijo, pero lo hará alejado de mí.

En La actualLidad...

Nada más incorporarme a la autopista me sorprende la cantidad de coches que, o están detenidos o conducen a muy baja velocidad. Me mantengo en el carril de la derecha a la espera de un cartel informativo que me indique que está ocurriendo exactamente. Completamente detenida en medio de la autopista me dispongo a poner en marcha la radio. Juego con las emisoras hasta que

escucho a *Pablo Alborán* y me decido a escucharlo hasta que mis recuerdos vuelven a jugarme una mala pasada y me hacen regresar tiempo atrás, a la consulta del ginecólogo.

Un tiempo atrás...

Aquella mañana mis nervios no me permitieron dormir, por lo que madrugué más de lo que tenía planeado. Aquella mañana parecía un robot, me vestí sin prestar atención a mi atuendo, me peiné sin dar importancia a mi peinado y conduje en pleno silencio, sin música, sin compañía. Solo yo y mis pensamientos. Era inevitable no sentirme mal, José volvería a perderse un momento más con nuestro bebé, uno de los más importantes del embarazo.

—Bueno, Sofía, ¿estás preparada? —El ginecólogo tomó asiento, encendió la pantalla. La imagen que percibí de ella me hizo sonreír y llorar al mismo tiempo—. Bueno, pues parece ser que vas a tener una niña preciosa. ¿Ya sabes cómo vas a llamarla?

Era una de las pocas cosas que tenía claro. Sabía a la perfección como llamar a nuestra pequeña. José y yo habíamos fantaseado con la idea de tener una niña a la que llamaríamos Gala tras escuchar aquel nombre en un programa de televisión. Y aunque en un principio no fue más que una idea alocada acabó por convertirse en una firme decisión. Sí, nuestra hija se llamaría Gala, tal y como habíamos planeado.

Era media tarde cuando me decidí, acompañada por varias copias de mi ecografía, a conducir hasta La Finca, a la mansión de Fernando y Eloísa. En las últimas horas me asaltaron las dudas. Odiaba y amaba a José con la misma intensidad. Pero ya no éramos él o yo. Ahora había una tercera persona en la que pensar y fue la preocupación por nuestra hija la que me llevó hasta aquella casa.

El llanto de Eloísa y el caminar inquietante de Fernando nos acompañó en todo momento hasta que coloqué las copias sobre la mesa y descubrí el secreto.

— ¿De verdad que no podéis arreglarlo? José estaba tan feliz desde que te conoció... ha cambiado tanto en estos años que no puedo creer nada de lo que

me estás diciendo.

—No, no pueden arreglarlo. José no va a cambiar nun - ca. Pensé que habíamos sido unos buenos padres para él, pero está claro que hemos fracasado. Nuestro hijo es un mentiroso compulsivo y lo será siempre. Si no hablamos con él ahora y no tomamos cartas en el asunto, estará perdido.

Fernando, que no había hablado hasta el momento, logró que mi actitud tranquila se desvaneciera. Mis lágrimas acompañaron a las de Eloísa, que habían vuelto a sus ojos. Las dudas me avasallaron. Yo, que tan enamorada me creía de José iba a ser la culpable del enfrentamiento con sus padres. Por un momento pensé que me había equivocado, que hablar con ellos había sido un error. Por suerte, volví en sí. Todo lo que estaba haciendo era por él y por nuestra hija. Si por algo fui a aquella casa fue por José y su felicidad. Debía dejar atrás lo que fuese que le estaba haciendo comportarse de ese modo. Yo que le creía rehabilitado... en ese momento fui consciente que ni la terapia ni el ingreso habían sido suficientes. Las mentiras seguían siendo parte de él.

En La actualidad...

Llego tarde debido al tráfico que se debía a unas pequeñas obras en la calzada que reducían los cuatro carriles en dos provocando la afluencia de tráfico y con ello las grandes aglomeraciones. Aparco el Audi y me decido a caminar en dirección al apartamento de la Señora Carbonell cuando descubro que mis recuerdos me persiguen fuera en el exterior.

Un tiempo atrás...

Una hora después decidí que había llegado el momento de marcharme. El ambiente estaba cargado de tensión por un silencio que solo fue interrumpido por el llanto de Eloísa.

Fernando me acompañó hasta la salida. Quería hablarme, pero prefería hacerlo alejado de su esposa.

Pero Fernando y yo nunca pudimos hablar, cuando ya estaba junto a mi coche, las verjas de la puerta de la entrada se abrieron ante nuestros ojos mostrando el coche de José. Nuestras miradas se encontraron y un rugir de motor me sobresaltó. José había acelerado y se situó a nuestro lado en cuestión de

segundos. Había llegado el momento de marcharme, no podía enfrentarme a José, no en ese momento en el que me encontraba más susceptible que nunca.

En La actualLidad...

Pulso el portero inalámbrico ante la falta de portero físico y espero a que la Señora Carbonell o su asistente me haga pasar. Elijo el ascensor para subir a la última planta y no puedo más que quedarme fascinada con su interior. Pantalla táctil, música clásica de fondo, conexión directa con seguridad, un sistema antiincendios de lo más novedoso... me pregunto cuantos cientos de millones le habrá sacado a su ex marido para hacerse con un apartamento en esta zona de la ciudad...

Entro en el apartamento, escucho a la Señora Carbonell dar órdenes a diestro y siniestro sin ningún control. Su antigua asistente me ofrece algo de beber y que tome asiento hasta que la señora pueda venir a mi encuentro. En lugar de venir hacia mí, me llama a gritos, desde el interior del apartamento. Camino hacia ella sin tener muy claro donde debo dirigirme hasta que aparece de la nada cuaderno en mano.

Sin saludarme tan siquiera me pasa el listado de especificaciones y tras darme una serie de explicaciones sobre lo que quiere y donde lo quiere, coge su bolso y se marcha dejándome a solas con la plantilla de mudanzas que ha debido contratar.

Me dispongo a realizar mi trabajo dejando de lado las excéntricas peticiones de mi clienta a sabiendas de que cambiaré de opinión en cuanto termine con lo que me ha pedido. Tomo medidas, reorganizo parte del mobiliario que ya han desembalado los de la mudanza y completamente desorientada por el caos que reina en todo el apartamento me decido a llamar a mis trabajadores habituales y me ayuden con todo este desastre.

—Por favor, ¿os importaría dejar de sacar todo lo que hay en las cajas? Así no hay forma de poder trabajar y con tanto trasiego de gente puede dañarse algo.

—La señora Carbonell nos ha pedido que desempaque - temos todo porque quiere saber qué tiene en cada caja.

—Bien, pero ahora soy yo la que está al mando. Ojú- pense del mobiliario.

Pueden ponerse a trabajar en la habitación del fondo y si no es mucho pedir les ruego que dispongan el resto de las cajas en la habitación pequeña.

Necesito espacio para poder trabajar.

Pienso en Gala en medio de este caos. Va a pasar demasiadas horas con la niñera. Busco mi bolso, tomo de su interior mi teléfono móvil y pido a José que se encargue de recogerla en el ático y se la lleve consigo a su apartamento. Es probable que yo me retrase más de la cuenta. Continuo con mi trabajo, y ya sola, en el apartamento los recuerdos vuelven una vez más.

Un tiempo atrás...

Como era de esperar, José caminó hacia nosotros sin tiempo que perder. Ni siquiera había apagado el motor. Sus ojos imploraban información a la vez que mostraban incredulidad. A tan solo unos pasos, Fernando se interpuso en su camino y lo apartó de forma brusca. Mientras que aquello sucedía me mantuve inmóvil con José mirándome suplicando una explicación.

Su tristeza me atravesó el alma. No soportaba verlo de ese modo.

Inconsciente, caminé hacia él. Fernando no estaba dispuesto a acceder, por lo que fueron necesarias más que unas palabras para que me permitiese hablar con su hijo. Solo quería darle una copia de la ecografía, me faltaban fuerzas para hablar con él, pero debía hacer algo para que ese sufrimiento se desvaneciese.

—Hoy he tenido la última ecografía. Está todo bien. Las dos estamos bien.

—Tomé aire para contener unas lágrimas que amenazaron por cubrir mi rostro—. Es una niña.

—Gala... —asentí ante sus ojos anegados por las lágrimas—. Sofia... yo... lo siento...

—Muy bien, ya basta por hoy. José, entra en casa. Tu madre te está esperando —interrumpió Fernando—. Sofia, vete a casa. Nosotros nos encargamos.

Son más de las ocho de la noche cuando me decido a abandonar el apartamento de la señora Carbonell. Tras despedirme de la asistenta, entro de nuevo en el majestuoso ascensor que me lleve hacia el portal. Fuera aún no ha anochecido, aun así, prefiero adelantar mi paso y dirigirme lo antes posible de vuelta a casa, aunque antes tengo que recoger a Gala en casa de José.

A diferencia de esta mañana el tráfico es prácticamente inexistente lo que me

ayuda a llegar antes de lo previsto al apartamento de José.

—Sube, está cenando —me informa José a través del portero automático.

Por un momento pienso en regresar al coche y esperar allí, pero desisto. Solo serán unos minutos... y repito aquellas palabras para auto convencerme de que tampoco es tan malo que suba hasta su apartamento.

—Vamos, siéntate a la mesa. He pensado que vendrías cansada y con hambre y he preparado cena para ti también.

Encuentro a Gala sentada a la mesa, disfrutando de su puré. Me sonrío desde el fondo de la mesa y me incita a que vaya a su encuentro.

—Corre, mamá, se enfría el pececito.

—Pescado, cariño, se dice pescado.

—Pero es un pez... como Nemo... —Su rostro cambia por completo—. ¿Vas a comerte a Nemo?

—No, cariño, Nemo está con su papá, ¿no te acuerdas? Lo vimos en la tele.

Conforme con mi breve explicación sonrío de nuevo y regresa a su puré. José regresa de la cocina con la cena en aquella enorme bandeja que subió hasta su dormitorio la primera vez que me quedé a dormir aquí. Consciente de lo que estoy pensando me sonrío ligeramente. Aparto la mirada y me centro en la alimentación de Gala que tiene más puré en las mejillas que en su propio estómago. Tomo asiento a su lado, recojo su servilleta y me esmero en limpiar los restos de comida.

José se sitúa junto a mí, demasiado cerca para mi gusto y me sirve un plato de ensalada de primero. Después toma asiento decidido a iniciar una conversación interesante y relajada. La escena familiar me hace estremecer.

—¿Le has contado a mamá lo que has hecho hoy en el cole? Hemos hecho deberes.

—¿Has hecho deberes? ¿Cómo los niños mayores?

Gala ríe y el apartamento entero se llena de alegría y felicidad. Observo a José que pasea su mirada de Gala hacia mí y de mí a Gala mientras que sonrío, alegre y completamente tranquilo. Si esto era lo que quería para nosotros dos, ¿por qué se comportó de ese modo tan irracional? ¿Por qué lo tiró todo por la borda? Noto calor sobre mi mano, un escalofrío recorre mi cuerpo y eso solo puede significar una cosa. José. Me conoce tan bien... estoy segura de que conoce mis pensamientos mejor que yo...

—Lo siento...

No añade una sola palabra más. Entre nosotros ya está todo dicho.

Demasiados «lo siento» a nuestras espaldas y para José no parecen ser

suficientes. Siempre hay un lo siento más en un intento de unirnos sin ser consciente de que estamos muy alejados. Sigo enamorada de él, no puedo engañarme y José lo sabe. Pero no lo he perdonado, creo que no le podré perdonar jamás. Demasiados errores, demasiadas mentiras... demasiados lo siento.

Volvemos al punto de partida. José se desespera y yo, incómoda, decido cortar cualquier tipo de conexión con excusas banales o marchándome sin más.

—Ya es tarde, quizás debería acompañaros a casa —co-menta José mientras recoge la mesa de forma pausada.

—No creo que sea necesario, daremos un paseo hasta el coche y después conduciré hasta casa sin problema.

—Gala está cansada... permíteme al menos que os acompañe hasta el coche. Es una guerra perdida. Gala siempre está dispuesta a alargar los encuentros con su padre, mucho más si estoy yo con ellos. Y la entiendo, no puedo culparla por la idea de fantasear con ver a sus padres juntos, no es más que una niña. Lo peor de toda esta situación es que todos sufrimos, pero es Gala la que peor maneja esta situación. ¡Tiene cinco años! José debería ser consciente de lo que provoca, pero está cegado.

Desisto, solo porque quiero evitar lo que ya sucedió hace unas semanas.

Insistió en acompañarnos, ya en el portal, se ofreció a ayudarme con el baño de Gala. No pude negarme, Gala reclamó la presencia de su padre y tuve que aceptar a regañadientes. Tras el baño, llegó un cuento. Después una copa de vino, una conversación sin importancia, una primera caricia, su brazo rodeándome y sus labios rozando mi boca.

Suspiro desesperada y sorprendida al mismo tiempo por pensar en esa vida perfecta. Los recuerdos se apoderan de mí una vez más y me acompañan ascensor abajo.

En La actualLidad...

Un tieMpo atrás...

Hacía más de tres meses que no tenía noticias de José, llevaba más de dos meses de baja y acababa de cumplirse una semana que salí de cuentas. En eso se había basado mi vida en los últimos meses. No hacía otra cosa más que contar las horas y los días. Si mi pequeña no se decidía a nacer iba volverme loca. No estaba acostumbrada a estar tanto tiempo retenida en casa y desde que acepté la baja, apenas salía para ir a la clínica. Ya ni siquiera podía

encargarme de hacer la compra, o atender mis quehaceres domésticos y es que había engordado tanto que tenía que hacer grandes esfuerzos para levantarme de la cama o el sofá.

Alargue mi mano hacia la mesita de noche. Cogí mi móvil, eran más de las once de la mañana por lo que me decidí a levantarme. Aún en pijama recorrí el pasillo hasta la cocina. Ignoré la ducha para más tarde y me dispuse a prepararme un buen tazón de leche con tostadas. No había hecho más que sentarme a la mesa cuando un dolor intenso recorrió mi cuerpo. Creí haberme puesto de parto, aunque no había roto aguas, por lo que decidí a seguir devorando mi exquisito desayuno.

Con el móvil sobre la mesa y el desayuno aún sin recoger me dispuse a navegar por Internet y es que en los últimos meses me había enganchado a toda clase de blogs que hablaban sobre el día a día de una embarazada. Ni que yo no supiera más que de sobra lo que era estar embarazada...

Era casi la una cuando dejé a un lado el teléfono y me animé a recoger la casa. No llegué a la cocina cuando, lo que ya se me antojaba como una contracción, me paralizó por completo. Rompí aguas y aunque había estado preparándome para este momento, el pánico se ha apoderó de mí. Conté hasta tres con la única intención de infundirme el valor que necesitaba para iniciar mis labores hacia el parto. Comencé con mis ejercicios de relajación hasta que conseguí llegar a la cocina y dejar en el interior del fregadero el tazón y el plato de mi desayuno. Regresé al salón, tomé mi móvil y llamé a Marcos para avisarle de mi estado tal y como habíamos acordado. Como si supiese lo que está ocurriendo no tardó en contestar a mi llamada. Tenía algo más de media hora para prepararme antes de que llegase con Ana y nos dirigiésemos a la clínica.

Tras darme una ducha rápida, escogí uno de mis tantos modelitos premamá y me dispuse a esperar a Marcos junto a la puerta con mi maleta y la bolsa de Gala.

No hicieron más que entrar cuando una nueva contracción me obligó a apoyarme junto a la pared. Una lágrima se deslizó por mi rostro y aunque mi amigo y su novia estaban conmigo no pude sentirme más sola. Necesitaba que viniese, lo necesitaba a mi lado.

—Marcos, llama a José, por favor. Dile que estoy de parto, que vaya a la clínica.

—Pero, Sofía, ¿no prefieres que le llame después? —preguntó Marcos con la maleta y la bolsa ya en ambas manos—. Pensé que no querrías verle...

—Joder, Marcos, llámalo de una puta vez. —Tomé mi móvil del interior de mi bolso y se lo acerqué a Ana—. Y tú llama a mis padres.

Ana no dudó ni un solo instante en tomar mi teléfono y empezar a buscar en el listín telefónico con la única intención de que no la gritase a ella también.

De camino hacia la clínica las contracciones fueron en aumento y temí que mi hija se decidiese a nacer en el coche de Marcos.

En La actualLidad...

—Sofía. Sofía, ¿qué te ocurre? ¿Se puede saber dónde has aparcado el coche? Llevamos ya un rato dando vueltas por la calle. Gala se ha quedado dormida...

—Sí, perdona, estaba pensando.

No hago más que dar unos pasos más cuando llegamos al Audi. Abro la puerta trasera, José deja a Gala en su silla y la coloca el cinturón de seguridad sin ser consciente de que su padre le ha besado la frente y acariciado su mejilla sonrosada. Cierra la puerta y fija su mirada en mí. Estamos tan cerca el uno del otro que puedo oler su perfume. Acerca su mano hacia mi cara, despacio, a la espera de que me retire o le rechace, pero su olor me ha paralizado.

Finalmente, su mano acaba sobre mi mejilla. La mantiene en pausa, no me acaricia. Solo me mira y mantiene su leve contacto. Piel con piel desde hace tantos meses... no puedo más que cerrar los ojos y disfrutar.

Para cuando abro los ojos encuentro a José completa - mente pegado a mi cuerpo. Su olor me nubla el raciocinio, el palpitar de su corazón junto a mi pecho provoca que mi propio corazón se acelere. Y el hecho de que haya apartado su mano y ahora no me toque me desespera. Me sorprende a mí misma gimiendo por la tensión del momento. En un claro intento de mantener sus manos alejadas de mi cuerpo las esconde en el interior de los bolsillos de su pantalón. Lo imito y mantengo mis brazos inertes a ambos lados de mi cuerpo, desesperada por más hasta que soy consciente de que no es esto lo que quiero. No voy a volver con él, está más que decidido, ¿por qué estamos

haciendo esto? Es un juego absurdo.

—Es tarde... será mejor que me vaya a casa.

—Sí, claro. Es tarde... llámame cuando llegues por favor.

Me remuevo incómoda junto al coche a la espera de que me ofrezca el espacio que preciso para poder ir hacia la parte delantera, a la puerta del conductor.

Da un paso atrás, solo un paso, lo suficiente para dirigirme a mi camino y que tenga que rozar mi cuerpo con el suyo. Rodeo el coche, abro mi puerta y me despido de él con una mirada insignificante sin decir una sola palabra.

Arranco, me abrocho el cinturón y vigilo a Gala a través del espejo interior.

Duerme, por lo que me decido a apagar la radio.

Me incorporo al tráfico. Apenas he llegado al primer semáforo cuando veo a José con la mirada fija en nosotras, con sus manos aún escondidas en el interior de los bolsillos y semblante serio.

Esa última visión me persigue el resto de la noche, al igual que los recuerdos, que vienen y van cuando ya estoy dispuesta a dormir.

Un tiempo atrás...

Para cuando llegamos a la clínica mis padres ya estaban esperando mi llegada en la sala de espera, por lo que imaginé que debió ser el propio José quien los avisó. Encontré a mi madre dando órdenes a todo el que se encontraba a su alrededor mientras James la seguía con paso firme y decidido. Sentado en uno de los sofás encontré a mi padre, nervioso, inquieto, con las manos entrelazadas con las de Julia, que estaba haciendo verdaderos esfuerzos por calmarlo.

Una silla de ruedas salió a mi encuentro y di gracias de que así fuese porque los dolores no me permitieron dar un paso más. Desesperada lo busco a él en el interior de la sala de espera. Era imposible que no hubiese llegado aún por lo que me atreví a preguntar. Estaba segura de que mi madre lo estaba vigilando de cerca.

—Mamá, ¿dónde está José? —El rostro de mi madre enmudeció ante mi pregunta, sin duda alguna ella estaba detrás de que José no estuviese aquí—. Mamá, ¿qué has hecho?

—Bueno, hija, y que pretendías que hiciese. El muy im - presentable no solo ha tenido el valor de llamarme, sino que también ha tenido la desvergüenza de presentarse aquí. Vamos, ni que él hiciese falta. Tú ahora tranquilízate cariño, yo estoy contigo y me he ocupado de que ese mal hombre no vuelva a molestarte.

— ¡No puedo creer que hayas hecho algo así! —Me desesperé ante la importuna decisión de mi madre—. Ve a buscarlo, te puedo asegurar que esta niña no nacerá sin su padre.

—No la haga caso, llévela dentro, está delirando por los dolores —ordenó mi madre al celador.

—¡Joder, mamá! Le quiero a mi lado, deja de decir gili- polleces y ve a buscarlo. —Una nueva contracción me hizo gritar una vez más—. Joder, ve por él de una vez.

Inmediatamente después de mi último grito, James corrió tras mi madre. Tan solo esperaba que no se hubiese alejado demasiado, no iba a aguantar mucho más. Se suponía que las madres primerizas tardábamos más en dilatar ¡Ay Dios! Estaba muerta de miedo. Sin él no podría hacerlo. Joder, no quería que se perdiese el nacimiento de su hija. Me negaba a denegarle tal regalo. Por muy mal que hubiera hecho las cosas no podía castigarlo de ese modo. Era su padre y tenía tanto derecho como yo a vivir aquel momento.

Las contracciones aumentaron en los últimos minutos. Estaba yendo muy rápido y José no aparecía por ningún lado. Debía llamarlo...

Busqué el teléfono en la mesita de al lado y marqué su número. No hizo más que dar el primer tono la llamada cuando me respondió.

—Estoy llegando, sé fuerte, nena.

Sus palabras me hicieron estremecer. Hacía tanto tiempo que no lo escuchaba... No hice más que soltar el teléfono cuando la puerta de mi habitación se abrió. Lo miré, sonreí y lloré. A pesar del tiempo que llevaba sin verlo seguía siendo el hombre atractivo de siempre. Corrió a mi encuentro e hizo que mis lágrimas desapareciesen de mi rostro. Lo tenía junto a mí y no podía dejar de mirarlo, el dolor era menos intenso a su lado, mi tensión se fue relajando y el instante se me antojó el más dulce que había vivido con él. Mi madre entró tras él. Cuando lo encontró a mi lado corrió a apartarlo con brusquedad. Mi mirada paseó de mi madre hasta José, un José diferente, triste, hundido, débil. No podía verlo así, me rompía el alma verlo así y no podía

más que protegerlo.

—Mamá, ¿se puede saber qué estás haciendo? —Es que no entiendo porque dejas que esté aquí. Este hombre, si se le puede llamar así, te ha engañado. Te ha tratado como a una pobre idiota y no tiene ningún derecho a estar aquí.

—¡Joder, mamá, es su hija! —Ya más relajada dirigí mi mirada a José—. Por favor, José, ¿puedes salir un momento? Me gustaría hablar a solas con mi madre.

No tuve que pedírselo dos veces. En cuanto nos quedamos a solas mi madre se jactó de haber conseguido que lo echara finalmente.

—Mamá, dime una cosa. ¿En algún momento te dije si me parecía bien o mal que dejaras a papá por James? —La sorpresa de mi madre no pudo ser mayor—. Jamás te dije que me parecía una verdadera locura... jamás te dije que papá no se merecía algo así... jamás te dije que te aprovechaste de la personalidad de papá para salir ganando en el divorcio. Yo te respeté así que te pido que me respetes tú ahora. He tomado una decisión. Quiero vivir este momento con él. Es su padre y no voy a permitir que sigan separados ni un segundo más. Si no respetas mi decisión, será mejor que te marches.

Mis duras palabras se unieron al desconcierto de mi madre que, finalmente, abandonó la habitación terriblemente decepcionada y en total desacuerdo con mi decisión. Quizás mis palabras fueron demasiado duras, pero estaba cansada de su comportamiento distraído y caprichoso en el que había basado su vida en los últimos años. No iba a tolerar esta conducta ni un minuto más, al menos en lo que se refiriese a mi vida.

Las contracciones, el agotamiento y el enfado con mi madre no me ayudaron en absoluto durante el parto. El que José no estuviese a mi lado tampoco. Busqué el teléfono en la mesita y lo llamé. Colgó mi llamada y entró en la habitación. Tomó asiento a mi lado, me cogió de la mano y suspiró. Fijó la mirada en mi mano, jugó con mi dedo, donde antes estaba mi anillo de pedida.

Automáticamente después, empezó a llorar. «Joder, ¿por qué lloraba? Yo debía llorar. La que estaba de parto era yo». Abandoné mis pensamientos cuando descubro la tristeza en su rostro.

—Tu madre tiene razón... no debería estar aquí. No me lo merezco. —Sus lágrimas cubrieron por completo su rostro—. A pesar de todo lo que he hecho tú siempre me perdonas, siempre me das una nueva oportunidad.

Aunque sé que ya no puedo hacer nada para que vuelvas conmigo me permites ver nacer a nuestra hija.

—Jamás podría perdonarme haceros algo así. No debería haber permitido

que te perdieras nada en lo referente al embarazo, pero... joder, José... ¿por qué tienes que complicar las cosas?

—Creo que deberíamos hablar en otro momento. No quiero que te pongas nerviosa y sufras más de lo necesario. Ahora vamos a empezar con las respiraciones. Quiero que te relajes y que disfrutes de este momento.

—¿Has estado leyendo sobre el parto?

—Tenía la esperanza de que me llamaras... aunque no pueda parar de llorar como un idiota soy muy feliz en este momento. No completamente feliz, pero feliz, al fin y al cabo.

Mis hormonas me incitaron a besarlo, mi corazón me invitaba a que lo hiciese, pero mi mente me detuvo en seco. No podía hacerlo, no debía. No hubiera sido lo correcto. Pero me moría de ganas por besarlo. Le quería, estaba enamorada de él y era el padre de mi hija. Una oleada de contracciones me nubló el pensamiento. Había llegado el momento.

En La actualidad...

Un mensaje nuevo me saca de mis pensamientos y en realidad lo agradezco porque un montón de lágrimas amenazan por cubrir mi rostro por completo y es que me siento tan sola...

Busco el teléfono en la mesita. No puedo creer que ya sean más de las tres de la mañana... ¿quién puede escribir a estas horas? Menuda pregunta... sé más que de sobra quien me ha escrito. Abro el mensaje convencida de que es su nombre el que aparecerá en la pantalla. Pero no es un mensaje lo que encuentro sino un correo electrónico. Por mi mente pasa sin querer el nombre de la Señora Carbonell, ¿será capaz de haber cambiado de opinión una vez más? Sin retrasarlo un minuto más me decido a abrir el correo.

De: José Vallés Maestre

Para: Sofía A. Castañeda

Asunto: No aguanto un minuto más sin ti... lo siento.

Hola, Sofía, perdona las horas en las que me he decidido a escribirte, pero no aguanto más, no soporto la idea de estar separado de ti y de nuestra hija.

Nena, te echo de menos y sé que tú también me añoras a mí. Han pasado cinco años desde que cometí aquel grave error y tengo que decirte que ahora que tengo a Gala en mi vida me siento menos culpable. Sí, no debí comportarme de ese modo, debí hablar contigo sobre el trabajo que te ofreció mi padre, sobre nuestra boda, sobre nuestra hija... todo eso lo sé... me arrepiento cada día de todo aquello, pero no

puedes seguir castigándome por ello. No podré soportarlo más, no puedo olvidarte, tampoco quiero hacerlo. ¿Acaso es que ya no me quieres? No puedo creer que ya no me quieras, sé que me quieres. Lo noto cada vez que me miras, cuando estamos juntos. ¿Acaso no ha significado nada para ti la cena de esta noche? Joder, Sofía, tan solo por unos minutos hemos sido felices. Tu tensión no me ha impedido ver que en realidad estabas disfrutando. No puedes negarme que disfrutabas.

Necesito que nos veamos, tú y yo solos. Solo una vez. Quiero hacerte unas preguntas, necesito que te sinceres conmigo. Si de verdad me haces entender que ya no sientes nada por mí te dejaré marchar. No volveré a molestarte jamás. Pero necesito saber si aún tengo una oportunidad o no.

Te quiero, te echo de menos... siento tanto lo que ha ocurrido entre nosotros... José.

Su correo no solo me ha desvelado, sino que ha provocado que me dé por vencida. Esta noche será imposible dormir. Abandono el dormitorio y camino en dirección hacia la cocina, sin encender más luces que las necesarias. Lo último que quiero es que Gala se despierte. Ya en la cocina me dispongo a prepararme un buen tazón del chocolate de mi hija, ese que tanto le gusta con cereales. Aunque mi deseo es tomarme un café desisto... si bebo café sí que será imposible dormir.

Sentada en la isla central disfruto de mi bebida y descubro que está realmente bueno... en medio del silencio el correo de José invade mis pensamientos. Quizás sea buena idea que hablemos. No, ¿cómo va a ser buena idea que hablemos? Claro que le quiero, incluso le he perdonado... hace mucho que lo perdono, pero no volveré con él. Por mucho que me duela, la decisión que tomé aquella noche no va a cambiar ahora. Pero tengo que hacer lo que sea para que entienda que lo nuestro ya no puede ser, nuestra relación está herida de muerte. No, no podemos volver. No podemos volver porque no confío en él. Tengo demasiado miedo a que sus mentiras vuelvan a hacernos daño. Y ahora que soy madre no puedo permitirme un nuevo fracaso sentimental. Podríamos volver, él vendría a casa, con nosotras y cuando sus mentiras vuelvan a nuestra vida, ¿qué? ¿Qué explicación podría darle a Gala? ¿Cómo decirle que su padre tiene que irse? Ya resulta complicado explicarle la situación en la que nos encontramos.

Aprovecho que el portátil está junto a la mesa de comedor y me decido a contestar a su e-mail. Cuanto antes zanje este asunto será mejor para todos, tanto para él como para mí, como para nuestra pequeña.

De: Sofía A. Castañeda **Para:** José Vallés Maestre **Asunto:** *-sin asunto*

Buenas noches, José.

Desde luego no es la mejor hora para que me escribas, recuerda que tenemos una hija de cinco años que necesita descansar.

En cuanto a tu correo no me queda más opción que decirte que sí, te quiero. No voy a molestarte en mentirte cuando tú sabes de primera mano cuales son mis sentimientos. Me conoces tan bien que no puedo ocultarte nada, aunque tampoco lo pretendo.

No me digas más que lo sientes, sé que lo sientes y hace mucho que te perdone. Y lo recuerdo bien, fue en la primera ecografía, cuando escuché los latidos del corazón de nuestra hija.

Pero, aunque te quiera y te haya perdonado hace mucho que también tome otra decisión y es la de no volver a tu lado. El miedo a que vuelvas a mentirme es más fuerte que lo que siento por ti.

Créeme cuando te digo que me gustaría confiar en ti, pero me has fallado tantas veces que no puede ser, no puedo José.

Piénsalo detenidamente... supongamos que sí, que nos decidimos a volver a intentarlo. Supongamos que te mudas con nosotras. ¿Qué le diría a Gala cuando tuviera que marcharte tras una mentira más? Sabes al igual que yo que esa posibilidad existe y no voy a jugarme que pueda ocurrir. Me lo debo a mí y le debo a nuestra hija que no tenga que pasar por algo tan duro como ver a sus padres separándose. José, es solo una niña, ya es bastante complicado hacer que entienda nuestra situación.

Por ella, por mí y por ti te pido que recapacites y que dejes atrás el intento de volver a mí. Te ruego que no lo hagas, aunque te quiera y te haya perdonado.

Sofía.

No hago más que enviar el correo electrónico cuando me decido a regresar al dormitorio. Aunque no pueda dormir, al menos podré descansar. Me tumbo en la cama y los recuerdos invaden mi mente una vez más lo que provoca un fuerte e intenso dolor de cabeza.

Un tiempo atrás...

Tener a Gala en brazos me regalo una sonrisa eterna. Sin embargo, José no podía parar de llorar mientras paseaba la mirada entre nosotras dos hasta que nuestros ojos se encontraron. Casi por instinto llevé mi mano hasta su cara y eliminé todo rastro de lágrimas dejándome llevar por el momento y aunque sabía que este acercamiento era un error no pude evitarlo. Mi odio se había desvanecido por completo y la culpable de que ese sentimiento se hubiese apagado por completo era esta niña que guardaba un especial parecido con su padre. José me había dado el regalo más preciado, el momento más feliz de mi vida. ¿Cómo odiarle si me había hecho inmensamente feliz? José depositó un

beso en la frente de nuestra pequeña. Un gesto tan lleno de ternura que provocó que nuestro beso fuese inminente. Nuestros labios se rozaron y no lo detuve. Mis hormonas seguían conmigo, apoderándose de mí y no pensaba rechazarlas, no en ese momento. Quería ese beso, lo ansiaba con todas mis fuerzas.

La puerta de la habitación interrumpió lo que parecía ser nuestra reconciliación. Desde aquel momento no volvimos a estar solos. Familiares y amigos pasaron por la habitación de la clínica para conocer a nuestra hija. Y no fue hasta unos minutos antes de recibir el alta que me decidí a hablar con José. En un primer momento tenía todo claro, pero con Gala estaba en nuestras vidas me asaltaron las dudas. ¿Qué hacer? ¿Qué sería lo mejor para nuestra hija? ¿Y lo mejor para nosotros? Formar una familia debería ser mi única respuesta, no simplemente una opción. Pero no sabía si estoy preparada para admitir a José de nuevo en mi vida. Sus mentiras nos habían hecho mucho daño y aunque lo quería, no confiaba en él. ¿Cómo íbamos a formar una familia en esta situación? Pero le echaba tanto de menos que incluso dolía. Aunque el dolor que me había provocado con sus mentiras era más poderoso. Y tenía razones de peso para volver con él. Le quería, habíamos sido padres, le necesitaba a mi lado, nuestra hija tenía derecho a estar con su padre y él tenía derecho a estar con su hija... pero no podía ser. El daño estaba hecho, sus mentiras y mis dudas nos habían separado. Era momento de zanjar el asunto. La presencia de mi madre me obligó a retrasar nuestra conversación. Por su semblante pude adivinar que algo malo iba a ocurrir. No soportaba que José estuviese allí. No comprendía que, pese a todo, Gala era su hija. No respetaba mi decisión de haberlo llamado. Y me temí que iba a volver a recordármelo antes de regresar a casa.

—James está preparando un dormitorio para que Gala y tú os instaléis en casa.
—Dirigió su mirada hacia José para que fuese consciente de que esto no va con él. Una vez más, mi madre se equivocaba—. Mi hija y mi nieta se vienen a mi casa, conmigo, que es donde tienen que estar. Ahora, márchate. Ya no hay nada que tengas que hacer aquí.

La posesión de mi madre en referencia a mí y a Gala era palpable. Fijó su mirada en José, le retó con la mirada. Ante la situación, José se mantuvo impassible a la espera de que fuese yo quien hablase. Jamás se enfrentaría a mi

ma- dre... desde que ingresé en la clínica los desplantes de mi madre hacia José fueron numerosos y en ningún momento tuvo un mal gesto o una mala contestación. Ese comportamiento decía más de mi madre que del propio José.

A pesar de que le pedí a mi madre encarecidamente que respetara mi decisión hizo todo lo posible por incomodarle en cada oportunidad que se le puso a tiro.

—Mamá, creí haberte dejado claro que la presencia de José es indispensable. Y ya sabes que de la clínica me iré a mi casa—. El rostro de mi madre tornó hacia la incredulidad y la sorpresa que le habían producido mis palabras.

—Señora Castañeda, quiero que sepa que estoy muy arrepentido por todo el mal que le he provocado a Sofia. Es por ello por lo que quiero enmendar mi error ayudándola con todo lo referente a nuestra hija. No solo la visitaré a diario, sino que pondré mi asistenta al servicio de Sofia el tiempo que sea necesario. —Las sinceras palabras de José me pillaron totalmente desprevenida, tanto a mí como a mi madre.

El silencio se hizo el protagonista en la habitación. La tensión era palpable. A decir verdad, estaba a la espera de que fuera mi madre quien rompiera el silencio para volver a atacar a José. Supuse que estaría sopesando las correctas palabras para volver a hacerle daño. Sin embargo, y para sorpresa para mí sus incorrectos modales repercutieron directamente en mi persona. La verdad es que preferí ser yo a la que se enfrentarse para así poder contestar con total sinceridad ya que José jamás lo haría, por deferencia a mí, por supuesto. Mamá abandonó la habitación de la clínica apenas unos segundos después de mi última respuesta donde me encargué de que aceptara mi decisión de una vez por todas. Ya solo tenía que enfrentarme a José. Fijé la mirada en él. Su mirada triste me hizo estremecer, pero no podía flaquear. Había llegado el momento de sincerarme con él. Pero antes de que pudiese hablar fue él quien se dirigió a mí.

—Siento mucho que tengas que pasar por todo esto por mi culpa. ¿Crees que tu madre respetará tu decisión? —No me permitió contestar—. Ya sé que quieres hablarme, pero prefiero no escuchar lo que vas a decirme. No soportaría un rechazo más. Desde que Gala nació, después de que interrumpieran nuestro beso, has hecho todo lo posible por mantener la distancia entre los dos y

créeme, lo entiendo, comprendo que no quieras volver conmigo, aunque no voy a engañarte... tenía la esperanza de que me perdonaras después del nacimiento de nuestra hija... en realidad no merezco más que tu rechazo. Ya has hecho demasiado permitiéndome estar aquí... Ahora te llevaré a casa. Marie se incorporará esta misma tarde.

—Quiero que formes parte de la vida de nuestra hija. Por favor, no dudes en venir a casa siempre que quieras. Es tu hija, y tienes el mismo derecho que yo a pasar tiempo con ella. —No pude decirle nada más y aunque me hubiera gustado preferí mantenerme en silencio.

2

Desde aquellos e-mails no he vuelto a ver a José en mucho tiempo y con él se fueron todos los recuerdos del pasado que me hacían añorarle.

Hoy, una mañana cualquiera de mediados de octubre es una mañana más. Me he levantado antes de que suene el despertador, preparo el desayuno, me he dado una ducha y ya con uno de mis habituales modelitos me dirijo a despertar a Gala para un nuevo día de colegio.

Por suerte, hemos llegado puntuales a la entrada de sus clases. Cuando ya me dispongo a marchar en dirección a la oficina, me encuentro con él.

—Muy buenos días, señorita, ¿sería tan amable de entregarme la documentación del vehículo? También precisaré su documentación, carné de identidad y su permiso de conducir, por favor.

Este policía otra vez... no es solo un hombre atractivo, también es un auténtico capullo. Tras ojear brevemente toda mi documentación, me hace entrega de todos los papeles del coche y también de mi permiso de conducir. Durante unos segundos juguetea con mi carné entre sus dedos. ¿Se puede saber qué coño está haciendo? Hará que llegue tarde.

Como si supiera que su actitud me está causando más problemas de los necesarios, sonrío. ¡Y vaya! Es una sonrisa preciosa. ¿Es posible que me esté ocurriendo algo así? Sin decir palabra, me hace entrega del resto de mi

documentación, se acerca más de lo necesario hacia mi ventanilla y en un movimiento rápido y del que apenas soy consciente mete más de media cara en el interior del habitáculo. En un débil susurro se dirige a mí.

—Dime, Sofía, ¿darías una cita a este pobre e inocente policía?

—Disculpe, no creo que usted sea un pobre e inocente policía... y no... no le daré una cita.

—Siempre puedo llevarte al calabozo... no es que sea muy romántico, pero podremos empezar a conocernos...

—No sería una buena idea, ¿qué pensaría el resto de los ciudadanos de nuestra ciudad si se enteran de que los miembros de seguridad tienen relaciones esporádicas con ex delincuentes?

—¿Y si fuera una detención ilegal?

—Entonces estaría obligada a denunciarlo y sus compañeros de asuntos internos tampoco verían con buenos ojos que usted me pidiera una cita y yo se la concediera.

—¿Tienes respuesta para todo?

—Soy madre... estoy obligada a tener respuestas para todo.

La radio del coche de policía resuena en su interior. Su compañero le hace varias señales sonoras con el claxon lo que le obliga a abandonar su posición.

—Tengo que volver al trabajo, preciosa... nos vemos mañana. Estaré aquí para velar por tu seguridad...

—No se preocupe, mi seguridad no debería ser una de sus competencias. Me conformo con que mantenga alejados a los conductores de mi hija. Que tenga buena mañana agente, ahora tengo que marcharme.

No le doy opción a que se despida. Arranco el Audi, selecciono la marcha e indico mi incorporación al tráfico bajo la mirada inquisitiva del agente ajeno a las llamadas de su compañero de trabajo. ¿Es posible que haya vuelto a tontear con un hombre? Nunca imaginé que podría volver al «mercado». Me detengo en el semáforo, su coche pasa de largo a mi lado y aunque es prácticamente imposible juraría que me ha sonreído. ¿Será posible que en mi vida solo haya hombres desvergonzados? No tengo tiempo ni paciencia para esto. A la espera de que el semáforo me dé la señal para continuar con mi camino enciendo la radio. Manuel Carrasco canta en Cadena Dial una de sus tantas canciones de amor... y aunque no es precisamente la música que necesito escuchar en este momento de mi vida, la dejo que suene en el interior de mi coche, interior que ha quedado impregnado por el olor del policía. No

soporto ese olor. Y ahora que estoy aprovechando que el semáforo sigue en rojo puedo buscar el ambientador que compré en alguna gasolinera de la zona. El interior del coche huele a vainilla llevándose cualquier recuerdo de ese policía engreído. Adiós a la conversación que he mantenido con ese hombre y su olor tan característico y que no consigo descifrar.

Son más de las cuatro de la tarde cuando me dispongo a tener la primera reunión de la semana con Teresa, y es que desde que Jaime me nombró encargada una de mis obligaciones diarias es reunirme con ella para tratar temas referentes a la inmobiliaria y el trato directo que mantiene con el estudio.

Recojo la documentación y la Tablet y me pongo en marcha con el bolso colgado del hombro. Atravieso el estrecho y largo pasillo hacia el ascensor y aunque lo he estado ignorando no puedo evitar pensar en el policía. El olor que desprendía se ha metido tan dentro que juraría que lo sigo oliendo ahora mismo, por suerte, no veré a ese hombre nunca más. ¿Nunca más? Trabaja a las puertas del colegio de Gala, será imposible ignorar su presencia...

Subo en el ascensor aprovechando el espacio que ha dejado libre una mujer sonriéndome cordialmente al salir. En el interior, dos hombres charlan acaloradamente sobre el partido de la tarde anterior. Una chica, algo más joven que yo teclea con gran habilidad su teléfono móvil al cuál sonríe tras haber recibido un nuevo *WhatsApp*. Poco a poco todos mis acompañantes van dejando el ascensor hasta dejarme sola. Con el ascensor vacío pulso el botón de la planta a la que me dirijo. El roce de unos dedos sobre mi mano me sobresalta. ¡No estoy sola en el ascensor!

—Disculpa, no quería asustarte... pensé que eras consciente de que estaba en el ascensor y que en realidad me estabas ignorando... Es posible que te deba una disculpa, no fui muy educado esta mañana.

Otra vez ese hombre. Me gustaría pensar que nuestro encuentro es mera casualidad. Pero soy una mujer desconfiada, por defecto. A veces no puedo evitar pensar mal de todo el mundo, más si es un hombre, un hombre que no conozco.

—Me llamo Hugo... tengo una cita en una inmobiliaria. —Sonríe—. Lo último

que quiero que pienses es que estoy acosándote...

—Desde luego que es toda una casualidad que tengas una cita, precisamente aquí, con todas las inmobiliarias que hay en Madrid...

—Me pasó el contacto uno de mis compañeros. Tiene un familiar que trabaja aquí y bueno, yo no es que conozca mucho de Madrid. Hace tan solo unos meses que llegué de Barcelona y hasta ahora no he tenido la posibilidad de instalarme. —Solo faltaba que su contacto fuese Teresa... —Parece que vamos a la misma planta...

Se coloca a mi lado, demasiado cerca y pulsa el botón. Su olor vuelve a mí, más dentro que nunca. No sé porque, pero me molesta. No quiero relación con ningún hombre. Quien me haya metido en el mercado, que me devuelva a mi lugar de relax y confort. No quiero saber nada de los tíos. Dos relaciones fallidas son suficientes para tirar la toalla. Además, yo ya estoy enamorada y aunque esa relación está acabada, sigo pensando en él.

—Tengo una reunión con una de las empleadas de la inmobiliaria. —No pienso darle más explicaciones de las necesarias.

Las puertas del ascensor me otorgan la libertad que necesito al abrirse frente a mí. Y como no tengo intención de continuar hablando con este personaje me decido a salir huyendo. Atravieso el pasillo, giro a la derecha y me pierdo en el interior de la inmobiliaria. Y a pesar de mi paso acelerado noto su presencia a mi espalda y ese olor... Al menos no ha hecho intención de detenerme. Procurando ignorar su presencia abro la puerta de cristal y la dejo ir contra su persona. Saludo a la recepcionista y corro al encuentro de Teresa. Frente a su puerta, me detengo, llamo por mera educación y espero la orden que me permita entrar y resguardarme de la presencia del molesto policía.

Han pasado algo más de dos horas cuando regreso a mi oficina, en este caso sin sobresaltos ni molestos compañeros de viaje. Nada más entrar en el estudio encuentro a Carlos y Marta en actitud cariñosa. Paso por su lado sin hacerme notar. Detengo la mirada en el ya vacío despacho de Jaime. De camino a mi propio despacho encuentro a Nico colgado al teléfono y a Marisa ojeando una revista del corazón. ¿Se puede ser menos profesional que ella? Aun no comprendo cómo Jaime permitió que permaneciese en el estudio tras

lo ocurrido en Londres... Londres... el mero pensamiento en aquella ciudad me hace volver a él hasta que lo encuentro sentado frente a mi mesa. ¿Se puede saber qué hace aquí otra vez?

— ¿Qué haces en mi despacho? ¿Y quién te ha dejado entrar?

—Bueno... soy la autoridad.

—¿Qué quieres? —pregunto con desgana y con la única intención de que abandone mi oficina lo antes posible.

—Quiero invitarte a un café, es la hora ideal para ello. —Rodeo mi mesa sin prestarle atención, dejo mis pertenencias sobre ella sin ningún cuidado y lo doy la espalda mientras preparo un par de tazas de café de mi propia cafetera.

—Ya te invito yo.—Coloco ambos cafés sobre mi escritorio y le increpo—. Bien, ya tienes tu café. ¿Y ahora qué?

—Tenía la esperanza de que nos pudiéramos conocer. Eres una mujer preciosa.

—¿Y sueles pedir toda la documentación a cada *mujer preciosa* que se pone en tu camino para poder insistirle en que te dé una cita? No solo es una actitud deplorable, sino que también lo encuentro poco profesional dado tu puesto de trabajo.

—La vida no suele ser tan complicada como piensas, Sofía. Tan solo eres una mujer entre tantas y yo un hombre entre cientos de hombres más. Un hombre que se ha fijado en una mujer. Algo en ti ha llamado la atención. ¿Por qué no iba a pedirte una cita? Puedes decirme que no. Pero ¿qué ocurriría si me dijeras que sí? Puedes verlo a todas horas en películas o series de televisión, incluso leerlo en alguna novela romántica. ¿Por qué no iba yo a poder pedirte una cita?

Sí, podría pedirme una cita. ¿Por qué no iba a pedirme una cita? Soy una mujer y él un hombre. Ambos solteros y sin compromiso. Al menos por mi parte. Él puede pedirme una cita, es tan simple como que yo le responda con una de mis tajantes negativas. Quiero decirle que no, seguir con mi vida, sola. Pero... este hombre. Se está tomando muchas molestias para conocerme y eso ha llamado mi atención. El caso es que ahora que su aroma se ha colado en el interior de mi despacho no creo que sea capaz a darle un no por respuesta, aunque debería. Quizás pueda salir con él, una sola cita. Me vendrá bien salir de mi rutina. ¿Qué tendría de malo una cita? Solo somos un hombre y una mujer. Otro hombre en mi vida. No sé si podré soportar una nueva traición. Dos relaciones fracasadas y una niña de cinco años. Ya no soy aquella mujer del pasado,

ahora tengo responsabilidades y no puedo quedar con el primer hombre que me pida una cita. ¿O sí?

—Supongamos que te digo que sí, supongamos que te concedo esa cita.

—Sonríe victorioso—. Aún no he aceptado, solo estoy hablando de una mera suposición.

—Solo sonrío y es una sonrisa completamente inocente.

—Dejando de lado tu sonrisa *inocente* y volviendo al mundo de las suposiciones... Dime, ¿de qué constaría esa cita?

—Por tu actitud he supuesto que no te gustará demasiado que vaya a recogerte a tu casa por lo que me decidiré a citarme contigo en un bar de la zona donde podremos charlar tranquilamente, tomaremos algo y más tarde daremos un paseo por Madrid hasta un teatro. Voy a llevarte a la noche de los monólogos porque estoy convencido de que tras esa actitud seria hay una sonrisa maravillosa. Después te acompañaré a casa, intercambiaremos teléfonos y me despediré con un beso en la mejilla. —Su sonrisa no ha abandonado su rostro durante su explicación—. Estoy convencido de que tras nuestra primera cita habrá una segunda... y si por el contrario no quieres volver a verme, cosa que dudo, desapareceré para siempre.

Me mantengo en silencio durante unos minutos sopesando que debería contestarle al hombre que tengo frente a mí y que mantiene su mirada fija en mis ojos a la espera de una respuesta. El teléfono de la oficina irrumpe nuestro contacto visual. Marta me informa que ha llegado la hora de marcharse.

Consulto la hora en mi ordenador, en efecto son más de las siete de la tarde. Apago el ordenador y me dispongo a recoger el desorden de mi escritorio mientras le informo a Hugo que ha llegado la hora de que abandonemos el edificio ya que ha llegado la hora de cierre. Tras una breve explicación doy por finalizada nuestra conversación y aunque sé que él espera una respuesta por mi parte me decido a mantenerme en silencio.

—Este fin de semana he quedado en salir con algunos compañeros de trabajo y sus parejas. También vendrá mi hermano, que se ha mudado conmigo. Irá con sus compañeros también, es bombero... quizás te apetecería salir con tus amigos y encontrarnos en algún momento durante la noche.

—Es posible que salga este fin de semana... ¿por qué no?

—Entonces te dejo apuntado mi número de teléfono. —Toma uno de mis bolígrafos y anota su número en uno de los tantos posts its que hay sobre mi mesa—. Llámame si quieres que nos veamos. Ahora me marcho. No quiero molestarte más.

3

No son más de las nueve de la noche del sábado cuando me dispongo a salir por la puerta del ático. Y es que no me costó lo más mínimo convencer a Nico de que saliéramos a cenar y a tomar unas copas a pesar del frío que está haciendo este invierno.

Me dispongo a bajar en el ascensor y no puedo más que entretenerme en hacer memoria. Ya ni siquiera recuerdo cuando fue la última vez que salí de fiesta. Desde que el resto del grupo comenzó a hacer su vida, el distanciamiento es tal que apenas nos mantenemos en contacto a través de redes sociales o llamadas telefónicas.

En plan para esta noche es recoger a Nico en su loft y desde allí coger un taxi hacia el centro donde hemos quedado con Marta y Carlos en un restaurante de pinchos que ha abierto recientemente.

No son más de las nueve y media de la noche cuando Nico sale a mi encuentro del refugio de su portal. Viste una camisa amarilla de lo más llamativa con pajarita, pantalón pitillo y chaqueta de traje en color azul eléctrico. A u n que su estilo es de lo más extravagante por algún extraño motivo hoy le encuentro más guapo de lo habitual. Y es que esa barba cuidada que no tendrá más que un par de días le da un toque de lo más interesante y atractivo.

—Vamos, chica, vamos a comernos Madrid. Esperemos que tu policía tenga algún amigo más de mi estilo. ¿Qué crees que me quedará mejor? ¿Policía o bombero?

—Quizás puedas tener ambos, quien sabe. —Le guiño un ojo cuando noto su entusiasmo.

Entre los besos, arrumacos y demás muestras de cariño de nuestros acompañantes llegamos a la carta de postres, yo con algunas copas de vino de más... Nico con exceso de cervezas...

—¿Y dónde vamos a ir ahora? ¿Dónde has quedado con el señor agente?

—En realidad, no lo he llamado. Creo que no es buena idea...

—¿Cómo?! —Su exclamación es demasiado sonora y dramática para mi gusto, pero bueno, que puedo esperar, Nico es así—. Si me he decidido a salir

es porque iba a estar rodeado de tíos buenos, ¿ahora vas a decirme que no vamos a quedar con ellos?

—Bueno, simplemente he cambiado de opinión. No es una buena idea.

Después de esto lo correcto sería volver a casa, pero de repente, Nico está más contento. Quizás porque sigue tomando cervezas sin ningún control, quizás porque ya le ha echado el guante a algún chico del restaurante, quizás porque se haya asegurado de escribir a alguna de sus conquistas ahora que sabe que no veremos a los amigos de Hugo. Nunca se sabe que puede provocar esa extraña y repentina felicidad en mi peculiar amigo.

Cuando el frío nocturno atraviesa mi piel me arrepiento de haberme puesto este vestido tan corto y es que hasta ahora no había tenido ocasión de estrenarlo. Llegamos a la puerta del local y nada más llegar un miembro de seguridad nos indica que ocupemos nuestra posición al final de una extensa cola de personas. Al menos habrá una treintena de jóvenes por delante de nosotros y ya que el aforo es limitado no nos va a quedar más remedio que esperar, aunque podríamos marcharnos y optar por pasar la noche en otros de los muchos pubs de la zona y así se lo sugiero a mis acompañantes.

—Hemos quedado aquí, tesorito. —Me informa Nico.

—¿Ya has llamado a alguno de tus amigos?

Nico ríe a carcajadas mientras baila fuera de la cola, prácticamente en medio de la carretera. Una chica lo acompaña en su baile. Lleva una copa en la mano y cuanto más baila, más bebida va derramándose. Parte por el suelo, parte por su abrigo. Sus amigos, lejos de avisarla por el desastre de su vestido le animan a que continúe bailando hasta que otra chica más los acompaña.

Decidida a ignorar el comportamiento de Nico y de no prestar atención a los continuos arrumacos de Marta y Carlos me decido por buscar mi móvil en el interior de mi bolso. Son más de las dos de la madrugada y ya estoy de aburrida y cansada, esta vida ya no es para mí. Desde que soy madre y ahora que mi responsabilidad en el estudio es mayor tengo otras preferencias en la vida. Es como si de repente hubiese madurado. Y no es que yo haya sido una inmadura antes de que naciera Gala, pero he de reconocer que me pirraba una fiesta y una buena botella de vino.

—Hola, chica guapa, me ha costado mucho encontrarte. —La voz de Hugo me sorprende a mis espaldas.

—¿Qué haces tú aquí?

—Me escribiste un mensaje para que nos viésemos aquí. —Su incredulidad se muestra en la totalidad de su rostro.

—Yo no he hecho tal cosa. —La mirada de Nico se cru- za con la mía—. Nico, ¿tienes algo que ver con esto?

Mi amigo abandona su fiesta particular, llega a nuestro lado y saluda a Hugo con un par de sonoros besos en ambas mejillas. Tras su estrafalaria presentación inicia el show:

—Verás, Hugo, es que mi amiga es un poco tímida y no me ha quedado más remedio que ayudarla un poquito. —Fija su mirada en mí y me sonrío, después, prosigue con su explicación—. En cuanto he tenido oportunidad he co- gido su teléfono y te he escrito. Y bueno, aquí estamos. ¡Qué empiece la fiesta!

Tanto Hugo como sus acompañantes ríen ante las palabras de Nico. Del grupo de personas que están a la espalda de Hugo aparece un chico alto, musculoso, con una sonrisa que volvería loca a cualquier mujer y con un parecido a Hugo que me impresiona. Cuanto más se acerca, más claro tengo que se trata de su hermano. Frente a frente rodea mi cintura, me besa ambas mejillas y me sonrío. Después se separa de mí levemente y le guiña un ojo a Hugo.

—Vaya, hermanito, tú sí que sabes lo que es una chica bonita.

—Sofía, disculpa a mi hermano. Es un poco gilipollas en lo que se refiere a las mujeres. Por cierto, se llama Hé- ctor

—¡Bueno, bueno, bueno! Cuanto guapo por aquí —exclama Nico hipnotizado—. ¿Y entre tanto policía y bombero buenorro no habrá un chico valiente para mí?

—Héctor, ¿por qué no vas a buscar a Mauro? Seguro que le gustará conocer a Nico.

Si había una mínima opción, por minúscula que fuese, de irme a casa con Nico la he perdido en el momento en el que ha hecho aparición Mauro. Un bombero muy elegante y correcto. Y mientras tanto, Nico, embelesado y nervioso al mismo tiempo no para de jugar con su pajarita. Dos besos y la magia han estallado entre estos dos. Son como la noche y el día y al mismo tiempo parecen la pareja ideal... hasta que Nico vuelva a hacer de las suyas y la cague. Nico es infiel por naturaleza, se cansa pronto de las relaciones y, sin embargo, no sabe estar solo. Así es el amor... o los enamorados. Aquí me tienes a mí. Enamorada de un hombre y teniendo una cita con otro. ¿Por qué? ¿Por Nico? Podría echarle la culpa a él, pero debo ser sincera conmigo misma, no es que yo me haya negado. ¿Y qué siento al respecto? Culpabilidad. Siento como si estuviera siendo infiel a José cuando en realidad ya no estamos juntos.

—Chica guapa... Al fin tendré tiempo para conocerte, tu amigo ha tenido una gran idea robándote el teléfono. —No creo que una discoteca sea el lugar más propicio para mantener una conversación.

—Siempre puedes darme una cita.

—No creo que sea posible —respondo tajante. El buen humor que me caracterizaba al salir de casa se ha esfumado en cuanto el recuerdo de José se ha colado en mis pensamientos. ¿Qué estará haciendo? Teniendo en cuenta la hora que es... dormir.

—Parece que sí tendremos oportunidad de mantener una conversación...

—Siempre y cuando no decida marcharme.

—Entonces me marcharé contigo... no te va a resultar nada fácil deshacerte de mí.

Después de la gran idea de Nico, de la sorprendente aparición de Hugo y del recuerdo de José solo quiero irme a casa, pero me encuentro de camino al reservado. La temperatura del interior es sofocante, la música es atronadora. No entiendo que estoy haciendo aquí. Podría haber cenado y haber regresado a mi casa a disfrutar de un café caliente y mi nueva lectura.

En el reservado me encuentro rodeada de parejas y acompañada en todo momento por Hugo, quien no se ha separado de mí. Héctor tampoco. Parece que estén peleando por ver quien se lleva a la chica, pero esta chica se va a ir a casa y sola. Tener que lidiar con José me ha complicado estos últimos años. No quiero pensar lo que tiene que ser soportar a dos hermanos... parece que ha llegado el momento de marcharme.

—¿Quieres bailar?

—No, me voy a casa.

—Te acompaño, no voy a dejar que te vayas sola a casa.

Punto para el policía, quien se ha adelantado en esto de ser caballeroso con la mujer a la que quiere llevarse a la cama. Y para que negarme, diga lo que diga insistirá en acompañarme. Abandono la discoteca con paso acelerado, abriéndome camino entre los grupos de personas que bailan en la pista. Hugo me sigue, Héctor viene tras él. Menuda escena. ¿He vuelto a mi adolescencia? No, nunca me pasó algo parecido porque para aquel entonces yo estaba saliendo con el capullo de Víctor.

Ya en la calle, el aire me golpea en la cara, recordándome las bajas temperaturas de la noche madrileña. Hugo y Héctor discuten a mis espaldas, momento que aprovecho para seguir mi camino hacia la parada de taxis más cercana.

—Sofía, ¡espera!

—¿Ya os habéis cansado de hacer el idiota?

Está claro, por su reacción, que no se esperaba una pregunta como esa. Y que no sea capaz de contestarme me lleva a acelerar el paso. Cuanto antes me meta en el taxi, antes acabaré con esta noche nefasta. Pero Hugo sigue mis pasos. Parece que no se rinde fácilmente. José tampoco lo hacía ni lo hace porque sigue intentando que vuelva con él siempre que tiene ocasión. Y el resultado siempre es el mismo. Sufrimiento y dolor, tanto para él como para mí. Y no quiero volver a pasar por lo mismo. Es hora de que Hugo deje atrás este capricho absurdo.

—No entiendo porque te niegas a conocerme. No me estás dando oportunidad para mostrarte tal y como soy. Si no me das una explicación no podré comprender porque me rechazas.

—No te hagas el interesante conmigo cuando hace unos segundos te estabas peleando con tu hermano.

—Estoy seguro de que puedo hacer que olvides aquello que no te permite ser feliz.

¿Cómo? ¿Pero qué le pasa a todo el mundo? Otro hombre queriendo mi felicidad y pensándose tan importantes como para ser ellos mismos quien me otorguen tal don. Por favor... esto ha llegado al límite.

—Tengo que irme. No insistas, Hugo. No quiero cono- certe.

Lejos de amilanarse, se decide a seguirme calle arriba. Estoy muy cansada de esta situación. Esto ya lo viví con José y a la vista está que no funcionó. No he cambiado ni un ápice. No me gusta que me insistan, ni que me presionen. No quiero conocerlo.

—¡Ya basta, Hugo! ¿Qué se supone que estás haciendo? No quiero conocerte. No quiero tener nada que ver contigo. ¿Tan difícil es de entender?

Cuando conocí a José, toda nuestra relación se basó en un control absoluto por su parte. Todo lo que nos ocurrió no surgió porque así tenía que suceder, no. Todo lo que nos sucedió fue planeado minuciosamente por él. No tengo intención alguna de volver a pasar por lo mismo. Tampoco tengo intención de estar con ningún hombre. Yo ya tengo un hombre en mi vida, que la comparto con él es un asunto privado.

—Solo quiero una cita. No soy más que un hombre, So- fía. Un hombre que busca la felicidad.

—En mí no podrás encontrar tal felicidad porque yo ya estoy enamorada. Sigo enamorada del padre de mi hija y no tengo intención de olvidarlo. No quiero

olvidarme de él ni empezar una relación con un hombre que no sea él. Mi sinceridad me abruma. ¿Esa que ha hablado soy yo? Si, esa soy yo. La tonta que sigue enamorada del hombre que la engañó y manipuló hasta la saciedad. ¡A la mierda con todo! A la mierda con el amor, a la mierda con José, con Hugo y su hermano Héctor, a la mierda con las relaciones. ¡A la mierda! Maldita industria sentimentalista que nos llena la cabeza de pájaros y nos hace creer en el príncipe azul y las historias de Disney. ¿Cuántas princesas existen con mi misma situación? ¡Ninguna! La vida es una farsa. Nos engañan desde pequeñas haciéndonos creer que lo mejor para nosotras es encontrar el amor, casarnos y formar una familia. Pues las cosas no funcionan así. Me han roto el corazón, dos veces y no voy a esperar a que lo hagan por tercera vez. Subo al taxi sin mirar atrás. No tengo porque despedirme de él. Las cosas están claras y es momento de irme a casa y seguir con mi vida. Salir esta noche no ha sido una de mis mejores ideas, debo reconocerlo. Con mi salida solo he confirmado lo que me negaba a aceptar. Y es que enamorada como estoy de José no puedo estar con otro hombre. Y nunca lo olvidaré porque no quiero olvidarlo. Aunque me haya hecho sufrir, aunque me siga haciendo sufrir en el presente, no voy a olvidarlo. La figura de José siempre estará presente en mi vida.

Diez de la mañana, buena hora para salir a correr y dejar atrás lo sucedido anoche. El frío de la calle hace que me arrepienta al instante. Parece que no es mi fin de semana. Estar sola no me hace ningún bien. Echo de menos a Gala y mis ideas para estar entretenida no están siendo de utilidad. A la vista está que voy de fracaso en fracaso. Pero ya que estoy en la calle y preparada con mi ropa de deporte es absurdo dar marcha atrás. No me vendrá mal algo de deporte. Estoy en baja forma.

Mp3 encendido, semáforo en verde y la calle despejada es todo lo que necesito para dejar atrás la tensión de los últimos días y de las últimas horas. Atravieso la zona infantil, también la zona de entrenamiento para mascotas y prosigo mi camino hacia la zona más alejada del parque, aquella que se estrecha en un pasillo cubierto por rosales donde estaré completamente sola. Un poco de silencio nunca viene mal, a pesar de la música que voy escuchando.

Traspaso el arco de rosas y al girar a mi derecha choco de frente contra

alguien, que no iba por su camino. Hago todo lo posible por mantenerme en pie, pero acabo cayendo sobre la tierra y conmigo cae el Mp3 que se rompe en mil pedazos.

—Podrías ir con más cuidado. Me has destrozado el re - productor.

—Hola, chica guapa. ¿Sigues enfadada conmigo?

No puede ser verdad. De todas las personas con las que me podría chocar en este parque, ¿tenía que ser él? Ya no hay opción a pensar en la casualidad.

¿Primero en la oficina y ahora aquí? Y no es que tenga muchas opciones.

Debería llamar a la policía, pero él es la policía.

—¡Oye! ¿No estarás pensando que te estoy siguiendo? Vivo aquí, nos hemos mudado esta semana. —Se mesa el pelo, como José, y prosigue hablando ya más calmado—. Quiero disculparme contigo, no debí forzarte a nada porque no me debes nada. Te compraré un mp3 y te lo enviaré al despacho.

—No tiene importancia. Tengo que irme.

—Espera, Sofía... ¿puedo invitarte a un café?

Un café... ¿con él? ¿Ahora? Sigo pensando lo mismo que anoche, no quiero nada con ningún hombre. Quiero a José y eso seguirá siendo así, pero un café y una explicación clara y concisa hará que Hugo deje de insistir y desaparecerá de mi vida para siempre. Así que acepto. Con una condición.

Nada comprometido. Simplemente iremos a la churrería que hay al otro lado del parque. Esa que sirve los cafés en unos vasos parecidos a los de Starbucks y que tanto me gusta. Un paseo por el parque, una explicación y adiós. Sin más que decir me lanzo a la carrera. Y en esta ocasión no hay nada ni nadie que me detenga. Corro, corro sin parar. Aumento el ritmo sin saber muy bien por qué. Y cuando parece que ya no puedo más saco fuerzas de donde no las tengo para dar una vuelta más alrededor del parque hasta que llegamos al destino que he impuesto.

4

Pido un par de cafés e inicio la marcha. Camino sin rumbo fijo y en silencio. Solo quiero esconderme entre los árboles del parque y alejarme de cualquier mirada indiscreta. Y es que, inevitablemente, estoy pensando en José. Siento que le estoy fallando. Aunque, para que engañarnos, mi comportamiento no es el adecuado. Me estoy destrozando la vida agarrándome a un clavo que ya no arde, simplemente se ha oxidado. Y ahí está Hugo, respetando mi silencio y

peleando por una cita.

A pesar del frío, seguimos caminando aferrándonos al calor que nos regalan nuestros cafés, mientras Hugo habla y yo me limito a escuchar. Desde niño supo que su futuro estaría ligado al de las fuerzas del orden y tras pasar un tiempo escaso alistado en la armada decidió opositar y trabajar como policía. En poco tiempo y debido a su anterior trabajo, no tardó demasiado tiempo en encontrar un buen puesto en la comisaría de su barrio. Pero tras una investigación por parte de asuntos internos provocó que gran parte de la plantilla fuera obligada a cubrir otros puestos de trabajo, incluso fuera de su ciudad.

— Y Héctor ni se lo pensó, habló con su jefe y pidió el traslado. No llevaba más de un mes en Madrid cuando él se mudó conmigo, y ahora que ya somos dos no nos ha quedado más remedio que buscar algo para nosotros y su perro. Ya sabes, no a todo el mundo le gusta convivir con animales...

En Barcelona, los dos hermanos no solo habían dejado a sus padres. También estaba su hermana pequeña, una adolescente que estaba cursando el último año en el instituto y que estaba decidida a convertirse en una de las mejores tatuadoras de la ciudad a pesar de la negativa de sus padres.

—Mi padre también es policía, aunque hace un par de años que se retiró después de que le hirieran en un tiroteo, durante un asalto. Y mi madre aún trabaja, es enfermera y está completamente en contra de los tatuajes. —El silencio se hizo hueco entre nosotros, miré hacia mi derecha y encontré a Hugo sonriendo, seguramente pensando en algún recuerdo de su infancia—. Imagínate, mi padre policía, mi madre enfermera... somos una familia un tanto convencional y el hecho de que mi hermana llegara a nuestras vidas siendo mi hermano y yo ya dos adolescentes nos pilló desprevenidos. Se puede decir que Hanna llegó a nuestras vidas para ponerlas patas arriba.

— ¿Y tú qué piensas de que Hanna quiera dedicarse a tatuar?

Me sorprende al interactuar con él. No era mi intención. Si había aceptado ese café era para cortar con esta extraña relación y ahora me encuentro relajada y manteniendo una conversación con un extraño, ¿por qué? Ni yo misma lo sé.

—Si quiere dedicarse a ello, ¿quién soy yo para decirle que no? Mi madre ya aceptó mi profesión y la de mi hermano, supongo que no tiene más opciones

que aceptar a mi hermana tal y como es.

—¿Y si tus padres no lo aceptan finalmente?

—Hemos hablado del tema. En cuanto termine el bachillerato quiere ponerse a estudiar para prepararse como tatuadora y supongo que si mis padres deciden no costearle el curso vendrá a Madrid en busca de nuestro apoyo. El sol ha empezado a colarse entre las ramas de los árboles, señal de ello es que llevamos horas hablando porque sí, he seguido interactuando con Hugo y aunque, sorprendentemente, me siento cómoda, también me acompaña un sentimiento de culpabilidad. Me decido a tomar asiento en un banco escondido tras unos setos cuando Hugo conduce la conversación hacia las relaciones sentimentales. Mientras sigamos hablando de él, todo irá bien.

—Mi novia me dejó cuando decidí alistarme. Nunca lo aceptó, supongo que estaba muy influenciada por mi madre. ¿Y tú? ¿Qué te pasó a ti?

—Que no funcionó.

—Pero no le has olvidado.

—Es el padre de mi hija, es obvio que no.

Ahora que la conversación se ha centrado en mí ya no me siento tan cómoda. A la vista está que mi tono ha cambiado a uno mucho más seco y cortante. Cada vez que José aparece en mi vida tengo la necesidad de huir y esconderme. Y entonces aparece ese sentimiento de culpabilidad que corta la respiración. El amor que nos une es tan fuerte e intenso que dudo que pueda volver a sentir algo parecido por otro hombre. Una nueva relación sería una pérdida de tiempo.

—Voy a arriesgarme a que me mandes a la mierda, pero debo intentarlo. ¿Me concederías una cita?

Una cita con Hugo... algo que vaya más allá que un simple paseo por el parque. Pocas fueron las citas que tuve con José. Él siempre iba un paso por delante, lo planeaba todo al milímetro y se las apañaba para que nunca le respondiese con un no. Bien chantajeando a mi jefe o aliándose con Marcos. Con Hugo parece que las cosas podrían ser distintas. Desde que nos hemos encontrado en el parque su actitud ha cambiado. Y es un hombre guapo, atractivo y muy simpático. José y yo nunca hablábamos de su familia o de su infancia como acaba de hacer Hugo. Ni siquiera fue capaz de hablarme de su adicción. Ese fue nuestro error. José y yo hablábamos de futuro cuando ninguno de los dos conocía el pasado del otro. Un mal inicio que fue empeorando con sus secretos y sus mentiras. Todo aquello acabó con nuestra relación. ¿Y ahora que queda de todo aquello? Una niña preciosa y un martirio

constante por lo que pudo ser y no fue. Y a pesar de todo sigo sin querer olvidarlo y sin creer en el amor. Pero Hugo está ahí, ofreciéndome la felicidad que tanto ansío. Pero mis dudas me acompañan. Siento que haga lo que haga, me arrepentiré.

En la cocina, mientras disfruto de un café caliente fijo la mirada en el calendario. El último mes del año me provoca a recordar todo lo que ha pasado en los últimos meses. Y este recuerdo tiene nombre propio. Ese recuerdo tan marcado no está protagonizado por mi hija. Siendo la persona más importante de mi vida no es ella en la que pienso en estos momentos. Puede que suene frío, pero no lo es. Gala no es un recuerdo, es mi presente. El motivo por el que sigo adelante cada día. La que alegra mis días con una sonrisa, la que ilumina este mundo oscuro con solo abrir sus ojos. Mi recuerdo tampoco está protagonizado por mi familia. Aunque han sido muchos los cambios que hemos vivido. La relación con mi madre ha ido a peor, convirtiéndose en algo inexistente. Papá y Julia siguen felices viviendo juntos y disfrutando de su relación más que nunca. Y es que aquel que conocí como MJ se ha convertido en el tío Manu, un padrazo que asumió el embarazo de su novia con madurez a pesar de su juventud. Ahora es todo un hombre que cuida y protege a todos los miembros de su familia y eso incluye a mi padre, con quien mantiene una estrecha relación. Sí, mi padre se ha convertido en un hombre muy feliz. Afortunado en el amor, feliz con la nueva familia que ha formado e ilusionado con sus dos nietos. En cuanto al trabajo... no, tampoco es el protagonista de estos meses. Lo único que ha cambiado es que las ausencias de mi jefe han aumentado hasta el punto de no verlo en semanas. ¿José? No, tampoco. Los correos electrónicos que nos intercambiamos han creado un muro infranqueable entre nosotros. La distancia que nos separa es cada vez mayor. No, él tampoco es el protagonista de estos meses. El protagonista es otro hombre. No sé cómo pasó, ni porque cambié de idea. Simplemente pasó. Nuestro café en el parque solo ha sido el inicio de una extensa lista de... encuentros. Ambos tenemos claro que no son citas. No me siento cómoda con esa palabra y Hugo lo ha respetado en todo momento. En ninguno de esos encuentros hemos vivido ningún momento que marque nuestra extraña relación. Simplemente quedamos, charlamos y nos vamos conociendo. Ver una película en el cine, disfrutar de una obra en el teatro, visitar uno de los

tantos museos, pasear por Madrid o tomar un café han sido algunas de las experiencias que hemos convertido. Todo con sumo respeto, sin forzar nada. Hasta la pasada noche. Quedamos para cenar, era nuestra primera cena. Todo parecía normal y relajado, pero al regresar a casa nuestras manos se rozaron, quiero pensar que, accidentalmente. No es que se me erizara la piel como si el que me tocara fuese José, pero recibí una descarga que no supe descifrar y que hoy en día sigue siendo un misterio para mí. Al llegar al portal su despedida fue mucho más cercana llegando a rozar sus labios con la comisura de mi boca al despedirse. No hemos hablado de ello, yo no he querido darle importancia y él... nunca lo hará, siempre deja que sea yo quien dé el primer paso y eso sí que me gusta. Por primera vez en mi vida se me escucha y se me otorga el tiempo y el espacio que necesito. Poco a poco, Hugo se ha convertido en alguien importante y ese sentimiento me asusta.

—Mamá, ¿cuándo viene el abuelo?

—Pero bueno, ¿cuándo te has despertado?

—¿Cuándo viene, mamá?

—¿No me das ni un beso? —Finjo estar enfadada—.

Voy a tener que vengarme con... ¡un ataque de cosquillas! El ático se llena de risas y alegría como cada sábado que

Gala está conmigo en casa. Esos sábados se han convertido en mis días favoritos. Ni trabajo, ni José, ni Hugo, ni responsabilidades. Solo Gala y yo preparadas para disfrutar de un día de chicas. Menos hoy, mi padre ha insistido en tener un fin de semana navideño con sus nietos. Manu ha aceptado, por lo tanto... no puedo decir que no. Así que este sábado de chicas se ha convertido en un sábado de limpieza y compras.

—¡Mami! ¿Mañana vamos a tener día de chicas? —Por supuesto que sí. ¿Qué quieres que hagamos? —Quiero ver la peli de Barbie en el cine y comer hamburguesa.

—Trato hecho, pequeña. ¡Y ahora corre! Va a venir el abuelo con el primo y estás en pijama todavía. ¡Corre, corre, corre!

Ahora que estoy sola no sé muy bien por dónde empezar. Después de toda la semana trabajando y corriendo para

llegar a tiempo a todas mis citas, lo único que quiero es relajarme. Ciertamente es que la casa necesita una limpieza y que tengo la nevera tiritando. Dos situaciones que no puedo permitirme ahora que soy madre. Se supone que soy una mujer adulta y madura, pero mi yo rebelde está ahí y tiene unas ganas terribles de tumbarse en el sofá y descansar. No quiero limpiar, ni hacer la compra, ni pensar. En nada ni en nadie. Solo quiero descansar. Pero esos planes van a tener que esperar, mi teléfono está vibrando sobre la mesa y el nombre que ilumina la pantalla no era alguien con quien pensaba verme o hablar. Pero qué remedio, tendré que reflexionar.

—Hola, chica guapa. Estoy de camino hacia tu casa, te invito a comer.

—Espera, Hugo, ¿cómo que vienes? No recuerdo que hubiésemos quedado.

—Solo tengo ganas de verte. Vamos, prepárate. Estaré allí en diez minutos.

¿Y ahora qué? Hugo no se ha comportado nunca de ese modo conmigo. Siempre me lo consulta todo. ¿Qué tiene ganas de verme? Aquí pasa algo, esto no es propio de Hugo y es eso lo que me hace dudar. Un nuevo WhatsApp me sorprende antes de que pueda llamarlo y declinar su invitación:

Vamos, chica guapa, no te lo pienses demasiado. Sabes que te lo pasarás bien.

Eso es cierto, siempre que quedamos nos lo pasamos bien. Hugo es un hombre muy divertido y aparentemente despreocupado. Es como si de repente hubiese dado con el hombre perfecto, de libro. De historia de libro, quiero decir.

Hugo me recibe con un abrazo, gesto que no hace más que alimentar mis dudas. Dos besos en las mejillas y ya estamos preparados para marcharnos a donde quiera que me vaya a llevar.

—Estás preciosa.

Ese comentario no ayuda a que me relaje. Siento que, desde nuestra peculiar cena, Hugo ha cambiado. Está mucho más atento y sus muestras de cariño han aumentado. En fin... no sé porque me sorprende. Hugo siempre lo ha tenido

claro y era cuestión de tiempo que su actitud cambiase. ¿Y cómo me siento yo al respecto? Molesta no, desde luego. Pero la sombra de José aparece en cuanto mi relación con Hugo torna hacia lo personal.

—No pareces muy contenta...

—Estaba planeando tirarme en el sofá y no hacer nada, solo descansar y bueno, me ha pillado desprevenida. No esperaba tu llamada.

La comida ha terminado entre platos exquisitos y momentos divertidos siempre provocados por Hugo. Sé que las comparaciones son odiosas, pero ni con Víctor ni con José me he reído tanto como con él. Víctor no era, lo que se dice, un hombre muy agradable. Su actitud chulesca estaba bien para la Sofía adolescente, pero no para la Sofía que soy hoy en día. Y José... su vida estaba llena de secretos, misterios y mentiras. Todo era demasiado intenso con él. Los momentos duros que vivimos juntos parecían sacados de una película. Incluso, en la intimidad todo era intensidad. Y Hugo. Hugo es todo felicidad y alegría. Con él me siento como una adolescente coqueteando con un amor de verano. Pero ni soy una adolescente ni estamos en verano. ¿Qué es Hugo para mí? ¿Un amigo, tal vez? Es mucho más que un amigo. No estaría bien sentirme atraída por un amigo. Sería... raro. Caminamos dados de la mano. Ni siquiera he sido consciente de cuando ha sucedido eso. Supongo que hay cosas que nunca cambian, sigo pensando demasiado, perdiéndome en mis pensamientos y olvidándome de mi acompañante.

—Entremos aquí.

El lugar elegido por Hugo es un sitio tranquilo. En estos meses he descubierto que ninguno de los dos soportamos bien los ruidos ni la muchedumbre. Es por ello que siempre que salimos elegimos restaurantes o bares como este. Nos gusta hablar, conocernos mejor. Contarnos cómo ha ido la semana. Bien podríamos pasar como pareja, pero ambos sabemos que solo somos amigos. Hugo está siendo muy paciente. No ha vuelto a insistir en tener citas conmigo ni en forzar las cosas. Simplemente quedamos cuando nos apetece. En las últimas semanas nuestros encuentros han ido aumentando considerablemente y ya poco importa, es más, si no me llama a lo largo de la mañana, me encuentro echándolo de menos como una tonta. Eso me hace sentir culpable. Si echo de menos sus llamadas siento como si estuviera olvidando a José, y no quiero olvidarle, aunque quizás sería lo mejor.

—Hoy estás más pensativa que nunca. ¿Algo va mal?

Estaba claro que esa pregunta iba a acabar por aparecer tarde o temprano. He

estado más callada de lo que acostumbro. Quiero estar bien con él, pero me resulta inevitable pensar en lo que me está pasando y casi por obligación, en José.

—Sé que hay algo que te preocupa. Puedes contarme cualquier cosa, somos amigos.

—Estaba pensando en que en estas últimas semanas nos hemos visto casi a diario.

—¿No quieres que nos veamos tanto?

—No, no es eso. Me gusta quedar contigo, nos lo pasamos bien

—¿Y entonces?

Podría decirle la verdad. Sincerarme con él y quitarme este mal estar de encima. Sería algo así cómo... cuánto más quedamos, más me gusta estar contigo hasta el punto de echar de menos tus llamadas cuando estoy trabajando. Ha sucedido sin darme cuenta, pero me gustas y eso me asusta porque no entraba en mis planes un hombre. Estaba decidida a cerrar las puertas al amor, pero has aparecido tú. Hoy me gustas, quizás mañana te quiera. Y no quiero quererte porque no quiero olvidar a José. Sí, podría ser sincera con él. Hasta ahora lo he sido, pero no quiero reconocer que me gusta. Me asusta no saber cómo reaccionará si le confieso lo que me está ocurriendo. Quizás no haga nada, quizás siga esperando a que sea yo quien tome la iniciativa. Por primera vez en mi vida siento la tentación de arriesgarme, saber qué pasará a continuación. Me armo de valor y le cuento mi verdad.

—Es tarde, será mejor que te lleve a casa.

—¿Me sincero contigo y a ti solo se te ocurre llevarme a casa? —Dejo mi asiento y camino decidida hacia la salida. Nunca me he sentido tan avergonzada.

—¡Oye, Sofía! ¡Espera! ¿Por qué te enfadas? —No me enfado, es solo que... bueno, no me esperaba que actuaras de este modo. Has hecho como si no hubieras escuchado nada de lo que te he confesado.

—¿Y qué quieres que haga? Me estoy controlando mucho para no lanzarme contra tus labios y besarte. Llevo controlándome semanas, pero no paras de hablar de tiempo, de ir poco a poco. No quiero joder las cosas. Tendrás que ser tú quien dé un paso más, si es lo que quieres. Se mantiene como hasta ahora. Respetuoso y fiel a su promesa de no hacer nada que yo no le pidiera. Estoy sorprendida, aunque no debería estarlo. Me molesta reconocerlo, pero esperaba que me besara. ¿Cómo será besar a otro que no sea José? No puedo pensar en un beso con otro que no sea él. Me siento como si lo engañara. ¿Por

qué me siento así? No debería sentir un ápice de culpabilidad por él. Si no estamos juntos es por su culpa. Soy una mujer libre por su culpa. Estoy con otro hombre por su culpa. Si lo beso, será por su culpa.

Ya en el exterior, con mis demonios más calmados me dispongo a situarme junto a Hugo. Camina hacia mí con precaución. No quiero pedirle que me bese, no puedo hacerlo. Aunque no le debo nada a José, aunque sé que el culpable de todo lo que nos ha pasado es él no puedo hacernos esto, yo no. Si Hugo me besa aceptaré su beso. Pero yo no. No puedo hacerlo. Mi comportamiento es cobarde e infantil, lo sé. No debería comportarme como una cría. Soy una mujer adulta y debería saber controlar mi vida, mis sentimientos.

—No sé si es orgullo o miedo lo que sientes. Quiero besarte y tú quieres que te bese. Pero nunca me pedirás un beso, ni te lanzarás a mis brazos. —Y mientras habla camina en mi dirección hasta detenerse frente a mí—. Voy a besarte. Detenme ahora o déjate llevar.

Rodea mis caderas con sus manos. Roza su nariz con la mía y sonrío. La delicadeza y la dulzura con la que me está tratando me provocan a entregarme a ese beso que está por llegar. Sus labios rozan los míos convirtiendo nuestro leve contacto en un beso. Nuestro primer beso.

5

Me despierto temprano, más de lo necesario. Y suerte que lo he hecho porque la nevada que ha caído esta madrugada ha dejado muchas de las calles de Madrid intransitables.

Y a pesar de que he hecho todo lo posible por no llegar tarde ha sido inevitable. Para cuando entro en la oficina tan solo encuentro a Marta que ya está ocupada con sus quehaceres administrativos.

—Hola, Marta, buenos días. Cuando llegue Jaime re - cuérdale que a partir de mañana estoy libre y que esta misma tarde necesito reunirme con él para hablar de los próximos proyectos de este trimestre. —Y aunque parece que Marta no me está prestando mucha atención me relajo al ver que anota la cita en la agenda de Jaime—. Voy a pasar toda la mañana en el despacho, tengo que organizar toda la documentación.

De entre el montón del papeleo aparece una carpeta que nada tiene que ver con el estudio. Abro espacio como puedo en el escritorio, tomo asiento en el sillón y me esmero en abrir el sobre color marrón. El contrato de la cadena hotelera de Fernando aparece ante mis ojos.

Un tiempo atrás...

Después de lo ocurrido necesité centrarme en el trabajo y es por ello que comencé a echar más horas extras de las necesarias. Me decidí a marcharme cuando ya era noche cerrada, pero un aviso encendió la pantalla de mi ordenador. Mi cita con Fernando. No podía creer que lo hubiese olvidado. Debía que hablar con él cuanto antes. Cancelar el proyecto que nunca acepté. Busqué su número de teléfono en el listín telefónico de mi agenda. Fue su secretaria quien respondió y anotó una nueva cita para el día siguiente. No quería retrasar el encuentro mucho más tiempo. Esa noche tuve que pensar cómo iba a explicarle lo que había sucedido entre José y yo.

Por suerte me había podido citar con Fernando antes de que empezara mi horario de trabajo por lo que me encontraba en una elegante sala de espera. Había consultado mi reloj en numerosas ocasiones, tantas que había perdido la cuenta. Tenía verdadero interés por tener esa reunión con Fernando. Me urgía cerrar todos los capítulos posibles que tenían que ver con José.

—El señor Vallés lo está esperando. Si es tan amable de acompañarme. Me dejé llevar por la secretaria hasta el despacho de Fernando. Me sentía fuerte y decidida. Los nervios que me habían acompañada hasta la noche anterior me habían abandonado. Había dejado la tristeza para dar cabida a un sentimiento que nunca pensé que llegaría a sentir. Ni siquiera sabía cómo describir lo que sentía. ¿Odio, ira? Fuese cual fuese ese sentimiento, me estaba dando la fuerza suficiente para enfrentarme a todo lo que me espera en adelante.

—Buenos días, Sofia. Esperaba que vinieras con José. —Me recibió con un par de besos en mis mejillas—. Deja que te prepare un café, seguro que no has desayunado. Es muy temprano.

—Tengo algo de prisa, Fernando y me gustaría hablar contigo. —Noté como le preocupaban mis palabras, pero ya poco me importaba lo que nadie más que yo, pudiese sentir—. He venido sola porque José y yo ya no estamos juntos. Tengo motivos más que suficientes para tener que rechazar el proyecto que me

ofreciste. Ahora tengo que marcharme. Fernando, por favor, no le pases el proyecto a mi estudio. Te lo ruego.

—No puedes irte sin darme una explicación. ¿Qué ha ocurrido entre José y tú?

—Habla con él. Tengo que marcharme.

—No estás siendo profesional, Sofía. Si no quieres trabajar con José podemos llegar a un acuerdo. Pero no puedes rechazar el proyecto.

—Habla con José, por favor. Tienes que disculparme, siento que las cosas no hayan salido bien. Discúlpame con Eloísa. Adiós.

No le permití reacción. No podía permitírselo, tenía que marcharme de ese edificio lo antes posible. Pero Fernando se me había adelantado poniendo sobre aviso a su secretaria, la cual me pidió que me detuviese y lo esperase. Junto a la mesa de la secretaria puedo escuchar como Fernando hablaba al teléfono, seguramente que con José. La puerta del despacho se abrió antes de que pudiese proseguir con mi camino.

—¡Sofía! Sea lo que sea que haya ocurrido entre José y tú voy a hacer todo lo posible para encontrar una solución para el problema que os ha separado.

Estoy seguro de que José está arrepentido.

—Nada me gustaría más que lo que ha ocurrido entre José y yo tuviera solución, pero lo que ha hecho no tiene perdón. Lo siento mucho Fernando, no hay nada que puedas hacer.

Un tiempo atrás...

Observo como la trituradora destruye toda la documentación y el recuerdo de aquel día. Mi teléfono no paró de sonar aquella mañana. En algún momento temí que tanto Fernando como José se presentaran en mi despacho. Aquello me aterraba, no quería volver a verle. No podía verle. Mi teléfono móvil se convierte en un salvavidas cuando lo escucho sonar desde el interior del cajón de mi escritorio. El nombre de Hugo resplandece en la pantalla.

—Hola, chica guapa. Me doy una ducha y paso a recogerte para ir a comer.

—No puedo, Hugo. Tengo el despacho atestado de documentación y tengo una reunión esta tarde. Hoy tendré que comer aquí. —No hay respuesta por su parte, por lo que aprovecho para seguir hablando—. Te llamo esta tarde, cuando llegue a casa. El miércoles podemos vernos por la tarde. Voy a estar sola.

—Espero tu llamada, preciosa. Pensaré en algo para el miércoles.

No hago más que dar por finalizada la llamada y regreso al trabajo. No tengo tiempo que perder. Quiero presentarle mi informe de este trimestre hoy mismo a Jaime, no me gusta demorar mis asuntos. Cuando termino una temporada me gusta cerrarla al completo con todos los informes necesarios y bien detallados. Es ya entrada la hora de mi descanso cuando doy por finalizado mi trabajo. Valoro las opciones que tengo y me dispongo a salir a la sala de descanso para comprarme un sándwich y un refresco. Si bajo ahora a la cafetería llegaré tarde a mi reunión con Jaime.

—Hola, chica guapa. ¿Te apetece comer conmigo?

—¡Hugo! ¿Qué estás haciendo aquí? —Lo invito a pasar a mi despacho—.

Muchas gracias por venir, no me esperaba tu visita.

—Te he notado un poco triste. ¿Estás bien?

Estoy mejor que bien con él aquí. Temía que los recuerdos me acompañaran en mi descanso, pero gracias a Hugo no es una opción. Me sorprende con un beso en los labios lo que me hace recordar nuestro beso del sábado. Me he besado con Hugo. Me he negado a pensar en ello y con Gala en casa ha sido muy fácil ignorar lo que ocurrió el sábado. Miles de preguntas me bombardean.

Preguntas, que, de momento, se quedaran sin respuesta. No seré yo quien inicie esta conversación. Será mejor que sea el tiempo quien dicte lo que ocurre entre nosotros.

—He pensado que el miércoles podríamos aprovechar para hacer algunas compras, la Navidad está a la vuelta de la esquina.

—Es muy buena idea, tengo que comprar los regalos de mi hija y mi sobrino.

—Oye, Sofia, me gustaría hablar contigo sobre la Navidad... —No sé si quiero escuchar lo que tiene que decirme—. Me voy a Barcelona con Héctor y me gustaría mucho que me acompañaras.

Las fiestas navideñas, organizadas por un calendario lleno de acuerdos y negociaciones. Cada vez que llegan fiestas o vacaciones me remito a seguir el patrón indicado por ese calendario que me obliga a recordar todo lo que pudo ser y no fue. Esta Nochevieja estaré sola. Gala estará con José y sus abuelos. Manu pasará la noche en familia. Mi padre se va a llevar a Julia de viaje. Solo me queda mi madre, pero ni siquiera me lo planteo. Sola antes que con ella.

—No voy a permitir que pases la Nochevieja sola. Y bueno, mi hermana tiene muchas ganas de conocerte. —No puedo creer que haya hablado de mí con su hermana—. Acepta mi invitación, te estaré esperando.

El fin de las primeras fiestas navideñas me llevan hasta la casa de Fernando y Eloísa. Tengo la extraña sensación de que José estará allí. Despedirme de Gala será más difícil con él allí. Pero tendré que enfrentarme a él, estoy segura de que no verá con buenos ojos que pase las fiestas fuera de Madrid y en compañía de un hombre que no es él. Me dejo llevar por el camino de piedra hasta la entrada de la casa. Eloísa y Fernando esperan la llegada de su nieta. Tal y como esperaba, José se encuentra en la casa. Su coche está aparcado en la entrada. Solo espero que se mantenga en su interior y no intente nada. No quiero verlo. No hago más que detener el coche cuando Gala corre hacia la entrada en busca de sus abuelos. Fernando viene a mi lado para ayudarme con las maletas. Quiere hablar conmigo, lo sé.

—José quiere hablar contigo. Está dentro, ¿puedes acompañarme?

—No puedes pedirme algo así, Fernando. No quiero verle.

—Sofía...

Está aquí. A mi lado. Tan solo Fernando nos separa. No quiero verle, no quiero. Me encuentro en una situación muy vulnerable. Tengo que marcharme de aquí.

—Dame unos minutos, por favor. No te quitaré mucho tiempo, te lo prometo.

—Tienes cinco minutos, ni uno más. No intentes convencerme de que vuelva contigo, sabes que no lo haré.

—No es de nosotros de quien quiero hablar hoy. Acompañame, por favor.

Me dejo guiar por José hasta el despacho de Fernando. Los nervios son mi fiel aliado. Si no quiere hablar de nosotros, si no quiere volver conmigo, ¿de qué quiere que hablemos? Podría pensar que quiere hablar de Gala, pero sé que no es así.

Tomo asiento y hago todo lo posible por mantenerme tranquila. No sé ni para que me molesto en disimular, José me conoce muy bien. Pero hoy está distinto, se comporta de un modo que desconozco. No está triste, como en nuestros últimos encuentros. Está serio, pero no enfadado. ¿Qué está pasando aquí?

—Me gustaría invitarte a pasar las fiestas con nosotros. He hablado con tu padre y me ha dicho que se va de viaje con Julia. No tienes por qué estar sola.

—Muchas gracias, pero me voy de viaje.

José abandona su asiento. Camina nervioso alrededor del despacho. Lo sabe. Sabe lo de Hugo, sabe que me voy con él. Lo sabe. No tengo intención de

pasar por esto, no quiero hablar de ello. No con él.

Me encuentro junto a la puerta cuando me detiene. No puedo creer que me esté ocurriendo algo así, siempre que nos vemos volvemos a la misma situación.

—¿Por qué haces esto? Cada vez que nos vemos provocas un acercamiento y lo único que logras con todo esto es que los dos suframos sin necesidad. ¿No estás cansado de sufrir?

—Estoy dispuesto a sufrir cuanto sea necesario si así logro que vuelvas conmigo. Pero ahora tengo miedo, Sofía. Ese viaje del que hablas... ¿hay otro hombre?

—¿No puedes cumplir ni una sola de tus promesas? No voy a hablar más sobre este tema. Lo nuestro se acabó y tú eres el único culpable de lo que ocurrió aquella noche. Te perdoné y olvidé todo lo ocurrido, pero no voy a volver contigo y eso implica no tener que darte explicaciones.

Dejo el despacho sin despedirme de él. No puedo creer que hayamos vuelto al mismo punto de no retorno cómo hacemos siempre que nos vemos. Después de nuestros últimos correos pensé que cesaría en el intento. De su comportamiento solo hay un culpable y esa soy yo. Cuando me ha preguntado si hay otro hombre podría haberle hablado de Hugo. Puede que sea cobardía, pero lo cierto es que no quiero hacerle sufrir innecesariamente. Sé que me quiere, tanto como yo lo quiero a él. Si supiera que hay otra mujer en su vida no podría soportarlo. Por otro lado, pienso que mi silencio ha respondido por sí solo. No hay que ser muy inteligente para saber que hay otro hombre. Un hombre al que apenas conozco, con el que me he besado en dos ocasiones. Un hombre que me ha invitado a pasar la Nochevieja junto a él y su familia. Supongo que el haber aceptado me convierte en su pareja. Me niego a pensar en ello. Hasta ahora me ha funcionado que mi relación con Hugo haya crecido sola y estoy decidida a mantenerme en ese plan.

—Sofía... no puedes irte así. Por favor, Sofía, necesito saber la verdad.

—¿Por qué? ¿Para qué? —Rompo a llorar cegada por la rabia que me supone estar junto a él y manteniendo esta conversación.

—Si no hubiera otro, no llorarías. —Roza una de sus manos por mi mejilla eliminando el rastro que han dejado mis lágrimas—. Hace unos meses me dijiste que me querías, que no me habías olvidado. ¿A quién estás engañando? ¿A él o a mí?

Mi silencio provoca que sus nervios se desaten. Camina de un lado para otro mientras se masa el pelo con suma violencia. Lo mejor será marcharme antes de que se desate una nueva discusión. No quiero montar un espectáculo en

casa de sus padres.

—Habla de una vez, Sofía. Necesito saber la verdad. Si me quieres, ¿por qué estás con otro hombre? ¿Me has mentido o te estás mintiendo a ti misma?

¡Habla!

—No te debo nada, José. No tengo porque darte ninguna explicación.

—Sujeta mis brazos y me atrae hacia él—. Pero sí, he conocido a un hombre. Ha pasado, sin más.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué has hecho con ese hombre?

Logro que me suelte, no hay necesidad de hacerle sufrir. Lo mío con Hugo no ha pasado de dos besos, pero no seré yo quien hable de ello y mucho menos a él.

—Ya te he dicho que no tengo porque darte explicaciones. Deja de meterte en mi vida, José. No te debo nada, ¿de acuerdo? Si no es para hablar de Gala no vuelvas a llamarme ni a pedirme ningún tipo de reunión.

No solo los nervios me han acompañado en esta reunión con José. La cobardía se ha sentado a mi lado para asegurarse de que no hablara más de la cuenta.

Podría haberme sincerado con él, contarle la verdad, hablarle de Hugo.

Cerrarle la puerta con candado y tirar la llave al mar. Pero no me siento preparada para hablar de Hugo.

Haber aceptado su invitación a pasar la Nochevieja con su familia nos convierte en pareja. Apenas lo conozco, tan solo son tres meses.

Sería de locos alardear de pareja. No quiero darle explicaciones porque no quiero hacerle daño.

Aquí termina esta conversación que nunca deberíamos haber mantenido.

—Odio discutir contigo, no quiero tener más problemas porque eres el padre de mi hija. Te respeto por ello. No compliques más las cosas, te lo pido por favor.

6

Son más de las seis de la tarde cuando el tren se detiene en Sants, la estación donde Hugo ha quedado en recogerme. No hago más que poner un pie en el andén cuando una adolescente de pelo rubio corre a abrazarme. No puede ser otra que Hanna, estoy segura de ella.

—Hola, chica guapa. Te presento a mi hermana. Hanna ha insistido en acompañarme.

Ya en la calle el tiempo se me antoja más frío que en Madrid. Me encuentro

nerviosa, incómoda y triste. Después de lo ocurrido con José debería haberme quedado en casa, tendría que haber cancelado el viaje. Por otro lado, está Hugo. Siento como si estuviéramos en una carrera de fondo para adelantar el tiempo que parecía detenido mientras estaba con él. He aceptado venir a pasar las fiestas navideñas con su familia y no debería haberlo hecho. Todo ha sido muy precipitado. No quiero conocer a su familia, bastante he tenido con la escena de la hermana pequeña. Con toda la información que tengo sobre su familia algo me dice que mi estancia en Barcelona no va a ser lo que me esperaba. Me mantengo en silencio hasta que llegamos a la vivienda unifamiliar en el barrio de Sarriá.

—Vamos, Sofía. Ya hemos llegado, mi madre está deseando conocerte.

Héctor es el primero en recibirnos, apenas unos pasos atrás encuentro a una mujer que luce un dos piezas con una elegancia digna de mencionar. A su lado, un hombre de semblante serio y pelo cano tiene su mano derecha colocado sobre el hombro de la mujer.

—Sofía, te presento a mis padres. Roser y Ferrán. —Camino hacia ellos y los saludo con suma precaución—. Papá, mamá. Ella es Sofía, la mujer de la que os hablé.

—Muchas gracias por invitarme a pasar las fiestas en su casa. Les estoy muy agradecida.

—Si mi hijo Hugo te quiere a su lado siempre serás bienvenida. —La mujer, Roser, me abraza de un modo un tanto desconcertante. Ni ella me gusta a mí, ni yo le he gustado a ella—. Vamos, acompáñame. Te enseñaré tu habitación, estoy segura de que querrás darte un baño.

—Espera, mamá. Yo la acompaño.

—Nada de eso, tú ve con tu hermano a recoger un poco de leña para la chimenea.

Roser es todo carácter. Sabía que era una mujer autoritaria por la breve descripción que el propio Hugo me aportó en nuestro paseo por el parque. Y ahora ha hecho uso de esa autoridad para quedarse a solas conmigo. Estoy segura de que va a someterme a un minucioso interrogatorio.

—Me he encargado personalmente de prepararte el dormitorio de invitados para que estés lo más cómoda posible. El único inconveniente es que se encuentra en la última planta.

—Espero no haberla causado mucho inconveniente con mi visita.

—Nada de eso. Nos gusta que nuestros hijos sean sinceros con nosotros y que quieran presentarnos a sus parejas. Hugo es un buen chico, tenemos un

vínculo especial. Me lo cuenta todo. ¿Qué tal te llevas tú con tus padres? ¿Y a esta mujer que le importa cómo me llevo yo con mis padres? Me decido por contestarla con educación, pero no siempre con la verdad.

—Tienes una hija, ¿verdad? Hugo me ha contado que el padre es tu anterior pareja y que no llegasteis a casaros. Mi hijo Hugo aceptará a esa niña como si fuera suya, pero supongo que querrá tener sus propios hijos, pero eso será una vez estéis casados. Somos una familia de valores. Nos gusta hacer las cosas como lo manda El Señor.

—Es demasiado pronto para hablar de matrimonio. No hace más que tres meses que nos conocemos.

—Eso no te ha impedido venir a mi casa.

—Discúlpeme, Roser. Si mi estancia en su casa no es de su agrado puedo marcharme a un hotel. No tengo problema en marcharme. Hugo lo entenderá. Esto es el colmo. No puedo entender como Hugo le ha hablado a su madre de mi hija. No tenía ningún derecho a hacer algo así. Ni siquiera la conoce. *Mi hijo Hugo aceptará a esa niña como si fuera suya.* Gala nunca será su hija porque Gala ya tiene un padre y es un padre maravilloso. El hecho de que lo nuestro no haya funcionado no tiene nada que ver con su labor como padre. El trato con Gala es intachable. ¿Quiénes se han creído que son para meterse en mi vida? Tengo que hablar con Hugo y lo haré cuanto antes. No pienso permanecer en esta casa ni un minuto más.

—Mamá, ¿qué estás haciendo?

—Dar la bienvenida a tu invitada.

—Déjala en paz. No tienes ningún derecho a tratarla de ese modo. Por favor, déjanos a solas.

Por deferencia a Hugo y a su amable invitación para que no pasara la Nochevieja sola, me decido a tomar asiento junto a una pequeña mesa de lectura. No quiero mirarlo hasta que no me relaje, por lo que centro mi atención en la decoración del dormitorio. No es más que una decoración clásica, no falta un detalle y todos esos detalles suman una cifra muy alta.

—Sofía... —Hugo consigue llamar mi atención—. Perdona a mi madre y perdóname a mí. No debí hablarla de tu vida privada.

—Creo que lo mejor será que me vaya a un hotel. Está claro que no le he gustado a tu madre, que no ve con buenos ojos mi forma de vida. ¿Puedes pedirme un taxi?

—No, espera Sofía. Deja que hable con ella. Te invité a pasar las fiestas a mi casa porque no quiero que estés sola, no voy a permitir que te vayas a un hotel.

Si mi madre no te quiere en casa yo me voy contigo.

—Está decidido, Hugo. Me voy a un hotel. Podemos vernos en la cafetería del hotel después de las uvas.

Después de un largo viaje con la mente centrada en mi encuentro con José, me encuentro sola, en un hotel de Barcelona después de la bienvenida de Roser. Por suerte, Hugo no ha insistido. Sabe que ese tipo de comportamiento no funciona conmigo. ¡Ojalá y con José hubiera sido tan fácil!

Me dejo caer sobre la cama de matrimonio sin saber muy bien qué hacer.

Supongo que podría bajar al spa o darme un masaje, pero lo cierto es que lo único que me apetece es estar sola, dejar que las horas pasen hasta terminar con este día de locos. ¡Vaya modo de acabar el año, sola y a cientos de kilómetros de mi casa! Siento la imperiosa necesidad de hablar con Gala.

Pasar un tiempo con ella, aunque sea desde la distancia, me animará.

Termino con la llamada en cuanto escucho la voz de José al otro lado de la línea. La casa de Fernando y Eloísa debe estar llena de gente y ha tenido que ser él quien me responda. La pantalla de mi teléfono móvil se ilumina mostrándome su nombre en la pantalla. Si respondo a su llamada continuaremos con la discusión de esta mañana y es lo último que quiero.

Necesito terminar la noche lo más relajada posible.

—Hola, José, ¿puedes ponerme con Gala?

—¿Estás bien?

No, no estoy bien. Siento la necesidad de hablar con él, contarle como me siento. Si le cuento lo que ha ocurrido, si le digo que estoy sola en un hotel no dudará en coger el coche y conducir hasta aquí, sea la hora que sea.

—Gala está en el baño, con mi madre.

—Llámame cuando pueda hablar con ella.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí. —Miento—. No olvides que quiero hablar con Gala antes de la cena, por favor.

En esta ocasión, José ha cumplido su promesa. Mi teléfono móvil se ilumina apenas un par de minutos después de nuestra última conversación y en esta ocasión es mi pequeña la que está al otro lado de la línea telefónica. Hablar con ella me está llenando de tristeza y de alegría al mismo tiempo para sobrellevar la situación que estoy viviendo y que pondré fin mañana, a primera hora. Por suerte he conseguido cambiar los billetes de tren. Mañana es sábado y aunque es festivo he podido cambiar los billetes de tren y viajar mañana mismo a primera hora de la mañana. Regreso a casa y no tengo

ninguna intención de hablar con Hugo y hablarle de mi decisión. Iba a regresar con él y con Héctor a Madrid, pero después de lo ocurrido viajaré sola.

Tras una ducha y haber pedido la cena para que me la subieran a la habitación me decido por irme a la cama. No quiero pasar la Nochevieja sola, por lo que me iré a la cama antes de las campanadas. No imaginaba cerrar el año de este modo, pero las señales me hacían saber que la cosa no acabaría bien. Una nueva discusión con José, la despedida de Gala, el recibimiento de Roser, el comportamiento de Hugo. Tendría que estar ciega para no darme cuenta de que este viaje era una completa locura y desde luego lo he estado porque ni en mis peores pesadillas me hubiera imaginado sola en la habitación de un hotel en una fecha tan importante. Dormir será la mejor solución.

No tardo en encontrar el sueño. No sé muy bien qué hora es, solo que es noche cerrada cuando algo me despierta. Me cuesta acostumbrarme al sonido y a la poca luz que hay en la habitación. Escucho su voz al otro lado de la puerta. Ha venido, está aquí, ha venido por mí. No hago más que abrir la puerta cuando José me abraza. Pensaba que iba a pasar la peor noche de mi vida y, sin embargo, todo puede cambiar. Me mantengo a su lado unidos por ese abrazo que no quiero que termine nunca.

—¿Cómo has sabido dónde estaba?

—Sabía que no estabas bien, sabía que me necesitabas y el miedo a que algo malo te ocurriera me ha dado las fuerzas para encontrarte.

No entiendo nada. Es imposible que esté ocurriendo algo así. José está aquí, conmigo. En Barcelona, en la habitación de mi hotel. Es todo tan extraño...

—Tenemos toda la noche para hablar, cariño. Ahora solo quiero disfrutar de tu compañía. He venido hasta aquí para demostrarte que estoy dispuesto a todo para estar contigo. Vamos, Sofía, perdóname ya. Terminemos el año juntos y empecemos una nueva vida junto a Gala.

—¿Dónde está Gala?

—No tenemos uvas para las campanadas, lo cambiaremos por besos. —La televisión está apagada, aun así, escucho los cuartos—. Cuando acaben los cuartos voy a besarte, nena.

La primera campanada resuena en el interior del dormitorio como si tuviéramos el mismísimo reloj de la Puerta del Sol junto a nosotros. José me abraza aún más fuerte, con mayor determinación. Sus manos recorren mi cuerpo hasta llegar a mis mejillas. Cuando está a punto de besarme una campanada me sobresalta. Y es que no eran los cuartos lo que he estado escuchando, sino el golpear de la puerta de mi habitación. Todo era un

sueño... José no está conmigo, estoy sola. Lllaman a la puerta una vez más. Consulto mi teléfono móvil, son más de las dos de la madrugada.

—¡Sofía! Ábreme, por favor.

Mi desilusión es aún mayor cuando escucho la voz de Hugo al otro lado de la puerta. Si ya no quería verle antes tras lo ocurrido con su madre, mucho menos quiero verlo después de soñar con José. Mi sueño bien podría ser real. José ha podido hacer mil cosas mal, pero si lo llamo no tardará más que unas horas en venir a por mí. Hugo no ha tenido tal deferencia a pesar de que sabía que estaba sola, en una ciudad desconocida.

Abro la puerta con intención de aclarar con Hugo como están las cosas entre nosotros. No pienso tolerar que una mujer que no me conoce de nada me juzgue, por mucho que sea su madre.

—Feliz Año, chica guapa.

No solo no le contesto, sino que evito por todos los medios que me bese. Es absurdo fingir que todo está bien. Quizás para él esta situación es de lo más normal porque así le han educado sus padres, pero no seré yo quien tolere un insulto más por parte de su familia.

—Vamos, Sofía, no te enfades conmigo. Mi madre es una mujer muy estricta y yo no tengo la culpa de que sea así.

—Si sabías que tu madre no aceptaría mi modo de vida te podrías haber ahorrado la invitación. Tu madre no solo me ha faltado el respeto a mí, también se lo ha faltado a mi hija y como madre que soy no voy a tolerar que nadie hable mal de Gala. —Ahora que ya he empezado a hablar no tengo intención de callarme nada de lo que pienso—. Tanto la actitud de tu madre como la tuya ha sido muy desagradable. Poco te ha importado que pasara la noche sola en una habitación de hotel. Y ahora te presentas aquí como si nada hubiera ocurrido. Entiendo que es tu madre, pero yo soy tu pareja y creo que me merezco un poco de respeto por tu parte.

—Supongo que tienes razón. Hablaré mañana con mi madre.

—No es necesario que hables con ella, mañana regreso a casa. He cambiado el billete. No voy a regresar contigo. No pienso permanecer más tiempo de lo necesario en esta ciudad. Y ahora, si no te importa, me gustaría estar sola.

Mañana salgo de viaje temprano y quiero descansar.

—¿Me estás dejando?

—No creo que lo que haya pasado entre nosotros se pueda considerar una relación, por lo tanto. No te estoy dejando, simplemente me alejo de ti.

Hasta terminar con esta absurda relación ha sido fácil con Hugo. En cuanto ha

sabido que lo nuestro se había acabado se ha marchado. Ni siquiera ha intentado disculparse, ni pedirme otra oportunidad. Lo que me hace pensar en dos opciones. O no le importa lo más mínimo como me siento o simplemente prefiere darme el espacio que necesito. En estos momentos poco me importa su comportamiento. Ha quedado más que demostrado que su actitud no ha sido la correcta. Pero eso ya da igual, no quiero sus disculpas, tampoco que me insista. Eso ya lo vivo con José y es demasiado doloroso. Lo que siento por Hugo no es comparable a lo que siento por José. El dolor que siento por no estar con José se traduce en desilusión con Hugo. Son dos hombres diferentes, lo único que los iguala es que los dos me están haciendo sufrir, al igual que ya lo hizo en su momento Víctor. Está claro que lo mío no es el amor y ya no soy una adolescente para ir de flor en flor ni conformarme con el primer guaperas que me sonría. A mi lado quiero un hombre que me comprenda, que me quiera y que me respete y si no puedo encontrar eso en un hombre será mejor estar sola.

7

(Capítulo inédito por José)

He hecho todo lo posible por no pensar en ella, pero no puedo. Estoy preocupado por Sofía, sé que está mal. La conozco bien, algo no ha ido bien en su viaje. Si tiene que ver con ese hombre, si la ha hecho sufrir... Si le ha hecho sufrir yo no soy el más adecuado para enfrentarme a él cuando yo soy el mayor culpable de su sufrimiento. Tengo que mantenerme frío. Si ese tipo le ha fallado, quizás tenga una oportunidad con Sofía.

Mi madre aparece en la cocina. Hablar con ella me ayudará para dejar de pensar en Sofía.

—Buenos días, hijo. ¿Has descansado? —Besa mi mejilla cuando pasa por mi lado—. ¿Y Gala? ¿Aún duerme?

—Buenos días, mamá. La niña está durmiendo, se despertará tarde.

—Necesito hablar con mi madre, quizás ella sepa qué puedo hacer—. Mamá, ayer hablé con Sofía. Algo va mal, la conozco y sé que no estaba bien. ¿Qué puedo hacer?

—De momento ve a abrir, van a llamar a la puerta. Hay un taxi en la entrada. ¿Estás esperando a alguien? —Me dirijo a obedecer a mi madre cuando me

detiene—. Cariño, es Sofía.

—¿Cómo qué es Sofía? ¡Joder, sabía que algo no iba bien!

Corro hacia la entrada, necesito verla, saber que está bien. Si ese cabrón le ha hecho algo malo, lo mataré con mis propias manos. Corro, corro sin parar hasta que me detengo frente a ella. Su rostro no me da la información que necesito.

—Sofía... dime que estás bien, necesito saber que estás bien. ¿Por qué no me contaste anoche la verdad? ¿Qué ha pasado? ¿Te ha hecho algo malo ese hombre?

—Si te hubiera dicho la verdad no hubieras dudado en ir a buscarme.

—Por supuesto que lo hubiese hecho. Haría lo que fuese por ti y por nuestra hija, deberías haberme dicho la verdad. Dime, ¿te encuentras bien?

—Estoy bien, José. Solo necesitaba regresar a casa.

Le abrazo con todas mis fuerzas cuando una lágrima cae por su mejilla para perderse en la comisura de su labio. Daría lo que fuera por ser esa lágrima, rozar sus labios y no dejar de besarla nunca más. Cinco años separados es mucho tiempo. Sufro, estoy sufriendo como nunca antes. Sufro porque no la tengo conmigo. No me arrepiento de lo que hice porque de ello dependió el nacimiento de Gala, pero si me arrepiento de mi comportamiento. Debí confiar en ella, jamás me abandonó, nunca me dejó solo cuando más la necesitaba y yo lo jodí todo por mi desconfianza.

—Vamos dentro, hace frío.

—Perdona por haberme presentado aquí, sé que este fin de semana tienes tú a Gala, pero no sabía dónde ir. No quería estar sola y echaba mucho de menos a nuestra hija.

—Escúchame, Sofía. No dudes nunca en llamarme si necesitas ayuda. Da igual la hora, tú solo llámame. ¿De acuerdo? —Asiente—. Ahora acompáñame dentro, voy a prepararte un café. Hablaremos en el despacho de mi padre. En el trayecto hacia la casa hablamos de Gala. El hecho de que duerma me da cierta ventaja para hablar con Sofía. Necesito saber qué ha ocurrido en ese viaje, donde ha estado en las últimas horas y con quién. Quiero investigar a ese tipo. Y si tengo que hacerle una visita no dudaré en hacer todo lo necesario para que deje a Sofía tranquila.

La acompaño hacia el despacho. Mi madre sale de la cocina para darle la bienvenida. Una sola mirada y mi madre comprende que no es momento para preguntas, necesito quedarme a solas con ella. Es posible que no vuelva a tener una oportunidad como esta. Con Sofía dolida y vulnerable podré jugar

mis cartas. Joder, parezco un buitre carroñero a la espera para recoger las sobras.

—Voy a prepararte un café, ¿quieres algo de comer? Hay salmón, puedo prepararte un sándwich. —Consigo hacerla sonreír con mi peculiar comentario.

—Un café será suficiente.

No me demoro más de lo estrictamente necesario en la cocina. Mi madre me ha bombardeado a preguntas. Está nerviosa y un tanto ansiosa por saber que va a pasar entre nosotros. Pero ni yo mismo lo sé. Lo único que tengo claro es que tengo que cambiar de táctica. No pienso volver a insistirla en que me perdone y vuelva conmigo. No voy a lanzar más promesas al aire. Tan solo me mantendré a su lado, actuando como un buen amigo. No me queda más remedio que comportarme de ese modo. Solo amigos. Nada más. Tendré que esperar, armarme de paciencia y mantenerme a su lado. Si la conquisté una vez, sé que puedo volver a hacerlo. Ahora no tengo que enamorarla porque ella misma reconoció que sigue queriéndome. No tengo más que lograr que confíe en mí. No sé muy bien cómo hacerlo, mi única estrategia es mantenerme a su lado, fiel y paciente.

—Ya estoy aquí. ¿Estás más tranquila? —asiente a la vez que toma la taza de café entre sus manos. —¿Te apetece qué hablemos de lo que ha pasado o prefieres dormir un rato?

—Estoy bien, solo que no quiero estar sola.

—¿Por qué no quieres estar sola? ¿Tienes miedo de ese hombre?

—Ayer pasé la noche sola.

No puedo creer que ese impresentable consintiera que Sofía pasara una noche como la de ayer sola. Deja el café para proseguir con su relato. Siento dolor cuando me habla de él y reconoce que hay otro en su vida.

—No ha sido nada importante, apenas nos hemos besado en un par de ocasiones, pero... me sentía a gusto con él. Por eso acepté viajar a Barcelona. Si no viajaba hasta allí pasaría la noche sola y bueno, pensé que era una buena idea.

¿Una buena idea pasar la noche con otro hombre? ¡Joder! No, no es una buena idea. Si supiera el esfuerzo que estoy haciendo para controlarme. Pero tengo que hacerlo, tiene que confiar en mí. Tengo que intentarlo. Por suerte no me mira, así no podrá comprobar lo nervioso e inquieto que estoy. Prosigue hablando. Y en esta ocasión me cuenta el motivo real por el que ha estado sola esta noche. Maldita hija de perra, ¿quién se cree que es para tratarla de ese

modo? Y ese hombre, cobarde engreído, no puedo creer que haya consentido que la traten de ese modo.

—Vino a verme al hotel ya entrada la madrugada. Estaba enfadada y muy molesta. Esa mujer no tenía ningún derecho a tratarme de ese modo. Nunca pensé que Hugo se mantendría a un lado, por eso he decidido poner fin a esa relación. He cogido el primer tren y aquí estoy... ¿Y ahora qué se supone que debo hacer? Apoyarla, estar a su lado. Y más ahora que sé que ya no está con él. Me siento a su lado. Me sorprende que no se aparte, en otro momento no hubiera dudado en hacerlo. Aprovecho esa ventaja para tomar su mano entre las mías. Tampoco me rechaza. Estaba preparado para su rechazo, no para esto. Me gustaría ir más allá, besarla y no separarme de ella nunca más, pero no puedo arriesgarme, un paso en falso y todo habrá acabado, otra vez.

—Olvida todo eso ya. ¿Quieres que vayamos a ver a Gala? Seguro que se alegrará de verte.

—Sí, vamos. Yo también quiero verla. —Abandono el sofá a la espera de que Sofía me acompañe—. José... quiero darte las gracias y también pedirte perdón.

—No tienes que darme las gracias y mucho menos disculparte. ¿Por qué te disculpas?

—Por Hugo. Es que... bueno, pensé que podría funcionar. Pensé que podría olvidarte.

Estoy haciendo verdaderos esfuerzos para mantenerme firme, pero no puedo escucharla decir que estaba intentando olvidarme en brazos de otro hombre.

—Ven, acompáñame. Te vendrá bien ver a Gala. Puedes dormir un rato con ella, descansa y luego comeremos juntos. No voy a permitir que pases Año Nuevo sola.

—José, ¿por qué me evitas? —¿A qué viene esa pregunta? —. Lo siento, de verdad que lo siento. Merezco ser feliz.

—Quiero que seas feliz, pero no puedes esperar que celebres que sea con otro hombre. —Pierdo todo control que había estado reteniendo hasta ahora—. Sé que no puedo hacer nada, que cualquier intento de recuperarte será en vano y lo estoy intentando, Sofía. Te juro que intento no ver en ti a esa mujer con la que estuve a punto de casarme, la madre de mi hija. No hablemos más sobre ello, por favor. Estoy haciendo todo lo posible por ser tu amigo y estar a tu lado si me necesitas.

Mis palabras, más sinceras que nunca logran que se mantenga en silencio.

Camina a mi lado, demasiado cerca, juraría que ha intentado cogermelo de la

mano. Joder, ¡voy a volverme loco! Tengo que parar esto. No puedo hacerme pasar por alguien que no soy.

—Sofía. Necesito que hablemos. —Se detiene en cuanto me escucha hablar—. No puedo fingir, no puedo escuchar cómo me hablas de otro, de los besos que le has regalado. No puedo escucharte decir que has intentado olvidarme con él. No puedo, Sofía. He intentado ser tu amigo, pero no quiero ser tu amigo. Quiero casarme contigo, vivir con vosotras y no separarme nunca más. Sé que lo que hice estuvo mal. Te he fallado muchas veces y te juro que no hay un solo día que no me arrepiente ni me atormente haberte perdido. No voy a seguir con esto. Pensaba que si me convertía en tu amigo podría volver a estar contigo, pero no puedo Sofía. No soy de piedra, me duele oírte hablar de otro. Lo siento, pero no puedo.

Me siento como un completo idiota sincerándome y llorando sin consuelo mientras ella se mantiene inmóvil, presa del desconcierto y del asombro que le supone escucharme hablar sobre mis verdaderos sentimientos.

—Gala está en esa habitación. Descansa. —Es momento de retirarme—. Le diré a mi madre que venga a despertarnos cuando llegue la hora de comer.

—Puedo irme si te incomoda mi presencia aquí.

—No, Sofía, no vas a irte. No quiero que te vayas, no voy a permitir que estés sola. —Necesito marcharme, alejarme de ella—. Descansa.

Ahora soy yo quien necesita estar a solas. Apartarme de la mujer a la que amo ahora que ya sé que está preparada y decidida a olvidarme. Camino hacia mi dormitorio con premura, no quiero darle otra oportunidad para que vuelva a disculparse. No quiero volver a escuchar cómo relata su ya inexistente relación con ese hombre.

Ya en mi dormitorio, me dejo caer sobre la cama tomándome el tiempo que necesito para relajarme. Gala se despertará en unas horas y para una vez que tiene a su familia reunida no quiero ser yo quien estropee un momento tan feliz para ella. El único consuelo que tengo es que nuestro sufrimiento será toda felicidad para nuestra hija. —Hijo. —Mi padre irrumpe en mi dormitorio—. Tu madre me ha contado que Sofía está aquí. ¿Por qué no estás con ella? ¿Hay algún problema?

—Parece que yo soy el problema, papá. —Me sincero con mi padre y le cuento todo lo que ha sucedido en los últimos minutos—. Si está predispuesta a olvidarme, quizás yo debería hacer lo mismo.

—Mientras sigas enamorado de ella no podrás olvidarla. —¡Ella también me ama y poco le ha importado besar a otro!

La desesperación me obliga a gritar. Estoy seguro de que Sofía no ha conseguido dormir, la imagino pensativa, recordando mis últimas palabras. Y ahora habrá escuchado mis gritos. Nuestras habitaciones están pared con pared. —¿Va a quedarse a comer?

—Ha pasado la Nochevieja sola en una habitación de hotel, no voy a permitir que esté sola hoy también. —Entonces debes tranquilizarte. Gala no debe notar que sus padres están tristes, enfadados o como quiera que estéis. Voy a dejarte solo. Vendré a buscarte cuando llegue la hora de comer.

La conversación con mi padre me ha dejado más hundido, si cabe, de lo que ya estaba. ¿Cómo puede estar enamorada de mí y besar a otro hombre? ¿Eso es el amor? ¿Una sarta de mentiras? ¿Por qué me fijaría en ella? ¿Por qué, a todas luces, era una mujer inalcanzable? La amiga de un amigo. ¿Por qué fui a esa boda? ¿Por qué baile con ella? ¿Por qué la besé a la mañana siguiente en su casa? ¿Por qué la invité a pasar la tarde conmigo en el Parque Europa? ¿Por qué fui tras ella en las vacaciones? ¿Por qué el medallón y aquella noche de hotel? ¿Por qué Londres? ¿Por qué me he enamorado de ella? Y lo peor de todo, ¿por qué la engañé si tanto la amaba? Ni yo mismo tengo respuesta para toda esta locura. Enamorarme de ella fue un error. No, no lo fue. He sufrido mucho en esta vida y tan solo ella ha sabido curarme con su amor y su paciencia. Necesito hablar con ella, intentarlo una vez más. Si me dice que no, si me rechaza se acabó. Aunque siga enamorado de ella empezaré a verme con otras mujeres, no pienso seguir sufriendo por este amor. Han pasado cinco años, mi castigo es desmesurado. Tiene que perdonarme. Si realmente está enamorada de mí tiene que perdonarme.

Antes de que pueda dejar mi cama llaman a la puerta. Debe ser mi madre, estará preocupada. Lo que le haya podido contar mi padre no es suficiente. Nunca se ha metido en mis asuntos personales, pero si se trata de Sofía siente la necesidad de saberlo todo. Al fin y al cabo, es la madre de su única nieta. —Pasa.

—Hola, hijo, ¿cómo estás? Tu padre me ha contado que las cosas no van bien.

—La estoy perdiendo, mamá. No sé qué hacer. Dice que me ha perdonado, pero no confía en mí como para darme otra oportunidad. Y luego está ese hombre. Ya no está con él, pero temo que vuelvan. —Mi madre se sienta a mi lado y toma mis manos entre las suyas—. No quiero perderla, pero ya no sé qué hacer.

—Habéis pasado por muchas cosas juntos y siempre te ha perdonado. Pero han pasado cinco años, hijo. Si no ha vuelto contigo ya, no creo que lo haga. O

te armas de paciencia o te olvidas de ella. No se puede hacer mucho más.
¿Quieres que hable con ella?

Que mi madre hable con Sofía no es una opción. Eso solo empeoraría las cosas. De momento voy a disfrutar del día con mi familia y dejar que el tiempo sea quien decida por mí. No voy a tomar una decisión en este estado. La única opción que tengo es conocer a otra mujer, pero no quiero conocer a otra mujer. Vuelvo a quedarme a solas, en mi antiguo dormitorio. Me estoy esforzando por mantenerme ocupado porque no quiero seguir dándole vueltas a toda la historia que tiene que ver con Sofía. Sé que estamos en plenas fiestas, pero lo mejor será ponerme a trabajar. Ha sido gracias al trabajo por lo que no me he vuelto loco. Enciendo mi portátil y consulto mis correos electrónicos. Tengo todo preparado para contestar uno de ellos cuando Gala entra en mi dormitorio corriendo y riendo al mismo tiempo.

—¡Papá, papá, papá! —Salta sobre mí bajo la atenta mirada de Sofía—.
¡Mamá está aquí!

—Yestás muy contenta, ¿verdad? —Opto por la opción de mantenerme al margen y dejar que todo fluya sin necesidad de forzar nada entre nosotros—.
Mamá va a quedarse a comer con nosotros. Luego jugamos con los regalos que te ha traído Papá Noel, ¿quieres?

—¡Mamá! ¿Vamos a jugar todos juntos?

Sofía nos acompaña y anima a nuestra pequeña con la idea de pasar la tarde juntos. En estos cinco años han sido escasos los momentos que hemos compartido con Gala. Sofía no siempre ha estado dispuesta a verme. Después de lo que la hice tampoco podía esperar mucho más. Bastante que me permita ver a Gala siempre que quiera. Y eso es más de lo que me merezco.

8

Como cada Año Nuevo toca mirar hacia atrás, recordar lo pasado en el último año. Aprender de los errores, disfrutar de los momentos felices e intentar dejar a un lado aquellos momentos que provocaron lágrimas o sufrimiento. Pero yo hace cinco años que prefiero no recordar. Tengo una vida feliz con mi hija, pero es una vida incompleta. Y el motivo es claro. José.

Después de lo que ocurrió ayer no sé cómo debo comportarme con él. Su sinceridad me paralizó, su ayuda y su preocupación me lleno de ternura, el modo en el que me trato me reconquistó. Por muchos es sabido que no he

dejado de quererle, él mismo lo sabe porque yo se lo dije. Pero cuando estamos juntos todo cambia, nos hacemos daño, mucho daño y yo no quiero sufrir, mucho menos que sufra él. Pese a todo, sufrimos al estar separados. Y así vuelvo una y otra vez al mismo punto. Con él no seré feliz, sin él... tampoco.

Dejando a José de lado me centro en los regalos que terminen con la Navidad. Una vez pase el día de Reyes volveremos a la normalidad y estoy deseando que acabe de una vez para poder seguir con mi vida. Sé que Gala es feliz en esta época del año, pero yo hace tiempo que perdí la ilusión por cualquier fiesta. Todo lo que hago lo hago por ella y es por ello por lo que llevo horas de juguetería en juguetería. Suerte que estoy de vacaciones. Estos días libres me vendrán bien para relajarme y preparar el año que ya ha empezado, y cómo ha empezado. En ningún momento pensé que pasaría el final de año sola, tampoco que pasaría el primer día con él. Va a ser verdad eso de que la vida está para sorprendernos. Si el año ha empezado de este modo, ¿quién sabe cómo acabará? ¿Volverá Hugo a mi vida? ¿O será José quien esté con nosotras? No quería pensar en él, pero es que todo me lleva a pensar en José. No puedo seguir así... o vuelvo con él o lo olvido para siempre. No puedo seguir así, esto no es vida. Tengo que verme con él, una vez, una última vez. Dejo las compras para otro momento, debo llamarlo. Cuanto antes acabe con esto, mejor para ambos.

—Hola, José. Buenos días, perdona que te moleste en estos momentos, pero necesito que nos veamos. ¿Podrían quedarse tus padres con Gala?

— *¿Estás bien? ¿Ocurre algo malo? ¿Dónde estás? Voy a buscarte.*

—Tranquilízate, está todo bien. Solo quiero que hablemos.

—*Dame una dirección, ya estoy en el coche.*

Lo espero mientras me tomo un café. Creo que es el tercero que me tomo en la mañana, quizás cuatro. ¿Cómo no voy a estar nerviosa? Debería reducir mi consumo de cafeína.

—Hola, Sofía. ¿Cómo estás? ¿Todo bien?

—No deberías preocuparte tanto por mí. Solo te llamaba para que hablemos de... nosotros. No podemos estar juntos porque nos haremos daño, pero tampoco podemos estar separados porque sufrimos de igual modo.

—No me tortures más, Sofía. Te lo ruego.

—Deja que termine. No quiero pensar en ti, pero no puedo evitarlo. De un modo u otro acabas siendo el protagonista en mis pensamientos. No puedo olvidarte, tú tampoco a mí. Quizás... no sé... podríamos intentarlo.

Ni siquiera me permite hablar. Tan pronto escucha mis palabras se lanza a besarme. Ambos ansiábamos este beso, volver a estar juntos y dejar de sufrir. Nuestras vidas cambiarán a partir de este momento. Seré yo quien decida lo que quiero en mi vida. Estoy cansada de sorpresas inesperadas, es hora de recuperar el control de mi vida y con José a mi lado será mucho más fácil.

—Espera, José...debemos hablar. Debemos ir poco a poco, sin prisas. No me gustaría que nos volviéramos a equivocarnos. No quiero que ninguno de los dos volvamos a sufrir. Ya hemos pasado por demasiado y necesitamos ser felices. Se lo debemos a Gala.

—Lo haremos a tu modo, pero no me niegues un beso. Eso no puedes negármelo, no voy a dejar de besarte nunca más. Esta vez será para siempre. Ni yo misma puedo creer que esto esté ocurriendo de verdad. Esto es como un sueño, un sueño hecho realidad. O quizás no. Escucho golpes secos, pero no puedo reconocer el sonido ni de donde procede. ¿Y José? ¿Dónde está? Me encuentro sola, en un lugar que desconozco. ¿Qué está ocurriendo? ¿Qué pasa? ¿Dónde está José? Grito su nombre en vano, porque no recibo contestación por su parte. Grito de nuevo, no quiero perder la esperanza antes de tiempo. Pero tengo miedo y el sitio donde me encuentro parece más oscuro a cada segundo. Grito, grito hasta perder la voz ahora que ya he perdido la esperanza y me puede el miedo.

—¡Sofía! ¡Sofía, estoy aquí!

Así que todo era un mal sueño. Un sueño que se ha convertido en una pesadilla. No puedo creerlo, parecía tan real. No puede ser un sueño. Me ha besado, José me ha besado. Recuerdo su beso, recuerdo sus labios sobre los míos. EL sonido de su corazón, el calor que desprendía su cuerpo. No, no puede ser un sueño. Esto no puede acabar así.

Me lanzo a su cuello rodeándolo con mis brazos, me dejo llevar por el deseo de que este sueño se haga realidad y lo beso. Ansío ese beso de nuestro sueño. Quiero sentir el latido de su corazón y el calor de su cuerpo, como en el sueño.

—Espera, Sofía, para. ¿Qué estás haciendo? Esto no está bien, no deberíamos hacer esto si no vamos a seguir adelante con ello. Si me besas quiero que sea porque quieres que lo nuestro vuelva a ser lo de antes, quiero que nos casemos y que vivamos juntos. Que formemos una familia. Gala, tú y yo. Pero si esto no

es más que un arrebató, si este beso tiene que ver con esa pesadilla que acabas de tener, detente. Será mejor que lo dejes y que te vayas lo antes posible.

Siento mucho ser tan directo y brusco, pero no puedo hacer otra cosa.

Así que mi sueño no ha sido un sueño en ningún momento, todo ha sido una pesadilla. Yo dispuesta a tomar las riendas de mi vida y la vida me sorprende con esto. Una de cal y otra de arena. Lo que José me está pidiendo es lo propio, pero me siento bajo presión, una vez más. Ya debería saber que no me gusta que me presionen, pero hoy no puedo recriminarle su comportamiento porque tiene toda la razón para hablarme con total claridad.

—Sofía, necesito una respuesta. Si me vas a decir que no, hazlo ya. No tenemos necesidad de pasar por esto.

—Estaba muy asustada. Estabas conmigo y desapareciste sin más. Estaba todo muy oscuro, no sabía dónde estaba y me he dejado llevar por el miedo. Será mejor que me marche, lo siento.

—Bien, imaginaba que ocurriría algo así, otra vez. Voy a buscar a Gala para que se despida de ti. Adiós.

¿Cómo ha podido pasar algo así? Lo he estropeado todo, ayer parecía que podíamos ser amigos y ahora, por culpa de una pesadilla estamos más distanciados que nunca. No quiero que José sufra. Debo pedirle perdón. Quería disculparme, pero no me ha permitido hablar con él. Eloísa me ha informado de ello cuando me estaba despidiendo de Gala. Ni siquiera me ha permitido dejarle una nota. Quería decirle que lo sentía, pero su negativa me está haciendo dudar si debería escribirlo o si por el contrario debería desaparecer de su vida. Ahora me encuentro en la juguetería, como en mi sueño y todo se repite hasta llegar a José, solo que ahora no puedo escribirlo ni llamarlo para que nos veamos. Debemos seguir adelante y luchar en contra de los caprichos del destino. Lo que me ha ocurrido en los últimos días debe ser una broma de mal gusto. Menuda entrada y salida de año. Pero bueno, dejemos que el nuevo año siga su curso. No todo tiene porque ser malo. Aún tengo más de trescientos días para enmendar este mal inicio. Hace poco leí en redes sociales algo así como trescientos sesenta y cinco días, trescientas sesenta y cinco oportunidades. Tendré que esperar a que llegue un nuevo día para descubrir si será para vivir una nueva oportunidad, un aprendizaje o simplemente tener un día de tantos y tantos otros. Y es que desde que José y yo no estamos juntos los días no han vuelto a ser lo mismo. La vida fluye y yo fluyo con ella. Y como he dicho en mi sueño, soy feliz, pero es una felicidad incompleta.

(Capítulo inédito por José)

No podía imaginar un comienzo de año peor que este. Siempre he tenido la esperanza de que, tarde o temprano, volveríamos a estar juntos. Pero he rechazado ser su amigo y he rechazado pasar un minuto más a su lado. He tomado esta decisión en tantas ocasiones que ya he perdido la cuenta. Pero por el bienestar de Gala, el de Sofía y mi cordura... lo mejor será dar un paso atrás y seguir con mi vida. La decisión que tomé para mantenerla a mi lado me la arrebató por completo, es momento de asumir lo que hice, fue culpa mía y mi castigo es no tenerla. No creo que tarde mucho en volver a estar con otro hombre, puede que perdone al tipo que osó dejarla sola en Nochevieja. Si está dispuesta a volver a enamorarse, si quiere conocer a otros hombres yo debería hacer lo mismo. He sido un idiota respetándola. Cinco años sin tocar a ninguna mujer, pero si ella puede besar a otro hombre, yo también puedo acostarme con otras mujeres. Solo de pensarlo me excito. Me subo al coche con una idea rondándome por la cabeza. No iba a trabajar, pero haré una visita a la oficina. La chica de las fotocopias me ha echado el ojo. Pierde las bragas cada vez que me ve y hoy las perderá en mi oficina. Si Sofía quiere dejarme que lo haga. No voy a ser el idiota que he sido hasta ahora. ¿Quiere olvidarme? Yo también la olvidaré a ella y lo haré entre las piernas de todas las mujeres que estén a mi completa disposición. Cuanto mayor es mi rabia, más crece mi miembro.

No hago más que llegar a la oficina y la busco entre el personal de oficina. Adela corre a mi encuentro, pero la de- tengo. Quiero saber dónde está la chica de las fotocopias. Se lo hago saber y la ordeno que esté en mi oficina lo antes posible. Estoy seguro de que piensa que voy a despedirla. No, voy a hacer algo mejor por ella. Voy a regalarla el mejor polvo de su vida. Y cuando haya terminado con ella bajaré a la segunda planta, a por la chica de la recepción. La empotraré contra el lavabo del aseo de mujeres. Y más tarde bajaré a la cafetería de enfrente. La pelirroja que me sirve el café todas las mañanas estará perfecta desnuda, entre las cajas del almacén. Cuando terminé con ella quizás me pase por la oficina de mi padre. Su secretaría me resulta apetecible y sé que se muere por echarme el diente. Y esta tarde le daré ese placer. Aún tengo que pensar dónde voy a metérsela. Tendré que asegurarme de que mi padre no esté cerca. Y, por último, cuando llegue al apartamento mi

meta será encontrar a la chica nueva de la limpieza. El ascensor será un lugar interesante para terminar este día de folladas sin control. Dejo las persianas corridas en busca de la intimidad que necesito para lo que me tengo entre manos. Adela entra en mi despacho acompañada por la chica de las fotocopias, de la que no recuerdo ni su nombre. Pronto nos deja a solas. La preocupación de la mujer que tengo frente a mí es notable y aunque intenta disimular, sus manos le juegan una mala pasada. No para de mover los dedos, de poco le sirve mantener sus manos unidas en un intento de mostrarse profesional y respetuosa. Me mantengo en silencio mientras rodeo mi mesa. Apoyo mi cuerpo en ella para así disfrutar de su cuerpo. Su atuendo se reduce a camisa, falda y tacones. El atuendo perfecto para lo que quiero hacer con ella.

—Señor Vallés, ¿va a despedirme?

—No, no voy a despedirte. Voy a follarte y sobre esta mesa. ¿Qué te parece? Gime a la vez que se tambalea sobre los tacones. No tengo intención de perder más tiempo. Entro en el aseo en busca de los condones... Joder, ¿qué tipo de hombre tiene preservativos en el despacho? Jamás he dejado de ser ese hombre que era antes de conocer a Sofia. ¿Para qué voy a engañarme? Soy lo que soy. De regreso en el despacho compruebo que la mujer continua en la misma posición. Antes de dejar el preservativo sobre la mesa se lo muestro, para después caminar hacia ella con la mirada fija en su pecho. No tengo intención de cortarme ni en ser educado con ella. A su lado, hago todo lo posible por rozar mi cuerpo con el suyo mientras cierro la puerta con llave. Vuelve a gemir cuando meto mi mano por su falda hasta llegar a su sexo, aprieto mi dedo contra su clítoris a la vez que rozo mis labios por su cuello. Me retiro en cuanto noto sus manos cerca de mí.

—No me toques hasta que yo te lo pida. Desnúdate. Quítate la camisa y el sujetador.

Está tardando demasiado, tanto que estoy empezando a perder la paciencia. Si no estuviéramos en la oficina le arrancaríamos la camisa. Para cuando termina me alegro de que sus pechos grandes no sean operados. No me agrada ese tipo de mujer que no siente ningún respeto por su cuerpo.

Sus pezones se endurecen en reacción a mi mirada lasciva. Sin más dilación la aparto de la puerta para llevarla hacia la pared más cercana.

—No grites, recuerda donde estamos.

—Haré lo que me pida, señor.

¿Señor? Me muestra respeto, le impone que sea su jefe, no me lo puedo creer. Mi pequeña venganza personal me está sorprendiendo. He estado con muchas mujeres, pero nunca con una tan dócil. Me gusta el sexo, pero nunca he ido más allá de una relación sexual. Alguna fantasía, pero sin pasar los límites. Pero esto es un regalo que me manda el destino y estoy dispuesto a entrar en este mundo.

—No te preocupes por tu trabajo, no voy a despedirte, relájate.

—No es miedo, me gusta ser respetuosa. Mis últimas relaciones han sido así.

—¿Qué quieres decir?

—Practico la sumisión, aunque no de un modo estricto, solo en sexo.

—Respeto todo ese rollo, pero no mantengo ese tipo de relaciones. No voy a golpearte ni a humillarte, solo quiero follar. Puedes aceptarlo o marcharte, pero no me hagas perder el tiempo.

Acepta y su consentimiento desata mis deseos. La aparto de la pared para subirle la falda hasta las caderas. El tanga negro me muestra su culo prieto. Lo tomo entre mis manos, la atraigo hacia mi cuerpo y justo cuando va a besarme la aparto y tiro del tanga provocando que la tela se raje entre mis dedos. Su cara muestra deseo y sorpresa al mismo tiempo. Y ya no hay más tiempo que perder, quiero tirármela ya.

—Vamos al sofá, ponte a cuatro patas y hunde la cara en los cojines. No quiero que nadie se entere de lo que va a pasar aquí.

Obedece sin más. Si no lo hiciera tendría que castigarla, supongo. No sé cómo funciona todo este tema del sometimiento. Supongo que podría leer, buscar un poco de información en internet. Lo más básico. Pero no tengo la menor intención de saber más de lo estrictamente necesario. ¿Más complicaciones? No, por favor. Las complicaciones tienen nombre propio y no quiero pensar en ello, ahora no.

—¿Ocurre algo malo? ¿Quiere que me vaya?

—Si se te ocurre moverte de donde estás te despido.

Es curioso cómo ha temblado ante mi amenaza. Debería estar acostumbrada a este trato, ¿o no? No logro comprenderlo, pero ahora lo único que me interesa es follármela y echarla de aquí cuanto antes.

Me coloco tras ella, en la posición correcta y le ordeno que sea ella quien se mueva. Compruebo con mi orden que sabe lo que se hace. Se mueve con brío y sin descanso hasta que le ordeno que se detenga para dejarme llevar por una de sus propuestas. Me quiere sentado en el sofá para que así ella pueda

sentarse sobre mí. Sus movimientos cada vez son más rápidos y profundos. Su cuerpo responde acogiendo mi anatomía por completo, sin ninguna queja continúa moviéndose sin detenerse, con la sola intención de complacerme mientras ella no recibe ninguna atención por mi parte. El sexo es bueno con esta mujer. Pero no es más que eso, sexo.

—Terminemos con esto. Tengo trabajo.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Estoy en tus manos.

Me acompaña hasta la pared más cercana. Me encuentro a su espalda, eso me da total libertad para colocar mi mano sobre su espalda y obligarla así a que curve su cuerpo. A sabiendas de lo que va a suceder se sujeta con fuerza al marco de la puerta. Y hace bien en sujetarse porque no voy a tener la más mínima atención sobre ella. Poco me preocupa esta mujer, solo quiero acabar con esto e ir a por la siguiente. Recibe mis embestidas sin protesta y con ganas de más, ofreciéndome su cuerpo por completo. Una mujer vacía donde saciar mis oscuros deseos. Con ese pensamiento me corro, salvaje, duro y sin ninguna clemencia.

Me retiro de ella y está a punto de caer cuando me alejo. Pero ya no me importa. Ya tengo lo que quería, ahora solo quiero que se largue. Trabajaré un poco y bajaré en busca de mi segunda víctima.

—Cuando estés lista puedes marcharte. Mañana, por la tarde quedaremos después del trabajo en un hotel. Antes de irme a casa te diré en cual. Iremos por separado.

Ella acepta, claro que ha aceptado. Está obsesionada con el sexo y con que la posean sin control y yo no tengo problema alguno en cumplir esos deseos. Me siento a mi mesa, hoy no iba a trabajar, no es que tenga mucho por hacer, pero quiero estar entretenido. Necesito relajarme para poder estar al cien por cien para la siguiente mujer a la que quiero visitar. Aun así, creo que lo mejor será cancelar lo poco que tengo por hacer. Hoy no voy a trabajar, me las voy a trabajar, a todas y cada una de ellas. Mi próximo destino no está muy lejos de aquí, apenas un par de plantas más abajo se encuentra la recepcionista. Adela no da crédito a mi comportamiento de hoy. Siempre le he contado todo sobre las decisiones que tomo, debe pensar que he enloquecido. Ahora que ya he reorganizado mi agenda con la ayuda de mi afable secretaria es momento de seguir con mi plan de hoy. Es hora de caminar hacia el ascensor y visitar a esa mujer.

En mi camino hacia el ascensor cruzo la mirada con la chica de las fotocopias.

Los papeles que llevaba en la mano caen desparramándose por el suelo. Se agacha con el máximo cuidado ya que no lleva ropa interior. Aparto la mirada y sonrío. El espejo me devuelve el reflejo de un José que ya no reconocía. Pero este José ha vuelto y para quedarse. Sofía lo ha querido así. La culpable de lo que está ocurriendo es ella y solo ella. Cuando llego a la planta encuentro a la secretaria concentrada en su trabajo. Pero cuando advierte mi presencia detiene su trabajo. Y me sonrío. Se la ve contenta por verme allí. Le devuelvo la sonrisa como lo haría aquel hombre que creí abandonado en Londres y que ha regresado para quedarse. Ahora solo tengo que tantear el terreno, saber qué posibilidades tengo y jugar mis cartas hasta dar con la mano ganadora.

—Buenos días, señor Vallés. ¿En qué puedo ayudarle?

—Llevo muchos días pensando en ti y me preguntaba si tú también piensas en mí.

—¡Señor Vallés! Nunca imaginé que usted podría...

—Me gustaría que nos viéramos a solas, ¿es posible?

—Es mi hora de descanso, podríamos ir a la sala de descanso.

Perfecto. Justo dónde quería estar. A solas, con esta mujer, en una habitación vacía. Las cartas echadas, ahora tengo que ver si es una jugada ganadora o me tendré que arriesgar como lo he hecho hace un par de horas.

—¿Te apetece tomar un café?

—Lo que me apetece es otra cosa. Te llamas Graciela, ¿verdad? —asiente—. Bien, Graciela. Somos adultos. ¿Y si cambiamos ese café por un contacto más íntimo? Eres una mujer preciosa, impresionante y nada me gustaría más que pasar tiempo contigo.

—Veo que te gusta ir al grano y eso me gusta. Acompañame, buscaremos un lugar para estar a solas.

Me dejo llevar por la mujer de la recepción por un pasillo cercano a su puesto de trabajo. Se detiene frente a una puerta cerrada con llave. Busco algún cartel informativo que me indique donde me encuentro sin éxito. La habitación está completamente a oscuras. Parece un despacho y cualquiera diría que lleva semanas cerrado. Está limpio, pero tiene ese olor característico a cerrado. Para cuando regreso la atención a Graciela la encuentro semi desnuda. Para mi disgusto compruebo que sus pechos son operados. Lo mejor será prestar atención a otras partes de su cuerpo, no quiero descentrarme. Mi pequeña venganza tiene que seguir adelante.

—¿Tienes algo en mente o prefieres dejarte llevar por el momento?

—pregunto al ver su impaciencia.

—Estoy dispuesta a casi todo. Hagámoslo sobre la mesa. ¿Estás preparado o necesitas que sea cariñosa contigo?

—Deja los momentos cariñosos para tu novio. Yo siempre estoy preparado. Y más ahora. Estoy lleno de rabia y esa rabia está concentrada en una parte muy concreta de mi cuerpo y necesito liberar toda esa furia y voy a hacerlo ahora, en esta mesa y en esta mujer de pecho operado. Ya a su lado compruebo que está completamente desnuda y dispuesta para recibirme. Sigo con mi racha de buena suerte. Parece ser que mi cuerpo y esta cara bonita que me regalo mi madre sigue dando sus frutos. En esta ocasión no tengo que molestarme en deshacerme de su ropa interior porque ella lo ha hecho por si misma. Me bajo los pantalones y los bóxer ligeramente. Tan pronto como doy libertad a mi miembro, ella lo toma entre sus manos para masturbarme. Cansado del modo con que me toca, aparto su mano para poder penetrarla. Cuanto antes acabe con esto antes podré seguir con mi vida. Las cosas no están yendo como tenía planeado. Y mientras me la tiro no puedo dejar de pensar en otra mujer, en mi mujer, en la única mujer que he tenido en mi vida. He estado con muchas otras, pero solo he tenido una mujer. Sofía. Mis planes del día eran echar cuatro polvos sin control, sin ataduras, sin remordimientos y estoy decidido a cumplir mis deseos, pero siento que estoy fracasando. Aumento mis acometidas mientras ella se aferra a la mesa, mi violencia se desata cuando noto que estoy al límite de estallar con un nuevo orgasmo. Sé que ella no ha terminado, pero me es indiferente. Dispuesto a que sea ella misma la que se alivie, me aparto de ella sin mirarla tan siquiera. Me deshago del preservativo. No hago más que vestirme cuando abandono la estancia. Joder, soy un cabrón. Reto conseguido, el José de antaño ha vuelto.

Regreso a la oficina pensando en mi siguiente conquista, la secretaria de mi padre. Quizás sea demasiado arriesgado, incluso para mí. Pero no voy a rechazar la idea, de momento. Deberé estudiar el terreno, pero estoy ansioso de más. Tengo que volver a ver a la chica de las fotocopias, averiguar cómo se llama y aclarar ciertos puntos con ella. Quizás lo mejor sería tener una amante en vez de varias conquistas ocasionales. De regreso en mi despacho marco la extensión que me comunica directamente con Adela.

—Adela, necesito a la chica de las fotocopias. ¿Cómo se llama?

—Ahora mismo está encerrada en el almacén. Iré a buscarla. Se llama Mónica, lleva trabajando para ti un año. Tiene un contrato en prácticas y cobra el salario mínimo. ¿Quieres un informe al respecto?

—No, no será necesario. Solo haz que venga a la oficina. Tengo un encargo para ella.

Me preparo un café mientras pienso que voy a hacer con Mónica. Ya me ha demostrado que está dispuesto a todo y voy a usar esa información en mi beneficio. Solo espero que acepte lo que voy a proponerla sin poner problemas. La quiero como mi amante, la necesito como distracción, pero tendré que dejarla claro que esto no va a ir más allá del sexo. Nada de citas, ni llamadas telefónicas. Ni cenas, ni visitas inesperadas. Todo será a mi manera y quedaremos cuando yo quiera.

En cuanto entra en el despacho la pido que tome asiento. Quiero que esté atenta a lo que quiero pedirle.

—Ahora que estoy soltero necesito más que nunca la compañía de una mujer. Y cuando hablo de compañía me refiero a encuentros ocasionales en los que solo follaremos. No tengo intención alguna de iniciar una relación, ni siquiera de amistad. Si aceptas, solo nos veremos en un hotel que yo mismo pagaré. Solo sexo, Mónica. Nada más. No quiero que vengas dentro de unos meses pidiéndome algo que no obtendrás de mí. No voy a enamorarme de ti, por lo que si buscas un novio será mejor que te marches ahora y olvidemos lo que ha ocurrido en esta oficina.

—Acepto.

—Bien, pues recoge tus cosas. Nos vamos ahora. Cuando estés lista ve a la planta baja, te recogeré a la vuelta de la esquina, junto al restaurante. Pienso durante un solo instante en lo que acabo de hacer. Sé que no está bien, que es asqueroso, pero es lo que quiero. Estoy cansado de ser el idiota que he sido hasta ahora y con este último pensamiento reservo una habitación en un hotel. Ahora solo tengo que avisar a Adela y conseguir un teléfono de empresa para Mónica, quiero tenerla siempre disponible.

—Adela, necesito un terminal. El más básico. Restringe el envío de llamadas.

—Empieza a trabajar en ello antes de que termine de hablar—. Voy a salir, desvía las llamadas de mi despacho a tu teléfono. Si hay algún problema que lo solucionen Roberto o Santiago. Solo si es muy urgente, llámame tu misma. Encuentro a Mónica en el lugar donde le he indicado que la recogería. Durante el trayecto hacia el hotel ninguno de los dos ha provocado ninguna conversación. Nosotros no tenemos nada que hablar. Lo único que nos une es el sexo y siempre que yo lo quiera. Apenas media hora después llegamos al lugar que he elegido para vernos. Es un hotel discreto, nada llamativo, con lo necesario para lo que quiero hacer. Aunque no seré tan imbécil de quedar

siempre en el mismo lugar, estoy dispuesto a trasladarme si es necesario porque quiero llevar esta aventura con la máxima discreción. Y eso me hace pensar que deberíamos firmar algún acuerdo para que mantenga la boca cerrada. Yo mismo lo redactaré y la obligaré a que lo firme. Para ello tendrá que esperarme unos minutos en el hotel, necesito redactar el contrato cuanto antes, será mejor no correr riesgos. No conozco a esta mujer de nada, no puedo confiar en ella.

Regreso al hotel antes de lo que creía. El documento que he redactado es muy básico. Si habla de lo que hacemos, si habla de mí a cualquier persona tendrá que darme mucho, pero que mucho dinero y no gana lo suficiente para pagarme. Si se le ocurre ponerme en evidencia acabaré con su vida. Poco me importa lo que le suceda a esta mujer. De ella solo me interesa su cuerpo. Entro en la habitación y la encuentro entretenida con la televisión, pero en cuanto me ve la apaga. Su comportamiento es ridículo, sigue viendo en mí uno de esos hombres que le han sometido. Y es ese modo de vida el que le obliga a mantenerse siempre alerta y diligente.

—Tienes que firmar esta documentación. Si mantienes la boca cerrada sabré compensarte. Cuando lo firmes puedes desnudarte, espérame en la cama. Sin leerlo firma todo lo que le pido. Supongo que no es la primera vez que hace algo así. Parece que somos muchos los que queremos mantener oculta nuestra vida privada, sobre todo cuando se sale de la línea de lo que muchos llaman lo correcto. Ahora que ha aceptado seguir adelante le hago entrega del teléfono móvil y le informo del uso determinado del mismo.

—Voy a darme una ducha, no tardaré.

Reaparezco en la habitación tan solo con el bóxer. Mónica ya está desnuda, completamente desnuda y a la espera de que le acompañe en la cama.

—Ya que lo único que estamos buscando es satisfacción sexual vamos a evitar los momentos íntimos. Ni besos y ni caricias. Y ahora lo que quiero es ver cómo te tocas.

Obedece con gusto, esta mañana no he permitido que llegara al clímax y debe estar deseosa de disfrutar de ese momento. Y lo que no sabe es que no se lo pondré nada fácil. Me centro en ella y la encuentro disfrutando de sí misma y mientras se masturba se acaricia los pechos y hasta se los lleva hasta la boca para lamerse. Noto como su cuerpo se tensa ante el ya inminente clímax.

Cuando sus piernas tiemblan la ordeno que se detenga.

—Estoy excitado, pero no lo suficiente para terminar. Quiero que me toques. Ya veremos cómo acabamos con esto. No será en la cama, eso desde luego.

Se coloca sobre mí, dándome la espalda, en cuanto me tumbo sobre la cama. Mi erección es un hecho, pero quiero más antes de penetrarla. Sus movimientos, más lentos de lo necesario van cogiendo ritmo según va creciendo mi erección. En algunas ocasiones juega con mis testículos aumentando mi deseo y mis ansias de sexo. Los movimientos a los que somete mi sexo me llevan hasta el punto álgido del momento. Es hora de dejar la cama.

—Para. Coloca el sillón contra la pared y apoya las manos sobre los brazos. Vamos a hacerlo por detrás.

—¿Puedo pedirte algo?

Acepto a sabiendas de que me voy a arrepentir. Algo me hace pensar que va a querer llevarme a ese mundo desconocido en el que se ha movido hasta llegar a mí.

—Quiero que me azotes. Yo te indicaré como y donde para que no me dejes marcas. Es muy importante controlar la fuerza y la intensidad.

—¿Cómo puedes sentir placer con algo así? No voy a ponerte la mano encima. No vuelvas a pedirme algo así.

Estaba en lo cierto, sabía que me arrepentiría. Estoy furioso con ella y conmigo mismo. Y con Sofia por llevarme al límite, por permitirme que caiga en los brazos de este mundo sin escrúpulos. Y esa furia es la que me lleva hasta el trasero de Mónica. Sujeto sus caderas y antes de que esté preparada la embisto provocando un gemido demasiado sonoro. Permito que se relaje con la única intención de repetir lo que acaba de suceder. Repito una y otra vez las embestidas provocando que sus gemidos se conviertan en gritos de dolor.

—¡Cierra la boca! —Me aparto de ella con demasiada brusquedad—. A la cama, ábrete de piernas todo lo que puedas. Quiero terminar ya y no va a ser agradable. Lo vamos a hacer duro y rápido. Ni siquiera pienses en tocarte, porque de lo contrario voy a follarme ese culo y créeme, no podrás sentarte en semanas.

—No me importaría recibir tal castigo. Me gusta el sexo duro, el sado es un mundo emocionante y lleno de satisfacción. Me gusta el sexo y disfrutar de ello.

—No todas las mujeres están tan dispuestas como tú y voy a aprovecharlo. Colócate, lo haremos a tu manera. Estoy deseando follarme ese culo.

Cuando menos se lo espera ataco por la retaguardia para después tumbarme sobre ella y así alcanzar sus pechos. Juego con sus pezones para después bajar mi mano hasta su clítoris. No hago más que rozarla cuando llega al clímax al

mismo tiempo que yo.

Ya está anocheciendo cuando salgo del hotel. Solo. No quiero que nadie me vea con Mónica, no quiero que me relacionen con esta mujer. A ojos ajenos solo es mi empleada. Conduzco sin rumbo fijo, sin saber dónde debo dirigirme. Estoy empezando a pensar que no ha sido buena idea lo de Mónica, tampoco lo de Graciela y eso me lleva a detenerme en la primera intersección que el tráfico me permite. ¿Cómo he podido ser tan idiota? Retomo la conducción para regresar a casa de mis padres, de donde no debería haber salido en todo el día. Y de esta manera me niego a cometer una nueva locura. ¿La secretaria de mi padre? ¿En qué narices estaba pensando? No estoy preparado para lidiar con el problema de Sofía y meto en mi vida a otra mujer. Mónica me traerá problemas, mi mala decisión tendrá consecuencias. También me preocupa lo que pueda pasar con Graciela. No estoy seguro de si contará lo que ha pasado entre nosotros. Pero será mañana cuando piense en ello porque, sin permitirlo, mis pensamientos se dirigen hacia Sofía. He pasado todo el día entre las piernas de otras mujeres y, sin embargo, no puedo dejar de pensar en ella. En Sofía.

10

Dos meses, más de dos meses sin tener noticias de José. Dos meses sin derramar una lágrima más y para un día que me siento a la televisión me encuentro con una noticia sobre el Parque Europa, aquel lugar maravilloso al que me llevó a los pocos días de conocernos. Y tenía que ser precisamente hoy, que también he recibido una llamada de Hugo. Quiere hablar conmigo. No me ha contado mucho por teléfono, pero no sé porque ha tenido que ser precisamente ahora. Estará en casa en unos minutos y yo soy incapaz de dejar de llorar.

Hugo ya está en casa y ha venido acompañado por su hermana Hanna. Y ahora estoy en la cocina, preparando algo de cenar y no puedo dejar de pensar en cuáles son las opciones que los han llevado hasta aquí, a los dos. Para nada imaginaba que vendría acompañado por su hermana, es más, esperaba que su visita fuera para disculparse.

— ¿Te encuentras bien? Te noto... distinta, como ausente.

—No he tenido un buen día y tu llamada no ha ayudado a que ese día mejore. ¿Cuándo vas a explicarme para qué has venido? Y con tu hermana, ¿qué está haciendo Hanna aquí?

—Mi madre la ha echado de casa. Lleva viviendo conmigo un par de semanas. He conseguido que la admitan en un instituto de la zona a cambio de que de unas charlas de *forma altruista*.

Siento mucho todo por lo que está pasando esa pobre niña, pero yo también tengo mis propios problemas. La presencia de los hermanos me está incomodando y no debería, más que nada porque estoy en mi propia casa.

—Necesito que me digas a qué has venido. Después de lo que ocurrió entre nosotros deberías comprender que no me siento muy cómoda con tu presencia.

—He venido a disculparme y a pedirte que me des otra oportunidad, te echo mucho de menos.

—Hay que tener muy poca vergüenza para presentarte aquí a pedirme algo así. Si no te he hecho de mi casa es porque tu hermana no tiene culpa de los errores que has cometido tú, pero cenar y marcharos, no quiero montar un espectáculo.

Han tenido que pasar dos horas para que los hermanos se fueran de mi casa.

No puedo creer lo que acaba de pasar. De hecho, el día completo ha sido todo surrealismo. No quiero ni recordar todo lo que ha pasado hoy en el trabajo, mucho menos cuando he llegado a casa y es que hoy he estado todo el día sola porque Gala está pasando el día con José. José. Me niego a irme a la cama pensando en él. No quiero pasar la noche en vela. Para ello debo buscar algo con el que entretenerme, algo que me haga dejar de pensar y eso me lleva hasta Hugo. Si no quiero pensar en José, podría funcionar pensar en otro hombre. Pero no puedo olvidar lo que ocurrió en Nochevieja. Él fue tan culpable como su madre. Y es el recuerdo de Roser lo que me llega a pensar en Hanna. Su madre, su propia madre le ha echado de casa. Supongo que tiene que ver con el tema de su futuro como tatuadora. Hugo me contó que su madre no lo aceptaba. Quizás debería escribirle, no pierdo nada escuchándolo.

No solo le envié un mensaje a Hugo, sino que quedé con él en verno hoy a la salida del trabajo. Y aquí estoy, en una cafetería cercana a la espera de que Hugo venga a mi encuentro. Y mientras espero y disfruto de un café caliente observo a las personas que caminan junto al ventanal de la cafetería. En la distancia creo adivinar una figura que reconocería en cualquier lugar. Pero cuando me levanto para agudizar la vista compruebo que estaba equivocada. Antes de que pueda sacar mis propias conclusiones con lo que acaba de suceder, Hugo se detiene frente a mí y aunque sabía que no tardaría en llegar, su presencia me provoca tal nerviosismo que me siento sin saludarlo. No puedo pensar en un hombre mientras paso la tarde con otro.

—Sofía, ¿estás bien? Me sorprendió mucho tu mensaje de anoche.

—Me quede preocupada por Hanna.

—Así que esto es una cita para hablar de mi hermana...

—Mira, ni yo misma sé porque te escribí anoche. Me sentí mal por el modo en el que te traté. No pierdo nada escuchando lo que tengas que decirme.

Su explicación es clara y concisa. Culpa la educación que le ha dado su madre a su cobardía, pero esa cobardía le llevó a perderme. Cuando su madre echó a Hanna con poco más que veinte euros, una pequeña maleta y su teléfono móvil, se dio cuenta de que el comportamiento de su madre era desmedido. Su ideología católica le ha llevado a un fanatismo fuera de control rechazando a su propia hija.

—He estado muy ciego todo este tiempo. Estaba acostumbrado a que mi madre se dejara llevar por sus propias creencias y por las imposiciones que le marcaban desde la iglesia del barrio, pero lo que ha hecho con mi hermana y contigo no tiene perdón. —Finge mirar al exterior, pero sé que solo está

intentando evitar mi mirada—. Ayer me sentía muy solo, te he echado mucho de menos y necesitaba verte. Espero que no sea muy tarde para nosotros.

—Vamos a cambiar de tema. Por mi parte está todo olvidado. Gala está con su padre, ¿te apetece que vayamos a cenar o está Hanna sola?

—Está con mi hermano.

—Pues vamos, busquemos un sitio para hablar. Llevamos dos meses sin vernos y eso es mucho tiempo.

Caminamos por las calles de Madrid sin rumbo fijo. Caminamos uno al lado del otro, muy cerca. Nuestras manos se han rozado en más de una ocasión y estoy empezando a pensar que Hugo está provocando ese acercamiento para descubrir en qué punto estamos. Quiero cenar con él y volver a disfrutar de su amistad, de ahí a pasear de la mano como si volviéramos a ser pareja... no sé... demasiado pronto.

Un primer encuentro vino acompañado de muchos otros. Hugo y yo hemos afianzado nuestra amistad, hemos vuelto a ser los de siempre con la diferencia de que Hugo no ha vuelto a intentar volver conmigo. Nuestra amistad ha crecido tanto que he tomado la decisión de que Gala y él se conozcan. Hoy es el día de mi cumpleaños y he decidido organizar una pequeña reunión en casa. Mi padre y Julia han venido acompañados por Manu y mi sobrino Miguel. Hugo y Hanna no tardarán en llegar. Gala está entusiasmada. Cumpleaños es sinónimo de fiesta. Cuando supo que iba a conocer a mis nuevos amigos se puso nerviosa, ansiosa por conocer a alguien nuevo. No sé de quién habrá heredado esta curiosidad, pero no ha sido de su padre, con quien comparte un gran parecido, tanto físico como personal. José... si supiera cuanto lo echo de menos... pero aquello ya acabó, aunque mis sentimientos siguen más vivos que nunca. Pero hoy no es día para tristezas ni remordimientos, hoy es un día para ser feliz. No todos los días celebro mi cumpleaños y no todos los días tengo mi casa llena de gente a la que quiero.

—Mami, ¿no puede venir papá?

—Ya sabes que no, cariño. Pero si quieres te lo vuelvo a explicar.

—Papá está triste por no estar aquí.

—Gala, cariño. Ya hemos hablado de ello. Todos estamos un poquito tristes, pero lo más importante de todo es que tú sonrías y seas feliz. ¿Qué pasa si tú

no eres feliz? —Me acerco despacio preparada para una nueva guerra de cosquillas—. ¡Guerra de cosquillas!

Mi casa se llena de risas. La guerra de cosquillas es lo único que hace olvidar a Gala. No sucede muy a menudo, pero Gala es una niña pequeña, no tiene más de siete años y aunque siempre ha comprendido lo sucedido entre su padre y yo, a veces muestra dudas. No sé si por ella misma o infundidas por José. Que me haya comentado que su padre está triste me hace dudar sobre ello. Y otra vez José... siempre en mi cabeza dispuesto a recordarme que nunca se irá de mi cabeza.

—¡Paz, mami, paz! No me hagas más cosquillas, me duele la tripa. —Me pide entre risas y lágrimas de alegría—. ¡Vamos a vestirnos, corre!

Para el día de hoy Gala ha elegido un atuendo de lo más controvertido. Vestido de flores, medias rosas, zapatillas Victoria del mismo tono y como peinado un par de trenzas que yo misma he tenido que rehacer porque eran un completo desastre. Y es su particular atuendo el que me ha llevado hasta mi vestidor a elegir un vestido de colores claros a juego con mis propias Victoria y, aunque he omitido las medias rosas, sí que me he peinado con una sola trenza que descansa sobre mi hombro derecho. Aprovecho que está entretenida jugando con su primo para sorprenderla. No hago más que entrar en su dormitorio cuando rompe a reír y yo río con ella. Son estos momentos los que me unen a mi hija, dándonos momentos íntimos y privados, aunque estemos rodeadas de familiares y amigos. Hoy va a conocer a Hugo y siento la necesidad de mantener mayor complicidad con ella.

¡Ay! ¡Los coulant de chocolate! Desde que soy madre me he esmerado en prestar mayor atención a los programas de cocina con la mera intención de aprender a cocinar y así aportarle a mi hija la alimentación que necesita una niña de su edad. Pero no todo sale siempre como debería. Se puede decir que mi cocina y yo mantenemos una relación de amor odio que no tiene solución. Hoy me he dispuesto a hacer algo diferente. La ensalada de marisco y el solomillo a la pimienta han sobrevivido, pero me temo que los coulant no son más que unas simples magdalenas de chocolate. Y en efecto, no me he equivocado. Me he arriesgado y las magdalenas han ganado la batalla. Ahora que, ya pueden estar buenas porque de lo contrario no tendremos postre y hablando de postre. ¡No he comprado la tarta! Y no me da tiempo a remediar este contratiempo porque Hugo y Hanna acaban de llegar.

—Hola, chica guapa. ¡Feliz cumpleaños! —Hugo besa mi mejilla y me ofrece un ramo de rosas blancas.

Escondida tras mi vestido noto la presencia de Gala. Disimula su timidez jugando con sus trenzas, que a estas alturas vuelven a ser un completo desastre. Con Hanna aún en la puerta, Hugo se coloca de rodillas frente a Gala y con suma delicadeza coge su trenza para volver a hacérselas. Y debo reconocer que es un buen trabajo.

—Hola, chica guapa. Me llamo Hugo y tenía muchas ganas de conocerte. ¿Me dejas que te dé un beso? —Gala asiente con una sonrisa de medio lado acompañando su rostro—. Te has ganado un regalo.

Con la efusividad que le caracteriza, Gala se abraza a Hugo envolviendo su cuello con sus pequeños bracitos. Hugo suspira aliviado y sonrío. Le lanzo un guiño, pero automáticamente mis pensamientos vuelan hacia José. Nunca hemos pasado un cumpleaños los tres juntos. La culpabilidad me invade, pero tengo invitados y debo atenderlos como se merece.

—¿Quieres tu regalo? —Gala asiente entusiasmada—. Lo tiene mi hermana Hanna, si le das un beso seguro que te lo da.

Saluda a Hanna con timidez, pero cuando esta le hace entrega de la bolsa nos sorprende con una sincera muestra de cariño en forma de abrazo. Sentada en el suelo se esmera en desenvolver el regalo. Una colección de libros infantiles es un regalo perfecto.

—Ven a mi habitación, que te lo leo.

—¿Pero ya sabes leer?

—Y escribir y hacer sumas sin los dedos.

Tras la comida nos hemos decidido por seguir con la fiesta de cumpleaños en un parque cercano. Los niños han disfrutado como nunca jugando con Hugo y con Manu. A eso de media tarde, Hanna nos ha dejado porque tenía que estudiar para un examen, pero no hay que ser muy lista para darse cuenta que lo que ella ha llamado examen se resume en chico. Hanna tenía una cita y en parte, comprendo que quiera ocultárselo a su hermano. Todos hemos hecho cosas así en la adolescencia. Y en cuanto nos hemos quedado a solas, mi padre ha aprovechado la oportunidad para sentarse a mi lado. Lleva como veinte minutos junto a mí y en todo ese tiempo ninguno de los dos ha hablado. Incluso Julia ha decidido mantener el silencio que ahora nos acompaña.

—Disculparme, debo ir a los aseos.

Mi padre quiere decirme algo, lo noto por cómo se mueve en su silla. Y no creo que tarde demasiado en lanzarme una pregunta porque en cuanto regrese Julia volverá el silencio.

—Sofía, hija. Sabes que siempre te he apoyado en todo lo que has hecho.

Sabes que nunca me he inmiscuido en tus asuntos personales, pero creo que te estás equivocando y es mi deber como padre decirte lo que pienso. Me preocupo por ti. Te observo y poco queda de aquella Sofia que eras antes.

—Estoy bien, papá.

—Amí no vas a engañarme. Soy viejo y sé cuándo algo no huele bien y ese amigo tuyo, Hugo, es demasiado bueno. Muy perfecto. Yeso me hace desconfiar de él. El modo en que te mira... no me gusta ese hombre para ti.

—Papá, Hugo es un buen hombre y me trata bien. Y ya has visto cómo se comporta con Gala.

—Si quieres estar con él voy a respetar tu decisión, pero estar con otro hombre no te hará olvidar a José.

11

Ha pasado un año desde que mi padre se sinceró conmigo y desde entonces no ha hecho ningún intento por disimular su malestar. Han sido numerosas las ocasiones en las que mi padre ha contradicho a Hugo. Ha rechazado invitaciones y denegado atenciones por su parte.

El cambio tan radical de mi padre me tiene preocupado. Hasta ahora se ha mantenido en silencio, apoyándome en todas y cada una de mis decisiones. Pero en esta ocasión no tengo su apoyo. No quiere que esté con Hugo, me lo ha dejado claro siempre que le ha sido posible. No para de decirme que estar con otro hombre no me hará feliz. Y lo sé, no soy cien por cien feliz, pero he conseguido que mi vida sea tranquila y la monotonía que embarga mi vida me produce bienestar. No quiero volver a aquellos meses con José en los que había perdido el control de todo.

La nueva decisión que he tomado le ha sentado tan mal a mi padre que se ha negado a ser participe. Julia ha intentado quitar importancia a la situación con comentario tales como que mi padre se hace mayor, que es un cascarrabias y semejante. Pero la realidad es que lo que mi padre quiere para mí es que regrese con José. Me apoyó cuando decidí seguir adelante con mi embarazo, mi apoyo cuando quise que José formara parte de la vida de Gala, incluso me apoyo cuando seguimos viéndonos. Y todo su apoyo tenía una razón. Siempre ha tenido la esperanza de que José y yo volviésemos a estar juntos, pero ya no imagino mi vida junto a él. Son muchas las cosas vividas con Hugo. Y ahora

que hemos decidido vivir juntos he cerrado la más mínima opción que tenía de volver con José.

Hace como tres meses que Hanna decidió que había llegado el momento de dejar atrás el descontrol del centro de Madrid. Ahora vive con dos compañeros en un piso en las afueras de la ciudad. La beca que le han concedido para que siga con sus estudios le ha permitido vivir por su cuenta sin depender de su hermano. Teniendo en cuenta que Hugo ya pasaba más tiempo en el ático que en su propio piso llegamos a la conclusión de que mantener un piso en el centro de Madrid era un gasto muy absurdo, más que nada porque Hugo no pasaba por su piso más que para hacer la compra y mantener controlada a Hanna. Si, Hugo y yo estamos juntos. No sé cómo pasó, ni como hemos llegado a ser una pareja, pero estamos juntos. Un encuentro llegó a otro, después llegó la primera cita, un beso y sin darme cuenta era la pareja de un hombre al que no quiero y para poner la guinda al pastel he tenido la maravillosa idea de abrirle las puertas del ático para que comparta casa conmigo y con Gala. Lo que ha ocasionado un nuevo problema, mi reencuentro con José. Y ahora, mientras Hugo se muda al ático yo me encuentro en dirección a la casa de Eloísa y Fernando. En el acuerdo que firmamos José y yo, nos comprometimos a mantenernos informados de nuestros cambios y decisiones que de manera directa o indirecta afectara a nuestra hija. Sin duda, la mudanza de Hugo afecta a Gala. Siempre hemos sido ella y yo. O ella y su padre. Ahora, en casa somos uno más. Yaunque Gala está más que acostumbrada a la presencia de Hugo he tenido muy en cuenta su opinión. Sí, Gala no tienes más que ocho años, es una niña, pero su madurez es de tal magnitud que está preparada para tomar decisiones por sí misma. En cierto modo fue Gala la que aprobó que Hugo viniera a vivir a casa. Cualquier motivo de duda de mi hija hubiese sido suficiente para pedirle a Hugo que se buscara un piso más económico.

Aparco en la entrada. Desde mi asiento, puedo comprobar la preocupación de Fernando. Conoce a José y sabe que no va a aceptar que nuestra hija viva con otro hombre que no sea él. Sí, Fernando y Eloísa están al tanto de todo. Siempre lo están y es que cuando debo contarle algo a José ellos siempre nos acompañan. Sus padres son los únicos que logran relajarlo y evitan que vuelva a caer en su adicción. Si he tomado la decisión de que sus padres estén con nosotros en cualquier reunión es porque tengo verdadero pavor a que una de

mis decisiones le lleve a caer de nuevo. No le deseo ningún mal, es el padre de mi hija y bueno... le quiero y no quiero que nada malo le ocurra.

Fernando me acompaña hasta el salón principal. Junto a Eloísa encuentro a José, cabizbajo. Ni siquiera se atreve a mirarme. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. Fue en un evento en el colegio de Gala y evitamos por todos los medios cruzar más de dos palabras. Lo más cerca que estuvimos aquel día fue porque Gala nos pidió una foto. Ninguno de los dos nos negamos. Ese comportamiento forma parte de nuestro acuerdo. Y es que fue un acuerdo creado por y para Gala. Siempre hemos pensado en el bienestar de nuestra hija, sin excepción, por muy doloroso que nos resultase. Ojalá y mi madre hubiera pensado un poco en mí cuando decidió dejar a mi padre, pero hay personas que solo piensan en ellas mismas y mi madre es una de ellas.

—Bienvenida, Sofía, ¿puedo ofrecerte un té o un café? —Hola, Eloísa, muchas gracias. Un café estará bien. José mantiene la aptitud, no me mira, no me habla. Es como si no tuviera intención de interactuar con ninguno de nosotros, especialmente conmigo. Y mientras él parece no tener ningún interés en mi persona, yo no puedo dejar de mirarlo. Mi comportamiento ha provocado que Eloísa y Fernando nos dejen a solas. Ni así, José me mira. Su rechazo me provoca a seguir mirándolo, es como si hubiera logrado hipnotizarme. Y esto no está bien, no debería comportarme de ese modo. El recuerdo de Hugo me lleva a centrar mi mirada en la mesa de café que tengo frente a mí hasta que Fernando y Eloísa regresen con nosotros.

—Tu café, querida.

—Muchas gracias. —Tomo un pequeño sorbo y me decido por hablar—. Hugo está mudándose al ático en estos momentos.

Ahora sí consigo que José me mire. Quizás he sido un tanto brusca con mi comentario, pero es mejor así. No tengo porque darle más vueltas. Hugo va a vivir con nosotras. Gala lo ha aceptado y es más que suficiente para lanzarme a dar un paso más en mi relación con mi pareja.

—Puede que Gala haya aceptado a ese hombre porque no para de hacerle regalos. La está malcriando y eso ha podido confundir a nuestra hija, que te recuerdo que no tiene más que ocho años. Es una niña, no puede tomar esa clase de decisiones. Cancela esa mudanza porque no voy a tolerar que Gala

viva con otro hombre. Estoy dispuesto a llevarte a los tribunales.

—No me amenazas, José. Puedo rehacer mi vida cuando quiera y con quien quiera. Firmé contigo la custodia compartida porque confío en ti y porque quiero que nuestra hija sea feliz. Pero si quieres iniciar una guerra, estoy dispuesta a pelear. Es mi hija y no vas a quitármela. Si me llevas a los tribunales olvidaré lo que un día nos unió y usaré cualquier cosa en tu contra. Antes de que José prosiga con la discusión, Fernando nos interrumpe. No podemos hacernos algo así. Ir a los tribunales no es una opción. No sé porque quiere hacer esto. Debería querer mi felicidad. A mí me produce escalofríos la idea de hacerle daño. Creo que no podría y eso me haría perder a mi hija y no estoy dispuesta a pasar por ello. Ni que Gala tenga que pasar por este trance. Es un sufrimiento innecesario. Esto no puede ser. Debo lograr que José entre en razón.

—No me merezco que me trates de ese modo. Creo que he sido muy benévola contigo teniendo en cuenta tu comportamiento. Tienes que respetar que he rehecho mi vida y que Gala no está viéndose afectada por ello.

—Haz lo que quieras, ya has tomado una decisión sin tenerme en cuenta, como de costumbre. Me tienes cogido por los huevos y eso a ti te viene muy bien para hacer lo que te plazca. Pero si Gala muestra el más mínimo desacuerdo tendremos que hablar y renegociar el acuerdo. —Está claro que no estás dispuesto a colaborar. No hay nada que renegociar. Si Gala tiene la más mínima queja, Hugo se marchará de casa y eso es algo que tenemos muy presente.

Doy por finalizada la reunión. Sabía que no iba a ser fácil, pero la actitud de José ha complicado las cosas. Ha osado amenazarme con el acuerdo. No puedo creer que haya tenido el valor de hacer algo así después de todo lo que he tolerado. Creo que he sido una buena ex permitiendo que vea a Gala siempre que lo ha pedido. No me ha importado nunca que se llevara a Gala fuera de fecha, al contrario, yo misma le he ofrecido mis propios días de vacaciones o fines de semana, ¿y así me lo paga? Si no fuera Gala la principal afectada tomaría medidas y cambiaría mi actitud radicalmente, pero debo serenarme y prepararme para el interrogatorio al que va a someterme Hugo. Antes de salir de casa hemos discutido. No lleva demasiado bien que me vea con José, aunque solo lo hago en ocasiones puntuales como la de hoy. Pero si quiere que las cosas vayan bien entre nosotros debe comprender que tengo que tratar ciertos asuntos con José. Es el padre de mi hija y eso es algo que no puedo remediar. Para mí no es fácil verlo, pero cuando no me queda más

remedio, espero que Hugo no me ocasione más problemas. Para eso ya tengo a José.

—¡Hola! Ya estoy en casa. ¿Estás en casa, Hugo?

—¡En el dormitorio!

No he atravesado el pasillo y ya me estoy encontrando cajas y más cajas y lo más curioso de todo es que todas están llenas con ropa mía. Esto no empieza bien... He trabajado mucho para tener mi propio vestidor, para las amantes de la ropa y los zapatos tener un vestidor es como un sueño y no voy a tolerar que tire por tierra lo que he conseguido hasta ahora.

—¿Qué hace toda mi ropa en cajas?

—Esta ropa no te la pones y está ocupando mucho sitio. Podrías llevarla a alguna iglesia o donarla.

—No voy a discutir contigo sobre mi ropa porque me parece una pérdida de tiempo. El vestidor está dividido en dos zonas. Una es tuya, la otra es mía. No la toques. Si necesitas más sitio me lo dices y ya. Coloca toda esta ropa en el armario, voy a hacer algo de comer.

Cuando llego a la cocina me encuentro más de lo mismo. Cajas y más cajas con muchos de mis utensilios que ha cambiado por los suyos propios. Es posible que la que tenga problemas con la convivencia sea yo y no Gala. No se está mudando, está arrasando con todo. Lo de la cocina ha sido la gota que ha colmado el vaso a un día complejo.

—Hugo, ¿podemos hablar? Sé que estás intentando encontrar tu lugar en casa y me parece bien, pero sería un detalle por tu parte que me tuvieras en cuenta. No me importa usar tus utensilios de cocina o cambiarlos porque los tuyos sean más nuevos, pero deberías haberme consultado. Cuando termines con mi ropa me gustaría que colocásemos la cocina entre los dos y que veamos qué es lo mejor para todos.

—Mis utensilios de cocina son mejores que los tuyos. Hay que cambiarlos, no le veo el problema.

—Voy a irme a hacer la compra, haz lo que te he pedido. Hablaremos después sobre ello. Pero Hugo, los dos tenemos que poner de nuestra parte o me temo que esto no va a funcionar.

No hace más que unas horas que Hugo está en casa y ya me estoy arrepintiendo. Quizás mi padre no estaba equivocado con respecto a Hugo. Lo encuentro más inmaduro y egoísta que nunca. Nunca discutimos sobre ello, digamos que ahora he dejado los gritos por los diálogos. Hugo es partidario de ello y para mí es mucho más cómodo. Atrás quedaron las eternas

discusiones con José. También nues- tras reconciliaciones... Pero no quiero pensar en ello ahora. He salido para despejarme y pensar en el presente. Ese presente que tiene a Hugo en mi casa en plena mudanza. Estoy segura de que cuando llegue a casa se comportará como si nada hubiera ocurrido. La casa volverá a estar como antes y poco a poco irá *colándome* sus efectos personales por el resto de la casa. Sé que es lógico y normal que busque su espacio, pero me siento invadida. Lo peor de todo es que siento como si le hubiera abierto las puertas a un desconocido. Cuando José se mudó a casa no lo hizo al cien por cien. No tenía más que lo necesario para pasar la semana y aunque cada vez había más cosas suyas por el ático, nunca me sentí cohibida ni incomoda. Mucho menos invadida. Quería estar con él, me gustaba disfrutar de su compañía. Me gustaba llegar a casa y respirar su aroma. Disfrutar de los olores que salían de la cocina porque, una noche más, estaba cocinando mis platos favoritos. Con Hugo es distinto, él nunca cocina. Siempre trae comida de fuera. Casi siempre comida vegetariana o baja en grasas. Es aburrido hasta para comer.

No quiero que esto suceda, pero son muchas las ocasiones en las que me encuentro comparando a José con Hugo y lo que más odio de esta manía tan detestable es que casi siempre sale ganando José. A pesar de todo lo que hemos pasado juntos, a pesar de sus mentiras, creo que mi vida con José hubiera sido distinta de lo que es con Hugo.

El día que conocí a Hugo era un día más de rutina y aunque llamo mi atención no fue un encuentro que me haría pensar en un futuro con él. El día que conocí a José acabé enfadada con él y muy bebida, pero compartimos un momento muy especial mientras bailábamos. En aquel momento tampoco pensé en un futuro a su lado, pero me sentí atraída al instante. El modo en que me susurraba al oído, como me tocaba. El recuerdo de sus besos en mi cuello me hace estremecer y es ese sentimiento el que le proclama ganador.

Nuestra primera cita. Me sentí obligada a tener una cita con cada uno de ellos. Mi cita con José formaba parte de una mentira. No me gustó nada que se presentara en mi trabajo y se inmiscuyera en mis asuntos privados, pero aquello quedó en el olvido. Nuestra cita fue... especial, maravillosa y única. Creo que jamás olvidaré aquel día, un relicario escondido al fondo de un cajón me lo recordará siempre. En cuanto a mi primera cita con Hugo... bueno, fue una cita, sin más. Una vez más, la balanza cae del peso de José. En cuanto a nuestros momentos íntimos... José era pura pasión y Hugo es más cariñoso. José parecía morirse por besarme y por tocarme. Para Hugo es como

si el sexo no tuviera un interés especial. Nos hemos quedado solos muchos fines de semana y ni siquiera ha intentado tocarme. Eso no es muy normal en un hombre de su edad, pero no puedo culparlo solo a él. Tampoco yo he hecho lo más mínimo por llamar su atención. Punto, set y partido para José. Las discusiones. No puedo negarlo. Odio las reacciones de cada uno de los dos. Lo de José era desmedido y Hugo es demasiado tranquilo para mí. Las discusiones con José nos llevaban a un punto de no retorno. Con cada discusión nos separábamos un poco más y aunque nuestro amor era fuerte no ha podido con su traición, porque así es como me siento con José, traicionada. Y aunque le perdoné con el tiempo, no podemos estar juntos porque yo ya no confío en él. Sigo enamorada, pero el dolor que siento es mucho más fuerte que lo que siento por él. Eso me produce mucha tristeza porque los dos sabemos que podíamos haber sido muy felices con nuestra hija, lo teníamos todo para ser felices y en cuestión de segundos todo se vino abajo. Pero ya de nada vale remover el pasado, aquello pasó y yo debo seguir adelante y debo hacerlo junto a Hugo. Ese hombre que soluciona los problemas con viajes y sorpresas. Nuestra última discusión me produjo muchos problemas. Problemas graves con José que tuve que solucionar de la mejor manera que pude. Me culpé a mí misma de aquello porque no quería un enfrentamiento entre ellos y aquello empeoró, más si cabe, mi relación con el padre de mi hija.

Un tieMpo atrás...

Llevaba como tres horas encerrada en el despacho con los nuevos proveedores y estaba cansada de escuchar ofertas sin sentido. Cada vez tenía más claro que Jaime se había equivocado con el cambio. No solo habíamos cambiado las marcas con las que trabajamos durante años, también los presupuestos que eran mucho más elevados y sin coherencia alguna. Estos presupuestos no nos iban a dejar muchos beneficios y cuando él se diera cuenta sería demasiado tarde.

—Disculpen que les moleste. —Marta llamó mi atención para indicarme que tenía una llamada—. Sofía, ¿puedes acompañarme?

No había hecho más que salir del despacho cuando me urgió a que respondiese la llamada desde el despacho de Carlos. Por el modo en que me miraba mi compañera algo grave había sucedido. Eso provocó que todas mis alarmas se disparasen. No pude pensar más que en Gala, que algo malo le hubiera podido

sucedier. Mis movimientos parecían torpes, me sentía presa de mi propio cuerpo. Me invadió la sensación de ir a cámara lenta y al fin, lo conseguí. Respon- dí la llamada. Al otro lado de la línea estaba José. Ahora sí que tenía claro que la llamada era por Gala.

—¿Qué ocurre? Dime que Gala está bien, te lo ruego.

Dime que está bien.

—Gala está bien, tranquilízate Sofía. Joder, lo siento, no quería preocuparte.

—Me has asustado, José. Pensaba que le había ocurrido algo malo a la niña.

Conseguí relajarme con sus palabras de ánimo hasta que me comunicó que estaba en el edificio y que era preciso que hablase conmigo. Debía ser un asunto grave el que quería tratar conmigo cuando estaba malgastando la tarde que le correspondía estar con Gala para venir a verme con tal urgencia al despacho. Y no podía imaginarme de que se trataba. Le urgí a que se reuniese conmigo, pero antes debía cancelar la reunión. No había mucho más que tratar, ya tenía conmigo toda la información necesaria para hacer entrar en razón a Jaime. Solo esperaba que estas tres horas hubieran servido para algo y buscarse unos nuevos proveedores, porque dudaba mucho que quisiera volver a contra-
tar a los que había despedido hace un par de semanas. —José está aquí, ¿le hago pasar? —asentí, me urgía sa-
ber qué ocurría.

Encontré a un José muy serio y por la arruga que se había formado en su frente supe que estaba muy enfadado. Algo me hizo pensar que Hugo era el culpable principal. No era la primera vez que José me llamaba para darme quejas, pero sí había venido hasta aquí era porque esta vez había ido más allá. Hugo siempre negaba las acusaciones que José profesaba sobre su actitud, pero mi intuición me decía que aquella ocasión el mentiroso era Hugo. Estaba segura de que aprovechaba mis ausencias para provocarlo, tanto que debía escuchar lo que José tenía que decirme en

esta ocasión y si su malestar tenía como culpable a Hugo, esa noche tendríamos más que palabras.

—Hugo me ha prohibido llevarme a Gala. Y la niña encantada de quedarse porque ha vuelto a comprarla a base de juguetes y películas. Está malcriándola y poniendo a mi hija en mi contra. Gala es una niña muy buena y cuando se la niega algo nunca protesta. El otro día montó un espectáculo porque se le antojo una muñeca y no se la compré porque no quiero malcriarla y convertirla en una niña consentida. ¿Sabes qué me contesto? Que Hugo es mejor que yo porque él le compra todo lo que quiere. Y en efecto, hoy tenía la dichosa muñeca.

No podía creer que hubiese ido tan lejos. Estaba tan enfadada como sorprendida. Hugo tenía prohibido inmiscuirse en todos los temas referentes a Gala. Si se comportaba

de este modo no era más que por molestar a José. No podía creer que estuviese intentando poner a Gala contra su padre, no era más que una niña y era un juego muy sucio al que iba a poner fin ese mismo día. Si tenía que lanzarle un ultimátum lo haría, estaba segura de que era la única solución para su comportamiento. Si quería acusarme de defender a mi ex y volverme a recordar que lo hacía porque estaba enamorada de él, me traía sin cuidado. O respetaba mis normas o podía olvidarse de lo nuestro.

—Ha sido culpa mía. Te juro que no volverá a suceder porque voy a ponerle solución ahora mismo.

—No tienes por qué cargar con una culpa que no te pertenece. Pero entiendo que quieras defenderlo.

—No busco defenderlo, solo quiero evitar un enfrentamiento entre vosotros para no seguir confundiendo a Gala, que es la única que me importa en este momento, porque está siendo la más afectada en esta guerra absurda. Conduje deprisa. Quería llegar a casa cuanto antes porque tenía muy claro lo que debía hacer. En primer lugar, deshacerme de la dichosa muñeca. Gala también tenía su parte de culpa. Conocía las normas y sabía que debía obedecer a su padre por encima de Hugo. El escalafón de mando está para obedecerlo y si incumplía las normas sería castigada por ello. Después haría que José y ella se

marchasen

porque quería quedarme a solas con Hugo. Iba a ser complicado lograr que entrase en razón, él nunca ha visto la gravedad de los hechos hasta que no le golpean en la cara, como ya pasó con su madre y su hermana. Pero si quería seguir a mi lado debía respetar mis decisiones, mucho más si están relacionadas con Gala y su educación.

Ya en el portal encontré a José esperando mi llegada.

Tuve que reconocer que me horrorizó quedarme a solas con él en el ascensor. Era un espacio muy reducido y los dos estábamos muy molestos, enfadados y podíamos tomar una mala decisión en cualquier momento. El trayecto se me hizo eterno. Pensé en la opción de las escaleras, pero debía quitarme los tacones y perdería mucho tiempo y quería llegar a casa cuanto antes.

—Cuando lleguemos al ático, quédate fuera, por favor.

No quiero ninguna escena y temo que Hugo diga algo inapropiado. Voy a quitarle la muñeca y lo que le haya comprado a Gala, va a estar castigada un tiempo por incumplir

las normas y quiero que me apoyes en esto. Cuando sepa que está castigada la ordenaré que salga. Si quieres tomar alguna medida en lo que se refiere a su castigo, cuéntamelo

para llevarlo a cabo mientras esté en casa conmigo. —De momento, este fin de semana no vamos a ir al zoo

y nada de dibujos hasta que haya terminado los deberes.

No creo que podamos hacer mucho más. Menos horas de juego, si se aburre que lea un libro.

—Voy a hablar con Hugo y voy a encargarme personalmente de que se disculpe.

No habíamos hecho más que entrar en el ascensor cuando nuestras manos se rozaron al pulsar el botón que nos

llevaría hasta el ático. Pensé que serían imaginaciones mías, pero lo que sentí cuando me tocó despertó todas mis hormonas. Nada de lo que sentía por él había cambiado.

Seguía atrayéndome tanto como antes, quizás más, pero se había convertido en un plato prohibido.

—Sofía...

Rompió con la distancia que nos separaba y hasta se atrevió a tomarme la mano. Sus caricias provocaron que un escalofrío recorriese todo mi cuerpo, como lo hacía en el pasado. José parecía querer hacerme recordar, suponiendo que un momento de debilidad me haría caer. Estaba aprovechando el momento y me pareció una jugada muy sucia y estaba cansada de juegos sucios. Tanto Hugo como él estaban acabando con mi paciencia. Ya era una mujer adulta y estaba cansada de tanto juego. Y debía hacérselo saber a los dos. Pero José me estaba complicando la vida. Incluso me hizo dudar de mí misma con tanta caricia, tanto beso y tanta muestra de amor.

—Lo siento tanto....

—Deja de pedir perdón, José, te lo pido por favor. Aquello está olvidado.

— Y si lo has olvidado, ¿qué haces con otro hombre? —¿Otra vez con esto? Ya basta, José. Ya te he dicho

que no voy a volver contigo, aunque estuviese sola. Pase lo que pase con Hugo debo pedirte que no insistas. Aquello se acabó, deja de hacerte daño. Debes pasar página. —Te juro que lo he intentado, Sofía. Pero no puedo estar con otra que no seas tú porque ninguna se compara a ti. El ascensor se abrió justo a tiempo. No quería seguir con aquello. Me dolía pedirle que siguiese con su vida porque sabía que eso implica lanzarlo directo a los brazos de cualquier mujer. Saber que había estado con otras mujeres me produjo dolor a pesar de que no debía sentir nada por él. Cuando entre al ático, Gala corrió a mostrarme su nueva muñeca. La mantuve en mis manos a la espera de que me mostrase el resto de los regalos con los que le había *sorprendido* Hugo. Cargada con una bolsa se dirigió hacia mí y esperó paciente una reacción por mi parte.

—¿Tú no deberías estar hoy con papá?

—Me duele la tripa.

—Si te doliese la tripa no estarías jugando. Estás castigada. Papá me ha contado lo que hiciste el otro día. Estos juguetes me los quedo hasta que se me pase el enfado que

tengo contigo.

—Pero mamá, yo necesito mi muñeca.

—No necesitas esta muñeca porque ya tienes muchas y mañana tú y yo vamos a hacer limpieza y vamos a llevar muchos de tus juguetes a la iglesia. Ahora recoge tus cosas, papá está fuera esperándote. Vamos, no quiero escuchar ni una queja más.

Hugo decidió permanecer en silencio. Sabía que no debía hablar cuando me enfadaba, lo mejor para todos era que me permitiese hablar. Era el único modo que encontraba para relajarme y dejar pasar los problemas. Y aquel día necesitaba que se mantuviese al margen el mayor tiempo posible. Necesitaba que me escuchase y que se remitiese a obedecer todo lo que tenía que decirle sobre Gala y sobre José. Y así decidí que los encuentros entre ellos debían terminar y para siempre. Más ahora que Gala estaba en medio de un caos del que no debía ser protagonista.

—Quiero quedarme con esa muñeca.

—Pues esa muñeca va a ser la primera en irse a la bolsa, porque no te mereces esta muñeca. Te has portado mal y nos has desobedecido a papá y a mí y ya sabes que eso no puede hacerse. Mañana iré a recogerte a casa de papá, pórtate bien y pídele perdón, está muy enfadado contigo y muy triste también.

Gala abandono el ático triste y cabizbaja. Si hubiera sabido cuanto me dolió castigarla y reñirla nunca se hubiera comportado de ese modo, pero así debía ser, por mucho que fuese una niña pequeña, no podríamos permitir que se portase de ese modo. No era lo correcto.

—¿No crees que ha sido desmedido? Dame la muñeca, Sofía. No hagas ninguna tontería.

—No vuelvas a decirme cómo debo educar a mi hija.

Y mucho menos decidas por mí. No quiero que vuelvas a comprarle nada a Gala. Solo cumpleaños y poco más. Estás malcriándola y convirtiéndola en una niña mimada y consentida. Incluso has tenido el valor de ponerla en contra de José.

—Estabas tardando en defenderle. Estoy muy harto de que le defiendas tanto. En cuanto a Gala... si no puedo

hacerla regalos tampoco tengo porqué ocuparme de ella. —Descuida, no volverás a ocuparte de ella. Para eso pago a una niñera. De ahora en adelante solo estarás con Gala si yo estoy presente. Ahora si no te importa, me gustaría estar a solas.

En la actualidad...

Después de aquella discusión estuvimos tres semanas separados. Nunca llegó a disculparse por ello. La única disculpa que he recibido por su parte desde que nos conocemos fue por lo sucedido con su madre. Después de aquello, nada. Y me he merecido más de una disculpa en este tiempo. Me he acostumbrado a ello, a que no se disculpe. A que deje que sea el tiempo el que cure las heridas. No sé si eso ha sido bueno en nuestra relación, pero he acostumbrado a dejar pasar las cosas. El tiempo no cura las heridas, pero te permite ir olvidando. El problema es que yo no he conseguido olvidar los malos momentos con Hugo, al igual que no he olvidado los vividos con José. El permitir que se mude ha sido un error. Salta a la vista que no congeniamos. El cariño a veces no es suficiente. Pero ahora llegará con uno de sus regalos, como hizo en aquella ocasión y yo me haré la olvidadiza. Volveremos a nuestra vida hasta una nueva discusión. No creo que esta bomba tarde mucho en explotar. Nunca he sido una mujer con mucha paciencia y desde que soy madre aún menos. Pero será mejor que regrese a casa porque en mi paseo he llegado demasiado lejos.

12

Para no cambiar nuestra costumbre entorno a las discusiones me encuentro preparando la maleta para pasar el fin de semana en un spa con Hugo. Así soluciona él las cosas, con regalos y poniendo kilómetros de por medio. Es como si tuviera la necesidad de marcharse del lugar donde se fragua la batalla lo que me hace creer que su marcha de Barcelona tiene que ver con discusiones, seguramente, provocadas por su madre. No hay otra explicación posible.

—Estás lista, chica guapa.

—Llamo a Gala y nos vamos. Si quieres ir bajando las maletas... no tardaré en bajar.

Y así estamos. Él simpático y cariñoso y yo... yo estoy aquí, sintiéndome una extraña en mi propia casa. Dejando que los días transcurran sin más. Si no fuera porque tengo a Gala a mi cargo me pasaría muchas más horas fuera de casa, pero no puedo descuidar a mi hija. Es por ello que mi rutina ha cambiado entorno a Hugo, y solo porque no quiero estar a solas con él. Tengo la seguridad de que cuanto menos tiempo pasemos juntos, más fácil será la convivencia, si es que al tiempo que estamos juntos se le puede tachar de convivencia. Por suerte, su trabajo ayuda mucho y es que tiene unos horarios de trabajo muy inestables. Tan pronto trabaja en el turno de mañana vigilando el tráfico, como está de tarde en algún control rutinario o de noche, vigilando las calles a la espera de una emergencia. Cuando está de tarde o de noche son las mejores semanas porque no coincidimos durante días. Y si ya trabaja los fines de semana es toda una suerte.

Madre mía, debería darme vergüenza pensar algo así, pero en realidad solo estoy pensando en lo mejor para nosotros y lo mejor es que pasemos juntos el menor tiempo posible. Ahora que vamos camino de Segovia no sé cómo me las voy a apañar para pasar un par de días en paz y armonía. Va a ser complicado, pero debo poner de mi parte si quiero que lo nuestro siga adelante. Porque, en realidad, quiero estar con él y quiero que funcione. Necesito que funcione. Me he agarrado a Hugo como un salvavidas.

—Sofía... antes de llegar me gustaría que hablásemos. Llevo dos semanas sin verte y sé que te está resultando difícil tenerme en el ático. Quiero que esto funcione, por eso he preparado este fin de semana. Quiero que nos relajemos y cuando regresemos te voy a preguntar si quieres que me quede o prefieres que busque piso. Si mi marcha hace que lo nuestro salga adelante lo haré encantado.

No me puedo creer que me haya dicho algo así. Mientras que él está dispuesto a dejar el ático por el bienestar de nuestra relación, yo estoy comportándome fría y buscando cualquier excusa para no pasar tiempo con él. Me siento mal por haberme comportado de ese modo por lo que me decido por dar lo mejor de mí de ahora en adelante y no solo por este fin de semana, será para siempre, así debe ser. Si he aceptado que venga a vivir con nosotras debo ser consecuente con mi decisión.

—Perdóname. Sé que no me he comportado como debería en estas semanas. Cuando me sugeriste compartir piso acepté. Pensé que sería más fácil, pero

debo de reconocer que para mí ha sido más complicado de lo que yo pensaba. Has pasado muchas horas en casa y pensé que nos iría bien. Y voy a poner de mi parte para que esto funcione, no hay nada que decidir, te quedas con nosotras.

Espero no arrepentirme de lo que estoy haciendo. Pero si Hugo ha tolerado estar conmigo, a sabiendas de que estoy enamorada de otro, supongo que yo también puedo hacer un esfuerzo para que lo nuestro funcione. Mi próxima meta será pasar un buen fin de semana con él, relajarme y disfrutar del regalo que me ha hecho.

—Hace mucho que no cambio la decoración del salón y aunque me gusta mucho el guion que he seguido para decorar la casa, ¿te apetece que vayamos de compras y cambiemos alguna cosa? Los cojines, los cuadros... no sé... lo que nos guste a los dos.

—Te lo agradezco mucho, pero no creo que haya que cambiar nada de casa. La experta eres tú. Ya habrá tiempo de cambiar cosas. Si tú me quieres en tu casa, me sentiré como en casa. Pero te agradezco el detalle. —Coloca su mano sobre mi rodilla y sonrío—. Bueno, pues ya hemos llegado, ¿preparada para descansar?

—Preparada.

Hemos tenido que dejar el coche a la entrada de la finca y aunque tengo que cargar con la maleta hasta la casa rural no me importa, porque mientras caminamos por el camino empedrado puedo disfrutar del paisaje. A ambos lados del camino se extiende un jardín repleto de árboles frutales y plantas aromáticas aportando belleza y un olor singular que nos envuelve según vamos avanzando hacia una fuente. A su alrededor, bancos de madera te invitan a descansar para así disfrutar del ambiente. El cantar de los pájaros se acompaña con el relinchar de los caballos, que corren libres por unos jardines adyacentes. Es un buen sitio para descansar y para avivar la llama de nuestro amor, esa que ha estado a punto de apagarse en las últimas semanas.

No hemos hecho más que atravesar el pesado portón de madera cuando han venido a recibirnos con una copa de vino y unos tacos de queso. Ha sido una gran idea venir aquí. Si el exterior me ha maravillado, el interior me tiene encandilada con la exquisita decoración. No le falta un detalle y parece un sitio tan tranquilo... se respira tanta paz...

—Bienvenidos. Acompáñenme, voy a enseñarles su habitación. En ella encontrarán toda la información sobre nuestros circuitos termales, nuestros masajes y el resto de los servicios que tenemos a su disposición.

La habitación es amplia, tanto que consta de dormitorio, salón y aseo privado. No quiero ni pensar en lo que ha debido de costarle todo esto, pero bueno, un día y es un día. Mientras Hugo se encarga de deshacer las maletas, me entretengo en leer los folletos. Me apetece mucho darme un masaje que me quite esta tensión, aunque el circuito termal también me llama la atención. Como aprendizaje puede que me apunte a la cata de vinos. Y puede que también monte a caballo. Quiero hacer muchas cosas, pero no me decido por dónde empezar. Quizás me decida por el masaje.

—¿Qué te apetece hacer primero? ¿Un poco de ejercicio?

—¿Ejercicio? Estamos en un spa. Yo lo que quiero es un masaje.

—Si nos ejercitamos un poco, el masaje te sentará bien después.

—Estoy segura que me sentará bien igualmente.

—Entonces te veo después, voy a salir a correr. Esta mañana no me ha dado tiempo.

Que Hugo se vaya a correr no cuadra con la idea que tenía de un fin de semana en un spa. Pensaba que íbamos a estar juntos, pero está tan obsesionado con mantenerse en forma que poco le importa dejarme sola. En fin, no quiero enfadarme tan pronto. Me vendrá bien ese masaje, yo sola y en el más completo de los silencios. Decidido, voy a darme un masaje.

Escojo el bañador negro y me enfundo una de esas batas blancas tan cómodas y calentitas que han dejado a nuestra disposición en el armario y que van a juego con unas zapatillas tan acolchadas que tengo la sensación de estar flotando. Con el masaje ya reservado me dejo llevar por una de las trabajadoras hasta una zona muy apartada de la recepción. Este sitio es enorme, mucho más grande de lo que me había imaginado. Pensaba que lo había visto todo, pero parece ser que no he hecho más que empezar con mi visita.

El masaje me ha relajado tanto que no he podido evitar quedarme dormida en la camilla. El masajista he venido a despertarme una hora después. Ahora sí que estoy preparada para el circuito termal, pero antes debo regresar a la habitación y cambiar mis zapatillas por las chanclas y coger uno de esos gorros horribles y que siento que me aprieta hasta el cerebro. Pero habrá que cumplir una de las pocas normas que imponen en lugares como este.

En mi trayecto hacia la zona de las piscinas encuentro a Hugo charlando animadamente con otra mujer. Han debido de encontrarse mientras corrían y han debido caerse muy bien porque los encuentro muy cómodos charlando. Se despiden con dos besos en las mejillas, antes de que Hugo me vea decido

seguir con mi camino y no dar más importancia de la que se merece a lo que acabo de ver. Pero no puedo evitarlo, el recuerdo de la imagen de Hugo con otra mujer me ha acompañado en el circuito termal hasta que he decidido por dejarlo sin más a pesar de las contraindicaciones de los médicos. No me siento cómoda, necesito entretenerme con algo que no me permita pensar.

—Hola, chica guapa, ¿qué tal ha ido el masaje? ¿Estás más relajada?

Podría estar más relajada si no hubiera visto a mi novio, ese con el que he venido a solucionar nuestros problemas, con otra mujer. Lo que me molesta no es el hecho de que haya pasado tiempo con ella, lo que realmente me preocupa es que lo he visto muy a gusto y relajado. Hace unos meses nosotros también nos sentíamos relajados y nos encantaba pasar tiempo juntos. Ahora todo ha cambiado y me podría coronar como la única culpable, pero no lo soy. He tenido mucho que ver con ello, pero no voy a cargar yo sola con la culpa. Si he venido hasta aquí es porque quiero solucionar nuestros problemas, pero si él se dedica a dejarme sola e irse a correr con otra no puedo hacer mucho más.

—¿Y tú? ¿Qué tal ha ido la mañana de deporte?

—Bien, como siempre. Sin novedades, no he querido forzar más de lo necesario.

—¿Y qué te ha parecido el *paisaje*? ¿Algo reseñable por los alrededores?

—¿Estás segura que el masaje te ha sentado bien? Te noto un poco tensa... ¿algo va mal?

Todo va mal. Nuestra relación va de mal en peor. Cuando más dispuesta estoy a poner de mi parte peor se comporta él. No sé qué está buscando, pero si me está poniendo a prueba se está equivocando. A estas alturas de nuestra relación debería saber que no es buena idea ponerme a prueba, ni amenazarme y mucho menos forzarme a hacer algo que no quiero. Eso ya lo viví con José y no funcionó.

—Me duele un poco la cabeza, voy a acostarme un poco. Ve a darte un masaje si quieres.

—Mejor me quedo contigo y solucionamos juntos tu repentino dolor de cabeza.

—Mejor me dejas sola y dejas que me relaje.

Mi tono de voz ha sido un tanto revelador y eso ha despertado todas las alarmas en Hugo. No era mi intención que algo así sucediera, pero ese repentino ataque seductor después de encontrarlo con esa mujer me saca de mis casillas. Después de llevar como un mes sin haberme tocado, no puede ser casualidad que ahora quiera tener sexo conmigo.

—¿Te pasa algo conmigo? ¿He hecho algo malo?

—¿A qué viene ese repentino interés sexual? Hace un mes que no me tocas.

—Hace un mes teníamos problemas, pero estamos aquí para solucionarlos.

¿No es así? Eres mi novia, ¿qué tiene de malo que quiera estar contigo?

—Tienes un modo muy curioso de solucionar nuestros problemas. ¿Te lo has pasado bien con la chica con la que hablabas en el patio trasero?

Acabo de quedar como una celosa patológica. Y yo no soy una mujer celosa, no lo soy, nunca lo he sido. Pero no puedo evitar enfadarme por dejarme sola y decidir que nuestros problemas se solucionen en la cama. Es que así no se solucionan las cosas. Estoy cansada de huir de los problemas, cansada de hacer como si nada pasara entre nosotros y cansada de soportar el peso de una relación que no se sostiene. Si la convivencia no ha funcionado es porque no nos queremos. Esa es la realidad. Todos nuestros problemas derivan de ese error que cometimos en el pasado. Estoy cansada de vivir en una mentira constante. De mentirlo a él y de mentirme a mí misma. Esto debe acabar y cuanto antes, mejor.

—Un fin de semana en un spa no va a solucionar nuestros problemas. Un poco de sexo no hará que nos queramos, porque la realidad es que tú y yo no nos queremos. Siempre he sabido que no te amaba, pero tenía la esperanza de que, con el tiempo, pudiera llegar a quererte.

—No voy a permitir que me dejes, Sofía. No voy a consentir que lo nuestro se acabe. Acabarás queriéndome, lo sé. No puedes rendirte. Tenemos que intentarlo, una vez más. Solo una vez más y creo que tengo la solución.

Frente a frente se atreve a cortar con la distancia que nos separa para atraerme hacia su cuerpo. Nuestros besos se unen en un beso que me vuelve completamente loca. Hasta ahora nunca me había besado de ese modo y está funcionando porque está logrando hacerme olvidar todo lo que le acabo de decir. Su beso se vuelve más intenso cuando sus manos se cuelan por mi bata hasta hacerla caer al suelo. Ansía tocar mi cuerpo y disfrutar de él cuanto antes. Me urge a que me deshaga de mi bañador. Completamente desnuda, me dejo guiar por sus propios deseos. La forma en que me toca descontrola mi cuerpo. Estoy muy excitada, quizás sea la primera vez que haya conseguido excitarme con tal destreza. El sexo con Hugo no ha sido fácil. En cuanto me tumba sobre la cama sé que a partir de ahora habrá un antes y un después que marcará nuestro futuro juntos. Puede que el sexo sea nuestra salvación.

Desnudo y sobre mí dedica todos sus esfuerzos en darme placer. Su mirada de deseo me excita mucho más, pero cuando cuele dos dedos en mi interior creo

perder el control. Se mueve en mi interior dándome el placer que tanto ansío. Cuando estoy al límite aparta sus dedos para penetrarme, ninguno de los dos aguantará mucho más. Es tal el placer que siento que duele. Mi cuerpo es todo descontrol. Estoy entregada a este hombre por completo. Al menos le he entregado todo mi cuerpo, mi pasión y mis ganas de más. Sus penetraciones, cada vez más intensas y constantes me llevan directa a un orgasmo sin control. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto e incluso me molesta que vayamos a terminar ya. Quiero más, mucho más y se lo hago saber. No quiero que paremos en todo el fin de semana. Mi declaración lo descontrola a él también convirtiéndolo en un amante voraz y salvaje transformando sus penetraciones en embestidas repletas de deseo, de pasión y de ganas de más. Al llegar al clímax, juntos, siento que mi cuerpo no me pertenece.

—¡Joder! —exclamo cuando me regala una última embestida.

—No te muevas. Quiero hacer lo que me has pedido. ¿Estás preparada para más? ¿Crees que podrás terminar otra vez? —Asiento porque no me quedan fuerzas ni para hablar—. Dame un segundo, en seguida estoy contigo.

Regresa desnudo. Su excitación aún es notable, pero necesita su tiempo para recuperarse. En cambio, yo estoy preparada para más. No quiero que deje de tocarme en lo que reste del fin de semana. Su mirada de deseo logra excitarme y entregarme a él por segunda vez.

—Date la vuelta, quiero darte un masaje y luego... ya veremos con que te sorprende—susurra a mi oído provocando que se erice mi piel.

Hago lo que me pide. Estoy relajada y excitada a partes iguales. Sentado a horcajadas sobre mi culo noto como su pene ha perdido gran parte de su excitación, pero no me importa ahora. Me centro en sus manos calientes y en lo que producen cada vez que tocan mi cuerpo desnudo. Su masaje cada vez es más intenso. Está traspasando los límites que marcan mi espalda rozando mis pechos y mi culo y eso me está volviendo loca, porque quiero que me toque ya, que se centre completamente en mis pechos y mi culo y deje atrás mi espalda. Como si supiera que es lo que deseo desliza su cuerpo hasta colocar su cara sobre mi culo. Un mordisco me sorprende y me tensa al mismo tiempo, pero la tensión desaparece cuando se traduce en deseo. Dejando atrás los mordiscos coloca sus manos sobre mis nalgas disfrutando de su tacto. Sus caricias se vuelven ansiosas, quiere dar un paso más y yo quiero que lo haga. Quiero que me toque ya y si no lo hace él seré yo quien lo haga. Antes de que pueda darme cuenta y sin saber muy bien lo que acaba de suceder, me encuentro tumbada boca arriba. Sus ojos de deseo me envuelven en un halo

transparente de lujuria y pasión.

—No pienso salir de la habitación el resto del fin de semana.

—¿Es una amenaza?

—Es una promesa.

Se lanza sobre mi boca y vuelve a besarme con mayor deseo que nuestro primer beso, marcando los movimientos de su lengua con las caricias a las que está sometiendo a mis pechos. Cuando su beso se detiene lo hace para recorrer mi cuerpo con sus labios, dejando pequeños besos en mis pechos, mi vientre, mis caderas... más allá de lo que podría imaginar. Con sus propias manos se abre paso hasta mi clítoris y mientras acaricia mis piernas, me somete a la más deliciosa de las torturas con su lengua. Sus caricias solo cesan para penetrarme con sus dedos. El orgasmo es inminente. Estoy muy excitada y mi cuerpo ya está completamente tenso porque está más que preparado para lo que está por venir. Al borde del clímax su miembro se cuela en mi interior. Mi sorpresa se traduce en un gemido incontrolado. Mantiene los movimientos para controlar mi cuerpo, en un claro intento de que calme mi deseo hasta que él esté preparado, pero sus embestidas son de tal magnitud que no puedo aguantar más. Estallo en mil pedazos mientras él se da placer con mi cuerpo.

—Vamos, Sofía, regálame uno más. Sé que puedes hacerlo, uno más.

Me vuelvo loca al escucharlo hablar preso del deseo que siente por mi cuerpo. Me excita su voz, su mirada, como sus manos recorren mi cuerpo y como me penetra. Noto como su miembro se acopla a mi cuerpo como si estuviéramos hechos el uno para el otro. No puedo creer que hayamos sido tan idiotas de no habernos dejado llevar antes. Nuestra rabia y nuestro dolor se traduce en pasión y esa pasión me lleva hasta un tercer orgasmo que me deja agotada.

13

Desde aquel fin de semana en el spa en el que el sexo fue el principal protagonista, nuestros problemas han desaparecido. Me siento mejor que nunca al lado de Hugo y hasta he dejado de pensar tanto en José como lo hacía antes. Es evidente que sigo enamorada de él, pero ya no duele tanto. Eso me ha llevado a pasar de tener cariño a Hugo a empezar a sentir algo más fuerte por él. Son sentimientos contradictorios. No me estoy enamorando, pero sí que estoy empezando a quererlo. No es que hayan pasado mucho tiempo desde el spa, no más de dos meses, pero cada vez me siento más unida a él. Tengo

nuevas ilusiones y pienso en un futuro con él. Si ya estoy empezando a quererle, es probable que el tiempo traiga el amor.

—¡Oye, Sofía! Ya me han confirmado lo de las vacaciones. Solo me han dado los quince días que estamos solos. ¿Qué te parece si aprovechamos que Gala está con su padre para hacer un viaje fuera de España?

—¿Has pensado en algún sitio en concreto?

—Podríamos volver al spa, lo pasamos bien —sugiere meloso junto a mi oído.

—Ese spa está en España, tendrás que buscar otro.

Así es nuestra vida ahora. Somos uno y ambos miramos en una misma dirección. La mayoría de nuestras conversaciones, cuando estamos a solas, acaban en la cama y con una buena dosis de sexo. Y me gusta ese tipo de vida que llevamos. No discutimos, no nos enfadamos. Es todo perfecto y estoy dispuesta a seguir disfrutando al máximo de esa perfección que resume nuestra relación. Pero puede que las cosas cambien y nuestra tranquilidad se vea mermada porque ahora que se acercan las vacaciones, debo hablar con José. Según van acercándose los días, Hugo se tensa y deja de hablarme. El día de mi encuentro con mi ex ni siquiera pasa por casa. O bien dobla turno o se queda hasta muy tarde en el gimnasio. Pero no puedo evitar tener esas reuniones con José, es el padre de mi hija. He pensado muchas veces en usar como mediador al abogado, pero es demasiado frío. Es el padre de mi hija y por ella estoy dispuesta a pasar por este momento tan incómodo.

—Ahora que ya estamos hablando de las vacaciones... —Ya lo sé, no me lo recuerdes. No quiero saber nada sobre ello. Es mejor así. Sabes que me pongo muy nervioso y no quiero que lo nuestro se estropee.

—Como quieras. Debías saberlo, pero si lo prefieres así, así será.

—Mucho mejor, sería una pérdida de tiempo. Tengo que irme a trabajar, pero tengo media hora. ¿Te apetece que le demos trabajo a la asistenta?

—Nosotros no tenemos asistenta...

Esta conversación nos ha vuelto a llevar a la cama. Últimamente no hacemos otra cosa y acabo de caer en la cuenta en que me he convertido en Hugo.

Suplimos la tensión por sexo, ya no hablamos de los problemas. Simplemente los ignoramos. Y creo que voy a optar por seguir viviendo así. Es mucho más fácil. Para complicarme la vida ya tengo a José. Debo llamarlo y lo haré en

cuanto llegue al despacho. Debo quedar con él lo antes posible para tratar los temas de las vacaciones de Gala. En nuestro acuerdo decidimos que ambos deberíamos estar informados de todos los movimientos de Gala, más si las vacaciones transcurren fuera del país. Pero debo cancelar mis planes porque Jaime me está esperando con Teresa para hablar de trabajo. Vamos a tener que trabajar mano a mano porque el nuevo cliente es un contacto directo del dueño de la inmobiliaria. Un matrimonio ruso y sus socios quieren mudarse a Madrid y quieren hacerlo a lo grande. Las mansiones que han comprado se encuentran en La Moraleja, una zona residencial de la ciudad, conocida por sus grandes lujos. Así que ahora me encuentro conduciendo hasta allí mientras escucho como Teresa me habla de sus últimas conquistas.

—¿Y tú qué? ¿Cómo van las cosas con Hugo?

Buena pregunta. Van bien, mejor que nunca. Hemos encontrado el punto a nuestra historia y nos dejamos llevar por el momento. Nos queremos, nos respetamos y vivimos nuestra relación como queremos. Sin presiones y sin pensar demasiado en el futuro. Simplemente vivimos y disfrutamos el uno del otro. La paz y la tranquilidad reina a sus anchas en el ático, siempre y cuando no tengamos que tratar con José. Entonces parece que nuestro mundo estable se tambalea. Hugo desaparece y yo me lleno de dudas. Me resulta muy frustrante que eso nos pase cuando José está de por medio, pero soy consciente de que a Hugo le funciona mostrarse ausente. Y su ausencia me permite caer y levantarme con total libertad.

—Bueno, pues hemos llegado. Esta es la primera casa.

—Voy a tener mucho trabajo aquí. Los rusos van a joderme las vacaciones.

—Me temo que sí, nos las van a joder a las dos.

Quizás pueda evitar esa conversación con José. No voy a tener nada que contarle si me quedo sin vacaciones. Supongo que con una simple llamada bastará. Pero deberé pensar en ello más tarde, ahora debo ocuparme de hacer las medidas oportunas y estudiarme este guion de trabajo que me han marcado los clientes rusos.

—¿Sabes por dónde vas a empezar?

—Habrá que poner a trabajar a los obreros. Y cuanto antes. Voy a llamar a mis contratistas y que se pongan con ello cuanto antes. Necesitaremos, al menos, tres plantillas. Una por casa. Cuanto más personal, más pronto acabaremos.

—Tienen dinero, no creo que les preocupe demasiado gastar unos miles de más para tener su casa en la fecha establecida.

Llevamos como cinco horas aquí metidas y creo que ya va siendo hora de

regresar al despacho. No tengo mucho más que hacer aquí. Hasta que las obras no cesen no puedo hacer mucho más que ir reservando los muebles que han elegido y terminar de rematar la decoración. Tengo mucho trabajo adelantado, pero ahora debo hacerme con estos objetos tan preciados y caros y para ello tengo a mi servicio una tarjeta sin límite. Que locura y que tentación más grande...

—¿Has visto a esos dos? Llevan rato mirando en nuestra dirección, creo. No veo muy bien.

—Pensaba que ibas a ir al especialista...

—¿Nos están mirando o no?

Y tanto que nos están mirando. José y Santiago caminan en nuestra dirección y Teresa no tiene otra ocurrencia que contonearse. Está claro que no ha conseguido reconocer a José. No reconocería ni a su madre. Lleva años obviando su problema de visión y ese problema me está afectando porque no me va a quedar más remedio que quedarme donde estoy.

—Buenas tardes, Sofía. ¿Cómo estás, Teresa? Hacía mucho tiempo que no te veía.

—¡José! Qué bien acompañado vienes. ¿No vas a presentarme a tu amigo? Santiago se adelanta y se presenta él mismo. Teresa está más que encantada cuando este la toma por la cintura y le besa ambas mejillas, demasiado cerca de los labios. Ella no se queda atrás. La encuentro acariciando su torso, insinuándose sin ningún pudor. No solo tengo que lidiar con el inesperado encuentro con José, sino que también tengo que soportar el espectáculo de estos dos.

—Tenemos que irnos, vámonos Teresa.

—De hecho, me gustaría pedirlos un favor. Teresa, mi amigo Santiago está buscando una casa. No va a pasar mucho tiempo por aquí, pero quiere invertir bien su dinero. Estoy seguro de que tendrás algo que ofrecerle, ¿verdad?

—Disculparnos un momento, por favor —interrumpo antes de que Teresa meta la pata.

Debo convencerla de que organice una cita con Santiago en otro momento. No puede fallarme ahora, no quiero pasar más tiempo del necesario con José.

Y tampoco quiero dejarla aquí sola. Hemos venido con mi coche, las dos juntas y juntas deberíamos regresar al trabajo.

—Me viene genial este dinero extra, Sofía. Además, de que el chico está como un tren. Además de una buena comisión, puede que también tenga sexo. Dame una hora, solo una hora. Por favor.

—Una hora. Si no estás aquí puntual me marchó sin ti.

Supongo que podré aprovechar esa hora para tener esa reunión con José. Tenía claro que no pasaría de una conversación telefónica, pero las cosas han cambiado. Tanto que me encuentro en horario laboral en una cafetería muy cara y ostentosa tomando café con mi ex, cuando debería estar de regreso al despacho organizando mi agenda para los próximos meses.

—Por lo que veo te van bien las cosas en el trabajo.

—¡Eh, sí! He firmado un buen contrato. Solo que no voy a tener vacaciones. Este verano me quedo en Madrid. Si consigo unos días libres te avisaré porque seguramente los aproveche para irme unos días a la playa con la niña. ¿Dónde vais a ir vosotros? ¿Ya has pensado algo?

—Por lo que veo has convertido nuestro encuentro en una reunión. Pero no puedo decirte nada, porque no lo hemos decidido aún. Supongo que pasaremos unos días en casa de mis padres y después iremos a la playa. Cádiz, tal vez. Decido dar por zanjada la conversación. Hemos quedado en hablar por teléfono cuando tengamos claro nuestros destinos. ¿Y ahora qué? Quedan como cuarenta minutos para reunirme con Teresa. Quizás debería ponerme a trabajar.

—Estuve el otro día con Marcos y Alfredo.

—No sabía que habíais vuelto a hablar.

En realidad, no se mucho de mis amigos. Ahora que todos somos adultos y que somos esclavos de nuestras obligaciones, nuestros encuentros se han reducido hasta el dos por ciento. Conversaciones de *WhatsApp* que se resume en buenos días y buenas noches. No hay mucho más. Noticias esporádicas como cuando les conté que me iba a vivir con Hugo. La única con la que mantengo más relación es con Susana, y porque me llama ella todas las semanas. Susana se ha convertido en el punto de unión de las que fueron las personas más importantes de mi vida. Ahora nos hemos distanciado. El trabajo, la familia y los compromisos sociales han provocado que nuestro distanciamiento sea una realidad. Ya solo nos vemos por los cumpleaños y a veces ni eso, porque yo no he invitado a ninguno en los dos últimos años. No tengo mucho tiempo para estar con mi familia y decidí que quería vivir mis cumpleaños solo con ellos. En cuanto a Marcos... poco queda de mi mejor amigo. Su trabajo le ha absorbido. Y el tiempo libre que le queda se lo dedica a Ana. Es lo poco que sé de él. Que su relación con Ana se afianza y que los negocios le van mejor que nunca. Nada más. Pero lo que me sorprende es que haya quedado con José. Marcos fue muy crítico con él cuando ocurrió lo de las pastillas. Fue crítico incluso conmigo cuando decidí perdonarlo y permitir que conociera a

Gala. Y ahora, José me cuentan que han estado juntos y quiero saber por qué.
—Nos encontramos de casualidad. De hecho, Marcos y Alfredo también se habían encontrado casualmente y decidimos tomar algo. Hemos quedado en vernos después del verano y volver a la Feria de la Estación.

—Me alegra que Marcos te haya perdonado.

—Marcos si me ha perdonado. He aprendido de mis errores. Marcos lo sabe, parece que tú no. Me han dicho que te va muy bien con Hugo.

—¿Quieres hacer el favor de dejar el tema? Lo nuestro se ha acabado y se acabó por tu culpa. Te perdoné, sé que has aprendido de tus errores, pero no confío en ti. Por eso no puedo volver contigo. Ahora he rehecho mi vida con Hugo y lo que haga con mi vida ya no es asunto tuyo.

Se acabó, mi paciencia tiene un límite y José ha acabado con ella con esta actitud. Estoy muy cansada de hablar del mismo tema una y otra vez. Han pasado ya muchos años para que siga con el tema. Estoy muy harta de que me haga sentir mal sin ser yo la culpable de todo lo sucedido. Es hora de marcharme, me da igual que Teresa haya terminado su trabajo o de trabajarse a Santiago. Tiene dos minutos para volver al coche.

—¡Sofía! —grita tras de mí—. Sé que sigues enamorada de mí. Tu necesidad de hacerme daño te delata.

—¡Cállate ya, José! ¡No tienes ni idea de lo que estás hablando!

—Estás enamorada de mí y no de ese con el que compartes cama. ¿Por qué niegas lo evidente? No estarías llorando si no me quisieras, no estarías temblando al ver cómo me acerco.

Me siento tan frustrada que no he sido consciente ni de mi llanto ni del estado de nervios en el que me encuentro. Me duele hacerle daño, no quiero hablarlo así. Permito que me abrace a pesar de que sé que es un error. Estoy traicionando a Hugo. Debo hacer que pare, si le permito que vaya más allá ninguno de los dos podrá detenerse.

Me separo de él con brusquedad. Con tono amenazante me dirijo a él para negar lo evidente. Sigo enamorada de él, pero no voy a reconocerlo, jamás. El que yo confirme lo que ya sabe empeoraría aún más las cosas. Lo nuestro se acabó cuando lo encontré con mis pastillas. No hay vuelta a atrás. Esto debe terminar aquí.

—De ahora en adelante será mi abogado quien se ponga en contacto contigo.

—No hagas algo así, Sofía. Por favor... es nuestra hija.

—No me has dejado otra elección. No quiero volver a hablar contigo, no quiero volver a verte.

Y ahora sí, subo al coche y conduzco lejos de él. Me gustaría marcharme de allí, regresar a casa y darme una ducha que calme mis nervios, pero debo encontrar a Teresa y convencerla de que es momento de marcharnos. La puerta de la derecha se abre. Estoy tan sorprendida como asustada.

14

(Capítulo inédito por José)

Sé que la he asustado, pero no me ha dejado otra opción. Tengo que conseguir que entre en razón. Yo soy el hombre al que ama y el hombre con el que debe estar, no ese policía. Él no la ama como yo la amo, porque lo que yo siento por Sofía es difícil de superar. Su amor me tiene ciego y atrapado. Y ninguna de las mujeres que he conocido hasta ahora ha podido con ella. Su recuerdo es más poderoso, mucho más que el de cualquier otra. ¿Por qué se empeña en alejarse de mí, si está tan enamorada como yo? Dice haberme perdonado, pero no confía en mí. Y es esa desconfianza que siente la que nos mantiene separados. Ha preferido una vida infeliz con otro hombre antes de olvidar todo lo que ocurrió en el pasado. Ya sé que fue un error, no debí comportarme de ese modo, debí confiar en ella. Pero mi error nos ha regalado lo más maravilloso de nuestras vidas. Gala nos unirá para siempre.

—Baja del coche, José. No me hagas llamar a la policía. ¿Es qué no te das cuentas que estás empeorando las cosas?

—Olvida lo que ocurrió, olvida lo que hice y ven conmigo. Elígeme a mí y no a ese hombre.

—Ya elegí, José. Elegí mucho antes de empezar una relación con él. En realidad, tú me obligaste a optar entre una vida juntos o separados. Era de esperar que rehiciera mi vida con otro hombre. ¿Acaso tú no te has visto con otras mujeres?

—Y ninguna de ellas ha conseguido borrarte de mi mente. No sabes lo duro que está siendo esto para mí. Llevo demasiado tiempo pagando por un error que nos regaló lo más preciado de nuestras vidas.

—No te atrevas a jugar con mis sentimientos, no te atrevas a meter a Gala en esto. No tiene sentido que lo hagas.

No puedo entender porque se empeña en alejarme de ella. Los dos sabemos lo que sentimos el uno por el otro. Pero ella es así. Prefiere sufrir a dar su brazo

a torcer. Ya hemos pasado por situaciones parecidas en el pasado y siempre por su desconfianza. La encuentro más insegura que nunca, porque eso es en realidad lo que pienso. Son nuestras inseguridades las que nos han llevado hasta aquí. Las de ella por no creer en las relaciones de pareja, las mías por mi miedo a perder a las personas que quiero.

—Debemos darnos una oportunidad, ¿quieres que seamos infelices toda la vida?

—No hay más oportunidades para nosotros. Darte una oportunidad nos hará tan infelices como dejar que el tiempo nos haga olvidar.

Mi tono, ahora más conciliador, ha hecho que se relaje, que baje la guardia y que reconozca sus sentimientos frente a mí. Es doloroso escuchar cómo prefiere seguir sufriendo a darme una nueva oportunidad. ¿El amor no es suficiente para olvidar los errores del otro? Está claro que para Sofía no. O quizás mis errores han sido tantos que ya se ha cansado de perdonar.

Nos mantenemos en silencio, juntos, en su coche. Ni nos miramos, ni nos tocamos. Solo dejamos que el tiempo corra y que con él se lleve nuestro sufrimiento. La observo por el rabillo del ojo. Está tan guapa como siempre, aunque tiene más ojeras. Sigue tan delgada como siempre, pero está más seria de lo habitual. Desconozco si está así por mí, por él o porque simplemente se ha convertido en una mujer adulta con demasiadas preocupaciones. El peso de la madurez cae sobre sus hombros. La tristeza por lo que pudo ser y no fue ha entristecido sus ojos. Su sonrisa ha desaparecido en la rigidez de sus labios. Sé que soy el principal culpable de toda esa transformación.

—¿Te hace feliz?

—Nos hemos acostumbrado a estar juntos.

No es la respuesta que esperaba. Me he arriesgado y he ganado. No le quiere, no siente absolutamente nada por él. Si lo hiciera, me lo hubiera dicho solo para alejarme de ella. Pero Sofía no miente, sus ojos no me mienten. Sigo siendo el único hombre en su vida, sigue enamorada de mí. ¿Cómo puede vivir así? ¿Cómo puede vivir con otro mientras piensa en mí? En su afán por olvidarme se ha entregado a otro hombre. Ha puesto la vida en las manos de alguien que nunca la hará feliz por mucho que lo intente. En realidad, debería sentir pena por él, pero egoístamente solo puedo pensar en nosotros y en nuestro dolor.

—¿Te casarías con él si te lo pidiera?

—Es demasiado pronto.

—Y para nosotros demasiado tarde...

Vuelvo a arriesgarme, pero en esta ocasión temo que voy a perder. Pero si la he dicho algo así es para que piense en ello. Su silencio me hace saber que lo está haciendo. Nada me gustaría más que saber qué piensa de todo esto, sinceramente, sin ningún remordimiento. Siempre he querido saber lo que pensaba, en todo momento, pero no siempre ha sido fácil. Sofía se encierra en sus propios pensamientos. Su hermetismo solo aumento mi inseguridad. Me duele que mis propios pensamientos me suenen a excusa. Me siento como si la estuviera culpando a ella de mi comportamiento, y no quiero hacerlo. Es solo que...necesitaba ayuda y no supe pedirla a tiempo.

La hora de mi reloj de pulsera me advierte de que ha llegado la hora de tomar una decisión. Teresa ha quedado en regresar en una hora y no quedan más que unos minutos para que dé por finalizada su *cita* con Santiago. Debo hacer algo para llamar su atención. Lleva demasiado tiempo en silencio, supongo que, pensando en mis últimas palabras, pero lo que yo quiero es que me hable a mí. Que me pida lo que quiera, porque para volver con ella estoy dispuesto a pagar cualquier precio. Haré lo que me pida, sea lo que sea. —Dime qué puedo hacer. Debe haber algún modo de arreglar las cosas. Solo dilo y lo haré.

—Una vez leí que el tiempo no existe. El pasado jamás volverá. Un tiempo ya vivido al que no podremos regresar. Solo nos quedan los recuerdos y a veces no son suficientes. —Podemos vivir el presente y crear un futuro juntos. —¿De verdad lo crees? El tiempo no existe, José. El presente es un momento tan insignificante que tan pronto se vuelve en pasado como forma parte del futuro. No es más que un instante de nuestras vidas. Y el futuro... nunca llegaremos al futuro porque siempre habrá uno más lejano. No podemos alcanzarlo, José.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto?

—Porque lo único que podría arreglar lo nuestro sería el pasado. Eso me arrebataría a Gala, a mi sobrino y muchos momentos que he vivido. Pero, aunque no existieran esos momentos felices, aunque el pasado solo dependería de ti y de mí, no podrías hacer nada, porque solo regresar al pasado arreglaría las cosas.

Acaba de dejarme sin argumentos. No conocía a esta Sofía tan profunda y me ha dejado sin palabras. ¿Cómo puedo rebatir algo así? Es como si hubiera perdido todo interés por la vida. Si hiciera caso de sus palabras no me quedaría más remedio que pensar que la vida no es más que una broma. Alguien allá arriba se está riendo de todos nosotros y debe estar divirtiéndose. Es la única explicación para que siga con esta tortura.

—Si el tiempo no existe... la vida tampoco. ¿Qué dice sobre eso tu lectura?

—¿Cómo has llegado a ese punto?

—Una persona se forma en su pasado y aprende de ello. Disfruta del presente y lucha por un futuro mejor. Si nada de ello existe, si le robas a una persona su pasado, su presente y su futuro le estás robando la vida. ¿No te das cuenta de que pensar así no te va a llevar a ningún sitio?

Mi respuesta le ha hecho pensar. ¿Cómo puede reducirlo todo a eso? Todos los problemas tienen solución. ¿Dónde está esa mujer que me ayudo a salir del agujero donde estaba metido? No fue hasta que la conocí que me convertí en el dueño de mi vida, había perdido el control y ella me ayudó a recuperarlo. Sin darme cuenta he dado con la clave. Tengo que devolverle el favor. Tengo que hacer todo lo posible porque vuelva a ser la Sofía que ha sido siempre. Pero estoy perdido, no sé por dónde empezar y el tiempo se ha agotado ya. Al menos tengo la suerte de que Teresa y Santiago se estén retrasando...

—¿Recuerdas cuando me llevaste a la clínica?

—Sí.

—Creo que ahora la ayuda la necesitas tú. Conozco a un buen psicólogo, él podría ayudarte. Iremos juntos, te apoyaré como tú me apoyaste a mí. —El modo en que me mira dispara todas mis alarmas—. Solo estoy pensando en ti, me resulta muy doloroso escuchar que piensas de ese modo.

—No necesito un psicólogo, José. Lo que necesito es...

—No te calles, Sofía. Dime que necesitas y yo te lo daré. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por ti, ¿lo sabes? ¿Sabes qué haría cualquier cosa por ti?

—¿Por qué ahora?

¿Cómo que por qué ahora? Quizás su pregunta solo quiere hacerme pensar...

¿por qué ahora? ¿Por qué ahora y no antes? ¿Eso es a lo que se refiere? ¿Me está queriendo decir que no fui el tipo de hombre que necesitaba? ¿Esto va más allá de lo que hice? ¿Nuestros problemas son aún mayores? ¿Por qué? ¿Qué más hice mal? No puedo creer que hayamos acabado así. Ha dado la vuelta a la tortilla y ni siquiera sé cómo lo ha hecho. Debía ser yo quien tuviera el control y lo he perdido sin ser consciente de ello. Tengo que recuperarlo y sé cómo hacerlo. La conozco bien.

Aprovecho que está mirando hacia su izquierda para acercarme un poco más. Con silencio y determinación paseo mi mano por el interior del vehículo hasta posarla sobre la suya. Su cuerpo se tensa en cuanto rozo su piel. No me mira, pero tampoco ha hecho por apartarse. Estoy ansioso por dar un paso más, pero debo ser paciente. Su respiración, antes entrecortada, por la tensión parece

relajarse con mis caricias. Es el momento de dar un paso más. Con mi otra mano acaricio su brazo, muy muy despacio. Solo quiero que se relaje entre mis manos, que su cuerpo necesite de mi contacto. Quiero que recuerde nuestro pasado juntos, ese al que ella ha renunciado. Estoy seguro de que echa tanto de menos como yo nuestros momentos más íntimos. Hacerla recordar es mi última esperanza.

Cuando logro que me mire, me pierdo en sus ojos. Ahora que me mira frente a frente puedo acariciar su cara, romper aún más con la distancia que nos separa. Ha llegado el momento, no voy a tener una oportunidad mejor que ésta. Tomo aire y me lanzo contra su boca. Enredo mis labios con los suyos convirtiendo nuestro contacto en un beso. La pasión nos embriaga y no puedo detenerme, voy va más allá en mis caricias y cuelo mis manos bajo su camiseta. Rozo sus pechos a través del sujetador. Sus pezones se endurecen con mis caricias. Estoy entregado en cuerpo y alma a esta mujer, soy todo suyo. Que haga conmigo lo que le plazca, pero que no me rechace, eso no podría soportarlo. La noche ha caído, pero temo que los vigilantes de la zona nos llamen la atención. Debo parar, pero no quiero hacerlo. Si lo hago, puede que pierda mi oportunidad. Decido a arriesgarme y seguir entregándome a Sofía. Quisiera ir más allá, mucho más allá. Quiero desnudarla y hacerle el amor. Con mis caricias, paseo mis manos por su cuerpo hasta llegar al borde de sus pantalones vaqueros. Desabrocho el botón, deslizo la cremallera y cuelo mis manos en su interior.

—Para José, ¿qué estás haciendo? No podemos hacer esto.

Ignoro sus palabras acallando sus quejas con mis labios. Quiero seguir adelante. Tengo que llevarla al límite, hacer que ella desee esto más que yo. La deseo tanto que no puedo dejar de pensar en su cuerpo desnudo. Se entrega a mi beso y se deja llevar por el momento, por la pasión y por el deseo. El tacto de su piel me quema en las manos.

—Vámonos de aquí, Sofía. Por favor...

Acepta. Está perdida, tanto como yo y para que no se olvide de porque nos dirigimos hacia una de las casas que tiene que decorar me esmero en hacerla recordar cómo la hacía disfrutar. Está siendo más complicado de lo que pensaba, pero consigo meter mis dedos por la cinturilla de su pantalón llegando hasta su clítoris.

—Para, por favor. Vas a hacer que nos estrellemos.

—Disfrútalo y no dejes de conducir, por favor. No te detengas.

Detiene el coche frente a una mansión de un precio incalculable y tan pronto

como soy consciente bajo y rodeo el vehículo hasta detenerme en su puerta. La abro con ansiedad y deseo de volver a estar junto a ella. Se deja ayudar por mi mano para salir, tan pronto pisa el suelo, la atrapo entre mi cuerpo y el coche. Beso su boca, su cuello, su clavícula y hasta sus pechos. No puedo parar, no quiero parar, pero debemos ir dentro antes de que llamemos la atención de algún vecino curioso.

La casa está desierta. No hay ningún tipo de mobiliario por lo que tendremos que improvisar. A mi derecha, encuentro lo que necesitaba. La isla central de la cocina tendrá que ser suficiente para nuestro encuentro. La tomo por las caderas, la alzo y la obligo a que me rodee con sus piernas. Necesito llegar a esa cocina cuanto antes. En nuestro camino no hemos dejado de besarnos ni de tocarnos. Disfrutamos el uno del otro, saciando nuestro deseo. Ahora que está sentada sobre la encimera puedo liberar mis brazos. Sin la distancia que nos separaba en el coche puedo disfrutar de todo su cuerpo. Deseoso de mucho más me deshago de su camiseta. Su sujetador de encaje negro me lleva a recordar nuestra primera vez. Aún más excitado que antes me deshago también de su sujetador. Disfruto de sus pechos acariciándolos, besándolos provocando que su excitación crezca con mi deseo. Su pantalón ya desabrochado me impide que dé un paso más. La atraigo hacia mi cuerpo y hago que baje de la encimera. Necesito quitarla los pantalones y lo hago deslizándolos poco a poco. A razón que voy descubriendo su piel voy cubriéndola de besos. No quiero que dude ni un momento, debo estar atento a cada movimiento. No puedo permitir que se arrepienta, debemos seguir adelante con lo que hemos empezado. Fuera tacones y fuera pantalones. En mi camino hacia su boca vuelvo a besar sus piernas. Cuando llego a la altura de la cintura me esmero en quitarle las braguitas con mi propia boca, ayudándome de las manos para retirarlas y abandonarlas junto a los tacones. De regreso a su cintura, me esmero en darle el placer que se merece. Está disfrutando tanto que tiene que sujetarse a la encimera para no caer. Un gemido me da la orden para poner fin a esta tortura. Subo hasta su boca, me la como a besos mientras me deshago de mis pantalones y mis bóxer. Ya no es preciso la encimera. En cuanto se enrosca sus piernas en mi cintura, la penetro. Busco la pared más cercana y allí mismo me entrego a Sofía, a mi mujer. Con cada penetración siento más que placer, estoy recuperando lo que siempre fue mío. A mi mujer, a la madre de mi hija, a mi prometida, a la mujer de mi vida. Con ese pensamiento me vuelco en llenarla de placer hasta que los dos, juntos, llegamos al clímax.

—Te quiero, Sofía. Te quiero, te quiero, te quiero tanto que podría pasarme el resto de mis días diciéndote lo mucho que te amo.

—José, espera.

—No sabes las veces que he imaginado volver a vivir este momento contigo. Sabía que tarde o temprano volveríamos a estar juntos. Sabía que me perdonarías, lo sabía. Y no sabes lo que feliz que me hace que hayamos vuelto.

—Escúchame, por favor.

—Te juro que no voy a dejar que nada nos separe, ni siquiera yo. Soy un hombre nuevo, he aprendido de mis errores. No voy a volver a fallar, hemos sufrido demasiado. ¡Dios mío, Sofía! Te quiero tanto, pero tanto. No sabes lo feliz que soy.

Me aparto de ella tras un largo abrazo. Sofía se ha entregado a ese abrazo de un modo que me ha dejado un poco preocupado. No quiero pensar que se haya arrepentido de lo que acaba de suceder. Prefiero no pensar en ello. La ayudo con su ropa y siempre que puedo le regalo un nuevo beso. No puede arrepentirse de lo que acaba de pasar entre nosotros. Tengo que hacer que recuerde la vida que tuvimos, en aquellos meses en los que realmente fuimos felices. Pero debemos hablar, no quiero que vuelva a su ático porque allí estará otro hombre. El sonido de su teléfono móvil nos interrumpe. Espero que no sea él porque acabará con nuestro momento.

—La recojo mañana, papá. Se me ha hecho tarde en el trabajo. —Sofía permaneció en silencio unos segundos, dubitativa—. Sí, muchas gracias. Que descanses tú también.

—Era mi padre... se ha hecho muy tarde. Tenemos que irnos.

Recoge su bolso y camina decidida hacia la salida. Algo va mal, debo ponerle remedio antes de que vaya más allá. Después del paso que hemos dado no puedo permitirme perderla. Camino tras ella vigilando cada uno de sus movimientos en busca de una pista que me dé la información que necesito. Su silencio me mata.

—¿Dónde estará Teresa? Tengo que irme.

—Espera, voy a llamar a Santiago.

Ha llegado el último tono y no hay respuesta. Me temo que Santiago ha vuelto a hacer de las suyas. Estoy de suerte, porque si se ha marchado con Teresa tendrá que ser Sofía quien me lleve a casa. Quizás pueda convencerla de que se quede. Sería maravilloso pasar la noche con ella, pero no sé si voy a conseguirlo. Su actitud ha cambiado mucho desde que hemos terminado.

—No me ha respondido. Han debido de irse juntos.

—Tengo que irme, es tarde ya.

—Espera, ¿cómo que tienes que irte? ¿Dónde vas a ir?

—A mi casa, ¿dónde quieres que vaya?

No puede estar pasando, no puede estar ocurriéndome algo así. Después de lo que ha pasado entre nosotros no puede marcharse sin más. ¿Pretende ignorar lo que acaba de pasar? No puedo consentirlo. No puede dejarme otra vez.

—No puedes ir a tu casa, él está allí. —Aparta su mirada evitándome—. Ven conmigo, ven a mi apartamento. Pasa la noche conmigo.

—Esto no está bien...

—No nos hagas esto, Sofía. No me dejes otra vez. Te lo ruego, nena. No lo hagas.

—¿Quieres vivir en una mentira? No puedo acostarme contigo y volver a mi casa como si nada hubiera pasado. Acabarían descubriéndonos. No soportaría vivir así...

—No quiero que me conviertas en tu amante, lo que quiero es estar contigo. Los dos juntos. Tienes que dejar a ese hombre, debes hacerlo por nosotros.

—Lo siento, pero no puedo.

Me quedo paralizado. No puedo creer que después de todo vaya a marcharse con él. Que se le haya pasado por la cabeza convertirme en su amante ha sido una falta de respeto tan desagradable como innecesaria. El sonido del motor al arrancar me devuelve a una realidad para que no estoy preparado. Busco su mirada en el interior, pero tiene la vista fijada en el frente para así evitarme. No tarda mucho más en ponerse en marcha. Me siento morir cuando veo cómo se aleja su coche. He vuelto a perderla.

15

Rezo para que Hugo no haya llegado a casa. Necesito un momento para estar sola. Tengo que olvidar todo lo que ha pasado con José y relajarme. Hugo me conoce bien y no quiero que se dé cuenta de que algo me ocurre. No creo que pudiera mentirle. Con mi sinceridad solo conseguiré quedarme sola. Más sola que nunca porque después de lo que le he hecho a José no creo que me perdone. Yo no perdonaría algo así. Solo con recordar sus te quiero, se me parte el alma. ¿Cómo he podido hacer algo así? Los he traicionado a los dos y me he traicionado a mí misma. Soy una cobarde, debería haber afrontado lo que he hecho y ahora tener el valor de sincerarme con Hugo. Pero ni he afrontado la

verdad ni ahora seré sincera. No quiero verme sola ahora que he conseguido hacerme con el control de mi vida. Pero lo cierto es que ahora estoy más perdida que nunca. ¿Por qué me pasan estas cosas? ¿Por qué me comporto de este modo tan irracional?

—Sofía. —Su voz me atraviesa el corazón y me lo parte en dos—. Entra en el ascensor, ahora.

—¿Estás locos? —susurro—. Hugo podría estar en casa, ¿quieres que nos descubra?

—Entra de una vez.

Obedezco sin más. Estaba a punto de entrar en casa, pero me faltaba valor y ahora estoy encerrada con José en el ascensor bajando hacia el sótano. Un golpe seco provoca que el ascensor se detenga entre el garaje y el sótano, donde se encuentran los trasteros. Encuentro un motivo y lo que encuentro es que ha sido el propio José quien ha parado el ascensor. Un segundo golpe me lleva a estar atrapada entre la pared del ascensor y el cuerpo de José. Las arrugas de su frente y su ceño fruncido me indican que está furioso. Nunca lo había visto así, está descontrolado, fuera de sí y aun así no tengo ningún miedo. Sé que José no me haría daño jamás, aunque tengo su puño cerrado junto a mi cara.

—Eres una egoísta. Lo que has hecho hoy me avergüenza. Soy el padre de tu hija y has tenido la desvergüenza de pensar en mí como en tu amante. ¿Es eso lo que me merezco? Después de todo lo que hemos pasado juntos, ¿ese es mi lugar en tu vida?

Lágrimas cubren sus ojos llenos de ira, rabia y dolor mientras me dedica unas palabras tan despreciables.

—Asumí mis errores y sigo pagando por ello. Pero lo que estás haciendo... no me merezco ese desprecio. Te has convertido en una mujer que no reconozco. Y odio a esa mujer, me das asco. Me da asco lo que eres ahora y todo lo que te rodea. Lo único bueno que has hecho ha sido nuestra hija.

—Te estás pasando...—logro decir cuando calla.

—¿Qué me estoy pasando? ¿Quién coño te crees que eres para joderme la vida? ¿Crees que puedes convertirme en tu amante y después marcharte? Me has convertido en tu error y no voy a consentirlo. No vuelvas a llamarme, jamás. Si tienes problemas con ese hombre te lo tienes merecido, te he ofrecido una vida feliz y lo rechazaste. Vuelve con tu novio, te mereces ser infeliz el resto de tu vida.

Un último golpe vuelve a poner en marcha el ascensor. Tan solo unos segundos después me quedo sola, más sola que nunca. José me ha hecho mucho daño. No sé qué hacer, llevo varios minutos sentada en el suelo del ascensor sin saber qué hacer. No quiero subir a casa, arriba tengo otra guerra a la que enfrentarme y no puedo más.

Consulto el reloj de mi teléfono móvil. Son más de las diez de la noche, Hugo ya debe estar en casa. No tengo escapatoria y lo peor de todo es que no tengo donde ir ni una excusa lo bastante sostenible para que Hugo no me someta a un interrogatorio. ¿Qué puedo hacer? Mi aspecto demuestra que he tenido un mal día, en cuanto Hugo me vea descubrirá que algo malo me ocurre. Voy a tener que fingir mejor que nunca para hacerle creer que mi estado se debe al trabajo. Sabe que cuando tengo un nuevo proyecto los primeros días son un caos total, solo espero que no me haga muchas preguntas al respecto. Quiero llegar, darme una ducha e irme a la cama porque tengo la sensación de que José ha dejado su olor por todo mi cuerpo. Me siento como si me hubiese marcado la piel con fuego. Será difícil borrar este recuerdo, más difícil aún mantenerlo en secreto. Lo que ha sucedido después, aquí en el ascensor... ni siquiera sé cómo explicar lo que acaba de suceder. Solo puedo decir que me ha destrozado.

Las luces del ático están encendidas, era de esperar. Tendré que ser fuerte y enfrentarme a lo que me espera tras la puerta. Pero no sé cómo voy a poder mirar a la cara a Hugo después de esto, le he sido infiel. No hay cosa más ruin y rastroso que la mentira. Y José... es el padre de mi hija, ¿cómo he podido verlo como a mi amante? No sé cómo voy a salir de esta y si voy a conseguir no volverme loca. Esto no formaba parte de mi plan de vida. Estaba tranquila, feliz o quizás no. Quizás he estado viviendo en una mentira y lo que ha pasado con José era cuestión de tiempo.

Ahora debo fingir ser la novia de siempre y seguir con mi vida hasta que tome una decisión. Hugo no tardará en llamarme, es demasiado tarde. Y estaba a punto de hacerlo, porque en cuanto entro en casa lo encuentro móvil en mano. Me recibe con una de sus sonrisas y su saludo, el de siempre. *Hola, chica guapa*. No puedo hablar, si abro la boca le contaré la verdad y ahora mismo no estoy preparada. Necesito unas horas para saber qué debo hacer. No puedo tomar una decisión en este estado.

Camino hacia el interior de casa sabiendo que no tardará en preguntarme por mi estado. Ni siquiera me he atrevido a besarlo, me he dejado abrazar y le he ofrecido mi mejilla, donde ha depositado un beso tierno.

—¿Estás bien?

—Sí, perdona. Es que estoy cansada y me duele un poco la cabeza. Solo necesito descansar.

—Voy a preparar la cena, date una ducha, eso te despejará. ¿Y Gala? ¿Está con tu padre?

—No voy a cenar, no tengo hambre. Me ducho y me voy a la cama. Y sí, Gala está en casa de mi padre. Se me ha hecho tarde. La recogeré mañana.

No permito más preguntas porque antes de que pueda volver a hablar me escondo en el dormitorio. Me doy más prisa que nunca en elegir uno de mis pijamas de verano porque quiero volver a encerrarme, esta vez en el cuarto de baño. Y cuando me cerciore de que está cenando volveré al dormitorio. No creo que pueda dormir, la conciencia no me lo permitirá, tendré que seguir fingiendo. Voy encaminada a una relación llena de mentiras... pero ¿qué estoy diciendo? Hugo y yo siempre hemos vivido en una mentira consentida desde que decidimos ignorar nuestros problemas centrándonos en el sexo. Realmente, lo único que he hecho ha sido añadir una mentira más a una lista interminable. Debería decirle la verdad y acabar con esto. Yo no voy a sufrir por esta relación, estoy convencida de que Hugo sabrá olvidarme sin derramar una sola lágrima. No creo que esté enamorado, hemos asumido que el cariño que sentimos el uno por el otro, es suficiente para seguir adelante con esta relación. Pero no es más que una relación abocada al fracaso. ¿He tenido que acostarme con José para darme cuenta de ello? Es ridículo, me he convertido en la presa de mi propia mentira.

—Sofía, ¿de verdad que estás bien?

—¡Eh, si! Estoy bien. Cansada, nada más.

—Te noto distinta. ¿Ha ocurrido algo?

Hugo acaba de regalarme la oportunidad para acabar con esto, pero no me atrevo. Me falta valor para reconocer mi infidelidad. No puedo hacerlo, hoy no.

—El trabajo, solo eso. Desde que Jaime me nombró encargada, no me queda más remedio que hacerme cargo de los proyectos más complejos. Creo que voy a pedirle a mi padre que se quede este mes con Gala, porque saldré tarde todos los días.

—¿Te estás planteando apuntarla al campamento del colegio también en agosto?

—Tendré que hablarlo con José, —tiemblo al pronunciar su nombre— porque es muy probable que no tenga vacaciones hasta que termine el

proyecto. Es un proyecto de última hora y urge terminarlo cuanto antes.

—¿No vamos a tener vacaciones?

—No lo creo. Mañana tengo que reorganizar mi agenda y ver qué margen tengo. Necesito un descanso, al menos un par de días... Hablamos mañana sobre ello, estoy cansada.

Me escondo en el aseo, no tengo intención de seguir con el tema. José no tardará en ser parte de nuestra conversación y es que es inevitable. En otras ocasiones, nombrarlo no me afecta tanto, pero después de lo que ha pasado entre nosotros no puedo pensar en él y hacer como si nada. Desnuda, dejo que el agua recorra mi cuerpo borrando el recuerdo que José ha dejado en mí. Pero el agua no consigue llevarse consigo lo que he sentido cuando sus manos me han tocado. Solo con recordar cómo me ha hecho el amor se reaviva mi pasión. Nada me gustaría más que tenerlo aquí conmigo para que fuese él quien calmase mis ganas de más. Las lágrimas se pierden con las primeras gotas de agua que caen por mis mejillas. Estoy llena de rabia, de dolor y de arrepentimiento. Tengo que encontrar la forma de calmar esos sentimientos, pero todas mis ideas me llevan al mismo punto. Tengo que dejar a Hugo, disculparme con José y quizás, poner kilómetros de por medio. Necesito irme lejos de todo y de todos, pero no puedo separar a José y a Gala. Quizás debería irme yo sola, unos días y dedicarme solo a pensar en mí y en lo que quiero en mi vida. ¡Y yo qué pensaba que había recuperado el control! Lo cierto es, que desde que conocí a José perdí ese control y no lo he recuperado desde entonces. José ha sido un descubrimiento, ha sido el hombre que de verdad me ha hecho perder la cabeza por amor. Pero también ha sido mi tsunami particular. Desde que llegó a mi vida ha ido arrasando con todo lo que se ponía a su paso. Se ha convertido en mi talón de Aquiles, en mi punto débil, mi perdición. Y, sin embargo, nada me gustaría más que volver con él. Borrar el pasado y empezar de cero, pero eso es imposible. Han pasado demasiadas cosas entre nosotros, muchas de ellas de extrema gravedad. Lo que ha pasado esta noche ha sido la gota que nos faltaba para que el vaso rebosara. Y lo ha hecho a lo grande. Me odia. Me he comportado como una cobarde. Pero ni siquiera me atrevo a llamarlo. Ya me ha rechazado en una ocasión y me hizo saber lo mucho que duele. Ahora me merezco más que nunca ese rechazo. Pero tengo miedo de que pueda hacer algo malo. El fantasma de su adicción acecha a la espera de una nueva oportunidad y no quiero ser yo la culpable que despierte a sus demonios. Nada me gustaría más que llamarlo, arreglar las cosas con él y decirle que lo mío con Hugo se ha acabado, para siempre. Pero

no puedo hacerlo. Esta noche no.

Regreso al dormitorio de puntillas, no quiero seguir hablando. Solo quiero dormir y que este día de locos acabe de una vez. Mañana, con la mente más despejada podré tomar una decisión. Quizás llame a Susana, ella sabrá ayudarme. Necesito que alguien me guíe hacia la razón porque me siento más perdida que nunca. Aunque temo, más que nada en el mundo, la reacción que pueda tener Susana cuando le cuente todo lo que ha pasado, de principio a fin. Y cuando Marcos se entere... no quiero ni pensar en eso. De momento, con que lo sepa Susana será suficiente. Ella será más comprensible. Marcos lo revolucionario todo mucho más y temo que pueda complicar las cosas. Ahora no necesito más problemas, necesito soluciones y las necesito ya, porque no creo que aguante mucho tiempo guardándome este secreto tan sucio. Tampoco creo que pueda estar mucho tiempo sin saber de José, me preocupa cómo puede afectarle lo que ha sucedido.

La luz del comedor acaba de apagarse. Me mantengo muy quieta, con los ojos cerrados y haciendo todo lo posible porque mi respiración sea tranquila, muy tranquila. Hugo debe creer que estoy dormida. Según voy escuchando sus pisadas acercándose, mi respiración se acelera. Me siento como una de esas chicas muertas de miedo porque el asesino del barrio se ha colado en su casa. Mi respiración se corta cuando enciende la luz del dormitorio. Me mantengo en mi posición, completamente inmóvil a la espera de que me hable o de que intente algo para hacer el amor. Sin embargo, su actuación se resume en sentarse en la cama, apagar la luz y acostarse. Ni un beso, ni unas buenas noches, nada. O se ha creído que estoy dormida o sabe la verdad.

Comienzo un nuevo día con sueño y con un dolor de cabeza tan fuerte que apenas puedo abrir los ojos. Si no fuera por la importancia del proyecto hoy me quedaría en casa. Pero las responsabilidades me llaman. Tengo que ir a recoger a Gala a casa de mi padre, llevarla al colegio y corriendo al trabajo o llegaré tarde. A primera hora de la mañana tengo una reunión con Jaime para contarle mis planes. Y después tengo que empezar a organizarlo todo con Teresa. Hay mucho que comprar, mucho que organizar. Demasiadas cosas que hacer. No me puedo olvidar de buscar un hueco para hablar con Susana, quizás podría desplazarme hasta la clínica a la hora de la comida. Y luego está José, debo tomar una decisión y solo se me ocurre presentarme en su despacho cuando salga de trabajar. No creo que me coja el teléfono y si lo hace será para insultarme. En su despacho, con todos sus trabajadores allí, puede que se contenga y me escuche. Puede que hasta acepte mis disculpas.

—¡Sofía, joder! ¡Te estoy hablando! ¿Qué te pasa?

Tengo que reconocer que Hugo no suele alzar la voz, tampoco dice palabrotas. Cuando lo hace es porque está muy al límite. Dado mi comportamiento desde que llegué anoche, es normal que me hablé de ese modo. Tiene que estar harto de aguantar mis silencios interminables. Pero, con lo que ha ocurrido en las últimas horas, mejor pensar antes que hablar.

—Perdona, es que me duele la cabeza.

—Ayer estabas cansada, hoy te duele la cabeza. ¿Y mañana que va a ser? ¿Te pasa algo conmigo? Estoy empezando a cansarme de hablarte y tener que esperar a que me quieras contestar y cuando te decides a hacerlo siempre me regalas una excusa barata que te acabas de inventar.

—Perdona, ya sé que a veces puedo ser muy complicada. Pero ayer estaba cansada y hoy me duele la cabeza. No he dormido bien esta noche.

—¿Y qué motivo tienes para irte a la cama sin darme las buenas noches? ¿Por qué te hiciste la dormida cuando llegué al dormitorio? ¿Te crees que soy gilipollas? Algo te pasa y tarde o temprano voy a descubrir lo que es. —Me mantengo en silencio, avergonzada—. Me voy a trabajar, espero que esta noche estés más simpática. Hasta luego.

Un portazo me indica que me he quedado sola. El sonido de las campanas de la iglesia me avisa que llego tarde. Tan pronto como recojo mi cartera, mi bolso y las llaves salgo corriendo de casa. Ya en el ascensor, más tranquila compruebo que no se me haya olvidado nada. En mi comprobación, me encuentro mi teléfono móvil. Nada, ni una llamada ni un mensaje. Bueno, ¿y qué esperaba encontrar? He soñado con un mensaje de disculpa de José, pero eso no va a pasar. Soy yo quien le debe una disculpa... Me urge hablar con Susana, por lo que no espero a llegar al trabajo. Marco su teléfono y con el altavoz activado le llamo. Va a preocuparse, es muy temprano para una llamada, pero necesito hablar con alguien antes de que me vuelva completamente loca.

—¿Qué pasa? ¿Dónde mando la ambulancia?

—No pasa nada, no mandes ambulancias a ningún sitio. Perdona por las horas, necesito hablar contigo.

—¿Qué has hecho? —Joder, como me conoce.

—Me he acostado con José.

—¡Sofía! ¿Cómo habéis hecho algo así? ¿Es qué ya se te ha olvidado lo mal que lo pasaste por culpa de las infidelidades de Víctor? ¿Es que has perdido la cabeza?

—No necesito a una madre que me riña, necesito a una amiga que me ayude a salir de todo eso. Necesito ayuda para salir de esta. ¿Podemos vernos hoy?

—En la clínica, a las tres. No puedo antes.

Termino la llamada con Susana tan pronto como Gala entra en el coche. Está feliz y contenta al ver que he venido a recogerla para llevarla al colegio. Hablamos durante el viaje y tengo que hacerme la dura para que no aprecie mi estado de nervios ni mi preocupación. Si lo hace, siempre puedo decirle lo mismo que a Hugo. El trabajo siempre me ha servido como excusa para cualquier cosa. Lo cierto es que si llega ese momento no me sentiré cómoda. No me gusta mentir a Gala, pero a veces es necesario mentir para proteger a los nuestros. A Gala le miento por protección, pero tengo que reconocer que si lo miento a él es porque me aterra reconocer mi error y me aterra su reacción. Tengo la extraña sensación de que lejos de culparme a mí, culpará a José. Y en esta ocasión no pensará en las consecuencias, buscará a José y cuando lo encuentre... ni siquiera lo quiero pensar.

—Mami, ¿vas a venir a buscarme hoy? No quiero que- darme en casa del abuelo, me aburro mucho.

—No te preocupes, voy a hacer todo lo posible por ir a recogerte a tu hora. ¿Te apetece que vayamos al parque hoy y que merendemos juntas?

—¡Helado! —exclama feliz.

—Helado y brownie de chocolate, ¿te apetece?

Y ahora utilizo a mi hija para pasar el menor tiempo posible con Hugo. ¿En qué me convierte eso? ¿Soy una mala mujer? Si ser una mala mujer implica ser una mentirosa, una traicionera, una infiel y una cobarde... entonces sí, soy una mala mujer. La peor de las mujeres. Mala mujer o no, lo que si es cierto es que este comportamiento es impropio de mi personalidad. No me gusta mentir, me pongo muy nerviosa cuando lo hago. Tampoco me gusta traicionar a los míos. Y cuando cometo un error soy la primera en buscar una solución y pedir perdón si es necesario. ¿Por qué no lo hago ahora y dejo de complicar las cosas? ¿A qué tengo miedo? A lo que pueda desencadenar mi confesión entre los dos hombres que hay en mi vida, a eso. Tan pronto me convengo de que estoy haciendo lo correcto, como me doy cuenta de que me estoy mintiendo a mí misma con un millón de excusas más.

Después de estar toda la mañana encerrada en el despacho colgada al teléfono y pendiente de los correos electrónicos, ha llegado el momento de mi comida con Susana. Estoy preparada para que critique mi actitud, voy a escucharla, pero no tenemos mucho tiempo. Ella tiene que volver a su consulta y yo a mi

despacho. Tras elegir mi comida, camino con mi bandeja hacia la primera mesa que encuentro disponible. Mi teléfono vibra en el bolsillo de mi falda. Supongo que será Susana, pero corro hacia la mesa con la esperanza de que sea José quien me ha escrito. Pero ni es Susana, ni es José, sino Hugo y para pedirme perdón por lo de esta mañana. ¡Genial! Acaba de coronarme como la peor mujer de la historia. Y todavía me queda enfrentarme a Susana. Cuando levanto la vista la encuentro sentada frente a mí.

—Espero que no haya sido un mensaje de José, porque si me dices que ahora sois amantes, me levanto y me voy.

No empieza bien. Está enfadada, muy enfadada. Creo que nunca la he visto así y nos conocemos desde que éramos unas niñas. Susana es esa amiga protectora que te cuida y que está siempre a tu lado, pero hoy no está contenta. Me decido por decirle la verdad, por contarle que es Hugo el autor de ese mensaje y la hablo de su contenido.

—¿Le pones los cuernos y es él quien se disculpa? — Le cuento la verdad—
¿Y qué piensas hacer? ¿Se lo vas a contar o vas a hacer como si no hubiera pasado nada? ¿Y José? ¿Has hablado con él?

—No creo que quiera saber nada más de mí. Cuando me di cuenta de lo que había pasado, le dije que había sido un error y me marché. Me siguió hasta casa, nos encerró en el ascensor y... se desahogó.

—Habla con Hugo, dile la verdad y corta esa relación ya. Es ridículo que sigas con él. Tú no le quieres, nunca le has querido. Nunca he comprendido que te fueras a vivir con él. Pero supongo que solo buscabas alejarte de José.

—Quiero a Hugo, solo que no estoy enamorada de él.

—A mí no tienes que ponerme excusas. Si estás con Hugo es para alejarte de José y a la vista está que no lo has conseguido. Sea por lo que sea, ayer os visteis y se os fue da las manos. Los dos cometisteis un error. Solo que José está solo y tú tienes pareja. —La observo comer de su ensalada y me obligo a comer yo también—. Deja a Hugo y ve a hablar con José. Creo que le debes una disculpa. Está claro que os queréis, que seguís enamorados. Hablar las cosas, comportaros como los adultos que sois y seguir adelante con la vida que ya empezasteis a construir juntos. Gala se merece que sentéis la cabeza. ¿No te parece?

Supongo que Susana tiene razón. Lo mejor será decir la verdad a Hugo y acabar con esta farsa que ha sido nuestra relación desde que empezamos a salir juntos. En cuanto a José... no tengo muy claro si lo que me ha sugerido mi amiga sea lo correcto. Por una parte, me muero de ganas de ir en su busca,

pedirle perdón y volver con él. Pero me atormenta su rechazo. Gala es una niña, pero una niña que siente, que comprende y que se ha acostumbrado a que sus padres estén separados. Incluso ha tolerado que yo haya rehecho mi vida con otro hombre. Es por ella que no puedo equivocarme con José. Ojalá todo fuera más fácil, pero no lo es. Las relaciones de pareja son sumamente complejas, el amor lo es. He tenido tres relaciones y las tres han sido igual de tormentosas. Víctor y sus mentiras, José y sus secretos. Y ahora Hugo. No puedo culparlo de nada, solo de que esté permitiendo vivir una mentira solo por estar conmigo. Pero esa culpa no solo le pertenece a él. Yo soy la culpable. Podría haberme negado a tener una relación con él, pero como ha dicho Susana, era lo único que tenía para separarme de José y a la vista está que no lo he conseguido.

Después de pasar el resto de la tarde encerrada en el despacho atendiendo mis responsabilidades laborales, debo cumplir la promesa que le he hecho esta mañana a Gala. Quiero pasar el resto de la tarde junto a ella, las dos juntas disfrutando la una de la otra.

—¡Mami! ¿Vamos al parque?

—Claro que sí y después iremos a la pastelería. ¿Te apetece?

—¡Sí!

Tomo asiento en uno de los pocos bancos vacíos del parque, es un lugar privilegiado para estar pendiente de mi pequeña y estar a solas. No me apetece mantener una conversación con otras madres, tengo otros planes entre manos. He decidido escribir a José y disculparme. Es momento de poner solución a todos mis errores.

Hola José, me gustaría que nos viésemos. Te debo una disculpa y quiero hacerlo bien.

Mensaje enviado. Yo solo me queda darle tiempo y esperar su reacción. Mi hija reclama mi presencia. Quiere que le empuje en los columpios y mil cosas más. Me siento mal por ella, me he dado cuenta de que no he sido la mejor de las madres. No he prestado la suficiente atención a mi hija, siempre he estado ocupada con el trabajo o sufriendo por mis relaciones. Esto tiene que cambiar, tengo que hablar con Jaime y poner fin a esta locura laboral. También tengo que solucionar mis problemas con Hugo e intentar enmendar todos los errores que me han llevado a estar separada de José. Yo también tengo mi parte de culpa. También tengo que hablar con mi familia y reunir a mis amigos. Debo

poner orden en mi vida.

Hemos pasado el resto de la tarde juntas, disfrutando la una de la otra. Primero en el parque y después en nuestra pastelería favorita. Ahora estamos de regreso a casa y ha llegado el momento de volver a ver a Hugo y enfrentarme a la realidad. Pero deberá ser una realidad a medias, porque no será hasta que llegue el fin de semana cuando hable con él. No quiero que Gala esté presente cuando Hugo se marche de casa, porque estoy segura de que en cuanto le diga la verdad se irá para siempre. En cuanto a José... no he vuelto a saber nada de él, no me ha contestado a mi mensaje como era de esperar. Este sí que será un fin de semana complicado, vamos a discutir, lo sé. Pero no puedo seguir huyendo, es inútil. Este fin de semana marcará un antes y un después en mi vida y no sé si estoy preparada para enfrentarme a todo yo sola, pero debo hacerlo. Está decidido, no hay vuelta a atrás. Y cuando esté todo solucionado pediré a Jaime que me dé unos días libres. No voy a irme lejos, pero necesitaré estar sola, necesito relajarme y pensar en todo.

Las luces en casa están apagadas, Hugo ya debería estar en casa, pero supongo que habrá tenido problemas en el trabajo. No le doy la menor importancia, estoy tan cómoda y relajada con mi hija que no he pensado lo más mínimo en Hugo. Entro en casa y no hay nada, ni una nota, ni un mensaje en el teléfono de casa. Tampoco en el móvil. En fin... tengo otras preocupaciones en la cabeza. No quiero pensar en Hugo ahora, sigo estando con mi hija.

—Vamos, cariño, vamos a la bañera y a ponerte el pi - jama. Tenemos que leer un poco y escribir en el cuaderno. ¿Qué has hecho hoy en el cole?

—No quiero ir más. No me gusta, no están mis amigas. —Pero tienes que ir al cole, yo tengo que trabajar. Ya lo sabes, ¿qué habéis hecho hoy?

—Hemos visto una peli de los juegos olímpicos. Y no me ha gustado porque luego hemos jugado a los deportes y yo quería bailar.

—No podéis bailar todos los días. Sois muchos niños y cada día elige uno, ya lo sabes.

Nuestra conversación no ha ido más allá. He dejado de ser la mamá divertida de esta tarde para ser una madre que intenta educar a su hija, pero no siempre es fácil. No todo son risas y buenas respuestas. Un comportamiento de este

tipo no es propio de Gala, no suele quejarse por nada y lo acepta todo con una sonrisa, pero supongo que está creciendo y ya no es la misma niña de siempre. Ha crecido tan rápido que apenas he sido consciente de ello y en cierto modo me da pena. Por nada del mundo quiero que acabemos como mi madre y yo, no podría perdonármelo jamás. Ni siquiera sé cómo mi madre puede estar sin ver a su nieta. Pero será mejor dejar ese tema atrás, mi vida es bastante complicada como para añadir un problema más a la lista.

Desde la cocina puedo escuchar a la perfección el sonido de la puerta al abrirse. Miro el reloj de reojo, es más tarde de lo que me esperaba. Pero lo cierto es que con el trabajo de Hugo nunca se sabe, normalmente llega puntual, pero desde que le han cambiado de puesto, su horario también lo ha hecho.

—Buenas noches, chica guapa. Perdona por la hora, ha sido un día de locos.

—Bueno, pero ya estás en casa. Date una ducha, ya está la cena. No hagas mucho ruido, ya está Gala durmiendo.

—¿Has llegado pronto hoy? Está todo muy limpio.

—Gala quería venirse a casa, así que he tenido que dar- me prisa en salir. Hoy ha estado un poco rebelde.

Cosa de niños, eso ha sido lo único que me ha contestado Hugo. Algo le preocupa y tengo la sensación de que no tiene nada que ver conmigo. Me ha saludado como siempre, me ha besado y me ha sonreído. Pero su conversación ha sido más bien escasa y muy seria. Lo conozco y sé que lo que le ocurre tiene que ver o con el trabajo, del que nunca habla demasiado, o con su familia. Desde que volvimos a vernos no ha nombrado a su madre para nada. Sé que habla con su padre en alguna ocasión y por una conversación que escuché, de casualidad, creo que se ha separado de Roser. Pero esto no son más que suposiciones, porque nunca habla de su familia. Ni siquiera de sus hermanos. Hanna está siempre muy ocupada y Héctor también. Al menos eso es lo que a mí me dice. El caso es que detrás de esa imagen de familia estructurada no queda nada. Es como si lo de Hanna hubiera sido el detonante para que esta familia se desmoronase. Sea lo que sea que le ocurra, si tiene que ver conmigo ya lo hubiese sabido. Si tiene que ver con el trabajo o con su familia nunca lo sabré. Quizás sea mejor así. Cada uno debe ocuparse de sus propios problemas. Así lo hemos hecho desde que estamos juntos. Dejamos los problemas externos tras la puerta. Y los nuestros... los nuestros los dejamos pasar y eso nos ha llevado al punto donde estamos. Yo acostándome con mi ex y el ajeno a todo. En el tiempo que llevamos sentados en la mesa del comedor ninguno de los dos ha abierto la boca. Yo no paro de pensar en cómo

voy a contarle la verdad y él... él no lo sé, supongo que estará pensando en eso que tanto le preocupa. —¿Cómo tienes la agenda? ¿Tendremos vacaciones o no?

—Hablaré con Jaime mañana, hoy no he conseguido contactar con él. Está siempre tan ausente, solo me llama para darme más trabajo.

—Yo no puedo cambiar los quince días que me han concedido, así que he pensado que podría ir a Barcelona a ver a mi padre. ¿Te parece bien? ¿O prefieres que me quede? —Si quieres ir a ver a tu padre, no voy a ser yo quien te lo prohíba. ¿Vas a ir con tus hermanos?

—Con Hanna. Solo con Hanna, mi hermano está muy ocupado.

—¿Cuándo te vas?

—El viernes.

¿El viernes? ¡No puede irse el viernes! Antes de que pueda pedirle que se quede, me muestra los billetes de tren. ¿Para qué me pregunta si me importa que se vaya si ya ha comprado los billetes? Supongo que imaginaba mi respuesta. Nunca me negaría a que viajara para ver a sus padres. Aceptaría, incluso que quisiera ver a su madre, a pesar de todo lo que sucedió entre nosotras. Ahora lo importante es que voy a estar quince días sola. Sola al cien por cien, porque mi padre se lleva a Gala el lunes siguiente de vacaciones. Voy a tener el tiempo necesario para planear un encuentro con José y disculparme, si es que consigo que me coja el teléfono, que responda a los mensajes o que me abra la puerta de su oficina o de su apartamento.

16

No he logrado contactar con José por lo que me he decidido que ahora que estoy sola podría ir a su apartamento a visitarlo. Debe estar allí, Gala está con mi padre y no creo que él esté en casa de los suyos. Estoy segura de que estará solo, en casa, intentado descansar. No tengo forma de saberlo al cien por cien, por lo que tendré que arriesgarme y si es necesario buscarlo por toda la ciudad lo haré. No puede pasar de hoy que hablemos.

Ya estoy lista para marcharme, pero he creído oportuno llamarlo, intentarlo una vez más. Marco su número y espero paciente al otro lado de la línea. Primer tono, segundo tono, tercer tono. No va a responder, estoy segura de que no quiere verme.

—Esperaba que hubieses entendido que no quiero ha - blar contigo, pero ya veo que no.

Ha respondido y parece tener muy claro lo que me tiene que decir mientras que yo siento que me he quedado sin palabras. Respiro hondo y me decido a hablar de una vez y volver a pedirle lo que ya le escribí en aquel mensaje. Silencio, no dice nada. Y hasta tengo que comprobar que no ha colgado. Me mantengo junto al teléfono nerviosa e impaciente.

—En mi casa, en una hora. Así podrás volver a huir en cuanto te acojones.

—José, por favor...

—Sé puntual. He quedado con una mujer y no quiero hacerla esperar.

Eso ha sido de muy mal gusto y totalmente innecesario. Si ha buscado hacerme daño, lo ha conseguido. No podría haberme dicho nada peor. ¿Por qué ha tenido que ser tan cruel? ¿Será verdad que está con otra mujer o lo ha hecho a propósito? ¿Será algo pasajero o estará saliendo con ella? No lo soporto más, una hora es demasiado tiempo. Quiero saber la verdad. Tiene que ser sincero conmigo, tiene que decírmelo. El problema es que después de cómo me he comportado, creo que he perdido el poder de exigirle ninguna explicación. Salgo de casa mucho antes de la hora acordada. He intentado aguantar en casa, pero no lo soportaba más. Quiero saber la verdad, necesito saber si con mi comportamiento la he cagado del todo y he lanzado a José en brazos de cualquier mujer. Pero ¿tan pronto ha encontrado a otra mujer? José es un hombre atractivo, no voy a discutirlo, pero es demasiado pronto, ¿no? No, no lo es. Lleva ocho años esperándome y ya se ha cansado de esperar. O quizás ya se estaba viendo con esta mujer desde hace tiempo. O puede que esta mujer no exista y que solo lo ha dicho para hacerme daño. Estoy tan nerviosa que no soy capaz de conducir. Llevo minutos intentado sacar el coche del aparcamiento y estoy bloqueada. Debo llamar a un taxi, estoy perdiendo el tiempo.

Ahora que estoy en el taxi soy consciente de que no sé cómo voy a enfrentarme a él cuando estemos frente a frente. Mi mente me juega una mala pasada y me lleva a algo más de quinientos kilómetros de Madrid. Hugo lleva allí desde el viernes, desde que se marchó apenas hemos hablado. Lo que sea que esté pasando le tiene muy ocupado. Y en cierta parte, ha sido de agradecer. Necesitaba tiempo para mí, tiempo para pensar, tiempo para poner fin a mis errores y por qué no reconocerlo, tiempo para enfrentarme a mí misma.

—Hemos llegado, señorita.

La voz del taxista me devuelve a la realidad. No hay una sola parte de mi

cuerpo que no tiemble. Estoy tan impaciente como asustada. Me armo de valor y me preparo para enfrentarme a lo más difícil que he hecho en mi vida. Siento que nuestras vidas se separarán para siempre. Y ya no hay marcha atrás.

Supongo que nuestro destino estaba escrito y algún cabronazo ha decidido hacernos sufrir hasta el último minuto.

Ahora que estoy frente a la puerta de su apartamento me siento desfallecer. No voy a poder hacerlo, sé que no voy a poder. En cuanto lo vea me mundo se vendrá abajo. Respiro hondo y llamo a la puerta. Ni siquiera creo que haya podido escucharme porque apenas he rozado la puerta. Las fuerzas me han abandonado.

José

Creo haber escuchado un golpe en la puerta de casa, como si alguien hubiese llamado. Pero es imposible, no estoy esperando a nadie salvo a Sofía, pero queda más de media hora para que llegue la hora de nuestra cita. Vuelvo a escuchar el sonido de la puerta y ahora si me decido a bajar a toda prisa escalera abajo.

—¿Quién es?

—Yo...

Descubro la voz de Sofía al otro lado de la puerta. Apenas es un susurro, pero no hay ninguna duda, es ella. ¿Y qué está haciendo aquí? Es demasiado pronto. Joder, no puedo abrirla ahora. No estoy preparado para volver a verla, tampoco para escuchar lo que tiene que decirme. Ha venido a acabar con esto y desconoce que también va a acabar conmigo.

Abro la puerta y me hago a un lado. Ni siquiera voy a regalarle un saludo. Me mantengo frío y distante como en nuestro último encuentro en el ascensor. Quiero que sienta todo el dolor que he estado sintiendo yo durante todos estos años cada vez que me rechazaba y que me ha acompañado día y noche en la soledad de mi cama. Sí, he pasado noches en vela preguntándome el porqué. Pero no voy a darle el regalo de verme hundido. La quiero mucho, la amaré siempre, pero quiero que sienta lo mismo que siento yo. Quiero que se rompa de dolor. Que no pare de pensar día tras día en esa mujer con la que he quedado, la cual existe de verdad. La chica de las fotocopias es esa mujer que soporta mis malos modales, mi deseo de sexo sin control y sin límites. A ella la debo que no me haya vuelto loco y no haya corrido a recuperar lo que

siempre he sentido como mío. A la que es y será la mujer de mi vida. Porque, aunque miles de mujeres pasen por mi cama, aunque siga viéndome con la chica de las fotocopias, jamás olvidaré a Sofia.

—Has venido muy pronto. Dime a qué has venido y vete, ya sabes que tengo prisa.

—José... por favor...

Quizás esté siendo demasiado duro con ella, pero no puedo hacer otra cosa. Si muestro mi debilidad... desconozco lo que podrá pasar, pero sé que no será bueno para ninguno de los dos.

—¿Es cierto que has quedado con otra mujer?

—Que más te da. Habla de una vez, Sofia. Has venido a disculparte, hazlo y márchate.

—Dímelo, por favor.

¿Para qué cojones quiere saberlo? ¿Para odiarme mucho más, para seguir culpándome de todo? De acuerdo, si quiere saber la verdad, va a conocer la cruda realidad. Hasta ahora no la había mirado, pero ahora sí, torno mi cuerpo en su dirección. Me arrepiento de mi atrevimiento en cuanto mis ojos se encuentran con los suyos. Está completamente hundida. Verla así me destroza por dentro. Estaba dispuesto a hacerla sufrir, a devolverle todo mi dolor, pero no puedo hacerlo, la quiero demasiado. Sé que los dos vamos a arrepentirnos de esto, pero ella me necesita y yo no voy a negarle un abrazo que está pidiendo a gritos. Y tan pronto le abrazo rompe a llorar. Nada me gustaría más que saber el motivo real de su llanto.

—Vamos, Sofia. Tienes que calmarte. Esto no nos lleva a ningún sitio.

No es necesario que diga más para que se aparte de mi lado. En esta ocasión es ella quien me da la espalda. Marca distancia entre nosotros. La siento más lejos que nunca y es que sé que este momento es el definitivo y ahora no habrá marcha atrás. Esta vez es todo muy distinto, se siente mal, se siente culpable por traicionar a ese hombre con el que ahora vive y es ese sentimiento el que la ha llevado a elegir. Se va a quedar con él, no me extrañaría nada que se casase con él. Y si se casa... no soportaría verla vestida de blanco, entregando su vida a la de otro hombre. Si pudiera hacerlo, me marcharía de España. Lejos, muy lejos. Estados Unidos, quizás. Pero tengo una hija y ella es toda mi vida. Tengo que ser fuerte y valiente y enfrentarme a lo que me depare la vida.

—He venido a pedirte perdón.

—¿Para qué?

—No debí marcharme de ese modo. Fui tan consciente como tú de lo que estaba ocurriendo y no debí permitir que sucediera. Después, te dejé allí. No, no, no —suspira buscando la calma que se le escapa—. Lo siento, de verdad que lo siento y espero que puedas perdonarme algún día.

—No me pidas perdón, te lo ruego. Estaba convencido de que lo dejarías todo por nosotros y cuando vi cómo te marchabas... ¡joder, Sofía! ¿Sabes cómo he estado esta semana? Solo de pensar que habías vuelto a casa con ese hombre... ¡joder, Sofía, joder! Y para colmo tienes los santos cojones de proclamarme tu amante, a mí, al padre de tu hija... no puedo creerlo. Aunque los dos teníamos muy claro cómo íbamos a comportarnos, salta a la vista que hemos perdido el control de la situación. Su presencia en mi apartamento me provoca tal inseguridad que no me reconozco. Siempre he creído que soy un hombre fuerte, pero cuando Sofía vuelve a mi vida, todo mi mundo se desmorona.

—Ya ni siquiera sé a qué he venido. No sé cómo lo haces, pero logras desestabilizarme y hacerme perder el control con solo tenerte delante. No sé quién soy ni que quiero. Ya no sé qué está bien y que está mal. Perdí el rumbo y no consigo encontrar el camino correcto porque todos los caminos me llevan a ti...

—Pero no podemos estar juntos...

Y con esto volvemos al mismo punto de siempre. Estoy tan cansado... cansado de no comprender porque me rechaza, cansado de que me intente convencer de que no podemos estar juntos. Cansado de que decida por mí, por nosotros. Ha pasado demasiado tiempo, he pagado por mi castigo. Si no quiere estar conmigo, que se marche. Estoy preparado para que me diga que va a casarse con ese hombre con el que vive. Es hora de que se marche.

Estoy decidido a despedirme de ella, pero me sorprende sentándose en el sofá del comedor. Tomo asiento a su lado, es lo único que puedo hacer porque me ha dejado sin ideas. ¿Y ahora qué? ¿Por qué no se marcha? ¿Qué está haciendo aquí?

—Tienes que irte, Sofía. No deberías estar aquí. Esto no está bien.

—¿No has tenido nunca ganas de desaparecer? Necesito estar sola, tomarme un respiro para encontrar mi lugar en el mundo. Pero no puedo hacerlo. No puedo dejar a Gala... mi vida sin ella carecería de total sentido. Ella es lo único que tiene sentido en mi vida, es lo único que he hecho bien. —Abandona el sofá, creo que va a marcharse—. Voy a irme unos días, solo van a ser cuatro

y no estaré muy lejos. Voy a romper con todo y con todos. Voy a dejar a Hugo, merece saber la verdad. ¿Y tú? ¿Vas a seguir viéndote con esa mujer?

—No puedo dejarla ahora que sé que vas a estar sola. Estando con otra mujer me mantendré alejado de ti. ¿Qué quieres que haga? ¿Qué te espere toda la vida? Sé que mi vida va a estar siempre unida a ti, pero estoy cansado de que me rechaces. Hace tiempo que decidiste seguir adelante, ahora me toca a mí dar ese paso.

Dejo atrás el sofá, paso por su lado sin rozarla y me dirijo hacia la salida. Quiero estar solo, Mónica no tardará en llegar al hotel y tengo que llamarla antes para cancelar nuestro encuentro. No quiero quedar con ella después de lo que ha pasado aquí. Está empezando a cansarse de mis malos modales y la necesito a mi lado cuando tenga la tentación de llamar a Sofía.

—Tienes que irte.

Mi voz suena más seria que nunca. Alguno de los dos debe poner fin a este sin sentido. Se acabó Sofía, se acabó este amor no correspondido, se acabó sufrir por ella. Debo pasar página, encontrar una mujer que de verdad quiera estar conmigo, que confíe en mí y que me haga olvidar. —Tengo que olvidarte, Sofía. Vete, por favor. Se detiene frente a mí para mirarme frente a frente. Pasea su mirada por toda mi cara, desde mis ojos hasta mi boca. ¿Qué significa todo esto? ¿Qué está haciendo? Que se vaya, por favor. Lejos de alejarse de mí se atreve a rozar mi mejilla con la yema de sus dedos. Me mantengo inerte en un intento de paralizar mis sentimientos y mi deseo de tocarla, de llevarla contra la pared más cercana y besarla.

No sé cómo ha pasado ni porque se lo he permitido, pero está besándome mientras rodea mi cuello con sus manos en un claro intento de atraerme hacia su cuerpo. Me entrego a ese beso que está sobrepasando los límites que nos habíamos marcados. Debemos parar antes de dar un paso más, no quiero volver a pasar por lo mismo. Detengo nuestro beso y me separo de ella mostrándole la salida.

—Tienes que irte. Ese beso ha sido algo innecesario, deberías habértelo ahorrado. Vete.

17

Corro hacia el exterior en busca de libertad, si no salgo a la calle voy a quedarme sin aire aquí mismo. Tengo que controlar mis nervios, acompañar mi

respiración y hacerme con el control. Siento que voy a sufrir un ataque de ansiedad en cualquier momento. El pánico se está apoderando de mí, no quiero estar sola. Seguir con Hugo no es una opción, regresar al apartamento de José tampoco. Me ha echado de su casa y de su vida. He sido yo la que he permitido que el amor se me escapara de entre los dedos. ¿Qué se escapará? No, hace mucho que lo eché de mi vida, obligándolo a regresar a mi lado cuando perdía la razón. ¡Joder! ¿De quién estoy hablando? ¿Del amor o de José? ¿Acaso no es lo mismo? ¿Acaso José no ha sido todo mi amor?

✱✱

El autobús se detiene a la entrada de Orellana la Vieja. Me he decidido viajar hasta Badajoz, volver a la tierra de mis padres, donde nadie me conoce, donde no soy más que una desconocida entre tantos. Quiero perderme entre sus calles, pasear por el pantano y disfrutar de las vistas que me regalará su atardecer.

La casa familiar se encuentra en una de las calles principales, es una avenida demasiado transitada, pero será suficiente para tener unos días de relax. En mi caminar hacia mi casa, atravieso un parque donde solía quedar con antiguos amigos con los que me encontraba cada verano. Me pregunto qué habrá sido de ellos... sus nombres vienen a mi mente. Es curioso cómo los recuerdo a todos a pesar de que hace muchos años que no sé nada de ellos.

Mi casa huele a cerrado y a recuerdos de la infancia. En la cocina, recuerdo a mi abuelo preparando las migas después de la matanza, mientras mi abuela y mi madre fregaban los utensilios de cocina en la vieja pila del patio. La pintura azul que eligió mi abuela ha desaparecido casi por completo. Aquella pintura azul... mi abuela lo pintaba todo con ella y si aún quedara más pintura seguiría pintando con ella. La mesa camilla que nos reunió a todos durante fines de semana y vacaciones descansa ahora sola en el centro de la cocina interior. Al fondo, un pasillo oscuro me lleva hasta el interior de la casa. Los cuadros y fotografías familiares siguen colgados de la pared recordando las ausencias que la vida se llevó. Me sorprende llorando recordando todo lo vivido aquí. En esta casa he vivido los momentos más felices de mi vida, pero ahora que mi abuelo ya no está con nosotros, nada es como antes. Su falta sigue doliendo demasiado, quizás por ello ningún miembro de mi familia se ha atrevido a regresar aquí. Ahora todos vivimos en Madrid y no tenemos la

necesidad de recorrer cientos de kilómetros cuando queremos vernos.

Escaleras arriba me dispongo a usar la que siempre fue mi habitación. Una antigua colcha de ruedas de ganchillo descansa sobre la cama de matrimonio donde tantas noches descanse. Es como si el tiempo no hubiese pasado en este lugar en concreto. Parece que ha estado esperando a que yo regresara para volver a acogerme, como tantas veces lo hizo en mi infancia.

Después de instalarme y de hacer la compra me dispongo a dar un paseo ahora que ya ha caído la tarde. El calor sigue siendo pesado y sofocante como lo era en mi infancia, pero tengo la necesidad de salir, de caminar y descubrir los cambios que el tiempo han convertido mi pueblo en un lugar completamente desconocido. Ya no reconozco a nadie, mis vecinos ya no son los que eran. Los abuelos que paseaban por mi calle han dado paso a otros abuelos que pasean con sus nietos como lo hacía yo en el pasado. En mi caminar he ido a parar a la antigua casa de la cultura, donde muchas veces acudí con mis amigos a presentaciones de libros o a escuchar cantar a muchos de los chicos del pueblo. Sigo calle abajo encontrándome a medio camino entre el cementerio y la plaza del pueblo. Me decido por seguir a mi derecha huyendo de la tristeza al recordar a aquellos que me robó la vida. Varias lágrimas se me escapan al pasar por una de las calles donde más tiempo pasé en mi juventud. Muchos jóvenes van y vienen de la zona de los botellones a los bares. Me decido por sentarme en una de las terrazas donde tantas y tantas veces me senté en el pasado.

—Buenas noches, ¿qué quieres tomar?

—Una cerveza con limón.

El camarero regresa al interior del bar acompañado por

otros chicos a lo que parece conocer a la perfección. Sin duda, son amigos. Hace un tiempo yo también tenía mi grupo de amigos y los camareros solían formar parte de nuestra pandilla.

Termino con la cerveza y me decido por seguir caminando hacia el pantano. Me he decidido por atravesar las antiguas callejas por donde solía perderme con mis amigos y he acabado perdiéndome, pero sola. No tengo ni idea de donde he ido a parar y estas calles están muy vacías. ¿Dónde están las personas que se sentaban a la puerta para tomar el fresco? Me decido por seguir caminando por rumbo fijo y es cuando soy consciente que las casas de

esta calle están abandonadas, a punto de derrumbarse. A través de uno de los ventanales, puedo ver una vieja cocina, muy parecida a la de mi propia casa. Si mi familia y yo no volvemos por el pueblo nuestra casa correrá la misma suerte que las casas de esta calle y no quiero que mis recuerdos se queden en un montón de escombros. Voy a comprar la casa a mis tíos. Voy a restaurar la casa con los materiales que he encontrado en el patio, sé que puedo hacerlo. En el pueblo siempre ha habido buenos profesionales a los que podré contratar con la seguridad de que mantendrán la estructura de la casa y que aprovecharán todos los materiales que no estén deteriorados. Por nada del mundo quiero que la casa pierda su esencia.

En mi caminar he encontrado el camino de regreso a casa, pero también la carretera que me lleva hasta el pantano. Es la primera noche que estoy en el pueblo y estoy cansada, pero quiero seguir caminando y pasear por allí. Tal vez podría sentarme a la orilla y disfrutar de las estrellas, esas de las que no se puede disfrutar en Madrid por la contaminación... iba a decir lumínica, pero la contaminación ambiental no es que permita ver más allá de los rascacielos que han aumentado, considerablemente, en los últimos años.

Estoy agotada, pero el paseo ha merecido la pena. El paisaje es... maravilloso. El silencio solo se rompe por el sonido del agua. La oscuridad me envuelve y me regala un cielo estrellado que me tiene hipnotizada. Me animo a acercarme a la orilla y pasear con mis pies dentro del agua, con precaución, porque no quiero que un cangrejo me dé la bienvenida enganchando una de sus pinzas en uno de mis dedos como ya hizo en el pasado. Duele, digan lo que digan, duele. Y ahora sí, me decido por tomar asiento para recuperarme. Terminó tumbada para poder disfrutar mejor de las estrellas.

No entiendo porque he estado tanto tiempo sin venir si es un lugar maravilloso. No vengo por aquí desde que Jaime me dio trabajo y ahora ya soy encargada... de eso han pasado ya doce años. Hasta ahora no me había parado a pensar en ello. ¿Cómo no va a estar el pueblo cambiado? Debería estar casi irreconocible después de tanto tiempo. ¿Cómo no iba a perderme? Ni siquiera sé cómo he conseguido dar con el camino.

Con mi móvil, me decido a hacer una foto que immortalice este momento, aunque estoy segura de que no tardaré en regresar. Estoy decidida a comprar la casa y remodelarla, no pienso dejar que mis recuerdos de la infancia se

pierdan entre los escombros. El ver el resto de las casas del pueblo en ese estado me han llenado de tristeza y nostalgia. Estoy decidida, quiero volver siempre que me sea posible, venir con Gala y que conozca sus raíces. El pueblo siempre ha tenido buenas fiestas y los fines de semana siempre había algo que hacer. Por no hablar de las vacaciones de verano con esas tardes en el pantano que se alargaban bien entrada la noche. Dada mi situación, el pueblo me parece el mejor lugar del mundo.

Son las cuatro de la mañana y aunque estoy agotada no puedo dejar de mirar el cielo estrellado. He sacado el colchón a la terraza, pienso descansar aquí toda la noche, no creo que pueda dormir. tengo mucho en lo que pensar. Mi vida está peor que nunca. He perdido a José, para siempre, por lo que supongo que ya no es un problema. También está Hugo del que no he sabido nada en horas, aquí no es que haya mucha cobertura y esa vida tan ocupada que tiene Hugo de repente no ayuda a que solucionemos las cosas y pongamos fin a esta locura. Todavía tengo pendiente la relación con mi hija, arreglar las cosas con mi padre y llamar a todos mis amigos.

Eran las cuatro de la mañana cuando conseguí quedarme dormida, quizás más tarde. Y ahora que no son más de las ocho, mi móvil ha decidido torturarme con una música estridente del que no logro deshacerme. ¿Quién está llamándome tan temprano?

— *¡Mami! Buenos días, mami. Me voy con el abuelo y el primo a ver a los delfines.*

—Hola, cariño, buenos días. ¿Qué haces despierta tan temprano?

—*Papá va a venir a verme, ¿tú también vas a venir?*

—Mamá tiene que trabajar, cariño. Pero te prometo que cuando vuelvas de tus vacaciones tendremos un fin de semana solo de chicas. Ve pensando donde quieres ir.

Así que José va a ir a ver a nuestra hija mientras que yo estoy escondida en el pueblo huyendo de todo una vez más y eso me hace pensar en que sigo sin solucionar mis problemas. Solo hay algo que tengo claro y es que al regresar dejaré a Hugo. Creo que es la única decisión buena que he tenido en mucho tiempo. Con lo que no me siento cómoda es como han acabado las cosas con José. Si alguien podía empeorar las cosas, esa soy yo. Con este error solo he conseguido lanzarlo en brazos de esa misteriosa mujer de la que prefiero no saber absolutamente nada. Pero lo cierto es que imaginar a José con otra mujer

me duele y me llena de celos. No quiero ni pensar en lo que ha tenido que pasar él cuando le hablé de Hugo o cuando supo que íbamos a vivir juntos. Lo ha tenido que pasar muy mal por mi culpa y hasta ahora he estado tan ciega que no he mirado más allá de mis narices. Podría llamarlo y disculparme otra vez, pero eso no ayudará en nada. Estoy tan confundida... no sé qué hacer. Algo dentro de mí me grita que vuelva con él, pero también me pide que sea prudente, haciéndome recordar todos los errores del pasado y todo lo que sufrí por las malas decisiones. Pero llevo así demasiado tiempo. Han pasado ocho años desde nuestra ruptura y sigo sufriendo por ello. ¿Cómo es posible que los dos sigamos sufriendo por este amor? La respuesta es más que obvia, sufrimos porque estamos enamorados. Ninguno de los dos ha sido capaz de olvidar. Paseo por la casa, intentando olvidar a José y centrarme en mis propios recuerdos, pero no puedo. Su recuerdo se ha quedado en mi mente y está jugando conmigo. Supongo que mi consciencia me está obligando a pensar en él, al fin y al cabo, eso ha sido a lo que he venido. A pensar y a tomar una decisión. Pero estoy aterrada, me dan miedo mis propias decisiones y las consecuencias que vengan a continuación. Lo único que tengo claro es que no quiero que ninguno de los dos sigamos sufriendo. Si me decido a salir de la vida de José de forma definitiva, tendré que hablar con mi abogado para que se encargue de todo lo que tenga que ver con él. El problema es que no me parece justo para Gala, es normal que quiera celebrar su cumpleaños con toda su familia, querrá ver a sus padres juntos en sus exhibiciones de fin de curso y en sus momentos más felices. Pero ¿cómo le explicas a tu hija de ocho años que la buena relación que mantenían sus padres ya no existe? ¿En qué situación dejaría a mi hija con esa decisión? Y lo peor de todo, ¿cómo reaccionaría José? ¿Tomaría alguna represalia al respecto?

Mis dudas me han llevado a sentarme en el patio acompañada de una botella de vino y de mi última lectura. Llevo meses sin coger un libro y ya era hora de empezar a leer. Desde que soy madre y acepté mi nuevo cargo en el estudio he dejado de hacer muchas de las cosas de las que antes disfrutaba. No he vuelto a ir a ningún mercadillo, ni siquiera he vuelto a pasear por el Rastro. Añoro aquellos domingos con Marcos. Tampoco he vuelto a ver uno de esos programas de decoración que tanto me gustaba ver en la televisión... mi vida ha cambiado tanto que siento que soy otra persona, una mujer totalmente diferente a la que era antes. Mi día a día se basaba en mi trabajo, pero también en mis amigos. En ir al gimnasio para nada, porque después siempre acababa cenando fuera y no comida sana, precisamente. Salía de fiesta, me divertía, me

reía. Pero José llegó a mi vida y todo cambió. Ha sido como un huracán y se ha llevado con él esa Sofía del pasado. De este modo tan insignificante vuelvo a pensar en él, así no hay forma de centrarse en la vida, mucho menos de pararse a leer. Y ahora que llevo más de media botella de vino la cosa no mejora. El vino y el calor no son buenos compañeros para una mujer solitaria en un pueblo. No quiero cometer ninguna locura, como llamar a quien no debo. Y eso implica a José y a Hugo. La mejor decisión que puedo tomar en esta situación es irme a la cama. Mañana será otro día.

Hugo me ha llamado temprano. Ha sido una llamada muy escueta y ha conseguido dejarme muy preocupada. Lo he encontrado nervioso y alterado, pero no sé a qué se debe porque no me ha dado ninguna explicación. Lo único que sé es que el lunes volveremos a estar juntos en Madrid. Y ese se ha convertido en el día marcado para acabar con esta farsa. Después he recibido la llamada de José, pero al otro lado de la línea ha respondido Gala. Después de hablar con ella, no he podido disimular mi malestar y he decidido llamar a mi padre. No sé porque, pero ha decidido convertirse en el gran amigo de mi ex pareja. No sé qué pretende con ese comportamiento y es por ello que he tomado una decisión estúpida y arriesgada. He llamado a José para pedirle explicaciones y solo he conseguido que me cuelgue.

18

Desde mi regreso a Madrid he notado cambios, muchos y variados cambios que me resultan muy familiares. Los últimos días siento como si viviera un *déjà vu* constante. Me siento distinta, cambiada. Y no, nada tiene que ver con mi viaje ni con la última vez que ví a José. Es algo distinto y que me resulta muy familiar. Una náusea me da la respuesta. Mis dudas se disipan en cuanto me llevo el café a los labios. ¿Y si estoy... embarazada? Es cierto que tengo un leve retraso, pero no, no puede ser. Pero... ¿a quién quiero engañar? Las náuseas, los mareos matutinos y mis pequeñas manías con la comida y los olores han vuelto. Estoy viviendo lo mismo que ya viví cuando estaba embarazada de Gala. Debo confirmarlo cuanto antes y pensar, debo pensar. Las rayitas rosas no fallan. Sé que el predictor no falla. No falló entonces y no va a fallar ahora. Sé que estoy embarazada y de quien es este bebé. Teniendo en cuenta que llevo semanas sin tener relaciones con Hugo no hay duda. Este bebé que estoy esperando es de José. Un nuevo embara- zo en una situación

complicada... jamás habría imaginado que mis embarazos serían de este modo, es surrealista, las cosas con José están peor que nunca. Y Hugo... no solo le he engañado, sino que también me he quedado embarazada. Estoy avergonzada y una parte de mí está arrepentida, pero tengo una vida creciendo dentro de mí. No es momento de lamentaciones. Ha llegado el momento de dar la cara, enfrentarme a Hugo y a mi nueva realidad. Estoy esperando un hijo de José.

Ya he terminado de colocar la ropa de la maleta, he puesto una lavadora y ahora estoy cocinando. ¿Por qué? Estoy tan nerviosa que me estaba volviendo loca mantenerme inerte en el sofá. Necesitaba mantenerme ocupada y solo se me ha ocurrido hacer de ama de casa. Termino con la cena en el mismo instante en el que Hugo entra por la puerta. Lo observo desde la cocina mientras él parece tener la vista perdida. Ha dejado las llaves en el mueble de la entrada, ha abandonado la maleta junto al pasillo y ahora se ha encerrado en el dormitorio. El olor de la comida me provoca náuseas y tengo que aguantar las ganas de vomitar porque estoy paralizada. No sé porque, pero tengo miedo. Hugo ha regresado al salón, ha clavado sus ojos en mí, pero no dice nada. Ni una sola palabra, ni un saludo. Nada. El silencio es aplastante. Me ahoga, me mata.

—Hugo... ¿estás bien?

—No finjas conmigo, sé que te importa una mierda lo que me pase. Algo no va bien, hay algo que se me escapa y no puedo saber que es porque desde su repentino viaje no habla conmigo. Eso ya no debería preocuparme, pero lo hace. No soy de piedra, Hugo no me ha hecho nada malo. Es muy buen hombre, pero no le quiero. Nunca le he querido, pero eso es algo que los dos sabemos. Ahora tengo que ponerle fin a toda esta locura.

—Me gustaría hablar contigo sobre un asunto, ¿puedes sentarte, por favor?

—Habla de una vez y déjate de gilipolleces, no estoy de humor para tus tonterías.

Sea lo que sea que le ocurra es grave. Nunca me ha hablado así, jamás me ha faltado al respeto. ¿Cuántas veces ha alzado la voz en todo este tiempo? Una o dos veces... no más. Nosotros no discutimos. Me temo que no me va a quedar más remedio que ser directa y no andarme por las ramas, pero su mirada me está poniendo muy nerviosa. Sé que no va a hacerme daño, Hugo no es un

hombre agresivo, pero nunca lo había visto en este estado y eso me asusta. Y aun así debo arriesgarme y seguir adelante con mi vida.

—En estos días que he pasado sola he estado pensando mucho en nosotros y bueno... no creo que te sorprenda si te digo que lo nuestro no funciona. He intentado seguir adelante, buscar una solución, pero no...

Estoy intentado abrir los ojos, pero solo logro abrir el derecho. Tengo el lado izquierdo dormido y muy dolorido. La boca me sabe a sangre y de mi nariz salen pequeñas gotas que están manchando la tarima flotante. Estoy tirada en el suelo, boca abajo, medio de lado. La sangre reseca se agolpa en la comisura de mi labio que está hinchado. Estoy intentado comprender lo que ha pasado, pero estoy muy mareada. Creo que me he mareado o que he perdido el conocimiento, por eso estoy en el suelo. Me he golpeado la cara. Intento levantarme, pero no puedo, no tengo fuerzas. Me coloco boca arriba y me encuentro con un Hugo desconocido para mí. Está fuera de sí, la casa está destrozada. Estoy rodeada de cientos de pedazos que antes eran parte de mi vida, mis recuerdos. Siento miedo, ya no estoy segura de si me he caído o ha sido Hugo quien me ha golpeado. Y siento tanto miedo que no sé que debo hacer, si mantenerme en el suelo o levantarme y luchar. Pero estoy embarazada, tengo que proteger a mi bebé. El miedo y las dudas provocan que tiemble sin parar y acompañe mis pequeños espasmos con lágrimas.

—¿Ya te has despertado, hija de puta? ¡Levanta, no has terminado de hablar! Sus gritos me dejan paralizada. Me mantengo en el suelo, hecha un ovillo. Protegiendo lo que es mío. Hugo me levanta con brusquedad y me lanza, en esta ocasión contra el sofá. En sus ojos puedo ver que ahora que ha terminado con mi casa va a seguir conmigo.

—Por favor, Hugo... podemos hablarlo.

—Hija de puta, ¿quieres dejarme? ¡No vas a dejarme! ¡Eres mía! ¿Entiendes? Jamás dejaré que te vayas con otro. Porque eso es lo que quieres, ¿verdad? ¿Quieres irte con él? ¡Lo mato! ¿Me entiendes? Si te veo con él os mato a los dos.

Mi teléfono móvil vibra sobre la mesa de café. Ni siquiera me atrevo a responder la llamada por miedo a su reacción. Antes de que la llamada termine, Hugo coge el teléfono y lo estampa contra el suelo produciendo un gran estruendo.

—¡Se acabaron las llamadas, se acabó el trabajar y se acabó salir de casa sin mí!

Lo siguiente en caer es el teléfono de casa. No quiero mirar, pero sé que está

tocando mi bolso y mi cartera de trabajo.

—Mañana, cuando me vaya a trabajar vas a quedarte en casa. No intentes escapar porque si no te encuentro en casa iré a buscar a José y lo mataré. Te aconsejo que seas buena conmigo, porque la vida de ese desgraciado está en tus manos.

Mantengo mi mirada fija en el suelo, estoy aterrada. Si me ha golpeado una vez puede volver a hacerlo una segunda hasta que se le vaya de las manos. No quiero morir, no así. Un nuevo estruendo provoca que alce la vista. Los restos de mi portátil están esparcidos por todo el salón. Nuestras miradas se encuentran provocando que estremezca aterrada. Consciente del poder que tiene sobre mí, se acerca con determinación. Aparto la mirada aterrada, furioso por mi reacción sujeta mi brazo con fuerza, tanta que temo que me rompa algún hueso. Me zarandea con violencia mientras me grita que lo mire, pero soy incapaz de hacerlo, no puedo más que llorar.

—¿Quieres llorar? Te daré un buen motivo para que llo- res. ¡Camina!

Atravieso el pasillo hacia el dormitorio a base de empujones. Una bofetada me hace caer sobre la cama. La funda nórdica es una mezcla de sangre y lágrimas. Antes de que pueda ser consciente de lo que está por suceder, antes de poder protegerme, Hugo se sienta sobre mí y me golpea sin piedad. Siento tanto dolor que apenas me mantengo consciente. Con un tirón de pelo, Hugo me obliga a mirarlo para descubrir una sonrisa oscura y maliciosa. Ríe orgulloso y eso me produce más miedo que sus golpes. Cuando vuelve a mirarme soy consciente de que mi vida está por acabar, lo haré en esta cama y cubierta de lágrimas y sangre. Y conmigo morirá el bebé que llevo dentro de mí. En mi seminconsciencia puedo reconocer como está destrozando mi ropa, tengo frío y me siento completamente desprotegida. Pero ya no me quedan fuerzas para seguir, por lo que permito que me desnude y haga lo que quiera con mi cuerpo. Sus caricias me producen una arcada, pero no tengo fuerzas para un esfuerzo tan grande. Siento asco de mi cuerpo, vergüenza, miedo y una tristeza tan intensa que no me permite reaccionar. Lo único que me queda es rezar en silencio, aunque odio rezar y mientras tiemblo, presa del miedo hasta que una nueva bofetada me hace despertar de mi ensoñación.

—Deja de llorar, eres mi mujer y eso te obliga a darme placer cuando quiera. ¡Deja de llorar o te daré razones para que lo hagas!

Y aunque lo intento, no puedo. Cada vez que me grita, cada vez que me toca siento tal miedo que no puedo más que llorar sin consuelo. Y es mi llanto el que lo lleva a golpearme una y otra vez. Su cinturón se marca en mi espalda,

cada vez con más fuerza, cada vez con más rabia.

—¡Estoy embarazada!

Ni siquiera sé de dónde he sacado las fuerzas para gritar, solo sé que desde que he hablado los golpes han cesado. No me atrevo a mirarlo, pero puedo escuchar cómo camina de un lado para otro. Un largo suspiro y se deja caer sobre la cama. Sentado, a mis pies, puedo ver cómo esconde su rostro entre sus manos. Quizás se haya arrepentido... ¿pensará que es su suyo este bebé?

—¿Es suyo? ¿Es de José? Espero que ya que me has engañado hayas tenido la decencia de haberlo hecho con el padre de tu hija.

Su voz es tranquila y sosegada. Ha vuelto a ser el de siempre, pero eso no impide que siga teniendo miedo. No quiero que siga pegándose, no lo soporto más.

—Yo no puedo tener hijos, Sofía. Espero que tengas una explicación, ¿por qué me has engañado?

—Lo siento... no fue algo premeditado. Pasó sin más, por eso quería hablar contigo y terminar con esta mentira. No quiero hacerte sufrir.

—No debería haberte golpeado, lo siento. No sé qué me ha pasado... no quiero que me dejes y no vas a hacerlo. Tendremos ese bebé, pero nadie sabrá que no es mío. José jamás sabrá que es suyo, no voy a tolerar que me avergüences.

No hay más que hablar. Hugo ha dado por terminada la conversación y no seré yo quien despierte su ira. Lo siguiente que escucho es un portazo y el sonido de la cerradura. Me ha dejado encerrada en el dormitorio, ¿y ahora qué va a ser de mí? Estoy perdida...

Me levanto poco a poco ayudándome de los muebles para mantenerme en pie. Entro en el baño, quiero comprobar que todo está bien, necesito comprobar que mi bebé está bien, que no estoy sangrando. Me encuentro con mi propio reflejo en el espejo. Tengo la cara destrozada. Tengo el ojo morado e hinchado, tanto que no puedo abrirlo. La nariz... ni siquiera puedo describir lo que estoy viendo, al menos ya no sangra. Y mi labio... mantiene el mismo aspecto que mi ojo. Amaratado y cubierto por una capa dura de sangre. Y me duele tanto que no puedo tocarme, no puedo curarme, no tengo fuerzas, solo quiero despertarme, esto debe ser una pesadilla.

Estoy tumbada sobre la cama cuando Hugo reaparece. Tan pronto como ha entrado en el dormitorio ha fijado la mirada en mi cara, pero no han sido más que unos segundos, no puede mantenerme la mirada. Lo escucho desde la cama preparar la bañera y trastear en el armario.

—Te he preparado un baño, te vendrá bien relajarte y bueno... creo que debería curarte... Cuando quieras cenamos y te tomas algo para el dolor. Después deberías irte a la cama, debes descansar.

No contesto, tengo mucho miedo, dolor y no solo físico. Hugo me ha destrozado la vida. Ese al que yo veía como un buen hombre me ha destrozado, me ha matado en vida y me ha encerrado para siempre. ¿Qué va a pasar con mis hijos? No quiero que vivan una vida como esta. Si Hugo me ha pegado una vez, ¿qué le impedirá hacerlo de nuevo? No quiero eso para Gala ni para mi bebé. Rechazo llorar, no quiero que me vea llorar porque no sé cómo va a reaccionar.

—No debes tenerme miedo. No voy a volver a tocarte, en ningún sentido. No voy a pegarte ni voy a pedirte que me beses o me abrases. Solo seremos una pareja de cara a los demás. No voy a obligarte, yo no soy así. Ahora haz lo que te he pedido, por favor.

**

Han pasado algo más de tres días desde que Hugo regresó. Después de la tormenta llegó la calma y está cumpliendo su promesa de no tocarme más que lo necesario, tan solo para curarme y ayudarme con la ducha y a vestirme. No hablamos, yo por miedo, ¿y él? Supongo que está arrepentido, pero no lo suficiente como para liberarme. Jamás permitirá que me vaya porque conoce mis intenciones. Correré junto a José, pensar en él y en nuestros hijos es lo único que me mantiene con vida. Pero mi vida ha cambiado por mucho que Hugo pretenda que todo vuelva a ser como antes. Ha vuelto a ser el mismo, pero yo tengo demasiado miedo para hablar con él, soy incapaz de mirarlo a la cara. Por lo que me remito a escuchar y a obedecer sus órdenes.

Mis heridas han empezado a curarse, pero tengo tantas magulladuras y hematomas que el dolor me impide dormir. Hugo se preocupa por mi estado. Me hace la comida, me cura las heridas y cubre de crema todos y cada uno de mis moratones. Pero lo cierto es que me ha convertido en su prisionera. Y tengo miedo, mucho miedo de cómo pueda reaccionar cuando mi familia y amigos eche en falta mi ausencia. Llevo sin hablar con Gala desde aquel día, incluso José, aunque está enfadado conmigo, echará en falta mis llamadas. Y no quiero ni pensar lo que pueda ocurrir si José se presenta en casa. El miedo se apodera de mí provocando que tiemble, no quiero que le suceda nada malo, ni a él ni a mi familia ni a mis amigos. Pero... ¿qué puedo hacer yo aquí encerrada? ¿Y si ya es demasiado tarde? ¿Y si José ya ha venido a buscarme? Hugo juró que lo mataría, ¿cómo puedo saber que no lo ha hecho ya?

—Buenos días, Sofía. ¿Has podido dormir? Necesitas descansar para que se curen esas heridas.

Me cubro con las sábanas con intención de protegerme con ellas, para protegerme de su contacto.

—No tengas miedo, Sofía. No voy a volver a ponerte la mano encima. Estoy muy avergonzado, no sé qué me pasó, pero tengo claro que no quiero perderte.

—Yo solo quiero que me perdones, por todo lo que te he hecho sufrir. Lo siento mucho.

Mis palabras no son sinceras, no al completo. No he querido hacerle sufrir, pero ahora mismo no se merece mis disculpas. Pero necesito que se relaje al cien por cien, tengo que hacer todo lo posible para que vuelva a confiar en mí, no tengo otra manera de mantener a salvo a los míos. Si me entrego a él, los mantendré a salvo.

—Debemos tener cuidado. Mi familia y mis amigos van a empezar a hacerse preguntas. Tienes que dejarme que hable con ellos para que no nos molesten. Nuestros problemas son solo nuestros y juntos los solucionaremos, pero necesito que confíes en mí. Hugo... yo solo quiero enmendar mis errores y que me perdones.

—Tienes razón. Te compraré un teléfono, llamarás a tu familia y a tu hija para que ese hombre no aparezca por aquí. Quiero confiar en ti y quiero perdonarte, pero no me la juegues Sofía. No quiero volver a portarme mal contigo, no quiero hacerte daño, pero no hagas que me arrepiente de darte una oportunidad. Ahora desayuna, si te portas bien, dejaré que salgas del dormitorio.

Lo he logrado, lo he conseguido. Pero no puedo bajar la guardia ni cometer ningún fallo porque despertaré su ira y esta vez no podré controlarlo. Si tengo que estar con él para proteger a mi familia, lo haré.

Ha tenido que pasar una noche más para que Hugo se haya decidido a darme esa oportunidad que me había prometido. He hablado con Gala, también con mi padre y después de tranquilizarlos con una excusa bien preparada por Hugo, me he puesto en contacto con Susana. A todos les he dicho lo mismo, no estoy en el país, por trabajo. Así he logrado convencerlos de que será complicado ponerme en contacto con ellos. Pero en cuanto he terminado con la llamada, Hugo me ha quitado el teléfono y lo ha guardado bajo llave. Al menos, ahora puedo salir del dormitorio. No es que pueda hacer mucho, la casa está destrozada, pero salir de ese dormitorio me ha dado más opciones para pensar y buscar una solución.

—Podrás estar fuera del dormitorio mientras yo esté aquí, el resto del tiempo prefiero que estés en el dormitorio.

—Puedes confiar en mí, no voy a irme. Solo quiero que me perdones y que volvamos a ser los de siempre.

—Te estás portando bien, si este fin de semana te encuentras mejor podríamos salir a cenar. ¿Te apetece?

—Sí, me apetece mucho salir contigo. Podríamos ir al cine o al teatro. Puedo tapar los hematomas con maquillaje, nadie se dará cuenta. Y si alguien me pregunta, les diré que he tenido un accidente. Nos vendrá bien tener una cita, los dos solos, como antes.

Mis palabras han relajado a Hugo, mis palabras parecían tan sinceras que hasta yo misma me he creído todo lo que le he dicho y es que estoy dispuesta a pasar por lo que sea solo por mantener a salvo a mis hijos, a mi familia y a José.

Mis heridas han sanado, mis hematomas ya son historia y mi relación con Hugo, mi falsa relación con Hugo está en el mejor momento. No hemos vuelto a discutir y se ha vuelto más cariñoso que nunca, aunque no intenta besarme ni tocarme, sabe que necesitaré tiempo para no ponerme a temblar cuando se me acerque. Hace dos noches se sentó a mi lado y mis temblores aparecieron de forma automática. Consciente de ello, dejó el sofá y no ha vuelto a intentar tener un acercamiento entre nosotros.

El mes de agosto ha llegado a su fin, es fin de semana y tal y como prometió esta noche saldremos a cenar. Hemos decidido dejar para más adelante lo del cine porque no queremos tentar a la suerte. Lo último que quiero es encontrarme con mis amigos o mis ex compañeros de trabajo. No quiero dar más explicaciones de las que ya les dio Hugo. Mi relación con ellos cambiará para siempre y es que Hugo se tomó la molestia de decirles todo lo mucho que detestaba a mi jefe y mi trabajo. Aunque lograrse escapar de esta tortura, Jaime nunca perdonará lo sucedido. Hugo fue demasiado duro con él y eso me ha dejado sin ninguna posibilidad, aunque sí soy sincera conmigo misma, no es algo que me importe. Si estoy haciendo todo esto es porque no puedo dejar de pensar en mi familia, en Gala, en José y en el bebé que está por llegar. Y es el recuerdo de Gala el que me lleva a pensar en sus clases en el colegio. No quiero que Gala esté aquí, es una niña muy lista y sé que le contará a José toda la verdad de lo que está sucediendo. Tengo que evitar su regreso porque eso les pondría en peligro a los dos.

—Hugo... necesito hablar contigo sobre Gala. No quiero enfadarte, pero debo hablar con José para que se quede con ella. No tardará en empezar el colegio, las vacaciones están a punto de terminar y bueno... podría alargar mi regreso, ya sabes, por mi trabajo.

—No había pensado en ello, pero supongo que tienes razón. Le llamaremos hoy mismo, pero quiero que lo llames con el altavoz, quiero escuchar lo que tenga que decirte.

El miedo se ha vuelto a apoderar de mi cuerpo. Espero que José se remita a

tratar el asunto de mi llamada y no intento hablar sobre nosotros. Eso enfurecería a Hugo y temo que pueda volver a ser el de antes.

—Sé lo que te preocupa. Y no debes hacerlo, si te mantienes fiel a mí, lo que pueda decir él no me importará. Sigue a mi lado y todo irá bien.

—Hay algo más... necesito ir al médico, por lo del embarazo. Ya estoy de un mes y necesito que empiecen a controlarme.

—Lo organizaré todo para esta semana. Iremos a un médico privado, no voy a permitir que os falte nada ni a ti ni al bebé. Ahora ve a prepararte, no tardaremos mucho en marcharnos.

Aunque hace calor no me he atrevido a ponerme nada atrevido. No quiero provocar a Hugo, por nada del mundo quiero que piense que quiero dar un paso más. Mi actitud con él, mi acercamiento fingido no puede traspasar los límites. Nunca podré olvidar lo que me hizo. Sus golpes ya no me producen un dolor físico, pero me siguen destrozando el corazón. Cada día que paso a su lado, cada momento que pasamos juntos me convierte en una mujer fría y triste. Mi único fin es sobrevivir y mantener a salvo a este bebé que crece en mi interior y a los míos. Solo por ellos sigo adelante, tan solo por ellos. Mi vida ya no vale nada, no es más que un pagaré que mantendrá vivo a mis seres queridos.

—Sofía... ¿estás lista?

Bajamos en ascensor hasta el garaje. Mi A3 permanece en el aparcamiento donde lo dejé por última vez. Está intacto, señal de que Hugo no ha hecho uso de él. Hugo se ha detenido junto a la puerta del conductor, un sentimiento contradictorio me ha golpeado de lleno. Es una idiotez, pero no puedo evitar sentirme molesta al comprobar que usurpa una más de mis posesiones.

—¿Estás bien?

—Sí... muy bien. —Rodeo el coche, con la cabeza gacha evitando que pueda comprobar mi malestar—. ¿Nos vamos?

Apenas quedan unos minutos para anochecer, pero llevo tantos días sin pisar la calle que los últimos rayos de sol me molestan en los ojos. Inevitablemente, después de estos días en casa, me siento como una extraña en este mundo de

locos, un mundo que me ha desilusionado y destrozado por dentro. Y, aun así, debo continuar, mantener la sonrisa y dejar pasar los días al lado de un hombre que no dudó en ponerme la mano encima. Que no dudó en humillarme y en convertirme en una mujer sin alma, vacía y triste.

No sé cuánto tiempo llevamos en el coche, ni siquiera reconozco el lugar donde nos encontramos, pero aparentemente hemos salido de Madrid, al menos del centro. Y sin más, el miedo se convierte en mi compañero de viaje. ¿Y si todo esto no es más que una trampa? ¿Y si todo este tiempo ha estado fingiendo y ahora va a matarme? No puedo permitirlo, tengo que proteger a mi bebé y a los míos. No puedo permitir que los ocurra nada malo, no puedo permitirlo.

—Para, por favor. Necesito parar.

—¿Te encuentras mal? ¿Qué pasa, Sofía? ¿Hay algún problema con el bebé?

—Para el coche, por favor. Para, necesito parar. ¡Para!

Apenas unos segundos después Hugo hace lo que le pido y detiene el coche en el arcén. Con lo que acabo de hacer no es que se pueda decir que me he bajado del coche, prácticamente me he dejado caer. Con lágrimas en los ojos y los nervios a flor de piel vomito todo lo que tengo en el interior. No hago más que alzar la vista cuando me encuentro con la mirada asustada de Hugo.

—¿Estás bien? Sofía... ¿estás bien?

No, no estoy bien. Pero no puedo caer, no puedo flaquear. Ellos me necesitan más fuerte que nunca, debo sobrevivir por ellos.

—Estoy bien, solo me he mareado un poco. ¿Queda mucho para llegar? Necesito comer algo...

—No, no queda mucho. Tan solo unos minutos, pero si te encuentras mal, podemos regresar a casa. No quiero que nada malo te pase.

—Hugo... ¿por qué lo hiciste?

Inevitablemente, he caído. No puedo más, no lo soporto más. El dolor que siento es tan fuerte, tan intenso que tengo la necesidad de una explicación. ¿Cómo es posible que me haya hecho algo así? ¿Por qué? Si estaba enamorado de mí, si me quería... ¿por qué lo hizo?

—Lo siento, ya te dije que lo sentía. Mi viaje a Barcelona me trastornó, ya sabes que yo no soy así. Y lo siento, lo siento mucho. Sé que me tienes miedo, he notado cómo te tensas cuando estoy cerca de ti y te juro que nada me gustaría más que borrar todo eso. No espero que me perdones, pero me gustaría mucho que volviésemos a ser los de antes. Tú y yo y el bebé. Podemos ser una familia, sé que podemos. Pero no me tengas miedo, te lo

suplico. No me mires con miedo, no voy a hacerte daño. Yo te quiero Sofía y no voy a hacerte nada malo.

Mi mente me grita que huya, que corra y que lo deje aquí, que aproveche la oportunidad para terminar con esta locura. Pero si huyo de él, será cuestión de horas, quizás un par de días y todo acabará mal. Es policía, está armado y ya me juró que los mataría. No puedo más que hacer caso a mi corazón y obedecer a la cordura y mantenerme a su lado. Solo así sobreviviremos.

—Vámonos a casa. Tenemos mucho de lo que hablar. Tenemos que hacer planes y debemos aprender a estar juntos. Otra vez, desde cero. Gala tiene a su padre y este bebé debe tener al suyo. Así que vámonos a casa y solucionemos nuestros problemas. Tenemos que darle una familia a este bebé. Deja de lamentarte y volvamos a casa.

Anoche llegamos a casa temprano. Tras lo sucedido no pudimos hacer mucho más que regresar. Hablamos, mucho, durante horas y horas interminables. En realidad, fue Hugo quien habló, yo me limité a escuchar y a aceptar todo lo que propuso para *volver a ser los de antes*. Pero yo sigo encerrada en casa, sin teléfono, incomunicada por completo. Al menos me ha permitido un poco de libertad y puedo estar por casa sin necesidad de esconderme. Apenas hago ruido y si alguien llama a la puerta me escondo en el dormitorio en pleno silencio. Pese a todo, nuestra relación ha cambiado. Ya no tengo miedo de lo que pueda hacerme, pero sigo sin confiar en él. Sé que tarde o temprano todo esto nos explotará en la cara. Mi familia y mis amigos, hasta el propio José se están cansando de las excusas y de mis eternos viajes. Y cuando todo pase deberé pensar rápido y hacerme con las riendas de la situación, de lo contrario, todo estará perdido y todo lo que he sufrido en este tiempo no habrá valido para nada.

La puerta de la calle me devuelve la realidad. Hugo acaba de llegar del trabajo, entra en la cocina y me saluda con un beso. Desde que hablamos su rutina es siempre la misma. Entra y me saluda con un beso en la mejilla, después me pregunta por el bebé y por mi salud. Me he acostumbrado a vivir así, pero eso no significa que me guste. Pero debe creer que puede tener una oportunidad, así que no tengo más remedio que fingir que estamos bien. Y pese a su actitud cariñosa he notado que, cuando hablamos del bebé, jamás se refiere a él como su hijo, a pesar de que fue él quien me obligo a que así fuera.

—He pensado, que ahora que estamos mejor, podríamos ir a cenar juntos. ¿Te encuentras bien para salir?

—Quizás nos venga bien salir y despejarnos. Debemos seguir adelante.

—Antes quiero pedirte algo. Necesito una prueba de confianza.

Se pierde a través del pasillo que lo lleva hasta el dormitorio. Lo escucho abrir y cerrar cajones, ¿qué será lo que está buscando? Regresa con una caja de madera que reconocería por muchos años que pudieran pasar. Lo abre frente a mí y saca de su guarida el relicario que José me regalo. Lo sostiene frente a mí, lo tiene sujeto por la cadena con el puño cerrado con tanta fuerza que siento que va a romperlo en mil pedazos.

—Deshazte de ello, solo así confiaré en ti. Destruyelo y demuéstrame que estás conmigo y que siempre lo estarás.

No puedo creer que me esté haciendo esto. Si supiera cuanto me hace sufrir... pero debo guardar todo mi dolor y ser fuerte. Cojo el relicario entre mis manos con fuerza, quiero que se quede grabado en mi piel porque nunca más volveré a verlo. Un tirón fuerte separa la cadena del corazón. Dejo caer la cadena sobre el suelo, al escuchar llegar al suelo saco más fuerzas para que mi rostro no se llene de lágrimas. Acelero mis movimientos, quiero terminar con esto cuanto antes. Abro el corazón y sin mirar las fotos de su interior lo parto en dos para también dejarlo caer. El suelo se llena de miles de cristales. Se acabó. Ya todo se acabó. —¿Y ahora confías en mí?

—Lo has hecho bien, muy bien.

—Sigamos adelante, ya nada nos lo impide.

Ni yo misma me creo lo que estoy diciendo, pero Hugo parece conforme con todas las palabras que le dedico. Sabe que no le quiero, sabe que no estoy enamorada de él, y pese a todo, se conforma con tenerme a su lado sin ningún temor. Por otro lado, él se cree enamorado de mí sin darse cuenta que lo que él me está haciendo no es por amor, sino por egoísmo. Supongo que hace todo esto porque se siente solo. Sus hermanos le han dado de lado para seguir adelante con su familia, no sé muy bien en qué situación está con sus padres, lo que sí sé es que se siente más solo que nunca y yo estoy pagando toda su frustración. Una parte de mí ansia saber la verdad, por otra parte, no tengo intención de despertar a la bestia, que es probablemente lo que suceda si le hago recordar. Está claro que algo malo sucedió en Barcelona y no puedo evitar que la imagen de Roser se me venga a la cabeza. Esa mujer es sinónimo de problemas. A ella la debo todo lo que está pasando.

Aquella noche tampoco salimos. Por lo que sigo encerrada en casa. No sé qué día es, ni si hace frío o calor, porque tampoco me permite abrir las ventanas. Vivo sin vivir, soy como una marioneta en manos de un hombre que está lleno de rencor y que me mantiene presa en mi propia casa.

Es sábado, acabo de descubrirlo al comprobar que Hugo ha llegado temprano y con ganas de pasar la noche fuera de casa. Y parece que esta vez va en serio. Me pongo cualquier cosa, sigo sin querer estar guapa porque no tengo la más mínima intención de provocar un acercamiento que no quiero. Si he aceptado esta cena es porque quiero que las cosas sigan tranquilas entre Hugo y yo mientras espero que llegue el momento de que pueda ponerle fin a todo esto, pero hasta que ese momento llegue, debo ser paciente.

—Ya hemos llegado. Es un sitio muy bonito, te va a gustar, estoy seguro de ello.

Una vez más finjo mi entusiasmo con una amplia sonrisa que le satisfaga. Y a pesar de todo, a pesar de mi estúpida sonrisa cenamos, la mayoría del tiempo, en silencio. No hace mucho que leí un proverbio chino. No rompas el silencio si no es para mejorarlo y supongo que eso es lo que estamos haciendo los dos. Ninguno sabe muy bien qué decir. Y aunque procuro mantenerme simpática no puedo fingir durante tanto tiempo.

—Dime... ¿qué es lo que te preocupa?

—Estoy bien, solo estoy un poco cansada. No estoy llevando bien el embarazo, no sé qué me pasa, pero me encuentro bastante débil.

—Iremos al médico la semana que viene, pediré cita. ¿Quieres postre o nos vamos a casa? Me gustaría dar un paseo antes de regresar, hace mucho que no sales a la calle.

Han tenido que pasar muchos días para llegar a este punto. Pero al fin lo he conseguido, estoy en el camino. Solo tendré que tener paciencia y esperar a que confíe plenamente en mí.

Aunque estamos a finales de septiembre, en Madrid la temperatura es agradable, tanto que aún se puede caminar por sus calles a altas horas de la noche. Son las doce, quizás algo más tarde y podemos caminar tranquilamente por el parque que hay junto al ático. En nuestro camino nos hemos cruzado con otras parejas, con familias y con adolescentes ansiosos de fiesta. Caminamos en silencio, uno junto al otro, pero sin rozarnos. Nuestro contacto se resume al beso que me da en la mejilla cuando llega del trabajo y ya me parece demasiado, por lo que estoy rehuyendo que me tome de la mano. Aun así, lo hace, me atrae hacia su cuerpo y termina por pasarme su brazo por el cuello. No sé a qué ha venido este cambio de actitud, pero su comportamiento posesivo me está poniendo muy nerviosa. Me siento incómoda teniéndole tan cerca. Hasta su olor me molesta, pero no voy a intentar apartarme, no por ahora. Unos minutos más y fingiré una náusea o un pequeño vahído. Así conse-

guiré zafarme de él sin provocar que se enfade. No puedo tirar por la borda todo lo que he hecho.

—No te pongas nerviosa y déjame hablar a mí, ¿de acuerdo?

—¿Cómo?

La respuesta que estaba esperando se presenta ante nosotros con semblante serio. Irremediablemente soy incapaz de apartar mi mirada de la suya. Hay tantas cosas que me gustaría decirle... si pudiera hasta le pediría que me salvara de esta locura, pero en realidad, no puedo más que aguantar el tipo y fingir que todo va bien.

—¿Cuándo has vuelto? ¿Se te ha olvidado que tenemos una hija?

—Acabo de recogerla en el aeropuerto, no son horas para despertar a una niña tan pequeña. Mañana mismo iremos a recogerla.

El modo en qué me mira me está matando. Me odia, sé que me odia más que nunca. Debe pensar que soy una mentirosa, que no tengo palabra. Sus ojos destilan veneno y yo no puedo más que dejar que sea Hugo quien hable.

—¿Dónde está Gala?

—¡Vaya, ya es hora de que te preocupes por ella! Está en casa de mis padres y no quiero que vayas a por ella. Este es mi fin de semana, vas a tener que esperar al lunes para verla. No creo que te importe, llevas semanas sin pasar tiempo con ella y no te ha preocupado. No vengas ahora de la madre del año. Hugo me mantiene pegada a su cuerpo y eso me permite comprobar que está perdiendo el control. Su respiración es cada vez más intensa y sus músculos se han tensado de forma automática cuando José me ha acusado de no ser una buena madre.

—José. —Hugo llama su atención—. En dos semanas te corresponde estar con Gala, pero Sofía y yo tenemos fecha para casarnos y queremos que esté con nosotros. Como comprenderás es un día muy importante y debe estar a nuestro lado. Al de los tres, Sofía está embarazada.

Podría asegurar que acabo de morir y es que mi corazón ha dejado de latir. La sangre se ha paralizado y ya no corre por mis venas. Mis pulmones ya no insuflan vida y mi cuerpo ha dejado de pertenecerme. Me siento como una extraña dentro de mi propia vida. ¿A qué ha venido todo esto? ¿Por qué ha hecho algo así? Esto no era necesario. No lo reconozco, ¿por qué lo ha hecho? Ya tiene lo que quería, ¿era necesario hacer sufrir a José? Ni siquiera puedo mirarlo, no quiero ver su tristeza ni su dolor. Tampoco su odio.

—Tenemos que irnos. Adiós.

José no contesta, yo tampoco. Después de las palabras de Hugo nada más se

puede añadir. Solo espero que José me odie, me odie con todas sus fuerzas porque solo su odio lo mantendrá a salvo y con vida. Hugo me mantiene a su lado, con un leve movimiento ha reanudado la marcha y yo con él. En un último momento y antes de que podamos dejarlo atrás reúno las pocas fuerzas que me quedan y acaricio su mano a modo de despedida, porque ahora sí que no hay vuelta atrás. Hugo ha decidido que vamos a casarnos y en la ceremonia firmaré mi sentencia de muerte.

—Siento mucho que te hayas enterado así, quería prepararte una sorpresa y que esta fecha se convirtiera en un día especial para nosotros, pero ese hombre lo ha echado todo a perder, como siempre.

—¿Crees que era necesario todo esto? —Su mirada tensa me paraliza de nuevo—. No me mires así, Hugo, por favor. Estoy contigo y si quieres que nos casemos lo haré, pero no tenemos por qué causar el mal a nadie con nuestras decisiones. Voy a casarme contigo, pero necesito que me prometas algo. Si estás enamorado, si me quieres de verdad tienes que concederme esto que te pido.

—Voy a casarme contigo, claro que te quiero. Eso no lo dudes nunca. Dime que quieres.

—Quiero que me prometas que no vas a hacer daño a mi familia ni a mis amigos y eso incluye a José.

—¿Por qué lo defiendes tanto? Te ha hecho daño y aun así lo defiendes. Le haría un favor al mundo si lo matara.

—Es el padre de Gala y ella lo necesita. No puedes privar a una hija del amor de su padre, tú mismo defendiste a Hanna cuando tu madre la echó de casa. —En un claro intento de calmarlo, tomo su cara entre mis manos—. Hugo, por favor. Reacciona, José no es un inconveniente en nuestra relación. Estamos juntos y vamos a casarnos, lo demás no importa. ¿Vas a prometerme que no les harás daño?

—Si te quedas conmigo, nadie correrá peligro. Ni siquiera ese malnacido. Jamás he sentido tanto asco de mí misma, pero espero, que con el tiempo mi familia, mis amigos y José comprendan el sacrificio que hice por ellos. Debo mentir y fingir una felicidad que no tengo, un amor que no siento y un deseo que existe. Pero todo lo hago por ellos, si Hugo es feliz, ellos estarán a salvo y es por ellos que sentencio mis palabras con un beso mientras la mirada de José se clava en nosotros. Si pudiera decirle la verdad... si pudiera decirle que solo estoy intentando mantenerlo a salvo, que todo esto que hago es por él, porque le sigo queriendo, porque le amaré siempre. Me gustaría tanto que

supiera que le estoy salvando la vida, solo así dejaría de odiarme como lo está haciendo. Y es que después de todo, las mentiras nos siguen separando. Primero por él, ahora por mí. Estamos destinados a amarnos en la distancia, a sufrir en los brazos de otros. Destinados a vivir una vida que no nos corresponde. Pero mientras José esté vivo todo mi sufrimiento merecerá la pena. Solo espero que algún día conozca la verdad y que pueda perdonarme. Solo así descansaré. Y cuando llegue ese momento... ¿sabrá perdonarme? ¿Entenderá por qué tome todas estas decisiones? Quizás ya nunca lo sepa. Si nuestra relación estaba herida de muerte, ahora ya está muerta y enterrada. Sepultada para el resto de nuestros días. Dudo mucho que pueda perdonarme, le estoy infringiendo tanto dolor que ni siquiera me escuchará. Y con el tiempo, me olvidará, conocerá a una mujer y se irá a vivir con ella. Puede que incluso me olvide y se enamore de ella. Formará una familia y envejecerá con ella rodeado de sus hijos y sus nietos. De mí solo le quedará el recuerdo que le transmita nuestra hija, Gala. Mi hija... ¿podrá ella perdonarme también? A partir de ahora no sé qué clase de vida la espera. Hugo me mantiene en casa, encerrada. Eso no es vida para una niña de su edad. No puede vivir con su madre encerrada, no puede vivir así cuando está acostumbrada a la vida caótica que hemos compartido todo este tiempo. —Hugo... si vamos a recoger a Gala el lunes... No quiero que te enfades, pero no puedo seguir encerrada en el ático. Esa no es vida para una niña. Tienes que aprender a confiar en mí, vamos a casarnos, nos hemos hecho promesas. ¿Qué vamos a hacer? —Supongo que tienes razón. Debemos llevar una vida normal, es hora de que salgas. Pero no quiero que vuelvas a trabajar. Todavía no, necesito tiempo. Poco a poco iremos viendo cómo funciona lo nuestro, además, estás embarazada y no te encuentras bien. Puedes salir de casa para llevar a Gala al colegio, al parque o algún cumpleaños. Puedes hacer la compra e incluso visitar a tu padre. Pero quiero que me mantengas informado en todo momento. Si te veo con José, se acabó nuestro trato. —No me verás con él, no voy a volver a cometer el mismo error. Vamos a casarnos y me mantendré fiel a ti. Se acabaron las mentiras. José ya es pasado. Una mentira más para mantenerlo a salvo. José nunca será mi pasado, jamás lograré olvidarme de él. Ha sido el amor de mi vida y siempre lo será. Mi actitud durante estos años nos ha llevado a una situación insostenible, en el que yo he recibido palizas de un hombre con el que voy a casarme y todo por mantenerlo a salvo. Si recuerdo todo lo que hemos pasado no puedo más que ver en mí a una adolescente que se convirtió en adulta, pero que no supo

madurar. Me aferré de tal modo a sus errores que no vi más allá. Le culpé a él de mis malas decisiones y lo único que he conseguido es que los dos suframos y que nuestra hija viva en medio de una locura que no se merece. Y ahora que pienso en Gala de nuevo no puedo evitar pensar en nuestro bebé. José nunca sabrá que es su hijo, nunca sabrá la verdad. Gala vivirá pensando que su hermano o hermana es producto del amor que surgió entre Hugo y yo. Un amor que no es más que una farsa. Y este bebé, jamás sabrá que su verdadero padre no es quien le criará. Jamás sabrá la verdad y yo moriré con esta carga, con este gran secreto por salvar la vida de los míos.

20

(Capítulo inédito por José)

Jamás pensé que una persona pudiera hacer tanto daño a otra. Yo, que la creí la mujer de mi vida cuando la vi por primera vez, en la boda de nuestros amigos... que idiota he sido. Me ha estado engañando todo este tiempo. La última vez que nos vimos me aseguró que iba a romper con todo, incluso con él como ya lo había hecho conmigo y me mintió. Ella que siempre me había acusado de mentiroso y no solo sigue a su lado, va a casarse y va a darle un hijo. No salgo de mi asombro, tanto sufrimiento para nada. Todo este tiempo se ha estado riendo de mí. ¿Esta ha sido su venganza por lo que hice en el pasado? Y yo que pensaba que estaba confundida... No puedo creer que haya podido utilizarme de esa manera tan ruin y rastrera. Siempre esperando a que me perdonara, pendiente de ella, deseando hacerla feliz y me traiciona a mí y traiciona a nuestra hija. La odio, la odio con todas mis fuerzas. Y será ese sentimiento el que me haga olvidarla. Se acabó Sofía para mí. Ya ni siquiera quiero respetarla por ser la madre de mi hija, no me importa en absoluto. Estas semanas apenas ha llamado. Su nuevo hijo y su futuro marido son más importantes para ella. Si Gala es una molestia para ella, no tendrá de qué preocuparse. Sofía se ha equivocado de hombre, la he querido, la he amado como a nadie, pero este daño que me está haciendo voy a devolvérselo multiplicado. Voy a hacer todo lo posible por conseguir la custodia de Gala, voy a acabar con ella. Haré que su vida sea un auténtico infierno. Le devolveré cada una de las lágrimas que me está haciendo derramar. Sofía ha empezado una guerra que no va a ganar. Mi odio es tan fuerte que no quedará nada de la mujer que era. Voy a aplastarla, a ella, a su marido y ese bebé

engendrado en la mentira. Les odio a todos y me las pagarán, juro que me las pagarán.

**

Mi desesperación me ha llevado hasta el mismo centro. Estoy rodeado de adolescentes borrachos y de personas felices con ganas de fiesta. En cambio, yo, solo quiero embotellarme y ahogar mi dolor en alcohol. Porque ni el odio que siento hacia ella puede hacerme olvidar que la quiero y que la he perdido. Aunque ya no sé si es así. Me siento tan engañado que dudo si alguna vez ha sido mi mujer. Aun así, la amo. No puedo arrancarme mis sentimientos del corazón, pero lo haré. Jamás debí dejar de ser aquel José que utilizaba a las mujeres para pasar un buen rato. He bajado la guardia, me he enamorado y ahora estoy hecho una mierda. ¡Maldita hija de puta! Me las va a pagar, le devolveré mi tristeza, mis lágrimas y todo mi dolor hasta acabar con ella. Poco me importa ya que sea la madre de mi hija. ¡Joder, necesito una copa! Entro en el primer pub que encuentro en mi camino. La música está tan elevada que me taponan los oídos nada más traspasar la puerta, el calor es sofocante, tanto que siento que me voy a marear. Por suerte, la inmensa mayoría de las personas están bailando en la pista y no tardo en encontrar una banqueta en la barra. Tomo asiento mientras espero paciente a que el camarero me ponga un whisky doble. Me bebo una primera copa, una segunda y una tercera y ni el alcohol logra borrar esa imagen de la cabeza, la imagen de Sofía traicionándome. No puedo creer que nos haya hecho algo así. Lleva acusándome años de ser el culpable de que lo nuestro se acabara, pero la única culpable aquí es ella. Es una mentirosa, una maldita mentirosa.

Un olor que me resulta familiar me saca de mis pensamientos, respiro hondo y su perfume me llega hasta lo más hondo. Unas manos delicadas se posan en mis hombros, acaricia mi espalda y llama mi atención.

—¿Sofía?

Pero no, no es Sofía. El alcohol me ha jugado una mala pasada. Esta mujer no es Sofía, no es más que una desconocida que me mira sonriente mientras coquetea descaradamente. Respiro hondo, termino con mi copa y opto por dejarme llevar. Si quiero olvidar a Sofía tendrá que ser en los brazos de otras mujeres y esta que está frente a mí parece estar muy interesada en pasar un rato

conmigo. Apenas me fijo en ella, no me interesa que sea guapa o que sea atractiva. Lo que me llama la atención es que es una mujer decidida. Pero, inevitablemente siento la tentación de darla un buen repaso. Es una mujer preciosa y sus curvas son tan perfectas que ha conseguido que se me ponga dura.

—Seré Sofía si quieres, pero prefiero que me llames por mi nombre. Soy Marian, ¿y tú?

Antes de que pueda hablar me da dos sonoros besos en ambas mejillas, rozando mis labios intencionadamente. Me encuentro preso entre sus brazos y eso me da la ventaja de poder disfrutar de una visión más cercana de sus pechos. No son operados y eso me gusta porque son bastante grandes.

—¿No vas a decirme cómo te llamas?

—José.

—José... ¿te apetece que vayamos a un sitio más tranquilo?

—¿Qué propones?

—Puedes llevarme a tu casa o arriesgarte y acompañarme a mi hotel. Tú decides, pero hazlo rápido, no me gusta perder el tiempo.

Acompaña sus palabras con una caricia que atraviesa mi pecho hasta llegar a mi entrepierna, que reacciona palpitando ante tan débil contacto. Está decidido, Marian será mi compañera esta noche, pienso disfrutar de su cuerpo por todos los rincones de su habitación. No la llevaré a mi casa, eso se acabó. Tomo su mano para llevarla al exterior para impedir perderla antes de llegar a la salida. El contacto de un anillo me detiene en mi camino.

—¿Estás casada?

—No te preocupes por eso, mi marido está muy lejos de aquí.

Hasta el momento no había sido consciente de su acento andaluz. Tampoco de la banda que cuelga de su hombro. Está celebrando su despedida de soltera y parece ser que quiere celebrarlo a lo grande. Y si es lo que quiere no seré yo quien le niegue ese deseo. Estoy ansioso por hincarle el diente a esta morena con curvas de vértigo. Voy a darle una noche de placer que no olvidará en su vida, haré que su estabilidad se tambalee hasta provocar que dude sobre su futuro matrimonio. El antiguo José ha vuelto para quedarse, sin sentimientos, sin escrúpulos. Solo quiero follar y olvidar a esa mujer que me ha destrozado la vida.

—¿Dónde está tu hotel? Tengo prisa.

—Relájate, cariño, en cuanto estés entre mis piernas perderás la razón del

tiempo y te olvidarás de todas tus obligaciones. Te olvidarás hasta de esa tal Sofía que tanto te está haciendo sufrir.

—No vuelvas a nombrarla. —Aviso con tono amenazante—. Camina, tengo prisa.

El hotel se encuentra a un par de manzanas. Y más que un hotel parece un hostel barato. Me horroriza lo que veo y me arrepiento al segundo de haber aceptado acompañar a esta mujer. Ignorándola por completo salgo a la carretera para detener un taxi. Iremos a mi hotel, al que siempre he llevado a Mónica. Un taxi se detiene ante mí. En cuanto a Marian... no tengo más que hacerla una señal para que me acompañe al interior.

—¿Dónde vamos?

—Aun hotel, no es gran cosa, pero es mucho mejor que ese antro donde querías meterme.

No tardamos demasiado en llegar. Tampoco en que nos den una habitación, esa es la suerte que tengo. Soy un cliente habitual que gasta mucho y me cuidan bien. Ahora solo tengo que subir al ascensor y llegar a la habitación. Estoy tan excitado que los botones de mi pantalón vaquero me están destrozando la polla. Necesito hacerla mía ya, me urge. El alcohol está empezando a dejar de hacer efecto y el recuerdo de Sofía amenaza con acompañarme hasta la habitación.

—¿Vas a contarme qué te ha pasado con esa mujer para estar en este estado?

—Eso no es de tu incumbencia y aunque lo fuese, ahora mismo no tengo ningún interés en hablar contigo. Seamos claros, Marian, hemos venido a follar y eso es lo que vamos a hacer. Voy a follarte hasta que llores de placer, y ahora entra y desnúdate.

Lejos de sorprenderse de mi tono autoritario y mi actitud chulesca sonrío picara. Recorre mi cuerpo con una mirada intensa y llena de deseo hasta detenerse en mis vaqueros. Decidida, dirige su mano en dirección a mi polla que está a punto de explotar dentro de estos malditos pantalones. Sus caricias me están volviendo loco y esto no ha hecho más que empezar. Cierro la puerta tras de mí y la empotro contra la pared más cercana colando a la misma vez, mis manos bajo su vestido hasta encontrar el hilo fino de su tanga. Lo enredo entre mis dedos y tiro de él hasta que la tela se raja. Sin previo aviso meto uno de mis dedos dentro de ella, pero está tan mojada que no tardo en meter un segundo mientras con mi mano libre le acaricio el clítoris sometiéndola a mi antojo. Mi tortura la embriaga de tal modo que ya no me toca, tiene las manos junto a la pared haciendo todo lo posible por mantenerse erguida y no perder

el equilibrio.

—Desnúdate y espérame en la cama. Tienen que estar al llegar con el alcohol que he pedido en la recepción y no quiero que te vean así.

Y en efecto, antes de que pueda terminar mi frase el servicio de habitaciones sube con lo que he pedido. Sobre un carro descansa la botella de ron, dos vasos y la cubitera con los hielos. Todo ello colocado sobre un mantel blanco impoluto.

—¿Quieres una copa?

Antes de que pueda contestar se la ofrezco igualmente. Ambos vaciamos nuestros vasos presos de la ansiedad por volver a tocarnos y del calor que produce nuestro deseo descontrolado. No he hecho más que soltar el vaso en el carro cuando Marian se abalanza sobre mí. Pero yo soy más rápido que ella y vuelvo a empotrarla contra la pared, esta vez, de espaldas a mí. Me acerco a ella y rozo mi polla ya fuera de su prisión contra su culo mientras con mis manos acaricio sus pechos sobre la tela de su vestido.

—Creo recordar que te había pedido que te desnudaras y aún sigues vestida.

—¿Y por qué no me quitas tú la ropa?

—Hazlo tú.

La obligo a hacer mientras yo me dejo caer sobre la cama vestido, tan solo, con los bóxer. Lejos de amilanarse, Marian, comienza a desnudarse sin apartar la mirada de mi cuerpo. Está claro que las mujeres de hoy en día están hechas de otra pasta, ya nada las asusta y antes de que puedas ser consciente de ello se hacen con el control de tu cuerpo hasta hacerte perder la cordura. Entonces no hay vuelta atrás, el deseo te obsesiona hasta que le entregas toda tu vida a esa mujer. Pero no volveré a caer en esa treta. No volveré a dejarme llevar, de ahora en adelante no habrá más que sexo y cuantas más mujeres pueda llevarme a una de las habitaciones de este hotel, mucho mejor. El amor se ha acabado para mí, mi corazón está roto y la culpable de todo este sufrimiento no es otra más que Sofía y me las pagará. Va a sufrir tanto como estoy sufriendo yo.

Un silbido me devuelve a la vida real. Marian está frente a mí, desnuda y dispuesta a regalarme una noche de placer y eso me hace muy feliz, porque es precisamente en lo que único que pienso desde que la he visto.

—Siéntate en el escritorio y abre las piernas todo lo que puedas —ordeno dejando atrás la cama de matrimonio—. Me apetece jugar un poco antes de metértela.

—Estoy deseando ver con qué me sorprendes... —con- testa melosa—.

Espero que estés a la altura porque quiero disfrutar de tu cuerpo toda la noche. —Si sabes moverte y me dejas que te maneje a mi antojo prometo que tendrás mi polla dentro de tu cuerpo toda la noche. No voy a marcharme sin explorar cada parte de tu cuerpo. Voy a follarte por delante, por detrás y hasta pienso follarme tu boca. ¿Contenta?

No espero su respuesta, no me interesa su opinión. Estoy decidido a utilizar a esta mujer a mi antojo y sin descanso. En mi caminar hacia el escritorio recojo uno de los hielos. De manera intencionada acaricio su cuerpo con el hielo provocando que sus pezones se endurezcan mucho más. Tímidas gotas de agua recorren su vientre hasta desembocar en su ombligo. Continuo con la tortura mucho más allá de su vientre, en dirección a su parte más íntima, donde el cambio de temperatura la sorprende tanto que a punto está de caer. Dispuesto a devolver esa zona a la misma temperatura me arrodillo frente a ella para derretir los restos de hielo con mi propia lengua mientras acaricio su interior en busca de su primer orgasmo que no tarda en llegar. Su cuerpo se arquea, sus piernas tiemblan mientras gime presa del placer hasta estallar presa de las caricias de mi lengua.

—Ahora me toca a mí.

La ayuda a bajarse de la mesa, la cual separo ligeramente de la pared para dar mayor espacio a Marian. La coloco de espaldas a mi cuerpo y la ayuda a que tumbe medio cuerpo sobre el escritorio permitiéndome así poder atacar por detrás. Es la mejor forma que tengo para evitar un contacto innecesario. No quiero que me bese, tampoco necesito sus caricias. Solo necesito su cuerpo a mi entera disposición y lo tengo en la posición que deseo. Antes de que pueda confirmarme que está lista para recibirme me meto dentro de ella provocando que todo su cuerpo se tense. Poco a poco, empiezo a moverme, pero estoy tan excitado que no puedo evitar aumentar mis acometidas, cada vez más dentro, más rápidas y más violentas. Entre gemidos esconde pequeños gritos de dolor, pero no tengo intención de parar, ahora no. Me tumbo sobre ella. Con una de mis manos masajeo su pecho, con la otra busco su clítoris para robarla un segundo orgasmo. Apenas un par de minutos más tarde termino, estallando en un orgasmo descontrolado y placentero.

Bajo la ducha, intento hacer todo lo posible por quitarme esta mala sensación que me acompaña desde que me he separado de Marian. Un sentimiento de culpabilidad me invade, la imagen de Sofía ha llegado a mi mente repitiéndose en bucle en mi cabeza. Sofía riendo, feliz entre mis brazos. Llorando, defraudada. Enfada conmigo por uno de mis muchos errores y, por último,

Sofía con otro hombre. Sonriéndole, besándolo y yo loco de celos acostándome con una mujer por la que no siento nada, ni siquiera respeto. —¿Ya te has cansado o estás preparado para seguir con nuestra noche? Quiero más, José y espero que estés dispuesto a dármelo. ¿O vas a defraudarme? Si hay algo que no soporto es que me reten. Me vuelvo loco, pierdo el control y arremeto contra aquello que resulta ser un obstáculo. Aquí, en la misma ducha, bajo el agua dejo atrás el recuerdo de Sofía para volver a disfrutar del cuerpo de esta mujer que me acompaña. Pero antes de que pueda tomar el control de la situación es ella quien empieza a recorrer todo mi cuerpo, primero con sus manos, después con su boca. Su lengua recorre mi bajo vientre provocando mi estimulación. Con sus manos acaricia mis testículos y solo se detiene para tomar mi polla entre sus manos y empezar a masturbarme. Y me sorprende gratamente, parece que sabe lo que se hace por lo que me entrego a ella, dejando mi cuerpo apoyado contra la pared de la ducha. Un gemido escapa de lo más profundo de mi garganta cuando noto como se mete mi polla en su boca y empieza a masturbarme con verdadera profesionalidad. Los nervios de mi polla me van a estallar y lo van a hacer en el interior de su boca. Deseoso de más, enredo su pelo entre mis dedos y tiro de su cabeza, acompasando los movimientos de su boca para provocar mucho más placer. Ya no hay vuelta atrás, no pienso parar hasta terminar. Quiero follarme su boca, se lo he prometido y me he propuesto cumplir todas mis promesas. Ansioso por terminar con esto, sujeto su cabeza, esta vez con las dos manos para así, aumentar la velocidad. Hago cuanto quiero con ella y no protesta, se aferra a mi cuerpo y se deja hacer hasta que la obligo a detenerse, me cuelo más dentro de ella y termino llenándola toda la boca de mi propia esencia. La dejo en la ducha, mientras que yo descanso sobre la cama disfrutando de una copa bien cargada. Necesito seguir al cien por cien. Me he dado cuenta de que mientras más ocupado estoy, menos pienso en Sofía. Pero su recuerdo me persigue en cuanto me quedo solo y hasta tengo la tentación de mirar mi teléfono. No sé qué pretendo encontrarme, pero un solo perdón, una llamada me haría correr a su lado. Lo olvidaría todo, estoy seguro. Supongo que así es el amor... o al menos eso pensaba. Yo la amo y estoy dispuesto a perdonar sus fallos, ¿por qué no me ha perdonado ella a mí? Está claro, todo era una burda mentira. Me ha utilizado y ahora yo, estoy hecho una mierda por su culpa. La ira me lleva a estampar el teléfono contra la pared más próxima, pero en el último momento me detengo. Marian está al borde de la cama, mirándome sin saber muy bien que debe hacer. Dejo el móvil en la mesita y bebo de mi copa

mientras observo cada uno de sus movimientos. Está desnuda y pequeñas gotas de agua resbalan desde su pelo hasta su culo. Tiene un buen culo y aún quiero disfrutar de él, pero no vamos a engañarnos, necesito mi tiempo. No soy uno de esos hombres de película que aguantan lo que les eche, yo soy un hombre de verdad, de carne y hueso y sufro como cualquier otra persona. Pero eso no ha parecido importarte a Sofía. «¡Joder, otra vez ella! ¡Tengo que olvidarla o acabaré volviéndome loco!».

Cuando despierto ya ha amanecido. A mi lado, cubierta con una sábana, pero manteniendo su desnudez descansa mi acompañante nocturna. Apenas recuerdo nada de lo que pasó anoche. Solo sexo y alcohol y Sofía, sin estar a mi lado ha sido la gran protagonista de esta noche. Y aunque es otra la que me acompaña soy incapaz de sacarla de mi cabeza. Me levanto en busca de mis bóxer, pero no encuentro nada por ningún sitio. Me decido por pedir el desayuno, necesito varias dosis de café para quitarme esta resaca, eso sí, antes de marcharme estoy dispuesto a dejar terminado lo que empecé. Sigo con ganas de más y no pienso dejar esta habitación hasta disfrutar de ese culo respingón.

—Marian, despierta. Nos han traído el café.

—Buenos días a ti también.

—Tenemos tres horas para dejar la habitación, pero si quieres quedarte puedo pagarte una noche más. Yo tengo que irme.

—Me iré a mi hotel, que para eso lo estoy pagando.

¿Y a esta qué coño le pasa ahora? ¿Qué pretende? ¿Qué la despierte con flores y con palabras cariñosas? Pensaba que había dejado bastante claro a lo que habíamos venido al hotel... Me decido por proseguir con mi desayuno. No tengo intención de discutir, tengo mis propios problemas y con una mujer me es más que suficiente. Solo espero que no me joda la mañana y ahora venga de digna y arrepentida. No quiero irme de esta habitación sin volver a follar, sigo obsesionado con ese culo suyo y estoy más que preparado para seguir con nuestra aventura.

—Ya que nos quedan tres horas... ¿qué te parece si dejas el café y vienes a la cama? Quiero un polvo de despedida.

Me bebo los restos del café y no dudo en acompañarla, estaba deseando que llegara este momento. Estaba empezando a dudar de las intenciones de esta mujer, pero por suerte, no me ha defraudado y eso me hace inmensamente feliz. El recuerdo de Sofía planea por mi mente y quiero que desaparezca y así será.

—Muy bien, vamos a ver de qué pasta estás echa. Desde que te vi desnuda me ha obsesionado tu culo y estoy deseando probarlo. ¿Estás dispuesta a llegar al

final?

—¿Con quién te crees que estás hablando? ¿Acaso crees que soy una pobre insulsa que no sabe lo que es echar un buen polvo?

Si hay algo que detesto es que me tomen por idiota y no tengo intención de permitir a Marian que me trate como tal. Con un ligero movimiento consigo dejarla desprotegida, su desnudez me excita lo suficiente para tumbarme sobre ella y obligarla a que me acoja entre sus piernas. Solo espero que esté preparada, he perdido la paciencia y quiero hacerla mía una vez más. No me siento saciado y hasta estoy dudando si debería alargar nuestra estancia hasta quedarme realmente satisfecho. Entre pensamientos, me cuelo dentro de ella. Mis acometidas son profundas e intensas, tanto que estoy a punto de dejarme llevar y echar un polvo sin más. Pero no quiero arriesgarme, no pienso irme de esta habitación sin probar su culo. Salgo de ella y con la misma brusquedad la coloco boca abajo y tiro de sus caderas para tenerla a cuatro patas, la posición propicia para lo que está por venir. Me acerco a ella con determinación, rodeo sus caderas con mis manos hasta llegar a su interior. Excito su cuerpo con ansiedad y deseo. Su ayuda llega sin pedirla. Sentir como se da placer a si misma me vuelve loco y ella lo sabe, por lo que corre a lubricarse. Con un leve movimiento de cadera ya sé que está preparada para acogerme dentro de ella. No me demoro más, pero debo ser consciente de lo que estoy haciendo y no dejarme llevar por el deseo. Poco a poco, logro que se acostumbre a tenerme dentro. Mis acometidas van tomando intensidad al comprobar como su cuerpo se amolda al mío. Pero quiero más, necesito mucho más. No puedo seguir a este ritmo, por lo que me animo a acelerar y a meterme más dentro de ella. Mis movimientos se acompañan a los suyos con una perfección que me asusta.

—Muévete, Marian, no dejes de moverte. La imagen de Sofía se entromete sin permiso provocándome, haciéndome perder el control. Convierto mis acometidas en embestidas salvajes. Marian se tambalea y tengo que tomarla de las caderas para no perder el contacto. Me aferro a su cuerpo en busca de un orgasmo que aleje a Sofía de mi mente y lo logro convirtiéndome en un salvaje. Marian pierde el control, está a punto de caer sobre el colchón, pero mi propia ansiedad me lleva a tomarla por las caderas con extrema brusquedad. Me mantengo firme sobre el colchón mientras marco el ritmo con el cuerpo de Marian, que ya se ha abandonado, entregándome su cuerpo para que disfrute de él a mi antojo. Y así lo hago, unas embestidas más y me dejo caer sobre ella disfrutando de un orgasmo desesperado. Y es que, aunque lo

intento con todas mis fuerzas, aunque quiero volver a ser aquel hombre del pasado, mis sentimientos hacia Sofía son tan fuertes que no logro desprenderme de su recuerdo a pesar de encontrarme disfrutando del cuerpo de otra mujer.

21

(Capítulo inédito por José)

Debería ir a trabajar, pero desde que salí del hotel no puedo dejar de pensar en Sofía y en Gala. El sábado estaba tan lleno de rabia que no pensaba con claridad. Pero ahora que estoy más calmado y que el alcohol ha abandonado mi cuerpo no puedo dejar de pensar en el repentino cambio de actitud en Sofía. Las escasas llamadas a nuestra hija y su regreso a altas horas de la noche me tienen intranquilo. Tan intranquilo que estoy seguro de que Hugo es el responsable de la creación de esta nueva Sofía. Y es este pensamiento el que me lleva a dejar sobre la encimera de la cocina mi maletín, a quitarme la chaqueta del traje y hasta la corbata para sentarme en el sofá y relajarme. Necesito pensar, encontrar el motivo real que nos ha llevado a esta situación. Sofía me ha dejado en varias ocasiones, me ha hecho daño y he sufrido mucho por sus decisiones, pero sé que no es una mala madre. Este comportamiento no es propio de ella. Jamás pasaría un día sin llamar a Gala por mucho trabajo que tenga y haría todo lo posible por regresar cuanto antes para volver a verla. Sí, no cabe duda. Algo ha sucedido, algo se me escapa. La última vez que nos vimos me aseguró que iba a dejarlo. Me habló de su viaje, también de que necesitaba tiempo. Y nunca la había visto tan convencida. El encontrarla junto a Hugo, debería haberme puesto sobre aviso, pero me he dejado llevar por los celos y no he sabido ver más allá, y ahora que lo pienso, ahora que mis recuerdos regresan a la noche del sábado puedo ver como la mirada de Sofía estaba llena de tristeza. Su comportamiento fue muy extraño, ni siquiera se atrevía a hablarme. Hugo se adelantó a contestar en su nombre. La Sofía que yo conocía no hubiera permitido que algo así sucediera, hubiese parado los pies a Hugo y ella misma me hubiese contestado, si hubiera enfrentado a mí. ¡Joder, cada vez estoy más convencido de que algo no va bien!

—¿Otra vez pensando en ella? Estoy cansada de que me uses como pañuelo de lágrimas. Olvídala ya y vuelve a la cama conmigo. Quiero echar un polvo antes de ir a trabajar.

Mónica... me había olvidado de ella por completo. Tengo que acabar con esto, últimamente Mónica está traspasando nuestro acuerdo y eso no fue lo que habíamos acordado. Ahora solo quiero ocuparme de solucionar lo que esté pasando.

—Vete, Mónica, deja el móvil y no vuelvas por la oficina. Te mandaré un cheque en cuanto me sea posible, pero no quiero volver a verte.

—Eres un mierda y te mereces todo lo malo que te está sucediendo. Ojalá y Sofía no vuelva contigo jamás y te quedes solo para siempre.

—Fuera de aquí.

Dejo atrás el sofá y me decido por llamar a Marcos. Es su mejor amigo, Marcos la conoce mejor que nadie y estoy seguro de que podrá ayudarme a descifrar todo este misterio que envuelve la vida de Sofía en estas últimas semanas.

—Perdona que te moleste, pero creo que Sofía tiene problemas con Hugo. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

—Lleva como un mes sin escribirme y sin contestar a mis mensajes. La he llamado varias veces, pero tiene el teléfono apagado.

—Algo no va bien, Marcos. ¿Podemos vernos? Tengo algo que contarte, necesito que me ayudes.

—¿Estás en tu casa? Voy hacia allí, hago un par de llamadas y voy para allá. Poder contar con la ayuda de Marcos me tranquiliza. Después de todo lo que ha sucedido entre nosotros pensé que podría denegarme su ayuda, pero estamos hablando de Sofía, es su mejor amiga. Si hace esto es por ella, no por mí. No voy a engañarme a estas alturas. Si Marcos me apoya en esto, es porque está muy preocupado por Sofía.

Las palabras de Hugo llegan a mi mente en cuanto me siento en el sofá. El repentino anuncio de su boda y el supuesto embarazo de Sofía me destrozaron por dentro, no podía pensar, solo mirar a Sofía y recriminarle de ese modo, todo el daño que me estaba provocando. Hugo logró desestabilizarme, pero ahora, no puedo evitar pensar que todo es una mentira. Sofía no puede casarse con él, no después de asegurarme que iba a dejarlo. Es imposible, tiene que

ser una de las tretas de ese hombre. Sofía no puede casarse con él, no puede ser. No puede porque de estar embarazada, estoy seguro de que ese bebé no es de Hugo. Fue la misma Sofía la que me confirmó que lo suyo estaba acabado. Ese bebé tiene que ser mío. Las fechas así me lo confirman. Su embarazo no está muy adelantando, su vientre estaba tan plano como siempre y nuestro encuentro fue este mismo verano, el pasado julio. Sí, estoy seguro de ello. Si Sofía está embarazada ese bebé es mío. Y de repente sucede, algo en mi interior empieza a darme las respuestas. La propia Sofía me las regalaba con su mirada triste y con ese contacto que provocó entre nosotros antes de marcharse con Hugo. Ahora lo recuerdo todo, Sofía rozó nuestras manos. Lo hizo, estoy seguro de que lo hizo y sé que con ese leve contacto estaba rogándome que la perdonase. ¡Joder! ¿Cómo he podido estar tan ciego? El portero me indica que Marcos acaba de llegar. No me demoro ni un segundo, recojo mi chaqueta y corro hacia el ascensor. Necesito encontrarme con él lo antes posible, ponerle al día y decirle todo lo que pienso. El viaje en ascensor se me está haciendo eterno. No puedo evitar pensar que Sofía puede estar en peligro. Si mis sospechas son ciertas... prefiero no pensar. Necesito mantenerme alerta y relajado porque no sé a qué voy a enfrentarme cuando la encuentre.

—¡José! ¿Qué está pasando?

—Creo que Hugo ha podido amenazar a Sofía. No sé qué ocurre exactamente, pero es la única explicación que he encontrado para que Sofía se esté comportando de este modo. La última vez que hablé con ella me aseguró que iba a dejarlo. Nunca ha estado enamorada de él e iba a dejarlo. El sábado me los encontré, Sofía ha vuelto y ni siquiera ha ido a ver a Gala.

—Eso no es propio de Sofía. Gala es muy importante para ella, algo se nos escapa.

—Van a casarse, Marcos. Hugo me anunció su boda para dentro de dos semanas y me dijo que Sofía está embarazada. Pero estoy seguro de que ese bebé no es suyo, sino mío.

—¿Cómo va a ser tuyo? ¿Acaso vosotros dos os habéis vuelto a ver?

—En julio. Pasó sin más y bueno... estoy seguro de que soy el padre de ese bebé.

Sé que Marcos tiene muchas preguntas, pero todo a su debido tiempo, ahora tenemos que encontrar a Sofía. Marcos conduce con decisión, colándose entre los coches sin importarle las multas o que nos pare la policía. Nos urge encontrar a Sofía y el primer lugar que vamos a visitar es su trabajo. Ya debe

de haber llegado, solo espero que no haya salido a alguna visita. Pero ni siquiera eso me detendrá, iré a buscarla donde sea. Tengo que encontrarla, tengo que saber toda la verdad, no puedo esperar ni un momento más. Si está en peligro, tengo que protegerla.

—Conozco a su jefe, si ha salido conseguiré que nos diga dónde está.

—¿Y si está con Hugo? ¿Qué vamos a hacer?

—Ve por delante. Si te ve no sospechará de ti, haz todo lo posible por llevártelo de allí. Tenemos que hacer lo imposible para que me quede a solas con ella, a mí no puede mentirme.

De momento, parece que estamos de suerte. En nuestro camino hacia el estudio no nos hemos encontrado con ese hombre. Al entrar en el estudio nos ha recibido la administrativa, recuerdo haberla visto, pero ella parece no recordarme. Por cómo me está mirando está claro que no esperaba ninguna visita.

—Buenos días. ¿Podríamos ver a Sofía? Soy José Va- llés, su ex pareja.

—Sí, le recuerdo. Pero... bueno, Sofía ya no trabaja aquí. Su marido llamó para informarnos de que dejaba el estudio.

Como sospechaba. Hugo está detrás de todo. Los repentinos cambios de personalidad de Sofía debían tener una explicación y esta mujer nos acaba de dar la respuesta. Una respuesta que me lleva a hacerme mil preguntas más. Si Sofía no está en el trabajo, ¿dónde está? ¿Y su viaje? ¿Era todo mentira? No entiendo nada, cada vez estoy más perdido. Encuentro una solución y surgen mil problemas más. Necesito respuestas y las necesito ya. Si Jaime está en el estudio podrá darme más respuestas. No hay tiempo que perder por lo que me hago con el control de la situación y le expongo a la administrativa nuestro problema. Sé que esta chica es amiga de Sofía, ella podrá ayudarnos. Y lo hace organizándonos una cita con Jaime. Solo tenemos que ir a su casa y reunirnos con él. Está dispuesto a ayudarnos y a decirnos todo lo que sabe sobre Hugo y Sofía.

Ahora que se han acabado las vacaciones de verano, el tráfico en Madrid ha vuelto a ser el mismo horror de siem- pre. Aún es temprano, pero el centro ya es una marabunta de coches y viandantes. Y no sé si será Madrid o si son mis nervios, pero el viaje hasta el lugar de reunión se me está haciendo eterno. Mi teléfono vibra en el bolsillo interior de mi chaqueta. Irremediablemente pienso en Sofía, pero el nombre que aparece es el de mi padre. ¡Joder, Gala! Se me ha olvidado que tenía que llevarla al colegio.

—¡Papá! Perdóname, lo siento. He olvidado recoger a Gala. ¿La has llevado

al colegio?

—Tranquilo, hijo, no pasa nada. He dejado a la niña en el colegio antes de venirme a la oficina. Solo quería saber si está todo bien, me ha extrañado que no vinieras el domingo o que llamaras. ¿Hay algún problema?

—Es Sofía, pero ahora mismo no puedo hablar papá. Te llamo en cuanto pueda. No le cuentes nada a mamá, no quiero que se preocupe.

—Lláname si necesitas ayuda.

Marcos detiene el coche en doble fila. Con la llamada de mi padre no me había dado cuenta de que habíamos llegado a nuestro destino. No hay aparcamiento y no hay tiempo que perder por lo que decidimos que sea yo quien suba a hablar con Jaime. Tenemos que saber que ha pasado con Sofía cuanto antes. Algo muy dentro de mí sabe que ella está en peligro y estoy dispuesta a hacer todo lo posible por ponerla a salvo.

Jaime me espera en la puerta para darme la bienvenida. A sabiendas de la gravedad del asunto me indica el camino hacia su despacho. No hacemos más que entrar cuando me invita a tomar asiento. Es momento de saber la verdad.

—He intentado hablar con Sofía, pero no me ha sido posible. Ninguno de sus números está disponible. Cuando me llamó ese hombre no podía salir de mi asombro, yo confiaba en Sofía, iba a poner en sus manos el estudio. Pero la situación es insostenible, voy a cerrar.

—¿Qué pasó con él? ¿Qué le dijo de Sofía?

—Que dejaba el trabajo. Hice todo lo posible porque me diera una explicación, pero solo conseguí que me insultara y hasta que me amenazara. Ese hombre estaba fuera de sí...

—Sofía se puso en contacto conmigo como a mediados del mes pasado para decirme que se iba de viaje por el trabajo.

—No, no, no. Sofía me pidió unos días en el trabajo y no ha regresado. No he vuelto a saber nada de ella. Ese hombre me llamó y nuestra relación laboral se acabó. Ni siquiera ha recogido el cheque del finiquito.

—Muchas gracias, Jaime. Tengo que irme, creo que Sofía puede estar en problemas. No conozco a ese hombre y no sé de qué será capaz por mantenerla a su lado.

Ya tenemos toda la información que necesitábamos para descubrir la verdad. Hugo debe tenerla retenida en el ático. Encerrada e incomunicada. Eso lo explicaría todo. Solo Dios sabe de lo que habrá sido capaz para mantenerla a su lado. Estoy seguro de que su ira se desató cuando Sofía intentó dejarlo. Eso lo explicaría todo.

—¿Y si se ha atrevido a ponerle la mano encima? ¡Jo- der, Marcos! ¿Te das cuenta de la gravedad del asunto?

—Poniéndote nervioso no vas a conseguir nada. Ten pa- ciencia, pronto llegaremos al ático. Estoy seguro de que Sofía estará allí.

Por suerte, en esta ocasión hemos logrado encontrar aparcamiento. Hemos decidido que yo espere en el coche, si Hugo está en el ático no me permitirá verla, pero con Marcos no pondrá tantas objeciones. Solo espero que ese capullo no esté y pueda sacar de esa casa a Sofía sana y salva. Marcos sale a mi encuentro, el ático está despejado. Sofía está sola.

—Vamos, el conserje me ha informado de que Sofía lleva semanas sin salir a la calle. Está seguro de que está encerrada.

—Señor Vallés... dígame que puedo hacer. —El con- serje sale a nuestro encuentro—. Ese hombre cambió la cerradura, no hay forma de entrar. ¿Quiere que llame a la policía?

—Hágalo, es posible que los necesitemos. Aunque... Hugo es policía, si escucha el aviso se presentará aquí y nos impedirá verla.

—Tranquilo, señor Vallés. Mi sobrino trabaja en la co- misaría del barrio, él nos ayudará.

No tengo más remedio que confiar en este hombre y en que su sobrino pueda darnos la ayuda que necesitamos. Como abogado, podré conseguir más apoyo, al menos eso espero. Subimos en el ascensor sin perder un solo momento. Necesito saber que Sofía está bien. Estoy muerto de miedo por lo que me pueda encontrar ahí arriba.

—Tranquilízate, Hugo no está. Sofía nos abrirá y la sa- caremos de allí. Para cuando Hugo regrese la policía lo estará esperando. Todo va a salir bien. El ascensor acaba de detenerse en la planta de los áticos. Una puerta me separa de la verdad. Pero al otro lado todo parece estar en silencio. Las dudas me asaltan ahora que estamos tan cerca. Por suerte tengo a Marcos a mi lado y ha decidido por mí. Acaba de llamar a la puerta, el timbre está desconectado. La paciencia se me está agotando y es que al otro lado de la puerta nadie nos responde. Marcos vuelve a intentarlo.

—Iros, por favor. Hugo no puede encontraros aquí... iros, por favor.

—Sofía... no llores. Estamos aquí, nada malo va a pa- sar. Abre la puerta, por favor. Hemos venido a ayudarte.

—¿Es que no has entendido nada? Hugo me amenazó con matarte si lo dejaba. Tenéis que iros, hacedme caso, por favor.

—La policía viene de camino. Hugo está acabado. —Marcos interrumpe para

hacerla entrar en razón—. Va- mos, Sofía. Abre la puerta.

El llanto de Sofía se descontrola. Tiene tanto miedo por lo que pueda pasarnos que ha entregado su vida a ese malnacido. Así que estaba equivocado, Sofía no me estaba engañando. ¿Cómo no me di cuenta antes? Los ojos me escuecen y tengo que esforzarme para no llorar.

—Hugo es policía, a estas alturas ya sabrá que estáis aquí. Y si os encuentra, os matará. ¡Iros!

La puerta del ascensor nos sorprende. Si Sofía está en lo cierto, si Hugo está enterado de todo estaremos acabados. Primero matará a Marcos, después me matará a mí y su siguiente víctima será Sofía. Nuestra hija... nuestro bebé... ¿Cómo he sido tan idiota? Voy a perder a mi familia y yo seré el único culpable.

—Buenos días. Mi tío me ha informado, ¿quién es José Vallés?

—Soy yo, soy el abogado de la señorita. Y su ex pareja. El hombre con el que vive la tiene retenida contra su voluntad.

—Ya estamos informados de todo. Escúcheme señori- ta, soy el agente Romero. Apártese de la puerta, vamos a entrar.

22

Estoy aterrada. Estoy segura de que Hugo no tardará en venir y si los encuentra aquí, los matará. No creo que le importe que hayan venido otros compañeros suyos. Estamos acabados, tanto esfuerzo para nada.

—Señorita Amaya, escúcheme. Soy sobrino del portero de la finca, ninguno de mis compañeros conoce al hombre que la tiene encerrada. Tranquilícese, hemos venido aquí para ayudarla. No tema por ellos, no permitiremos que nada malo suceda. Ahora retírese de la puerta, vamos a entrar.

Algo más tranquila hago lo que me pide. Lo siguiente que escucho es un gran estruendo. Un grupo de policías entra en el ático dándose órdenes unos a los otros. Uno de ellos se detiene frente a mí.

—Señorita Amaya, me llamo Sergio. Soy el sobrino del conserje. Relájese, no tiene nada de lo que preocuparse. Ese hombre será detenido en cuanto lo encontremos. No tema, está a salvo. ¿Necesita una ambulancia? ¿Se encuentra bien?

—Estoy bien. ¿Y mis amigos?

No termino de nombrarlos cuando entran escoltados por dos policías más. Marcos corre a abrazarme. Los ojos se me cubren de lágrimas, pero ni eso me impide ver el dolor de José. Beso a mi amigo en la mejilla y corro a buscarlo. Está en estado de shock con la mirada fija en la mesa del comedor. La casa está en un estado deplorable, pero él ha tenido que fijarse en los restos del relicario que me regaló hace tanto tiempo y que tanto significaba para nosotros.

—José... lo siento. Si he hecho todo esto ha sido por manteneros a salvo. José... por favor.

Me encuentro frente a él y estoy haciendo todo lo posible por llamar su atención, pero no lo consigo. Tiene la mirada detenida en las alianzas, una mirada triste anegada por las lágrimas. Rota de dolor por su propio sufrimiento me atrevo a abrazarlo. Después de todo lo que ha pasado, al fin puedo contarle la verdad. Ya todo ha acabado. Hugo no volverá a molestarnos. Le condenarán y no saldrá de la cárcel en mucho tiempo. Así nos lo está confirmando la policía.

—Has tenido que vivir una tortura por mi culpa.

—Olvídalo ya... estoy bien, todos estamos bien.

—¿Te ha pegado?

—No hablemos de eso ahora, olvídalo. Ya ha pasado todo.

—Dime la verdad, ¿te ha pegado? ¿Te ha... te ha tocado sin tu consentimiento? No puedo contestarlo. Tengo miedo de lo que pueda hacer cuando se entere de la verdad y lo último que quiero es que se ponga en peligro. Bastante hemos pasado ya. Me abrazo a él con intención de relajarlo, pero al otro lado de la puerta, en pleno silencio encuentro a Hugo. Su mirada está llena de odio y en sus manos puedo ver su arma apuntando hacia José.

—Tire el arma al suelo y nadie saldrá herido. Hágame caso, Hugo.

El sobrino del portero es el primero en hablar. Está intentado dialogar con él, pero se mantiene inmóvil y con el arma apuntando a José que se mantiene inmóvil haciendo todo lo posible por protegerme.

—No te muevas, Sofía. No quiero que nada malo te pase. Es a mí a quien quiere muerto, no te muevas. —Suplica en un susurro—. No te muevas y recuerda que te quiero.

—No te despidas de mí...

—Cuida de Gala y de nuestro bebé.

Lo siguiente que escucho es un disparo. Todo pasa muy despacio, a cámara lenta. Al shock emocional, el que me ha liberado de este secreto se le une un sentimiento mucho más fuerte. Un sentimiento que no me permite reaccionar. Los policías corren a mi alrededor, se gritan entre ellos y me gritan a mí. Creo reconocer la voz de Marcos entre la de ellos. Pero no soy consciente de nada de lo que está sucediendo a mi alrededor. Una parte de mí se ha apartado de mi cuerpo. Mi alma me ha abandonado, mientras mi cuerpo se mantiene inerte, sin respuesta. No siento dolor, no siento nada. Poco a poco, mi mente se va nublado. Me siento mareada y estoy haciendo todo lo posible por mantener los ojos abiertos, pero no puedo. A mi alrededor todo se ha nublado, no veo nada ni escucho a nadie. Ya en el suelo, me encuentro con la mirada perdida de Hugo. Un charco de sangre lo acompaña. Está herido...

**

Me siento muy débil, también mareada y no sé dónde me encuentro, pero esta no es mi casa. ¿Dónde está José? A mi izquierda hay un hombre, pero no sé quién es. ¿Dónde está José? El hombre me mira y me está hablando, pero no logro entender lo que me está diciendo. Los parpados me pesan, estoy tan cansada que no puedo más que cerrar los ojos.

¿Qué está pasando? Noto como me llevan de un sitio a otro. Fijo mi mirada en el techo... los focos del techo me deslumbran. Una mujer me habla por mi nombre, pero yo no la conozco. ¿Dónde está José? La mujer sonríe mientras me habla, pero no escucho nada. Sigo sintiéndome muy cansada y tengo frío. Voy a volver a cerrar los ojos, pero no quiero. ¿Dónde está José?

Estoy en una habitación. Es blanca. Y no es mi habitación. Mi habitación no es blanca. Hace frío y en mi habitación no hace frío. ¿Dónde está José? Dos mujeres me miran. Una me habla. La otra me mira seria. ¿Quiénes son? ¿Dónde está José?

—Varón, herido por arma de fuego, ha perdido mucha sangre.

—¡A quirófano!

—¡Viene otra ambulancia con otro varón! ¡También está herido!

Estoy cubierta por unas sábanas, también son blancas. Como la habitación. Aquí todo es blanco, las mujeres que me miran también están vestidas de

blanco. ¡Estoy en el hospital! Claro, estoy en el hospital, he escuchado la conversación entre un hombre y una mujer. *Varón, herido por arma de fuego, ha perdido mucha sangre.* ¿Hugo? ¿Dónde está José? ¡A quirófano! ¡Viene otra ambulancia con otro varón! ¡También está herido! ¿Dónde está José?

—Hola, Sofía, ¿cómo se encuentra? Ha perdido el conocimiento, ha tenido una bajada de tensión.

—¿Dónde está José?

—¿Recuerda lo que ha sucedido?

—¿Dónde está José?

—Relájese, Sofía. Sus amigos están bien. Vinieron con usted, detrás de la ambulancia. Si se relaja entrarán a verla, pero tiene que relajarse. Ahora dígame como se encuentra.

Poco a poco mi mente va despejando todas mis dudas. Poco a poco voy recordando todo lo que ha sucedido después del disparo. Romero, el sobrino del conserje fue el primero en disparar, hiriendo a Hugo. Hugo también disparo. Fue una bala perdida, pero atravesó el brazo de uno de los compañeros de Romero. Y pese a todo no puedo dejar de pensar en José, le debo una explicación.

—Solo estoy cansada. ¿Mi bebé está bien?

—El bebé está en perfecto estado de salud. Ahora procure descansar, ha sufrido mucho estrés y eso puede afectar al proceso de su embarazo.

Descanse, cuando despierte, prometo que dejaré que vengan a visitarla.

—Necesito hablar con José.

—El señor Vallés está fuera, está bien. Y vendrá a verla cuando descanse.

Despierto, estoy sola y en la misma habitación blanca, con sus sábanas blancas, pero ya no tengo frío. La habitación está ligeramente iluminada por una luz tenue, estoy casi a oscuras y es que a través de la ventana puedo ver que ya ha anochecido. Pero... ¿cuántas horas he dormido?

—Buenas noches, cariño. —¡Papá! —Nos has dado un buen susto. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, ¿y vosotros? ¿Estáis todos bien? ¿YGala? ¿Y José?

—Gala está con los padres de José y José está fuera, esperando a que despiertes. Voy a buscarlo.

Sé que no debo, pero me está resultando muy difícil mantenerme tranquila.

Tomo aire, cierro los ojos y pienso en el bien de mi bebé. Pensar en él me

relaja, mucho más, ahora que todo se ha acabado. Antes de que José entre en la habitación abandono mi posición para erguirme un poco más.

—Espera, Sofía, no te muevas. Necesitas descansar.

—¡José! ¿Estás bien? Cuando vi a Hugo con el arma pensé que...

—Estoy bien, tranquila. ¿Y tú? ¿Y el bebé?

—Estamos bien. Solo fue una bajada de tensión... —Agacho la cabeza, avergonzada. Le debo una explicación—. Iba a contártelo, pero no podía hacerlo. Quería matarte y yo... no me lo hubiese perdonado nunca.

No sé cómo interpretar el silencio de José. Si lo mantuve en secreto fue por él, por todos. Si hice una cosa así fue para mantenerlos a salvo. Debe comprender que mis motivos no fueron otros, pero supongo, que después de lo sucedido con Gala tenga sus dudas, al igual que las tuve yo. Pero debe entender que jamás lo separaría de su hijo, si lo hice fue para mantenerlos a salvo.

Un largo suspiro me devuelve a la habitación, junto a José. La tensión que nos envuelve se desvanece cuando posa su mano sobre mi vientre. Sus caricias me relajan y me llenan de felicidad. Sin poder evitarlo los dos acabamos llorando mientras celebramos la vida de un ser que está por llegar.

—Lo que has hecho ha sido... no voy a tener vida para agradecerte lo que has hecho por todos nosotros. Pero no puedo evitar pensar en todo lo que has tenido que vivir y eso me pone muy nervioso.

—No lo pienses, eso ya pasó. Estamos bien y eso es lo que realmente importa. Solo espero que entiendas que si te oculte lo del bebé fue para mantenerte a salvo. Solo intentaba evitar que algo malo te sucediera. Por nada del mundo volvería a cometer los mismos errores del pasado.

—No puedo imaginar lo duro que ha tenido que ser para ti...

Sus manos continúan acariciando mi vientre como si quisiera recuperar el tiempo perdido. Mi instinto de sobreprotección se ha multiplicado en las últimas semanas, después de todo lo vivido tengo la necesidad de proteger todo lo mío. Y hoy a José lo siento más mío que nunca. Yes ese sentimiento el que me lleva a acariciarlo con la mayor de las ternuras. José no tarda en derrumbarse ante mi contacto. La tensión de las últimas horas le ha llevado a esconder su rostro entre mis manos y mi vientre. Su llanto, descontrolado, me parte el alma y me llena de amor. ¿Será esto el principio de nuestra reconciliación? Por ahora prefiero no pensar en ello, solo quiero que todo vuelva a la normalidad. Pero para ello necesitamos tiempo. Lo que he vivido en las últimas semanas me marcará de por vida. Si pudiera borrar todo

recuerdo lo haría, sin dudarlo. No puedo dejar de pensar en José despidiéndose de mi mientras Hugo lo apuntaba con su arma. ¿Hugo? Antes de perder el conocimiento lo vi tendido en el suelo, tumbado sobre su propia sangre. No quiero que nada malo le ocurra, yo no soy así, pero un miedo atroz me recorre todo el cuerpo al pensar que pueda volver a amenazar a los míos.

—¿Qué sucede, Sofía? ¿Por qué tiemblas?

—¿Qué ha pasado con él? —Ni siquiera me atrevo a nombrarlo.

—Ha perdido mucha sangre, Sofía. No ha podido ser... no temas, ya no podrá hacernos daño.

—No quiero parecer un monstruo, de verdad que no quiero, pero... yo...

—No eres un monstruo, es normal que sientas miedo por nosotros, pero ya no debes temer por nada. Eso se acabó.

**

Han pasado tres meses desde que todo acabó. Después de aquello fui incapaz de volver al ático. Teresa me ha ayudado a venderlo y me ha encontrado un piso más acogedor para nosotras tres. Si, nosotras tres. Acaban de comunicarnos que estoy esperando una niña. Candela llegará en pocos meses y quiero empezar desde cero. Por ella, por Gala y por mí.

En cuanto al trabajo... Jaime estaba muy sorprendido con todo lo que había pasado, pero entendió que necesitaba mi tiempo para volver a trabajar y aceptó que dejara el estudio definitivamente. En cuanto a los demás... bueno, todos han encontrado trabajo, Jaime se ha encargado personalmente de ello.

Mi familia y mis amigos siguen muy preocupados por mí y supongo que tardarán un tiempo en relajarse. A diario recibo llamadas y visitas. Se han negado a dejarme sola, pero poco a poco he conseguido que me dejen vivir mi vida sin miedo.

En cuanto a José... nuestra relación se ha afianzado en estos meses. No hemos vuelto a estar juntos, pero somos buenos amigos. Mi nuevo piso se encuentra en el mismo barrio que su apartamento y eso nos está sirviendo de mucha ayuda con Gala.

En cuanto a Hugo y su familia... cuando se enteraron de todo lo que había sucedido por la policía no salían de su asombro. Roser me llamo para disculparse y Hanna vino a visitarme. Ningún familiar vino al entierro ni se

hizo cargo de la ceremonia. Ahora Hugo descansa en un nicho común.

En cuanto a mi... he decido tomarme tiempo para relajarme. Mis ahorros van a permitirme que pueda estar en casa hasta que nazca Candela. Según mis cálculos no tendré que volver a trabajar hasta que Candela cumpla un año.

Hoy es Nochevieja y después de mucho tiempo he conseguido reunir a todos mis familiares y amigos. Incluso mi madre ha parecido reaccionar y ha cambiado. Ahora tiene una actitud más relajada y nuestra relación ha mejorado en las últimas semanas. Y esta unión se la debo a Eloísa y Fernando. Cuando supieron que quería pasar el final de año con los míos no dudaron en ofrecer su casa para la reunión. Ahora que estamos sentados a la mesa siento que todo lo que he sufrido ha merecido la pena, después de mucho tiempo he conseguido que volvamos a estar juntos. Quizá este año no haya sido el mejor de mi vida, pero esta Nochevieja marcará un antes y un después en nuestras vidas. A partir de hoy todo será felicidad. Se acabaron las discusiones, se terminó el llorar. No pienso vivir un drama más en mi vida. Con todos a mi lado siento que soy capaz de todo.

23

(Capítulo inédito por José)

Todavía me parece mentira, pero lo que estoy viviendo es tan real que me abruma. La sonrisa de Sofía ilumina el comedor. Es tal la alegría que se respira a nuestro alrededor que siento miedo de que todo acabe. Pero siendo egoísta no puedo dejar de pensar que nos merecemos esta felicidad. Hemos sufrido demasiado en los últimos meses, pero de unas semanas hasta hoy parece que todo se ha relajado. Sofía ha vuelto a ser feliz y para mí es suficiente para seguir adelante.

—Parece que nuestra Sofía ha vuelto.

Marcos me sorprende adivinando mis pensamientos. No nos conocemos mucho, pero Marcos es así. Siempre atento a todo y a todos y eso hace que nos conozca mejor que nosotros mismos. Todo lo sucedido con Sofía y con... bueno, con ese hombre... nos ha ayudado a retomar la amistad. Si, Sofía es

capaz de eso y de más. Esta noche, la última del año ha conseguido reunir a nuestras familias y a nuestros amigos.

—¿En qué punto está la vuestro? ¿Habéis hablado?

—Somos amigos. Eso es todo. No me atrevo a hablar con ella. No voy a volver a cometer los mismos errores, casi la pierdo por mi egoísmo. Prefiero ser su amigo y mantenerla a salvo, no quiero que vuelva a caer en las manos equivocadas. Ya hemos sufrido demasiado.

A pesar de la distancia que nos separa y de que se ha convertido en la protagonista de la noche, Sofía me dedica, solo para mí, una de sus maravillosas sonrisas. Mi corazón se encoge cuando me sostiene la mirada. Los nervios y la ansiedad se apoderan de mí porque sé que nuestra unión no durará más que unos segundos. Y es que el miedo es más fuerte que nuestros sentimientos. El miedo y solo el miedo nos mantiene separados. El amor que sentimos el uno por el otro ha sobrepasado mi imaginación. Y ha sido ese amor el que me ha mantenido con vida. Sí, Sofía sobrepuso mi vida a su felicidad poniéndose en peligro a sí misma. No sé cuántas veces le he agradecido lo que hizo por mí, pero nunca será suficiente. Estaré en deuda con ella de por vida y es eso lo que me lleva a mantenerme a su lado en esta distancia marcada por el miedo.

—Algún día tendréis que hablar de ello. Vais a ser padres en unos meses y Gala se merece ver a sus padres juntos.

—No es tan fácil, Marcos. Puede que Sofía me quiera, pero no confía en mí.

—¿Crees que no te ha perdonado? ¡Por favor, José, te ha salvado la vida!

Marcos consigue llamar la atención de todos los que nos acompaña. Sofía nos mira extrañada, supongo que debe pensar que estamos discutiendo, no sería la primera vez que lo hacemos, pero en esta ocasión no es así. Marcos no me está echando en cara ninguno de mis errores, Marcos me está lanzando a los brazos de Sofía. Pero sé que no es posible, esta vez no seré yo quien dé el paso. Sofía conoce mis sentimientos, sabe que lo daría todo por volver a su lado. Solo espero, que cuando esté preparada reúna el valor suficiente para volver a mi lado.

Tras la cena y antes de prepararnos para despedir el año me decido por alejarme un poco de todo el jaleo. Tener a Sofía en casa de mis padres me

hace pensar en la vida que podíamos haber tenido. Tengo los sentimientos a flor de piel y temo cometer una estupidez. Necesito estar solo, solo unos segundos, y relajarme.

—¿Qué haces aquí solo?

—¡Sofía! Vuelve dentro, por favor. Hace frío...

—No he podido evitar escuchar a Marcos, ¿habéis discutido?

—No, todo lo contrario. —¿Qué está haciendo aquí? No soporto estar a solas con ella—. Vuelve dentro, por favor. Yo iré enseguida.

Algo le preocupa, lo sé. Y no estoy seguro de que su preocupación sea por la no discusión que he mantenido con Marcos. Se mantiene a mi lado, en silencio y temblando por el frío. Me gustaría abrazarla y protegerla, pero cedo ese honor a la chaqueta de mi traje. Pero mi chaqueta no parece serle suficiente y se anima a acercarse a mí. Su contacto tensa cada uno de los músculos de mi cuerpo. Su perfume se cuele muy dentro de mí erizando mi piel y desbocando el palpar de mi corazón.

—Debemos volver dentro...

¡Joder! No sé porque lo estoy haciendo, pero la estoy alejando de mí cuando lo único que deseo es volver con ella. ¿Qué me está pasando? ¿He perdido la cabeza? Estoy aterrado, esa es la realidad. Todo lo que ha pasado me ha afectado demasiado, tanto que estoy empezando a creer que no soy bueno para ella.

Antes de que pueda ser consciente de ello, Sofía me sorprende situándose frente a mí, mirándome fijamente a los ojos y con el semblante serio. Mi chaqueta se desliza por sus hombros según sus manos van alzándose hasta mi cuello recorriendo mi pecho. Antes de que pueda dar un paso más detengo sus caricias y sin mirarla a los ojos hago todo lo posible por disuadirla. A estas alturas de nuestra relación y aunque sé que nuestro amor es más fuerte que nunca, no me siento preparado para dar este paso. La he perdido en muchas ocasiones, pero lo último que hemos vivido me ha sobrepasado. No puedo volver a cometer un error y perderla de nuevo. No lo soportaría. Puede que mi comportamiento sea egoísta, pero prefiero ser su amigo y un buen padre antes de que algo nos separe.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué te comportas de ese modo conmigo? Parece que te da miedo tocarme.

—Me da miedo todo, Sofía. —Mis palabras se escapan de mi boca sin pedirme permiso—. Tú no lo entiendes...

—Pues explícamelo.

—No insistas, Sofía. Volvamos dentro con los demás. No quiero que cojas un resfriado.

—¡Deja de tratarme como si fuese a romperme! ¡Joder, José! ¿Qué te pasa? ¿A qué viene este comportamiento? ¡Explícamelo!

Me separo de ella intentado huir, pero no me lo permite. Se mantiene a mi espalda, sujetando mi brazo con firmeza, tirando de él para que volvamos a estar frente a frente. Cansada de mi actitud vuelve a situarse frente a mí y aunque le aparto la mirada no duda en sujetar mi cara con sus manos para obligarme a que la mire. Cierro los ojos tan fuertes que empiezan a dolerme. Su abrazo me desconcierta derribando así todas mis defensas. La coraza que me había mantenido firme se hace pedazos cuando besa mi mejilla. Sin poder evitarlo me vengo abajo permitiendo que unas lágrimas rebeldes se escapen de mis ojos. Y como un cobarde escondo mi cara entre su cuello y su pelo.

Aquellos rizos que tan loco me volvieron en el pasado me sirven ahora de guarida. Todo el dolor que me ha acompañado en estos años en los que me hemos estado separado se esfuma con cada lágrima que brota de mis ojos. Pero algo en mi interior reacciona y me obliga a alejarme de ella. Camino hacia el interior, decidido a esconderme en mi dormitorio donde nadie pueda verme llorar como un imbécil y lo consigo. La cama de mi antiguo dormitorio se me antoja el lugar más seguro del mundo. Tomo asiento sobre el nórdico y ahora que estoy solo me permito derrumbarme. ¿Por qué me está haciendo esto? Hace unos minutos estaba feliz solo con verla sonreír y ahora estoy destrozado, llorando como un idiota, escondido en mi habitación.

—José... —La voz de Sofía me hace reaccionar—. Te he traído tu chaqueta...

—Gracias... déjala por ahí. —Le doy la espalda con la única intención de ocultar mis lágrimas—. Vuelve al comedor, Sofía. Seguro que se están preguntando donde estás.

—Baja conmigo, no queda mucho para la media noche.

El sonido de sus tacones resuena en el suelo de mi habitación. Cada paso que la acerca hasta mí parece cortar mi respiración. Intento huir, pero eso me haría enfrentarme a ella y no quiero que vea mi estado. Desconozco cuál puede ser su reacción y desde un tiempo, todo lo que se escapa de mi control se traduce en miedo. ¿Y qué más me da ya? Ya la he confesado que tengo miedo, ¿qué importa ya?

Sus manos se posan en mi espalda recorriéndola a su antojo mientras yo me mantengo inmóvil y aparentemente tranquilo, fingiendo que su contacto no me afecta. Pero esto no es más que una fachada y Sofía lo sabe.

—¿Quieres saber la verdad? La verdad es que me da miedo perderte de nuevo, me da miedo hacerte daño, me da miedo equivocarme. Pero lo que realmente me aterra es que mi comportamiento vuelva a lanzarte a los brazos del hombre equivocado. —Rompo con todo y me abro a Sofía mostrándole mi lado más frágil y sensible—. No he conseguido superar lo que pasó. No dejo de pensar en que arriesgaste tu vida para salvarme y me siento muy culpable por ello. Ese hombre te... No voy a tolerar que eso vuelva a suceder. Me he prometido a mí mismo que te mantendré a salvo. Por eso no puedo tocarte, no puedo estar cerca de ti.

—Pero ¿qué estás diciendo, José? ¿Por qué no has hablado conmigo antes? No sé muy bien por qué, pero está enfadada conmigo. Su tono de voz ha tornado de la ternura hasta la rabia. ¿Por qué se enfada conmigo? ¿Por qué me preocupo por ella? Situada frente a mí, llama mi atención tirando de mi brazo y golpeando mi pecho intentando llamar mi atención esperando así, que vuelva a mirarla.

—¡Basta ya, Sofía! Querías la verdad y ya la tienes. ¡No puedo cambiar lo que hice, no puedo volver a atrás!

—¡Es que no te estoy pidiendo que lo hagas! He visto cómo me miras y no entiendo porque ahora quieres separarme de ti. ¿Qué estás haciendo?

—Mantenerte a salvo, a ti y a nuestras hijas.

—¡Olvidalo ya, José! Hugo está muerto y no va a volver a hacernos daño.

—Déjalo ya, Sofía. No voy a volver a hablar sobre ello. Y ahora volvamos con los demás, están a punto de dar las doce.

Conozco a Sofía y sé que no lo dejará estar. En cuanto tenga la oportunidad sacaré el tema, lo sé. Pero para cuando llegue ese momento ya estaré preparado con una respuesta que le haga detenerse. Esto tiene que parar. Estaba dispuesto a esperar a que ella diera el paso, pero no puedo ser tan egoísta. Tarde o temprano cometeré un error, lo sé y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para evitar que vuelva a sufrir, se lo debo.

De regreso en el salón todas las miradas se centran en nosotros, pero mi semblante serio y mis ojos enrojecidos les obliga a volver a sus conversaciones. Odio ser la comidilla de las reuniones, pero después de nuestra entrada será complicado. Recupero mi asiento en la mesa, frente a mí encuentro las doce uvas. No quiero levantar la vista, pero sé que Sofía me está mirando. No entiendo a qué viene este comportamiento. ¿Qué quiere de mí? ¿Qué volvamos a estar juntos? Eso es imposible, no puede ser.

—¿Vas a contarme qué os ha pasado?

—Creo que Sofia quiere volver conmigo.

—¿Y desde cuándo es un problema? No os entiendo, a ninguno de los dos. Sois más idiotas de lo que sospechaba.

—¿Cuánto tiempo crees que durará lo nuestro esta vez? Acabaré haciéndola daño y ya sabemos a lo que nos ha llevado mis errores.

Marcos se mantiene en silencio, sabe que tengo razón. Acabaré jodiéndolo todo, como siempre. Cometer errores está marcado en mi ADN como un adjetivo que me define como hombre y como persona. No soy bueno para ella, ¿cuándo va a darse cuenta? Tengo que hacer que entienda que lo que estoy haciendo es por su bien. Alguno de los dos tiene que ser el maduro de la relación. Todo lo que ha pasado me ha hecho reaccionar, no voy a volver a cometer los mismos errores del pasado. Por muy enamorado que esté, debo sacrificarme, es lo correcto.

—¿Tenéis preparadas las uvas? ¡Ya va a empezar! Venid, acompañarme al salón. Allí estaremos más cómodos.

Mi madre, como la buena anfitriona que es, conduce a nuestros invitados acompañada por mi padre. Soy el último en salir del comedor, no quería regalarle una oportunidad a Sofia para que se sentase a mi lado, pero el destino parece decidido a ponérmelo difícil. Gala y Sofia están sentadas juntas, mi pequeña diablilla espera junto a su madre junto al sofá de tres plazas donde me tiene reservado un sitio privilegiado. No puedo negarle nada a mi pequeña, aunque sé que Sofia está detrás de todo esto.

—¡Corre, papá! Siéntate conmigo y con mamá —exclama Gala entusiasmada con la idea.

—Sofia uno, José cero. Punto para la señorita del vestido rojo —añade Marcos con tono sarcástico.

Tomo asiento sin olvidar su comentario sobre el vestido de Sofia. He evitado tener que mirarla porque a pesar de que ya luce una tripa de embarazada está más sexy y atractiva que nunca. Ese vestido... ¡Joder! ¿Pero qué estoy haciendo? Tengo que dejar de pensar en ese vestido y en el cuerpo desnudo que hay debajo.

—¿Te encuentras bien, José? Estás rojo, pareces una prolongación de mi vestido.

No me puedo creer que Sofia se esté riendo de mí, es lo que último que me esperaba para esta noche. Pero verla reír es lo más maravilloso que me ha pasado en mucho tiempo. Su sonrisa me deslumbra, debo tener un aspecto terrible.

En la televisión, una presentadora embutida en un vestido demasiado escotado para mi gusto anuncia el sonido de los cuartos. No quedan más que unos segundos para que este año nefasto llegue a su fin. Y aunque lo intento, no puedo evitar fijarme en Sofía. Consciente de ello me devuelve la mirada regalándome una sonrisa de infarto. En otro momento me hubiese parecido un momento ridículo e innecesario, pero estar comiéndome las uvas despidiendo el año con nuestras miradas unidas me resulta, sencillamente maravilloso.

—¡Feliz Año Nuevo!

Gala cae sobre mí cubriendo mi cuello con sus pequeños bracitos mientras me colma de besos. Le devuelvo el abrazo con una sonrisa en los labios. La mano de Sofía acaricia mi mano, su sonrisa ahora es diferente, es como si con ella quisiera decirme algo.

—Todo irá bien. Solo tienes que aprender a confiar en ti mismo.

—Sofía... —Estoy tan sorprendido que no puedo añadir mucho más.

—Tranquilo... poco a poco todo volverá a la normalidad. No te alejes demasiado. —Sus caricias y su sonrisa hacen efecto. Sofía logra que me relaje junto a ella—. Y José... ¡Feliz Año!

24

Sé que había decidido no volver a trabajar hasta que Candela tuviera al menos un año, pero lo cierto es que no aguanto más en casa. Estoy tan acostumbrada a pertenecer al mundo laboral que estar en casa me tiene un poco estresada. Si Jaime no hubiera cerrado el estudio podría trabajar desde casa, pero eso ya no es una opción para mí. Al menos hoy saldré de casa, primero tengo consulta con el ginecólogo. Ya estoy de seis meses y las visitas están siendo más continuadas. José ha quedado en acompañarme, de hecho, no debe tardar mucho en llegar. Desde que supo lo de mi embarazo no se ha separado de mí, aunque mantiene las distancias. Pero bueno, al menos de momento, me conformo con su compañía. Por primera vez en mucho tiempo me siento impotente. He intentado que entre en razón, pero mientras no confíe en sí mismo no tengo mucho que hacer. Como es la vida... ahora que soy yo la que está dispuesta a intentarlo, es él quien se mantiene firme en su decisión. Tiene tanto miedo por lo que me pueda pasar que no se atreve a acercarse a mí. Lo que Hugo nos hizo, aún pasa factura entre nosotros.

José es tan puntual como siempre. Para acudir a la cita de hoy no ha dudado en

suspender una reunión que tenía con sus socios. Roberto y Santiago siguen siendo sus principales apoyos. Sin ellos, José se hubiese hundido después de lo que ocurrió. Pero bueno, eso ya pasó y con la ayuda de todos los que le queremos saldrá adelante. Cosas peores ha superado en su vida.

En cuanto entro en el coche me animo a besarle en la mejilla. Hoy en día ese gesto aparentemente insignifican- te provoca que los músculos de su cuerpo se tensen por completo. Una sola caricia mía le hace sudar preso de los nervios. Y lo cierto es que su actitud me resulta de lo más frustrante. No quiero ni pensar como lo ha tenido que pasar él en estos años en los que le he rechazado siempre que ha intentado volver conmigo. Yo no llevo más que unas semanas sufriendolo y me está resultando muy complicado pasar tiempo con él sin poder besarlo, tocarlo o abrazarlo. Lo sucedido con Hugo ha transformado a José en un hom- bre tímido, dubitativo y un tanto miedoso. Es otro hombre.

—¡Sofía, por favor!

—¿Por qué no te relajas un poco? No es más que un saludo.

—Ya... ni que no te conociera lo suficiente para conocer tus intenciones.

—Últimamente hablas demasiado con Marcos... no sé qué te estará contando, pero no es cierto.

—¿A qué viene ese buen humor? Hasta me gastas bro- mas y me tomas el pelo siempre que tienes la oportunidad. ¿Dónde está Sofía y qué has hecho con ella?

Entre bromas y risas consigo que se relaje, al menos durante un instante. Sé que no tardará en volver a su estado hermético. Se mantendrá firme y serio y apenas hablará más de lo estrictamente necesario. Con José ahora es así.

Recorremos un camino juntos y en cuanto me relajo vuelve atrás en sus pasos. No avanzamos, es como si se hubiese atascado. Se ha encerrado en su círculo de seguridad y me está resultando imposible romper sus barreras.

—Escúchame, Sofía, tenemos que hablar.

Y ahí está ese hombre de nuevo. Su seriedad acompañada por esas palabras, me tensan a mí también. Una conversación iniciada con un *tenemos que hablar* no puede acabar bien. Hace un instante estaba riéndose conmigo o al menos intentándolo y ahora ha vuelto a estar serio y un tanto preocupado. Sea lo que sea lo que me va a decir siento que no me va a gustar.

—Tengo que viajar a Londres, no puedo demorarlo du- rante más tiempo, pero

me preocupa que os quedéis solas. He pensado que podríais iros a pasar la semana a casa de mis padres.

—¿Por eso estás tan preocupado? Venga, José, cambia esa cara. Llevo viviendo sola con Gala años. Tú has viajado en otras ocasiones y nunca ha pasado nada. Te agradezco tu ofrecimiento, pero me voy a quedar en el piso.

—No me lo pongas más difícil, no me voy tranquilo. Tienes que aceptar lo que te estoy pidiendo. No viajaré a Londres hasta que me des un sí como respuesta.

—Me quedo en casa, José. No voy a discutir sobre ello. No intentes convencerme, no lo vas a conseguir. ¿Cuándo te vas?

—El domingo cogeré el último vuelo. Tengo que estar en Londres a primera hora para una reunión de urgencia. ¿Estás segura de que quieres quedarte sola?

—Asiento como única respuesta—. Tienes que prometerme que me llamarás pase lo que pase, ¿de acuerdo?

Si quiero que esta conversación termine en buen puerto no me va a quedar más remedio que aceptar lo que me pide. Sus miedos ya están afectando a su vida laboral y es el dueño, no puede abandonar sus obligaciones. No tiene lógica que siga sintiendo miedo por alguien que está muerto. Lo que pasó con Hugo no se va a volver a repetir. Pero está convencido de todo lo contrario. Su desconfianza le hace creer que volverá a fallarme, que yo volveré a caer en las manos equivocadas y que volveré a estar en peligro. Y he intentado convencerle de que eso no va a suceder. Cuanto más intento disuadirlo, más se cierra. Ha levantado un muro entre nosotros que soy incapaz de derribar. Cuanto más le hablo de mis sentimientos más se aleja de mí. Quizás debería mantener las distancias, esperar a que pase su duelo. Pero saber que está sufriendo por algo que forma parte del pasado me produce una tristeza inmensa.

—¿Y bien? ¿No vas a contestarme?

—No va a pasar nada. Puedes irte tranquilo. Todo está bien.

—¡Prométemelo, Sofía! No vas a bajarte del coche hasta que no me lo prometas.

—Está bien, si es lo que necesitas, te lo prometo. Te prometo que te llamaré pase lo que pase. Pero quiero algo a cambio.

Es mi momento para ponerlo entre la espada y la pared. No es que quiera forzarlo, pero quiero evitar que se siga culpando de un delito que no cometió. Lo sucedido con Hugo pasó sin más y el único culpable del dolor que nos provocó fue él mismo. Y no me alegro de que muriese en la camilla mientras

lo estaban operando, pero recibió su castigo. Y con su muerte todo acabó. Respeto que José necesitara tiempo para superarlo, todos, de algún modo u otro hemos necesitado nuestros días a solas para seguir adelante. Y ya es momento de que él vuelva a ser el de antes. Si no quiere salir de ese pozo en el que se ha escondido lo sacaré yo, aunque tenga que ser a la fuerza. No pienso perder ni un minuto más. Estamos perdiendo un tiempo precioso y ya hemos perdido demasiado. Quiero recuperarlo, estoy más decidida que nunca. Quiero levantarme por las mañanas y levantarme feliz porque él esté a mi lado, poder decirle que le quiero a todas horas o darle un beso porque sí, porque me apetece. ¿Acaso no echa de menos aquella vida? Tenemos la posibilidad de estar juntos y ser felices en nuestras manos. ¿Es qué no se da cuenta de lo mucho que nos necesitamos?

—¿Por qué tienes que complicar las cosas? ¿No puedes aceptar lo que te pido y dejar de discutir?

—Quiero que vayas al psicólogo. Te prometo que no irás solo, yo te acompañaré a todas las citas, pero tienes que ponerle remedio a esta situación. Debes superar tus miedos y si me quieres lo harás por mí.

—Me estás chantajeando y doblemente. ¿Cómo puedes jugar con tu seguridad y con nuestros sentimientos? No te reconozco.

Si hay algo que me desespera de este nuevo José es precisamente esto. En cuanto que se siente atrapado da la vuelta a la historia pasando de ser el protagonista a un mero espectador. Estoy de acuerdo con él en que he cambiado, quizás demasiado y de un modo un tanto drástico. Lo sucedido con Hugo me ha hecho valorar lo que tengo y es por ello por lo que he derribado todas mis murallas y me he abierto a él. Por el contrario, José ha reaccionado de un modo totalmente contrario. Y está empezando a cansarme su actitud.

—Si yo tengo que soportar tu neurótico comportamiento, tú puedes ir al psicólogo. Fin de la conversación. — Antes de que pueda seguir contestando, prosigo hablando cambiando de tema drásticamente—. Aparca, vamos a llegar tarde.

—¿Qué es lo que quieres conseguir, Sofía? ¿Joder, estoy bien! ¿Por qué te resulta tan extraño que me preocupe por ti?

—Porque es enfermizo y te está afectando. Entiendo que te preocupes por mí, pero debes comprender que yo también lo haga contigo. ¿Qué pierdes por intentarlo? Somos un equipo, ¿no?

—¿Un equipo? Creo que la que necesita un psicólogo eres tú.

No sé cómo interpretar sus palabras, sea cual sea su intención no ha sido la

apropiada. No puedo evitarlo y aunque no me gusta enfadarme con él no puedo evitar sentirme molesta por su comentario. Que rechace mi ayuda cuando él me impone la suya me produce cierto malestar. Y es en estos momentos, en los que recibimos toda la información sobre la salud de nuestro bebé y el proceso del embarazo, es cuando más feliz deberíamos estar. Quizás la culpa sea mía por insistir en ayudar a alguien que rechaza cualquier tipo de apoyo. Supongo que debería cesar con mi insistencia. Si no quiere ayuda no puedo obligarle. Quizás debería parar, pero ya sé cuáles serán las consecuencias que mi decisión acarreará. Es posible que así consiga que José reaccione. —Sofía... vamos, no te enfades conmigo. Estoy bien, ¿de acuerdo? Solo necesito un tiempo para digerirlo todo. No quiero que te preocupes por mí. Estaré bien antes de que te des cuenta.

—No te creo, José. Puede que tú me conozcas a mí, pero yo también te conozco. Con ese tono de voz tan relajado y dulce solo estás intentando que baje la guardia. Me dices que te encuentras bien y ni tú te crees tus propias palabras. Esta mañana me levanté ilusionada pensando en que podría pasar un buen rato con José. Me hice ilusiones confiando en que José se dejaría llevar, pero lo cierto es que no ha pasado nada entre nosotros. Después de la consulta he regresado al piso y él se ha ido a trabajar. He decidido tirar la toalla con él. Sé que me estoy rindiendo demasiado rápido, sé que José ha tenido mucha más paciencia conmigo, pero no soporto ver cómo se sigue culpando por todo. Me ha hecho dudar sobre mi fe en un psicólogo. Mientras que él no acepte que necesita ayuda no podré hacer nada por él. Tendré que hacerle caso y darle tiempo, aunque eso suponga que me tenga que alejar de él. Mi teléfono móvil vibra sobre el sofá. El nombre de José aparece en la pantalla. No hace más que unos minutos que me ha dejado en casa y ya me está llamando, supongo que para preocuparse por mi estado. Últimamente siempre es así, pero hoy, precisamente hoy no me apetece dar explicaciones innecesarias. Su comportamiento es enfermizo, sabe que estoy bien. Esta llamada está fuera de lugar.

Ya que estoy sola en casa y que aún quedan unas horas para ir a recoger a Gala aprovecho el tiempo libre para disfrutar de una de mis lecturas. Llevo tanto tiempo sin leer que no logro recordar cual fue el último libro que tuve entre mis manos. En mi *ebook* llama mi atención una portada de una chica aparentemente sorprendida. El título tampoco me pasa desapercibida, aunque no sé si es el momento ideal para empezar una lectura de género romántico con la que tengo encima. Me resulta imposible dejar de pensar en José. Quiero

mantenerme fría, darle su tiempo, pero no puedo. Tiene que comprender que yo también estoy preocupada por él y por su estado. Definitivamente no ha sido una buena idea optar por una lectura romántica, me ha afectado sin tan siquiera empezar a leerlo.

El sonido del timbre me aleja de la librería. Tras la mirilla recibo la imagen de José. Aparentemente está tranquilo, pero no me extrañaría nada que hubiese dejado el trabajo solo porque no le he cogido el teléfono. No es la primera vez que corre en mi busca, sus miedos le obligan a comportarse como un neurótico. Abro la puerta y sin decir una sola palabra me hago a un lado para permitirle la entrada. Vigilo con la mirada cada uno de sus movimientos intentando descubrir el motivo de su visita y no lo logro. La tranquilidad que me inspiraba a través de la mirilla parece acompañarle en el interior. Es un descanso saber que no viene con ganas de discutir. Todo esto me tiene agotada y mi embarazo también. Estoy en un punto en el que ha vuelto aquella Sofía que no tenía filtro que conocí en mi primer embarazo.

—Te he llamado antes.

—Estoy cansada, no me apetecía hablar.

Aprovecho el silencio que nos separa para perderme en el interior de la cocina. Desde la ventana interior puedo verlo como toma asiento en el sofá, une sus brazos frente al pecho y fija la vista en el suelo. No sé a qué viene esta actuación, pero parece que tiene muy estudiados cada uno de sus movimientos. Algo se está cociendo en esa cabecita y no sé si quiero saber lo que me tiene que decir. No quiero discutir y que se siga alejando, pero... eso no solo depende de mí.

Antes de regresar me animo a poner algo de música. Las letras de *El Barrio* se cuelan en nuestros pensamientos. Sus canciones siempre me han relajado, a José no tanto, pero al menos he conseguido llamar su atención.

—Hacía mucho tiempo que no lo escuchaba... —deja caer como un comentario sin importancia—. Me hacía daño recordarte.

—Ahora me hace daño a mí.

Ataco sin poder remediarlo. Sé que ha sido un punto bajo, me tengo bien merecida esta espera. Él lleva años esperando una decisión por mi parte y he llegado tarde porque ahora es José quien me pide tiempo. Parecemos dos idiotas que no hemos madurado. ¿Es qué no hemos aprendido nada de todo lo que hemos vivido? Está claro que no, porque de ser así nada nos separaría. Han sido muchas las ocasiones que he rechazado para ser feliz con José y es ahora cuando soy consciente de que mis miedos no eran más que cobardía. Me

convencí de que José no era bueno para mí y lo único que he conseguido ha sido alejarlo. He convertido nuestras vidas en una tragedia griega.

—Quiero que hablemos, que lleguemos a un acuerdo. Necesitamos darnos una tregua.

—Te escucho.

No me queda más remedio que hacerlo y es que no sé muy bien a que se refiere con eso de darnos una tregua. ¿Acaso me está pidiendo que me aleje? Será mejor que no me adelante a los acontecimientos y haga justo lo que acabo de decirle, escuchar. Tomo asiento en el sofá de al lado, un segundo después lo tengo sentado a mi lado sujetando mis manos entre las mías y buscando mi mirada con urgencia. Su siguiente movimiento me deja descontrolada. Su mano derecha libera las mías para poder acariciar mi mejilla. Aquel escalofrío que me recorría cada vez que me tocaba sigue siendo tan intenso como en el pasado, quizás más. Mi respiración se acelera cuando acerca sus labios a los míos. Cierro los ojos a la espera de un beso que ansío con todas mis fuerzas. Pierdo la esperanza cuando apoya su frente sobre la mía separándonos y dejando nuestro beso en el olvido.

—Te quiero, Sofía. Eso no va a cambiar nunca y quiero que lo tengas muy presente.

— ¿Y por qué no...?

—Se suponía que ibas a escuchar... se paciente y deja que me explique, terminaré pronto, te lo prometo.

La canción de Lobo a Cordero de El Barrio se me mete muy dentro de mí. Parece que el universo tiene un mensaje para mí y me lo está enviando en forma de canción. *Como me hueles a olvido, que pronto se te olvidan los momentos vividos. Parece que te quedas y de pronto te has ido. Como me hueles a olvido...* De nuevo en el otro sofá y ya separado de mí haciéndome sentir más sola que nunca.

—No me mires así, por favor. Necesito espacio para poder hablar contigo, estar tan cerca de ti me paraliza y debemos hablar, no podemos seguir así. No soporto verte en ese estado... No me mires así, Sofía, por favor.

Como duelen tus ojos cuando miras despiadada. Como duelen tus ojos... Tienen mil puntas, puñales y cerrojos. ¡Ay! Como me duelen tus ojos... ¿En serio? ¿Mensajitos con la música de mi cantautor favorito? Está gracioso el universo, porque no hay otra explicación a lo que está pasando. Tengo la música de El Barrio metida en un disco duro, todas y cada una de sus canciones suenan el bucle, y ¿ha tenido que ser precisamente esta la que

sonara? No puede ser más que una broma, no es que sea mucho de creer en las casualidades.

—Deja de divagar y de buscar significado a lo que canta ese hombre. Solo escúchame a mí.

—¿Me vas a decir que no es extraño que sea esa canción la que esté sonando?

—No es más que la letra de una canción. Conoces la letra a la perfección, está hablando de una despedida y yo no me he ido y no me voy a ir, así que deja de hacerte conjeturas y buscar significado a todo lo que pasa a nuestro alrededor. Decido que es momento de parar la música. Las letras de sus canciones siempre me han ayudado a salir del bache, pero en esta ocasión solo está consiguiendo hundirme en un pozo de pensamientos negativos que no me van a aportar más que dolor y tristeza. *Hoy te empeñas vida mía en esconder tus heridas con abrigos y mangas largas. Sabes que en el día a día, puedes mentir a la vida, al corazón no se engaña.* ¡Se acabó! Tengo que parar esa música o voy a volverme loca. Mi reacción le resulta graciosa a José, tanto que no duda en olvidar la tensión y reírse de mí. Ver su sonrisa me alegra la vida, tanto que he dejado de estar enfadada con *El Barrio* y he vuelto a adorarlo por provocar las risas de José.

—Vamos, deja de mirarme así y ven a sentarte aquí conmigo. Tenemos mucho de lo que hablar.

—Tanto misterio me está poniendo nerviosa, ¿por qué no dejas los enigmas para otro momento?

25

(Capítulo inédito por José)

Está más inquieta de lo normal. Creo que no se esperaba que mi visita fuese para hablar, estaba tensa, esperando a que iniciase una nueva pelea por no haberme cogido el teléfono. Siempre tengo miedo de lo que pueda pasarla, pero conociéndola como la conozco sé que no me ha respondido por puro orgullo. Si, Sofía es así. Temperamento y amor. Una mezcla explosiva y descontrolada que me está volviendo loco. Pero loco en todos los sentidos. Nada me gustaría más que estar con ella ahora que se ha decidido a abrirme su corazón, pero debo ser consecuente con nuestros actos. Lo que sucedió, lo que pudo suceder... no volverá a repetirse y es por ello que debo sacrificarme. El motivo de mi visita es porque no quiero que los dos suframos con mi decisión.

Se me parte el alma cuando la rechazo. Sus ojos brillan amenazando con soltar un aluvión de lágrimas y no quiero que lllore. No merece la pena derramar una lágrima más por mí y es por eso que estoy aquí. Quiero llegar a un acuerdo. Quizás, con el tiempo podamos intentar ser algo más que amigos, pero para ello necesito aprender a controlarme y lo cierto es que no sé si lo lograré. Pese a todo, pese a la poca fe que tengo en mi mismo debo intentarlo. Sé que si la convenzo podrá dejar atrás todo su dolor.

Después de apagar la música toma asiento en el otro sofá, demasiado alejada y enfadada. Ha cruzado sus brazos sobre su tripa de embarazada, me ha denegado la mirada y ha fruncido el ceño y sus labios. Si, esa es su forma de enfadarse. Pero no es uno de sus enfados más peligrosos. Solo está intentado ocultar sus nervios. Eso de no tener el control de la situación la pone muy nerviosa, tanto que no puede controlarse y finge de pena. Me produce ternura y gracia al mismo tiempo, pero si me ve reírme, si bajo la guardia de nuevo puede que me gane la batalla y no pueda evitar que me bese y me enrede hasta volver con ella.

—Me estás poniendo nerviosa...

A mí ella cada vez que habla. No hay nada que no me guste de ella, hasta su tono de voz me desconcierta. Y mientras no logre controlarme no voy a ser capaz de aclarar los puntos entre nosotros.

—Los dos conocemos nuestros sentimientos. El amor que sentimos el uno para el otro es muy fuerte, pero ahora mismo no es suficiente para mí. No quiero que malinterpretes mis palabras, tu eres lo mejor que me ha pasado en la vida y así será siempre. Tu amor es lo más grande que tengo, pero tenemos que parar. Necesitamos tomarnos un descanso para aclararnos para que, cuando volvamos a estar juntos, nuestro amor sea tan fuerte que nada pueda separarnos. No puedo quitarme de la cabeza que volver ahora sería un error. No quiero que nuestra relación se base en impulsos. Y hasta que no logre ser el hombre que necesitas a tu lado deberemos estar separados. Pero Sofía, aunque estemos separados por un tiempo debes saber que puedes contar conmigo para todo. Siempre me vas a tener a tu lado, solo que por ahora solo podemos ser amigos.

— ¿Estás seguro de que solo necesitas un tiempo? Quiero decir... ¿quieres

estar conmigo o solo es una excusa? Es que no te entiendo, José. Me has hablado de miedo a fallarme, ahora de una relación basada en impulsos. Me está empezando a sonar a excusa y no lo entiendo porque sé que me quieres. ¿De verdad crees que podemos ser solo amigos? ¿Serías capaz de salir conmigo a cenar o a bailar solo como un amigo? ¿No tendrías la tentación de besarme o de ir más allá? ¿Sabes lo mucho que está costando reprimir las ganas de besarte?

Acaba de desarmarme con sus argumentos. Me destroza por dentro que piense que estoy ganando tiempo para alejarla de mí. Y, por otro lado, me duele que no me entienda, que no comprenda que necesitamos un tiempo para digerir todo lo que nos ha pasado desde que cambié sus pastillas. Y es que, en cierto modo, tiene razón. No creo que podamos ser amigos y es que yo siento lo mismo que ella. Me mata por dentro no poder besarla o hacerla el amor, pero no puedo hacerlo. Estoy destinado a hacerla daño, lo sé. Mi otro yo, ese capullo que utiliza a las mujeres y que las falla me pisa los talones. Hasta que no sepa cómo deshacerme de él no puedo acercarme a Sofía. Puede que este viaje a Londres me dé la solución que estoy buscando. Pero primero debo buscar una respuesta para que Sofía no pierda los nervios y me eche a patadas. No quiero perderla.

—¿Has terminado ya con tu charla? Pues vete al trabajo, yo tengo que irme a recoger a Gala.

—No, Sofía, no he terminado. Relájate y siéntate, por favor. Mi madre va a ir a recoger a Gala, así que tenemos todo el tiempo del mundo para tratar este asunto. Me imaginaba que tu reacción no iba a ser buena y no pienso salir de esta casa estando enfadados. ¿Qué quieres que te prepare para comer?

—¡No quiero comer! Quiero que seas sincero conmigo y qué me digas la verdad de lo que está pasando. Sé que me quieres, reconozco que hemos sufrido mucho y que necesitamos tiempo para cerrar las heridas, pero no puedes pedirme que seamos amigos.

—Te pusiste en peligro por salvarme la vida. ¡Me pusis - te por delante de tu propia vida!

—Pero es que de eso trata el amor, de vivir por y para la persona que amas. Abandono el sofá intentando poner distancia entre ambos, pero Sofía me

acompaña hasta que nuestros cuerpos se funden en un abrazo. Me mantengo firme, dándole la espalda mientras ella me rodea con sus brazos. Sé lo que está intentando, pero no puedo permitir que lo haga. Tiene que entender que si hago todo esto es precisamente por ella. Solo quiero una relación sincera y fuerte.

—Por favor, Sofía. Tienes que parar ya. —Sentencio con un tono firme y autoritario—. No soy un buen hombre, al menos no para ti. Antes de conocerte usaba a las mujeres, me acostaba con ellas hasta que me cansaba y las dejaba. Mientras estuvimos separados volví a ser ese hombre. ¡Joder, Sofía! ¡La noche que te encontré con él pasé la noche con otra mujer! La usé para silenciar mi rabia y mientras tanto tú estabas en peligro. ¿Crees que soy bueno para ti? ¡No lo soy! Te he mentado en el pasado, he desconfiado hasta de mi sombra, te he traicionado y te he hecho daño. Has derramado demasiadas lágrimas por mi culpa. Te lancé en brazos del peligro y hasta que no logre deshacerme de esa parte de mí no volveré contigo. No voy a volver a ser el culpable de tu sufrimiento. ¡No lo soporto!

Tengo que marcharme, Sofía tiene razón. No podemos ser amigos, no puedo ser frío y mantenerme firme mientras llora sin parar. Acabaría bajando la guardia y no, no puede ser. Tengo que marcharme. Y aunque escucho como me llama y me ruega que me quede, sigo caminando hacia la puerta mientras me recrimina mi actitud y mi cobardía.

Me siento como un miserable. He rechazado todas sus llamadas y no he tenido valor a responder a ninguno de sus mensajes. Sé que voy a arrepentirme de lo que he hecho, lo sé, pero es lo que debía hacer por ella.

**

Londres

Ni estando a kilómetros de ella puedo sacarla de mis pensamientos. Desde la discusión, desde que hui de su piso no hemos vuelto a hablar demasiado. Lo único que he conseguido con mi actitud es que Sofía vuelva a ser la mujer fría de hace unos meses. Se acabaron las visitas al parque y las cenas juntos como si fuésemos una familia más. Y aunque no debería, me arrepiento de cómo han ido las cosas. Quería marcar una distancia entre nosotros, no esto. Esperaba una mala reacción por su parte, pero no esto. Se me ha ido de las manos y no he sabido controlar la situación. Ahora estoy más perdido que nunca, no puedo recular y fingir que no ha pasado nada. Está enfadada conmigo, tanto que me

evita a toda costa. Este error que he cometido me confirma lo que ya sabía. No soy bueno para ella. Cuanto más felices somos más errores cometo yo. Y hasta que no controle esa parte de mí no podré volver a intentarlo con ella.

—José, vamos a empezar con la reunión. ¿Estás bien?

—Sí, está todo bien. Dame un minuto para echar un vis - tazó a toda la documentación...

—¿Qué ha pasado esta vez? Lo que te pasa está relacionado con Sofía, estoy seguro.

—Luego hablamos George, tengo que ponerme al día.

Joder, había olvidado a George. Me conoce tan bien que ya sabe que no voy a dar el cien por cien en la reunión. Y, joder, lo estoy intentando. Esta reunión es de vital importancia para que el bufete siga creciendo, pero tengo mi atención muy lejos de aquí. Podría llamarla y disculparme con ella, pero eso solo empeoraría las cosas. Tal vez unas flores... no, eso tampoco. Sea como sea estoy jodido y sin ideas. Cuando regrese a casa tengo que solucionarlo, tengo que hacer todo lo posible para que me comprenda. Tiene que entender que todo esto es por ella, por nosotros y por nuestra familia.

Al menos he conseguido que la reunión haya sido todo un éxito. Una sola mirada de George me ha hecho reaccionar a tiempo. Hemos estado a punto de perder el contrato por tener mi pensamiento a miles de kilómetros de distancia. Ahora me encuentro de regreso al hotel. George tenía intención de pasar el resto del día conmigo, quería presentarme a su familia y hablar, hablar de Sofía y de mi nueva metedura de pata, pero lo único que quiero es terminar cuanto antes con lo que he venido a hacer y regresar. No quiero pasar ni un minuto más lejos de casa y solucionar las cosas con Sofía hasta que entre en razón. Sé que voy a tenerlo muy difícil, que no me escuchará. Rechazará llamadas y me negará la entrada a su casa, pero debo intentarlo. No quiero que estemos enfadados, no lo soporto. Es demasiado duro regresar al pasado. Y sé que me estoy contradiciendo a mí mismo, pero me he dado cuenta de que esto es un completo error. Una llamada de teléfono rompe con mis pensamientos. Una llamada de Marcos... y a estas horas. ¡Joder! ¡Sofía, es Sofía!

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Sofía? ¿Y Gala?

—Joder, José, tienes que relajarte un poco.

—¿Crees que soy idiota? ¿Qué ha pasado?

—Sofía ha tenido dolores y hemos venido al hospital. Está bien, ha sido una

falsa alarma. Pero he pensado que debías saberlo. ¿Qué os ha pasado? No quería que te llamase. De hecho, no lo sabe, he tenido que esconderme.

—Voy para allá, cogeré el primer vuelo que pueda.

—Pero, José, espérate. Está bien, van a darla el alta y me ha dicho que tú tenías una reunión importante. Quédate, si pasa algo te llamaré.

—Si pasa algo quiero estar con ella.

Acabo de llegar al aeropuerto y estoy acompañado. George ha insistido en venir conmigo, sé que tiene muchas preguntas, está preocupado por Sofía, pero no me apetece dar más explicaciones de las necesarias. Ahora solo quiero llegar y verla, necesito saber por mí mismo como está. ¡Joder! ¿Por qué no me ha avisado de que se encontraba mal? Me lo prometió. ¿Me está castigando por mi decisión? No es justo, no, no lo es.

—Tranquilízate, si hubiese pasado algo más grave ya lo sabrías.

—Me prometió que me llamaría y no lo ha hecho.

—Seguro que tiene un buen motivo para no haberlo hecho. Conozco a esa chica, todo lo que hace tiene un porqué. ¿No tendrás nada que ver con ello?

—Es posible que sí, pero no es justo. Estamos hablando de su salud y de la de nuestra hija. No puede castigarme con algo así.

La conversación con George ha hecho que me relaje, pero sigo molesto con la actitud de Sofía. Que me castigue con algo así no es propio de ella, incluso cuando nació Gala dejó a un lado su orgullo y me permitió estar a su lado. Supongo que está dolida con mi decisión, sé que ha estado triste en las últimas semanas por ello, pero ni así tiene razón. Tengo que tener una conversación con ella, no puede hacerme sufrir de ese modo. Es demasiado doloroso para mí estar tan alejado de ella sin saber cómo se encuentran ni ella ni Candela. Este viaje de regreso a casa se me va a hacer eterno, por suerte ya estoy en el avión.

Madrid

Mi padre ha venido a recogerme a sabiendas de que no tendría paciencia para conseguir un taxi. Me urge ver a Sofía, pero también me preocupa Gala. Mi madre se encargará de recogerla, ya que el padre de Sofía está en el hospital a la espera de que le den el alta. Pero no me creo nada de lo que me ha dicho

Marcos. Si Alfredo y Susana la están reteniendo en su clínica es porque algo les preocupa. Sofía no está más que de seis meses, es demasiado pronto...

No tardamos más que media hora en llegar a la clínica, se puede decir que me he bajado del coche de mi padre en marcha. Me urge verla y saber por mí mismo lo que está pasando. En lo referente a mis chicas ya no puedo confiar en nadie, es tan grande el miedo que tengo a perderlas que no escucho a nadie, ni siquiera a Marcos. Camino por los pasillos a toda prisa, casi corriendo. Una enfermera me acompaña, pero es incapaz de seguirme el paso. Junto a la puerta encuentro a Marcos hablando con Susana. No hago más que llegar a su lado cuando me detiene.

—Relájate, José. No voy a dejar que entres hasta que estés más calmado.

—José, escúchame. —Interrumpe Susana—. Sofía y la niña están bien. Ha tenido dolores, pero ya está todo controlado. Vamos a dejarla ingresada y si mañana sigue sin dolores le daremos el alta. No puede alterarse, contrólate o no te dejaré entrar. ¿De acuerdo?

—¿Por qué tiene dolores? Es muy pronto para que...

—Tranquilízate, José, son dolores propios de este mes. Durante el embarazo se tienen contracciones, no es hasta este mes que podemos sentir las porque son muy intensas, no dolorosas. Que Sofía haya tenido dolores puede deberse a un sobreesfuerzo o al mismo estrés. Voy a mantenerla ingresada hasta mañana para tenerla vigilada, pero no es nada grave.

Debería confiar en Susana, pero no puedo quitarme de la cabeza la palabra contracción. No soy médico, pero sé lo que son las contracciones y lo que suponen. Mi preocupación ha aumentado al igual que mi malestar con Sofía. Pero esa conversación deberá esperar porque pesa más la preocupación. Necesito verla y comprobar por mí mismo como se encuentra.

Llamo a la puerta a la espera de una contestación, pero desde el interior no recibo respuesta. Me tenso de pies a cabeza hasta que la puerta se abre. El padre de Sofía me da la bienvenida y me permite la entrada dejándome a solas con Sofía que descansa sobre la cama del hospital. Duerme, por lo que camino despacio para no importunar su descanso. Me siento junto a ella y observo que está monitorizada. Una vía sale de su brazo derecho hasta llegar a una bolsa de suero que cuelga de uno de esos percheros. Parece tranquila y no muestra ningún síntoma de dolor. Pero tiene ojeras y parece cansada. Tengo la tentación de acariciarla, pero temo que se despierte. No puedo más que

esperar a que despierte por sí misma, pero estoy deseando escuchar de su propia boca como se encuentra. Solo así podré estar tranquilo, porque no puedo olvidar nada de lo que me ha dicho Susana. Los dolores que ha sufrido son propios del embarazo, pero no deberían ser dolorosos. Y ese dolor se lo ha producido el estrés, un estrés que yo he provocado con mi decisión. Y ella quiere volver conmigo... y no se da cuenta de que soy su talón de Aquiles. No soy bueno para ella, porque incluso alejado soy capaz de ponerla en peligro. Y sin poder evitarlo se me escapan unas cuantas lágrimas. Hay mucho en lo que debo pensar, pero la tensión de las últimas horas y de los últimos meses me está pasando factura. Tarde o temprano iba a venirme abajo, he estado haciendo todo lo posible por mantenerme fuerte, pero no puedo con esto. Me mata por dentro saber que soy el culpable de todos sus males. La amo, la amo con todas mis fuerzas, pero la realidad es que no podemos estar juntos y eso me destroza.

—Estás aquí... —La voz de Sofía me sobresalta—. ¿Estás llorando?

—¿Cómo estás? Cuando Marcos me llamó... Joder.

Estaba deseando que despertase para conocer la verdad de su propia boca, pero ha despertado en el peor de los momentos para mí. Me ha pillado en horas bajas, estoy llorando y no puedo calmarme. Ahora que la realidad me ha dado de lleno no puedo controlarme y estoy desesperado. No quiero separarme de ella, pero siento que es lo mejor para los dos, sobre todo para ella. Aunque no lo aceptará, así como así.

—¿Por qué no te sientas aquí, conmigo?

—Lo cierto es que estoy pensando que no debería estar cerca de ti.

—No digas eso, por favor. Entiendo que estés enfadado por no haberte avisado, pero estaba preocupada y un poco enfadada contigo por lo que pasó en casa. Lo que dijiste me hizo mucho daño... sé que eso no justifica lo que he hecho, pero... Ven, siéntate, por favor.

No quiero sentarme, quiero escuchar que está bien y marcharme para siempre. ¿Pero cómo voy a hacer algo así? Sofía está embarazada y ese bebé que lleva en su interior también es mi bebé. Lo cierto es que estoy atado de pies y manos. Ahora mismo no puedo marcharme, el estado de Sofía es muy delicado y no quiero provocar que vuelva a tener más contracciones. Por mucho que Susana haya dicho que son dolores normales, no quiero arriesgarme. Controlo mis lágrimas y me siento a su lado.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien. ¿Y tú? Te noto muy nervioso. —Evito su mirada y responder—.

Mira, pon la mano, se está movien- do.

Notar los movimientos de mi pequeña es una sensación indescriptible. Con Gala no pude vivir algo así y lo cierto es que esto supera todas mis expectativas provocando que mis lágrimas vuelvan a brotar de mis ojos escapándose de mi control.

—José...

Veo la lástima en sus ojos y no lo soporto. Llevo demasiado tiempo cargando con ese sentimiento y que sea Sofia la que ahora me mire así... pero supongo que verme en este estado tiene sus consecuencias. He tenido momentos susceptibles en nuestra relación, pero nunca tan graves como este.

—Siento mucho como han ido las cosas entre nosotros. Y sé que no puedo hacer nada para remediar lo que sucedió en el pasado, pero si te quedas con nosotras estoy segura de que todo puede ir bien.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—No tengo más que mirarte para saber que juntos po- demos superar cualquier problema. ¿Por qué tienes tantas dudas? No te entiendo, pensaba que solo necesitabas un tiempo, pero lo que me estás dando a entender es otra cosa totalmente distinta. ¿Es que no quieres estar con nosotras?

—Creo que lo mejor es que no sigamos viéndonos. Ya deberías haberte dado cuenta de que todo lo que sucede tiene relación conmigo. No quiero ser el culpable de todos tus males y es por ello que creo que lo mejor para todos es que me mantenga alejado de ti.

26

Estaba segura de que el nacimiento de Candela nos uniría. Pensaba que sus dudas se esfumarían en cuanto nos viera a las tres con él. Pero lo cierto es que estaba equivocada. Con su última visita a casa no estaba más que ganando tiempo para asestarme el golpe final. Le he visto llorar y pensaba que esas lágrimas eran fruto de la preocupación y de la tensión, pero lloraba porque tenía muy claro lo que iba a pasar a continuación. Su actuación ha sido memorable porque he logrado ver amor en sus ojos y nada más lejos de la realidad porque si me quisiera como tantas veces me ha asegurado, ahora no me estaría dejando. O lo que sea que está haciendo, porque no lo tengo muy claro. Solo sé que es una despedida y que su negativa será firme. Las idas y venidas de estos últimos años no se repetirán. Yo he sido débil, mientras él es

decidido.

—Si estás tan seguro de que lo nuestro no puede seguir adelante es hora de que te marches. Candela está bien así que márchate, ya no pintas nada aquí.

—Pero, Sofía, que no podamos estar juntos no significa que no me preocupe por ti. Eres la madre de mis hijas.

El monitor desvela mi estado de nervios poniendo a José sobre aviso. Está claro que le han puesto al corriente de mi situación. Pese a mis palabras toma asiento junto a mí y con semblante preocupado toma mi mano y comienza a acariciarme. Pero lo cierto es que su contacto me quema y no por el placer. Ahora mismo solo siento rabia dentro de mí. Y sé que no es bueno para mi pequeña, debo relajarme y con él aquí, será imposible. Tiene que marcharse. Antes de que pueda pedírselo, Susana entra en la habitación alarmada por el sonido que emite el aparato al que estoy conectada.

—José, sal de la habitación. —Obedece de inmediato—. Sofía, recuerda lo que hemos hablado. Tienes que relajarte, respira y no pienses en los problemas.

Susana me devuelve la paz que necesito para recuperarme, pero la rabia que siento en mi interior da paso a la desesperación y las lágrimas campan a sus anchas por mis mejillas. Pensaba que después de tanto tiempo podríamos formar una familia y ser felices. Pero está claro que con José me espera un futuro difícil de descifrar, no sé cuándo ni cómo, pero volveremos a sufrir, lo sé. Estamos destinados a pasar una vida unidos en la distancia por una línea invisible de angustia.

—Sofía... ¿estás... estás bien? Yo... lo siento, no quiero que... joder, lo siento.

—¡Vete! ¡Eres la última persona con la que quiero estar en este momento!

—Camina en mi dirección—. Tenías razón, estás destinado a hacerme daño y una vez más lo has conseguido. Ahora, vete de aquí y no vuelvas. No quiero saber nada más de ti.

He dado por rota nuestra relación tantas veces que ya ni lo recuerdo, pero después de esto... después de esto no hay nada más. Nuestras vidas estarán unidas por nuestras hijas, pero la relación cordial que hemos mantenido por Gala se ha acabado y para siempre. Me siento rota por dentro y sola, muy sola. Pensaba que el sufrimiento se había marchado para siempre, pero me equivocaba, está más presente que nunca.

—Sofía, venga, relájate. Tenemos que conseguir mantenerte dentro de los valores. Solo estás de seis meses. Sé que es duro todo lo que está pasando, pero debes olvidarlo.

—Creo que me he pasado con él. Quiere alejarse porque cree que es el principal culpable de todo lo que me ha pasado en estos años.

—Entiendo que puedas estar dolida con la situación. Has esperado durante años poder estar con él, aunque no lo reconocieras. El tiempo os ayudará a cerrar heridas. José necesita de ese tiempo, es mucho lo que ha vivido sin poder ayudarte. En cierto modo se siente culpable y debes darle tiempo y ayudarlo para que supere sus miedos. A todos nos suceden cosas malas, todos pasamos por momentos amargos y necesitamos un tiempo para procesarlo. Puede que tu amor hacia José te haya ayudado a superarlo y eso es bueno. Pero José necesita más tiempo, eso es todo. Llámalo en media hora y discúlpate. Sé su amiga, no su jueza. Si quieres estar con él deberás tener paciencia, tanta como ha tenido él en el pasado.

Las palabras de Susana me han hecho recapacitar. Estoy siendo una egoísta al no comprenderlo. He metido la pata, hasta el fondo. El que yo me haya recuperado con tanta facilidad me ha hecho sentirme fuerte y eso ha provocado cierta ansiedad en mí. No he sabido ser paciente y eso nos ha llevado a esta situación tan incómoda. No quiero ni pensar cómo se debe estar sintiendo en este momento.

—Susana, Alfredo te necesita en urgencias. Es muy urgente. —Una enfermera irrumpe en la habitación sin llamar a la puerta.

—No puedo estar más contigo, ya sabes cómo son los médicos, todo es urgente para ellos. En cuanto termine subo a verte. No te preocupes por nada y recuerda mantenerte relajada.

El siguiente en entrar en la habitación es Marcos. Parece que no tienen ninguna intención de dejarme sola. Estoy segura de que los gritos se han escuchado fuera de la habitación y deben estar preguntándose por lo que ha sucedido. Los ojos de Marcos muestran una preocupación palpable. José no estaba en su mejor momento cuando ha salido de la habitación y si a esto le añadimos mis gritos y los pitidos de esta máquina... el resultado es, cuanto menos, preocupante.

—¿Cómo estás? Se os ha ido un poco de las manos... ¿no es así?

—Todo se resume en que soy una egoísta que no sabe escuchar.

—De peores cosas habéis salido... Bueno, olvídalos. Me ha dicho Susana que tienes que descansar, ¿por qué no duermes un rato?

Supongo que no tengo nada mejor que hacer. Durmiendo es el único momento que tengo para estar tranquila. Si no estoy dentro de los niveles que me ha marcado Susana, no me dejará salir de la clínica hasta que dé a luz y para eso queda mucho tiempo. Tres meses.

**

Para cuando despierto ya ha anochecido. La bandeja de la cena descansa sobre la mesa que tengo a mi derecha. De pie, caminando de un lado para otro y con el semblante muy serio se encuentran mi padre y Marcos. ¿Por qué no me han despertado antes? No he hablado hoy con Gala y quería disculparme con José antes de que se acabara el día. No tengo que saludar para que se den cuenta de que estoy despierta. Mi padre es el primero en darse cuenta. Él mismo llama la atención de Marcos. La forma en la que se han mirado me confirma que algo va mal. Por instinto me llevo las manos a mi vientre y respiro tranquila al comprobar que Candela está activa regalándome una sesión de patadas. Alfredo irrumpe en la habitación, me sonrío y detiene la mirada en mi cena. No tiene que decirme que me ponga a ello, una sola mirada es más que suficiente para saber que debo obedecer. Y la verdad es que tengo hambre, mucha.

—¿Cómo está mi paciente favorita?

—Muerta de hambre.

—Esa es buena señal. Voy a ir a cenar yo también, acabo

de salir de una operación muy complicada. Por suerte está todo bien y hemos podido solucionar todos los problemas. Mi paciente está bien, mejor de lo que nos esperábamos. Ha tenido una contusión cerebral que está dificultando su capacidad respiratoria. No me ha quedado más remedio que sedarlo e intubarlo a un respirador artificial. El tiempo y las pruebas nos marcarán el ritmo de actuación, ahora no me queda otra que esperar.

—Vaya... pobre. ¿Es joven? —Alfredo ha conseguido trasladarme su preocupación por el paciente—. ¿Ha tenido un accidente?

—¡Eh, si! Es bastante joven. Tengo que irme, cena. Luego vengo a verte antes de irme a casa.

**

Parece que he vuelto a quedarme dormida después de cenar. Consulto la hora en el móvil, son más de las doce de la noche y mi padre y Marcos siguen en la habitación. Pensaba que ya estaría sola, pero siguen conmigo y tan nerviosos como antes. Ellos se han negado en rotundo en cuanto les he preguntado si algo iba mal, pero algo me dice que están mintiendo.

—¿Por qué no os vais a casa? Es muy tarde ya y yo

estoy bien.

—Tranquila hija, está todo controlado.

—Marcos, ¿por qué no te vas a descansar? Mañana ten-

drás que trabajar y ya has faltado hoy al trabajo. —Como única respuesta recibo una sonrisa y un guiño—. ¡Oye Marcos! ¿Has hablado con José?

Antes de que pueda contestar, Alfredo entra acompañado por Susana. Me sorprende ver que los dos siguen con sus uniformes de trabajo. ¿Es qué no piensan irse a casa en todo el día? Y a pesar de todo no puedo evitar observar las miradas que se están lanzando unos a los otros. Están todos muy raros y están empezando a preocuparme.

—¿Vais a decirme de una vez qué es lo que os pasa?

—No es nada, Sofía. Mi paciente nos ha dado mucho trabajo hoy y bueno, estamos cansados.

—¿Y qué tal está tu paciente? —Pregunta Marcos sorprendentemente preocupado—. ¿Habéis podido despertarlo?

—Sí, acabamos de dejarlo en reanimación. Ha tenido mucha suerte porque el accidente ha sido... En unas horas o quizás mañana le llevaremos a cuidados intensivos y a partir de ahí tendremos que ver cómo va recuperándose.

Hasta hace unos minutos la preocupación por Alfredo por su paciente no me había llamado la atención. Alfredo es un gran profesional y se preocupa por sus pacientes, lo que no comprendo es porque nos da tantos datos. Y de repente yo misma me respondo a una pregunta que no he llegado a pronunciar. Las caras de preocupación y todos los datos me llevan a pensar que el paciente del que nos está hablando Alfredo es alguien de los nuestros.

—¿Quién es?

—¿Cómo dices, Sofía? —Pregunta Alfredo haciéndose el sorprendido.

—¿Quién es tu paciente? ¿Creéis que no iba a darme cuenta? ¿Quién es?

La habitación se ha sumido en un profundo silencio. Son muchos los nombres que se me vienen a la cabeza, pero es el de José en el que me centro. Un sentimiento de culpabilidad me invade. Un accidente... José saliendo del hospital en un estado de nervios descontrolado y...

—¿Es José? Alfredo, por favor... necesito saberlo, ¿es José?

Pero no es necesario que nadie me responda. Susana ha empezado a llorar, ni Marcos ni Alfredo son capaces de mirarme y mi padre... mi padre está fuera de control

—Quiero verlo... y no me digáis que no, por favor. Tiene que haber algún modo de... —Me quedo en silencio al ser consciente de la gravedad del asunto—. Alfredo... ¿va a recuperarse? No puede...no... tienes que...

No puedo seguir hablando, solo pensar que la vida de José está en peligro me provoca un nudo en el estómago que me impide respirar con normalidad. Siento el corazón tan acelerado que parece que se me va a salir del pecho. El pitido de la máquina se convierte en un aviso alarmante que me obliga a mantener a salvo a mi hija. Y aunque lo intento me encuentro en una encrucijada, tengo que mantener a mi hija a salvo, pero no puedo dejar de pensar en José y en que su vida pende de un hilo por mi actitud. El no comprendernos nos ha llevado a situaciones límites. Hace unos meses era yo la que estaba en peligro y ahora es José el que se debate entre la vida y la muerte.

—Sofía, tienes que escucharme. Olvídate de todo y piensa en Candela. Debe ser tu principal preocupación. Es muy pronto para que nazca la niña. Le esperarían muchos meses en una incubadora y no es lo que queremos para ella. Así que respira conmigo.

Epílogo

Hace un par de semanas que recibí el alta y desde entonces no me he separado de él más que lo imprescindible, tenemos una hija pequeña y otra en camino, es inevitable que a veces tenga que marcharme. Pero procuro estar todas las horas que puedo a su lado, esperando a que se despierte. José entró en coma tras una recaída la misma noche de su accidente. Hasta ahora no ha habido ninguna mejoría, pero la buena noticia es que tampoco ha empeorado. Pero su aspecto es de lo más preocupante, cada vez está más delgado y está perdiendo masa muscular.

—Buenos días, gorda. ¿Ya estás aquí? Es temprano. —Buenos días, Su. ¿Algo nuevo?

—Respira con normalidad, así que solo nos queda esperar a que despierte. Debemos ser pacientes. Y tú deberías irte a casa, debes mantenerte tranquila.

—Cuando estoy con él es cuando más a gusto estoy. Si estoy en casa es cuando más nerviosa me pongo... así que me quedo.

—¿Cómo está Gala?

Gala... está creciendo y con ella crece su interés por todo lo que rodea a sus mayores. El estado de José me ha llevado a tener que mentirla, inventándome un juego en el que se mantienen en contacto a través de cartas que yo misma escribo en nombre de José. Son muchas las ocasiones en las que me siento culpable por entrometerme en la relación padre e hija, pero no puedo hacer mucho más. Solo quiero proteger a mi hija de cualquier sufrimiento y si estas cartas le mantienen feliz y tranquila puedo sentirme satisfecha con mi labor como madre.

—¡Hola, Sofía! ¿Qué tal estás hoy? ¿Candela sigue con los inicios de su carrera como futbolista? —Una enfermera entra en la habitación para lavar a José.

—Me cose a patadas, hay noches que ha conseguido despertarme. Parece que nunca está cansada. No duerme, solo come y da patadas.

Reímos, pero esa felicidad solo dura unos segundos. Así es siempre que recibimos cualquier visita. Un saludo despreocupado, bromas y vuelta a la realidad.

—Deja que te ayude...

—Descansa, tienes las piernas muy hinchadas. —Solo quiero cuidarlo.

—Ya lo haces pasando aquí horas y horas.

José

Me siento tan cansado y dolorido. Sé dónde estoy, donde me encuentro en todo momento... siento las caricias de Sofía, escucho como me habla de las niñas y la escucho llorar. No hace otra cosa. Y aunque lo intento no puedo despertar. No puedo emitir palabra alguna, ni siquiera un ruido o un movimiento que llame la atención. Y, aun así, los médicos no pierden la esperanza. Están convencidos de que despertaré, pero desconocen cuándo llegará ese momento. ¿Y qué puedo hacer al respecto? Nada, solo esperar a que todo pase.

Estoy escuchando una conversación que está manteniendo Sofía con Susana. Están hablando del embarazo. Todo va bien y mi pequeña está preparada para triunfar en el mundo del fútbol. Es una broma que tienen todos por las continuas patadas que lanza desde su pequeño escondite.

—Lo bueno es que todo va bien. Todo va correctamen - te. Estamos a mediados de febrero, el fin del embarazo está programado para el mes de abril. En menos dos meses tendremos a Candela pegando patadas a un balón.

¿Dos meses? Llevo mucho tiempo ingresado. Tengo que despertar, no voy a perderme el nacimiento de mi hija. ¿Qué coño hago aquí? Debería estar con mis tres mujeres en casa, disfrutando de ellas y no perdiendo el tiempo en esta cama. Pero poniéndome nervioso no voy a conseguir nada. ¿Qué puedo hacer? Necesito ayuda...

La veo, la estoy viendo con mis propios ojos. No sé cómo ha pasado, pero he despertado. Camina frente a mí de un lado a otro de la habitación mientras se acaricia la barriga. Suspira, se seca las lágrimas y prosigue con su paseo.

Me estoy impacientando. Necesito que mire en mi dirección, apenas consigo mantener los ojos abiertos y no tengo fuerzas para mucho más. No puedo llamar su atención con mi voz ni con un movimiento, aunque lo estoy intentado con todas mis fuerzas.

Toma asiento en el sofá que se encuentra a un lado, no consigo verla bien, pero la escucho como sigue llorando. No ha hecho otra cosa en las últimas semanas y me siento tan impotente por no poder hacer nada. Se ha vuelto a levantar, creo que viene hacia mí, creo que por fin va a darse cuenta de que he vuelto, he despertado. Toma asiento, estamos tan cerca y a la vez tan lejos... aun no me ha mirado. Está tan concentrada en acariciar mis dedos que no me mira. Supongo que podría moverme un poco, lo suficiente para llamar su atención. Y al fin lo logro, muevo uno solo de mis dedos y con ello consigo llamar su atención. Nuestros ojos se encuentran, Sofía llora, ríe y sonríe al mismo tiempo sin dejar de pronunciar mi nombre.

—José... ¡oh, dios mío, José! Has despertado. Estás despierto...

—So...fi...a... —Su nombre se escapa de mi boca, pue- do hablar—. Sofía...

Continuará...



Erica c. MoralEs

es una madrileña afianzada en Pioz, un pueblo de Guadalajara, en el que ha resurgido su pasión por la escritura, aprovechando su situación laboral para centrarse en la creación de nuevas obras de género romántico. Su primera novela salió publicada el 12 de noviembre de 2016 bajo el sello editorial de Leibros siendo Quererte la primera parte de la trilogía Sofía. Su experiencia literaria ha ido creciendo con participaciones en antologías benéficas con los relatos cortos: La sonrisa de Ari para Lo que a Cupido nunca conté, Cuando empezó todo para Sueños de letras, Una sombra entre la niebla para Libérate, rompe la cadena. Otro de los proyectos más conocidos de la escritora romántica fue la publicación de su relato corto No más citas a ciegas en el primer número de la revista digital Athalia Magazine.

En invierno de 2017 fue publicada su segunda novela, Los besos del señor Derricks, una novela chick lit, subgénero de la novela romántica que llevo a nuestra escritora a los primeros puestos de Amazon.

La primavera de 2017 se embarcó en un nuevo proyecto junto a otros compañeros del sector en forma de antología en el que los protagonistas de cada uno de los relatos forman parte de historias ya publicadas. En el caso de Erica, se ha animado con una nueva versión del relato No más citas a ciegas, que contará la historia de Hanna, uno de los personajes secundarios de Olvidarte, la segunda parte de la trilogía Sofía. Podéis encontrar su relato en la antología Cross my heart.

Un año después de la publicación de su primera novela, Erica se lanza con la publicación de la segunda parte de su trilogía siendo publicada bajo el sello editorial Leibros.

Su proyecto más inminente es darle fin a la tercera y última parte de su trilogía y lanzarla al público con un final para recordar.